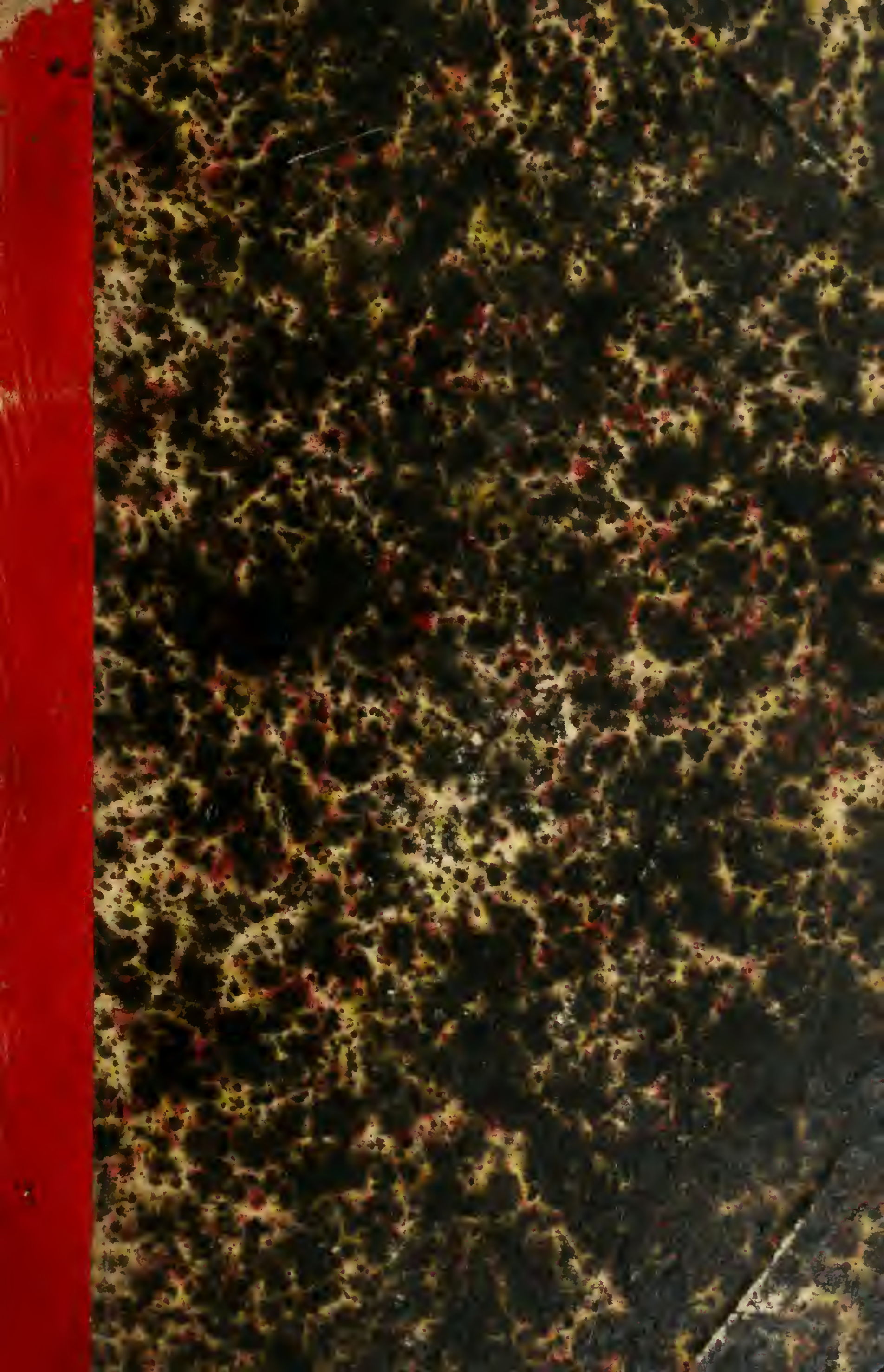


HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT,

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

REVOLUCION DEL SUR.

TOMO IV.

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA,
CALLE DEL PEUMO, ESQUINA DE LA DE HUÉRFANOS, NÚM. 29.
1862.



CAPITULO I.

LAS ESCARAMUZAS DE LA GUERRA CIVIL.

Don Joaquin Riquelme amaga con una montonera la poblacion de Linares i se insurrecciona el mismo dia la villa de Molina.—Don Nemecio Antunez i el cura Mendez.—Roberto Souper.—Su vida, carácter i aventuras.—Prision de estos ciudadanos i su envio a la capital desde Talca.—Souper subleva la guardia que los conducia en Quechereguas.—El mayor Banderas.—Cómico combate de Lontué.—Souper pasa el Maule con una partida de veinte i cinco hombres para reunirse al coronel don Domingo Urrutia.—Ataca éste el pueblo del Parral i es rechazado.—Importancia de sus operaciones en el Maule.—El intendente del Ñuble es obligado a abandonar a Chillan i replegarse al Longaví.—Fuerzas de que se componia la division del coronel Garcia.

I.

Los primeros hechos de armas, o mas propiamente, las primeras escaramuzas de la revolucion del sur en 1851, tuvieron lugar el dia clásico de Chile. El 18 de setiembre, en efecto, el patriota don Joaquin Riquelme amagaba con una

montonera de 80 hombres la poblacion de Linares, en la provincia del Maule, i ese mismo dia, don Roberto Souper, el cura don Domingo Mendez i don Nemecio Antunes, ponian en conmocion la villa de Molina en la provincia de Talca.

II.

Encontrábanse todas las personas que hemos nombrado perseguidas por su complicidad en la asonada del 20 de abril; Riquelme en calidad de detenido bajo de fianza en la provincia de Talca, i Antunes, Mendez i Souper presos en la cárcel de aquella ciudad (1).

(1) El motivo ostensible de su captura i el auto cabeza de proceso de su sumario consistian en una carta escrita por Riquelme al cura Mendez, desde Curicó, el 21 de abril, anunciándole la revolucion que habia tenido lugar en Santiago el dia anterior. A esta carta, Mendez, que se encontraba en Molina, agregó una posdata que firmó don Nemecio Antunes, i como en esta última se refiriese algo de la cooperacion de Souper, resultó que los cuatro nombrados quedaron comprometidos por el descubrimiento de la carta que fué vendida o entregada por error a la autoridad. Parece que el mozo que la llevaba equivocó los nombres de dos vecinos de Talca que tenian el mismo apellido i de los que uno era opositor i otro ministerial, siendo el último quien hizo el denuncio al intendente. La carta de Riquelme i la posdata añadida por Mendez i Antunes estaban concebidas en estos términos.

Señor don Domingo Mendez.

Curicó, abril 21 de 1851.

Mi apreciado amigo:

Mando este mozo con el objeto de anunciar a U. que ayer a las seis de la mañana se sublevó el batallon Valdivia i tomó la plaza principal de Santiago; esta noticia le ha llegado al gobernador hoi a las nueve i le ordenan reuna el batallon de este pueblo i lo acuartele para librar las armas. Los Monttistas están acholados con el espreso este. Conviene pues que inmediatamente lo parti-

Era Antunes un opulento agricultor, propietario de la hacienda de Quechereguas, en uno de cuyos potreros está situada la pintoresca villa de Molina, mas como un feudo de aquel mayorazgo que como una aldea de la República.

Conocíase a Mendez solo como a un viejo sacerdote, tan instruido como ardiente, antiguo i jenuino pipiolo que ejercia desde algunos años, con marcada preferencia sobre su ministerio, la propaganda de su fé política, teniendo entónces por estrecho teatro el curato de Molina, anexo tambien como una capellanía a la hacienda de Quechereguas.

En cuanto a Souper, el mas importante de estos ajitadores, vamos a detenernos un instante. Tenemos que hacer el difícil ensayo de un retrato sobre una tela movediza que el viento ajita en todas direcciones i cuyas costuras se revientan a cada rasgo de la pluma. Invocamos pues toda la induljencia de los críticos, pues acaso es inevitable al escritor salirse del severo marco de la historia para entrar en el

cipe a Rafael Cruz para que este haga otro espreso a Linares a Pando i sea puesto en conocimiento del coronel Urrutia en el acto. Mucho le recomiendo esta dilijencia pues que conviene sea sabida por mis amigos.

Son las dos de la tarde i ya estan en el cuartel los cívicos. Comuníquele esto al señor Antunes. De U. su amigo i S. S.—*Joaquin Riquelme.*

P. D.—Haga el espreso a Talca en el momento que esta reciba.

Adicion.

Molina, abril 21 de 1851.

Son las cuatro de la tarde i no hai mas tiempo que decirle. Voi de aquí a mandar aviso a Souper a S. Rafael para que prepare el escuadron de Pilarco. Bien, valor i no hai que turbarse!—*Nemecio Antunes.*

Advertimos que la carta de Riquelme que publicamos es segun una copia subministrada por don José L. Claro i la adicion de Antunes ha sido tomada del *Progreso* del 17 de junio de 1851.

campo del romance al tratarse de hombres tan especiales como el prestijioso soldado cuyas aventuras vamos a narrar i que en sí mismas constituyen el argumento acabado de una novela.

III.

Es Roberto Souper hijo de un antiguo capitan del ejército ingles i nació en Canterbury, la patria del jeneral Miller, héroe americano, como aquel ha sido héroe de Chile. A semejanza de otro estranjero ilustre que sirvió a nuestra patria i le sacrificó su vida, el coronel Tupper, Roberto Souper que pareció haber recibido, junto con la analojía del nombre, la de la bizarria, la posicion, i la lealtad, habia nacido, se puede decir así, en una cuna de fierro. Casi todos sus hermanos, como los hermanos de Tupper, fueron soldados i hombres de aventuras. Uno de ellos habia muerto heroicamente en el sitio de Oporto, defendiendo aquella plaza contra el pretendiente don Miguel de Portugal i otro pereció en un duelo, en una de las Antillas inglesas, en las que se encontraba de guarnicion. Roberto era de los menores entre ocho o diez hermanos que sobresalian por el ardor i la osadía de su carácter.

Puesto su padre a media paga, despues de la batalla de Waterloo, i no contando para subsistir sino con un escaso sueldo, emigró, como es costumbre entre sus compatriotas, al norte de Francia donde la vida es tanto mas barata cuanto es forzosamente modesta. Nuestro campeon comenzó pues la carrera de sus estudios, que es como si dijéramos la carrera de sus aventuras, en el puerto de Calais. Apesar de estar dotado de un injenio rápido i de una estraordinaria facilidad

para hacer la adquisicion de esos estudios jenerales que constituyen la educacion de un *gentleman* ingles, Souper, que es en verdad un verdadero jentil-hombre por sus modales i sus conocimientos en el dibujo, la historia, i la literatura (no así en el uso de los idiomas), pasaba sin embargo los años de su turbulenta niñez en una perpetua *cimarra*, i él mismo nos ha referido que le gustaba mas ir con los pilluelos de la calle a tirar piedras a las ventanas de la Prefectura, durante la revolucion de 1830 i a buscar camorras a las bandas de tambores de su edad, que asistir al aula protestante de Calais, donde a su turno era su víctima el pobre presbiteriano que le enseñaba a descifrar la Biblia.

Cuando Souper tenia diez i seis a diez i siete años, regresó a Inglaterra, i apénas puso el pié en la tierra del *spleen* i del suicidio, se apasionó de una romántica «miss» en un hotel de Lóndres, donde la ventura habia llevado a los dos amantes. Hubo suspiros, billetes, citas al balcon i todo aí! concluyó con una caja de fulminantes que se tragó el galan en un momento de fulminante despecho... Solo la robustez de un estómago lozano i remedios oportunos salvaron a nuestro héroe de aquel tósigo que propiamente usado, habria sido suficiente para matar un batallon entero o despoblar un parque ingles de todas sus liebres i faisanes.

Por los consejos de su familia i de su burlado amor, Souper resolvió emigrar, i en cierto hermoso dia, se metió en uno de esos colosales *Indiamen* (buques de la India) cuyos mástiles forman verdaderos bosques en ámbas riberas del Támesis.

El jóven emigrado vivió algunos años en Calcuta como dependiente de comercio o en otras profesiones industriales, hasta que habiendo reunido algunos fondos, regresó a Inglaterra.

Antes de embarcarse en las aguas del Ganges, habia, sin embargo, tomado parte en una empresa, cuya temeridad estaba mui de acuerdo con su inquieta índole. Encontrándose un dia a la mesa con los oficiales de un rejimiento ingles que guarnecia aquella colonia, se propuso por uno de los concurrentes, a influjos del vino, tomarse por asalto un pequeño fuerte dinamarques, cuya bandera flotaba en la opuesta orilla como una sombra i una tentacion para el orgullo ingles. La calaverada se puso en el acto en ejecucion, los oficiales se embarcaron en algunos botes, sorprendieron a los centinelas, i por un instante, se hicieron dueños del puesto, comprometiendo gravemente a su gobierno en una cuestion diplomática. Inútil es decir que Souper fué de los primeros en aceptar el convite de sus camaradas i en ponerlo en obra.

De regreso en su patria, el jóven viajero sintió en su pecho el hastío que la vida acarrea al espíritu cuando estrecha sus horizontes al rededor de nuestro inquieto e insaciable ser. Con el ausilio de sus amigos i de su familia, Souper resolvió entónces pasar de la categoría de emigrado a la de colonizador, i se dirijió a Australia llevando consigo ganados, máquinas i obreros, todos los elementos necesarios para fundar una considerable propiedad rural en aquel vasto i feraz continente.

Referir la vida del colono Souper en Australia es contar su existencia posterior de hacendado en Chile, con la sola diferencia del cambio de teatro. Cazerias salvajes en los bosques, rios pasados a nado, esploraciones en los desiertos, peleas cuerpo a cuerpo i a balazos con los indios feroces de aquellas comarcas, i sobre todo esto, un asiduo e intelijente trabajo: hé aquí los diferentes matices de aquella existencia, condenada por su propia naturaleza a la mas inalterable

monotonia. Apesar de todo, Souper, en cinco o seis años de fatigas, consiguió reunir un mas que mediano capital, debido particularmente a la crianza i mejoramiento del ganado lanar, del que habia llevado de Inglaterra algunas piezas escojidas.

VI.

Por esta época, llegó a oidos del jóven colono de Australia que dos de sus parientes se habian establecido en Chile, siendo uno de éstos la esposa de don Ricardo Price, uno de los mas antiguos i honorables comerciantes ingleses que hayan residido en Chile i el otro Mr. Edmundo White, rico consignatario establecido en Valparaiso. Ambos eran primos hermanos de Souper, i esta circunstancia le indujo a hacer un viaje a Chile, calculando que en este pais podria dar mayor impulso a sus negocios de campo. Dejó estos, en consecuencia, en poder de un tercero, i por el año de 1840, se hizo a la vela con rumbo a Valparaiso.

Souper contaba entónces 23 años de edad i era un gallardo i robusto mancebo. Su rostro tenia un ceño varonil que sentaba bien a la elegancia i soltura de sus modales un si es no es aristocráticos, que la vida salvaje no habia alterado en lo menor, porque en ningun pais ni en raza alguna es mas cierto aquel proverbio castellano *de que el jenio i la figura no cambia hasta la sepultura*, que entre los ingleses. Sus atractivos sociales i la posicion de sus deudos le abrió pronto los salones de la capital i el jóven *gentleman* pasó entre nosotros algunos dias de holganza i de buen tono.

Pero, a poco andar, supo que sus intereses habian recibido un fracaso irreparable por la infidelidad de un depositario; i entónces Souper, dejando el frac, vistió el *poncho* del chileno, i desde ese dia, fué nuestro paisano, i de tal modo, que no hai chileno que pueda decirse mas chileno que el «*gringo Souper*».

En su desgracia, encontró nuestro jóven huesped un amigo jeneroso en su pariente Price; i como fuera mui intelijente en la labranza, le confió la administracion de su valiosa hacienda de Semita, situada en las faldas de las cordilleras que riegan el Ñuble i el Perquilauquen. Ahí llevó Souper una vida segun su carácter i segun sus hábitos. Cansó todos los caballos de la hacienda; trasmontó las cordilleras; asistió a las «parlas» de los pehuenches en sus valles andinos; se hizo el amigo de todas aquellas tribus pastoras a quiénes confiaba sus invernadas de ganado; visitó las pampas; oyó contar las hazañas de los Pincheiras en los sitios de sus mas desesperadas proezas, i por último, rodeado de sus *compadres*, i como si fuera él mismo un cacique nómade, tomaba parte en sus salvajes festines, bebiendo en cueros de potros sus agrias chichas mezcladas con la sangre de sus feroces pujilatos. No faltó tampoco al ardoroso ingles el culto de alguna beldad indíjena, i mas de una vez, los ásperos farellones de los Andes escucharon a la caida de la tarde el canto de aquella Pocahontas araucana que embelesaba las horas del cautivo capitan Smith.....

Por otra parte, Souper se granjeó entre la jente mas civilizada de aquellos parajes una reputacion harto singular, a la que daban razon algunas de las excentricidades de su travieso humor. Como era ingles, teníanle en consecuencia por *hereje*, i como tal, corriose luego entre los sencillos campesinos de Semita que el guisado favorito de su mesa eran

los niños asados (1). Otras veces, el jóven ingles se daba a ejercicios mas filantrópicos entre sus semejantes. Cuéntase que durante un verano entero se entretuvo en viajar por los pueblos de la provincia del Maule, llevando un gatillo de barbero en las alforjas, con el que sacaba muelas a destajo a todos los pacientes, i como hiciese la operacion *gratis*, salian estos en tropeles a su paso. Uno de los vecinos mas influyentes de aquella provincia, don Juan Antonio Pando, fué una de las víctimas aliviadas por los férreos dedos de aquel singular cirujano.

De esta curiosa pero característica manera, vivió Souper en el sud durante cerca de diez años, haciéndose amar de cuantos le conocian por la jovialidad de su carácter i los rasgos de jenerosidad i valentia que se citaban de él con frecuencia. Entre los últimos, se referia que una mañana en que los presos de la cárcel de Talca se habian insurreccionado i salídose al campo, armados con los fusiles de la guardia, montó

(1) Souper nos ha referido que esta patraña cundió de tal manera entre los huasos de Semita, que los niños se subian a los árboles o saltaban las cercas cuando lo divisaban. Ocurrió tambien que vivia en la montaña una mujer sumamente gorda, i como se asustase esta infeliz con la noticia «del gringo come niños de Semita», preguntó a un vaquero si la comeria tambien a ella. El huaso, que era ladino, contó a su patron aquel lance i para tranquilizar a la pobre montañesa le encargó el último decirle con reserva que no tuviera cuidado porque él no comia carne humana sino en tiempo de manzanas, pues estas abundan silvestres en aquella latitud.

La mujer se mantuvo quieta, pero apénas comenzó a pintar la fruta en los árboles, desapareció de su guarida.....

Estas anédoctas no son por cierto estrañas entre nosotros. Como un pavoroso recuerdo personal, podemos decir que en aquella misma época las sirvientes de nuestra casa nos habian persuadido que

Souper a caballo, tan luego como supo el atentado, i dándoles alcance en un estero, armado simplemente de un garrote, trajo al suelo a varios cabecillas, obligando a rendirse a los demas.

Por esta época, hizo Souper aquello que hacen de mejor, segun unánime confesion, todos los estranjeros que habitan nuestro suelo. Casóse i casóse con chilena, que es como casarse dos veces, es decir, con la mujer i el anjel en ocasiones i otras con la mujer i el diablo... porque es un hecho averiguado entre las hijas de Eva de nuestro Paraiso, que entre las que son elejidas por estranjeros, no hai medios colores. Souper tuvo la suerte de los primeros. Uniose a una señorita Guzman i Cruz, que en su nombre llevaba una garantia contra el jenio del mal, i avecindose en Talca donde aquella vivia. Retiróse en consecuencia de Semita i púsose a trabajar en una pequeña hacienda llamada San Rafael, en la subdelegacion de Pilarco, propiedad de su señora i donde hoi vive.

el señor Price (nuestro vecino entónces en la calle de la Merced, de esta capital) *tenia cola*, porque era hereje; asi es que verle i escondernos era un suceso diario, cuando aquel buen señor se dirijia por las tardes a su paseo favorito del tajamar...... Que mucho entónces que en los campos de Semita creyeran antropófago al pobre Souper?

Acordamos indicar aquí que nuestro amigo, de quien hacemos esta prolija reseña por satisfacer la curiosidad que su nombre de estranjero ha despertado entre nosotros, nos contó una buena parte de su vida, cuando dividiamos una celda de la Penitenciaria en febrero de 1859. Tuve yo la advertencia de apuntar la mayor parte de los incidentes mas notables de su carrera; pero habiéndosenos estraviado esas notas i negándose Souper a comunicarnos noticia alguna (pues hasta para evitar que saliese su retrato en este volúmen nos ha escrito una carta de un pliego lleno de la mas sincera modestia), nos hemos visto obligados a recurrir a nuestros imperfectos recuerdos.

V.

En los mismos dias en que Souper saboreaba su luna de miel, comenzaron a hacerse sentir los primeros rujidos del huracan de 1851. Souper, desde luego, por simpatias de corazon i por comunidad de ideas, pues es hombre bastantemente ilustrado, se alistó en el bando liberal; i cuando se anunció como candidato un jeneral que tenia el mismo apellido de su mujer, el bizarro novio a quien habria bastado para hacerse partidario de aquel nombre el ser una galanteria conyugal, se declaró el mas entusiasta adepto de aquel caudillo, que entraba en la lisa política como a la arena de un palenque.

Así sucedió que cuando el recado del cura Mendez llegó a San Rafael, a las dos de la mañana del 22 de abril, Souper saltó de la cama, cargó sus pistolas, ensilló su caballo i fuese a galope a Talca, donde algunos vijilantes, puestos en celada, le prendieron aquella mañana. Un indiscreto o un traidor habia dado aviso anticipado de la carta de Riquelme, que ya hemos citado, al intendente de Talca.

Souper pasó amarguísimas horas en su prision, al punto de que un dia, habiendo tenido una riña con un centinela a quien le arrebató la bayoneta del fusil por entre los barrotes de su calabozo, intentó colgarse de una viga de puro despecho; i habria realizado su intento, que era como él mismo ha dicho «un ensayo de suicidio político», cuando le salvaron, advirtiendo sus guardianes el estertor de su sofocada respiracion. Por lo demas, Souper pasaba las tediosas horas de su encierro haciendo las caricaturas de todos los oficiales de guardia que custodiaban la cárcel (en cuyo ejercicio tenia una

admirable inventiva) o cantando en la vihuela las mas estrambólicas tonadas, o escribiendo, por fin, a sus amigos sus penas i sus alegrias de patriota. De estas últimas revelaciones queremos citar aquí una que es singularmente característica i que cierra con propiedad este desaliñado pero no desemejante retrato. Dirijiéndose a un sobrino (1) del jeneral Cruz que acompañaba a éste en su residencia de Santiago, le escribia, en efecto, con fecha de 20 de mayo de 1851, a propósito de su adhesion a aquel caudillo, las siguientes palabras, con su peculiar estilo epistolar.—«Póngame a las órdenes i disposicion de mi jeneral i dígale, a mas, que espero todavía hombrear el fusil i de pelear a su lado en su causa i por mi patria adoptada; que la benigna Providencia le ha nombrado a ser el defensor i el escudo de Chile i que con el ejemplo de su patriotismo de él, su honradez, firmeza i desinteres, Chile tomará el vuelo en la civilizacion i con pasos jigantescos reconquistará todo lo que ha perdido en estos veinte años atras. El pais lo asimila al trigo con los yelos. Sale la hoja, pero, al fin, los yelos lo aplastan e impiden su desarrollo. Asi ha sido el pobre Chile! La opresion de los veinte años no ha dejado lucir sus virtudes, miéntras tanto que las maldades han ido macollando; pero ahora, con nuestro sol, nuestro jeneral Cruz, el peso, el yelo de las malas leyes se quitarán i la planta llegará a dar su espiga cargada de productos.—Viva Chile i viva la patria i viva el jeneral Cruz!»

Tal era el hombre tan simpático como estraño, tan popular como temido, que debia ponerse al frente del primer tumulto armado que tuviera los visos de un combate, en la guerra civil de 1851.

(1) Don José Luis Claro, que ha tenido la bondad de confiarnos esta carta orijinal, asi como algunos otros papeles de interes histórico.

VI.

Recéloso, en efecto, el intendente de Talca, don Pedro Nolasco Cruzat, hombre de bellísimas prendas individuales i de una probidad ejemplar, tanto en lo privado como en la política, resolvió enviar a Santiago a Souper i a sus compañeros, luego que supo con alguna certidumbre el movimiento de Concepcion.

En la madrugada del 18 de setiembre, despachólos, en consecuencia, con una escolta de milicianos de caballería al mando del sarjento mayor don Samuel Banderas, oficial valiente, chilote de nacimiento, que existia en Talca en calidad de segundo jefe del batallon cívico de aquella ciudad.

Llegados los reos a la villa de Molina, pusiéronse a la mesa, i miéntras Banderas salia a tomar algunas medidas, Souper, que durante la marcha se habia ganado unos pocos soldados, echóse sobre los centinelas, i al grito de *revolucion! i viva Cruz!*, toda la partida depuso las armas. Los inquilinos de Antunes se habian reunido tambien en esos momentos, a la voz de los mayordomos de Quechereguas, i ocurrian, en cuadrillas armadas de garrote, «a quitar a su patron». El levantamiento de la villa de Molina, que tanto sonó entónces como un alto hecho político, quedó pues consumado de aquella manera, i fué, no un motin, sino una jarana de huasos que ocurrieron al encuentro, mas como si se tratara de un *rodeo* o de una *trilla*, que de salvar la patria.

El único que intentó hacer alguna resistencia fué el sorprendido mayor Banderas; pero encontrándose perdido, se dirijió a Souper, e hincándose de rodillas, le pidió lo pasase con su propia espada, porque en su pundonorosa desespera-

cion, esclamaba que no queria sobrevivir a lance tan desdoroso. Souper se esforzó en consolarlo i aun le indicó que se alistara en su bando, yendo ambos a reunirse con el jeneral Cruz al otro lado del Maule, lo que el leal chilote, no desmintiendo esta vez su raza, rehusó con entereza.

Souper i Mendez, ganando minutos, pusieronse a organizar los pocos elementos militares que habia en la villa, pues temian ser acometidos el mismo dia por fuerzas destacadas de Curicó i de Talca, a donde habia volado en alas de la ponderacion la nueva del tumulto. Depusieron al gobernador don José Antonio Maturana (un anciano inofensivo que, en el pavor de la primera alarma, huyó al campo i se fracturó una pierna al escalar una elevada tapia), i nombraron en su lugar al vecino don José Maria Iturriaga; tomaron posesion del estanco, reunieron caballos i armas, i por fin, montaron una fuerza de cien hombres, entre los que habia solo quince o veinte capaces de entrar en campaña, contándose entre estos la mayor parte de los milicianos que habian custodiado a los reos desde Talca. El cura Mendez, con su prestijio de párroco, era el mas activo i eficaz segundo de Souper, miéntras que Antunes, hombre tímido i enfermizo, se habia puesto en salvo, dejando, sin embargo, órdenes a sus administradores para que auxiliasen jenerosamente a sus amigos con cuantos recursos existieran en la hacienda de Quechereguas.

VII.

En esta disposicion encontrábanse los revoltosos de Molina al caer la tarde del 18 de setiembre, cuando el gobernador de Curicó, un hombre bueno i sencillo del apellido de Fuenzalida, «deseando quitar, dice él mismo, con relacion al al-

boroto de Molina, esa piedra de escándalo que servia de obstáculo a las comunicaciones i a los transeuntes. . .» (1), resolvió mandar un pequeño ejército de huasos contra los huasos de Molina, confiando su mando a un oficial llamado Merino.

Cuando ya las sombras de la noche caian sobre el campo, avistáronse las dos divisiones enemigas. El ardoroso Mendez, con sus sotanas amarradas a la cintura, comandaba los de Molina. Merino se avanzaba con los curicanos. Pero el poderoso rio Lontué se interponia todavia entre los combatientes, «cuando (para contar este descomunal combate con las propias palabras del narrador oficial de tan cómico lance) (2), habiendo pasado la partida curicana el rio Lontué i aproximándose hasta cerca de Quechereguas, donde los revoltosos estaban situados, salieron estos al encuentro en número de ciento, segun cálculo, mal armados, pues varios cargaban las vainas solamente de sus sables i otros garrotes. Estando a la vista estas fuerzas, i a la cabeza de la enemiga el presbítero Mendez, hizo este la apariencia de apretar sus monturas, como preparándose para una carga. . . . El teniente Merino se dispuso a esperar i resistir, aun cuando se hallaba ofuscado con noticias adversas. . . . Pero al estrecharse unos i otros, cuenta este gobernador digno de la ínsula Barataria, los revolucionarios, apesar de su doble número i de las malas lanzas del piquete de caballería de mi parte, los revolucionarios, digo, concluye el historiador curicano (como sacando la última

(1) Comunicacion oficial del gobernador de Curicó al Ministro del Interior, fecha de 22 de setiembre 1851. *(Archivo del Ministerio del Interior).*

(2) Comunicacion oficial de Fuenzalida, fecha 19 de setiembre. *(Archivo del Ministerio del Interior).*

brisma de respiracion que aun le quedaba en el pecho), se contuvieron manifestando debilidad i temor.»

De esta burlesca manera i sin mas contratiempo que la fractura de la pierna del gobernador de Molina, ménos feliz que su colega de Curicó, que escapó solo con un grandísimo susto, terminó la rebelion del departamento de Lontué, que hizo palidecer muchos rostros en la capital. Souper, entretanto, habia conseguido, por único fruto de aquel trastorno, armar 25 hombres escojidos i con ellos, llevando a Mendez de capellan castrense, se dirijió a la provincia del Maule a prestar a la revolucion el poderoso auxilio de su brazo i de su jeneroso entusiasmo. Segun una comunicacion del intendente de Talca, que habia despachado tambien fuerzas considerables sobre Molina, habíase avistado aquella partida, al ponerse el sol el dia 20, en los llanos de Perquin, i a las 10 de aquella noche, súpose que habia pasado el Maule por uno de sus vados de cordillera. Ese mismo dia, el gobernador Fuenzalida ocupaba triunfalmente a Molina, «quitando asi aquella piedra de escándalo en que se sentaban los transeuntes i detenia las comunicaciones».

VIII.

Miéntras los acontecimientos que acabamos de referir tenian lugar de esta parte del Maule, sucedíanse otros de harto mas grave importancia en la ribera meridional de aquel rio, cuyos vados son las llaves que cierran o abren las puertas de la capital.

Hemos dicho que don Joaquin Riquelme amagaba el dia 18 la aldea de Linares, con una montonera colecticia; mas, habiendo asumido una actitud enérjica el gobernador de aquella

poblacion, don Andres de la Cruz, i sabiendo, por otra parte, que el coronel don Domingo Urrutia habia levantado la bandera de la insurreccion en la vecindad del Parral, que era el pueblo de su residencia, resolviose Riquelme, hijo político de aquel, a marchar en su ausilio, para tentar un golpe de mano sobre aquella villa, no menos importante por sus recursos militares, pues sus hijos son en estremo belicosos, que por su posicion estratéjica, en el centro de las vastas planicies intermedias entre el Ñuble i el Maule, que es por consiguiente, el punto mas adecuado para cortar las comunicaciones entre el sud i norte en aquella direccion.

IX.

Era el coronel don Domingo Urrutia en 1851, uno de los mas antiguos soldados de la República. Habia conquistado sus grados i su nombradía de valiente en los campos de batalla que dieron libertad a Chile, i uno de sus miembros mutilados, que le habia merecido el apodo guerrero de *el manco*, atestiguaba una de sus mas celebradas proezas. Ayudante de campo del jeneral O'Higgins en 1814, encontrose en aquella inmortal jornada de Rancagua en la que es fama no hubo un solo cobarde, porque los que no recibieron la muerte, fueron a buscarla sable en mano sobre las líneas enemigas. Urrutia, al cargar sobre una trinchera, habia recibido una herida que le inutilizó completamente el brazo.

Ascendido despues a coronel, rico en propiedades de labranza, padre de una numerosa i bien relacionada familia, habiase hecho el patriarca del pueblo del Parral i de su comarca vecina, donde tenia sus haciendas. En política repretaba, por tanto, en la provincia del Maule, el mismo rol que

ejercia en la de Concepcion el jeneral Cruz, de quien era amigo íntimo i camarada desde la infancia. Tan pronto, pues, como se inició en el sud la candidatura de aquel caudillo, Urrutia se hizo su mas celoso i activo cooperador en todos los pueblos que se estienden entre el Maule i el Ñuble.

X.

Inmediatamente que llegó al Parral la noticia del alzamiento del sud, Urrutia tomó en consecuencia el campo; reunió sus inquilinos i los de algunos hacendados opositores como los Oses, Ibañez i otros, i una vez reunido con Riquelme, intimó rendicion al pueblo del Parral a las 11 de la mañana del dia 19. El gobernador de la villa don Santiago Urrutia, jóven animoso i sobrino del coronel, encerrose, sin embargo, en el cuartel del pueblo con cuarenta fusileros milicianos e hizo una valiente defensa durante hora i media, obligando a los asaltantes a retirarse desconcertados con pérdida de un muerto i varios heridos. Aquella fué la primera sangre vertida en la guerra civil i un triste augurio de las catástrofes que iban a sucederse. . . . El jefe revolucionario de la importante provincia del Maule se veia rechazado en el pueblo de su residencia i por uno de sus propios deudos. Retiróse, en consecuencia, el viejo caudillo, no poco despechado, a las sierras de Ninhüe i Quirihüe que forman la ceja montañosa de la costa en la provincia del Maule, hácia el sud de Cauquenes.

XI.

El movimiento de Urrutia, apesar de su fracaso, habia tenido, sin embargo, resultados de gran importancia. Por una

parte, ponia en conmocion toda la provincia del Maule i obligaba al intendente Necochea a desguarnecer los pueblos de la costa, como Constitucion i Cauquenes, para socorrer a las villas de la llanura, i por la otra, lo que era de mucho mas grave trascendencia, ponia al intendente del Ñuble en la dura necesidad de abandonar su provincia con las fuerzas que habia acantonado en Chillan.

El coronel Garcia viendo, en efecto, que sus comunicaciones con el Maule, i por consiguiente con la capital, estaban cortadas, púsose en el acto en movimiento, replegándose sobre el Maule i abandonando a la revolucion toda la provincia del Ñuble (bien que deprovista de sus mejores elementos de guerra) i una gran parte de la del Maule, pues solo se detuvo a orillas del Longaví, 12 o 13 leguas al sud de Talca.

El coronel don Ignacio Garcia no era, como su émulo en el Maule, un soldado de la independencia. Habíase distinguido solo en la guerra civil i desde Lircay, donde era capitan de Cazadores a caballo, databan sus ascensos. No se habia labrado una reputacion lejítima de bravo; pero reunia en alto grado las cualidades de refinada astucia e incansable actividad que constituyen el mérito militar i político de los caudillejos del sud. El gobierno habíale nombrado por esto intendente del Ñuble, i era el centinela avanzado que tenia la autoridad en la raya de la amenazante provincia de Concepcion.

Con una rara dilijencia i una enerjia de espíritu no ménos notable, Garcia habia reunido en Chillan una poderosa i lucida division que iba a ser el núcleo i la parte mas eficaz del ejército destinado a salvar al gobierno de su inminente ruina. Componíase aquella de los dos disputados escuadrones de Cazadores a caballo, que, como hemos dicho, habian llegado a Chillan con el coronel Riquelme en la noche del 21 de setiembre, de la compañía de cazadores del Yungay, compuesta

de 100 hombres que mandaba el bizarro capitan don José Campos, del escuadron de la Laja, que habia salvado el mayor Aguilera i que constaba de 70 plazas, de otro escuadron de Chillan al mando del comandante Briseño, con la fuerza de 130 hombres, i por último, del brillante i disciplinado batallon cívico de Chillan al mando del octojenario coronel don Clemente Lantaño i que contaba 430 plazas. Estas fuerzas pasaban de 800 hombres de exelente tropa, i se aumentaron despues a más de mil con seis compañias cívicas que Garcia reclutó en San Carlos, Cauquenes i el Parral.

Habiendo llegado Riquelme en la noche del 21, como hemos visto, con la division de la frontera, Garcia se movió de Chillan en la mañana del 23, habiendo destacado previamente 30 cazadores al mando del sarjento mayor don Manuel Gazmuri para socorrer el Parral i San Carlos contra los ataques de Urrutia.

El mismo dia de su partida, se acampó en San Carlos, i al dia siguiente, en el Parral, pues como se le desertaron en gran número las fuerzas de milicias que traia de mas allá del Ñuble, resolvió retrogradar hasta el Longaví, a donde llegó con estraordinaria presteza, interponiendo este rio entre la revolucion del sud i la resistencia de la capital que se adelantaba ya hasta el Maule.

Uno o dos dias despues de haber acampado Garcia su division en la márjen derecha del Longaví, el jeneral Búlnes llegaba a Talca con su estado mayor.

Habia pasado el período de las escaramuzas i de las guerrillas. Iba a abrirse en grande escala la campaña de la guerra civil.

———

CAPITULO II.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO DEL GOBIERNO.

Se pone en marcha para el sud el jeneral Búlnes.—Accidentes de su viaje hasta Talca.—Aspecto de las poblaciones del tránsito en presencia de la revolucion i medidas políticas que se adoptan.—Diario de campaña del secretario del jeneral en jefe don Antonio Garcia Reyes.—Recomendaciones honrosas que hace el presidente de la República a este personaje i al auditor de guerra Tocornal.—Recursos militares de la provincia de Colchagua.—El jeneral en jefe se dirije a Longaví, pero regresa desde el camino a Talca, para pedir refuerzos al gobierno.—Solicita la presencia del Ministro de la Guerra en el cuartel jeneral i se pone aquel en marcha.—El jeneral Búlnes se traslada a la division de vanguardia.—Aspecto formidable que presentaba la revolucion en aquellos momentos.—Palabras de Garcia Reyes.—Llega al cuartel jeneral el juez de letras de Concepcion Sotomayor con las primeras noticias fidedignas de los acontecimientos del sud.—Se retira la division de vanguardia a Longomilla, i se teme no poder organizar el ejército en la márjen sud del Maule.—Comienzan a llegar a Talca i al campamento de Chocoa los cuerpos del ejército.—Desconfianzas que se abrigan sobre la fidelidad del batallon Chacabuco.—Se traslada el cuartel jeneral a Chocoa.—Se recibe la noticia del triunfo de Petorca i es celebrada con salvas de artilleria.—Pro-

clama que con este motivo dirije el jeneral Búlnes al ejército.—Revista jeneral del ejército que tiene lugar el 22 de octubre.—Proclama del jeneral Búlnes en esta ocasion.—Precipitado viaje que hace a la capital el coronel Gana con el fin de solicitar refuerzos para los cuerpos de caballeria i artilleria.—Organizacion de las tres armas del ejército.—El comandante don Santiago Urzua.—Muévese el ejército hácia el Ñuble.

I.

A las dos i media de la tarde del 21 de setiembre de 1851, emprendió su marcha al sud, desde la capital, el jeneral Búlnes, nombrado jefe del ejército de operaciones que iba a organizarse en Talca, o, mas probablemente, en Chillan (como se creia en esos momentos) contra los rebeldes de Concepcion. Acompañábale, en una estensa fila de carruajes de posta, toda la plana mayor que habia nombrado en la capital en las cuarenta i ocho horas anteriores (1). En la madrugada

(1) «En la noche del 19, dice el secretario del jeneral Búlnes don Antonio Garcia Reyes, en su interesante diario de campaña citado en la *advertencia* del volúmen anterior, se recorrieron los diversos medios de accion que podian emplearse, i se pulsearon los elementos de que el gobierno podia disponer. Despues de echar miradas en grande por este órden sobre el asunto grave que venia a complicar la situacion de la República, los miembros del gobierno i nosotros nos retiramos, dándonos cita para el siguiente dia temprano.» I en seguida añade, aludiendo a los preparativos hechos durante todo el dia 20. «Fué grande la actividad que desplegó el jeneral durante todo el dia para disponer lo conveniente a su marcha. Todo a su alrrededor estaba en movimiento, i atendia simultáneamente a la organizacion del ejército, su provision de armamento, municiones, la correspondencia, la combinacion de planes, de operaciones militares i diversas providencias en el órden político.»

En el apéndice de documentos, bajo el núm. 1, damos publicidad al notable documento del que copiamos estas palabras. El

do aquel mismo dia, habíanse puesto tambien en marcha 50 Granaderos a caballo, al mando del comandante don José Tomas Yávar, con el objeto de servir de escolta a los viajeros.

II.

Detúvose el jeneral en jefe, la noche de su partida, en la hacienda de Nos, a orillas del Maipo. Hizo llamar aquí al comandante Silva Chaves que reorganizaba el batallon Chacabuco en San Bernardo i le dió órden de dirijirse a San Fernando para completar la recluta de su cuerpo. Con un objeto análogo, hizo adelantarse hasta Curicó al intelijente oficial don Caupolican de la Plaza para que prestase ayuda al comandante Yañes en el enganche i equipo del escuadron de Lanceros, que este debia levantar en aquel punto.

La segunda jornada del jeneral Búlnes le condujo solo hasta Rancagua i la del siguiente dia, hasta San Fernando. Pocas leguas ántes de llegar a esta villa, la mas triste i la mas atrasada de la República, en atencion a sus recursos, reci-

diario del señor Garcia Reyes, con la escepcion de uno o dos pasajes, es una pieza digna de la historia, por la templanza de su estilo, la claridad de su juicio i el espíritu a todas luces imparcial con que ha dictado sus impresiones. Es lástima que no esté del todo completo, pues solo lo siguió hasta el dia en que el ejército del gobierno se puso en marcha sobre el Ñuble, a principios de noviembre. Esta deficiencia está, sin embargo, completamente salvada con el estenso parte de las operaciones de aquel ejército, que presentó el jeneral Búlnes al gobierno en enero de 1852 i que fué redactado por Garcia Reyes, con su característico estilo brillante i a veces pomposo en demasia. Este último documento se publicó en la Memoria de la Guerra de 1852 i comienza precisamente en la época en que termina el diario de Garcia Reyes que publicamos.

bió en el portezuelo de Pelequen las primeras noticias que pintaban de una manera alarmante el movimiento del sud. El intendente revolucionario Vicuña le escribia de potencia a potencia, como hemos referido ya, invocando su gloria i sus servicios para salvar el país, anulando la írrita eleccion del presidente Montt i convocando al pueblo a comicios constituyentes.

En el cuarto dia de viaje (24 de setiembre), alojóse el jeneral en Curicó; i confirmada ya en este punto, por comunicaciones oficiales, la gravedad de los acontecimientos que tenian lugar ultra-Maule (una de cuyas consecuencias mas alarmantes era la retirada de Chillan del coronel Garcia i el abandono de las líneas del Itata i del Ñuble), escribió al gobierno de la capital, exijiendo que se demorase el envio de la espedicion organizada en Valparaiso i que de un momento a otro debia embarcarse para el norte. Acelerando entónces su marcha, llegó a Talca en la tarde del dia 25, habiendo recibido en Camarico, a poca distancia de aquella ciudad, nuevas evidentes que atribuian a la revolucion del sud un carácter formidable (1).

(1) «Estas ocurrencias, dice Garcia Reyes en su diario, con relacion a las noticias recibidas en Camarico, eran de siniestro agüero. La provincia entera de Concepcion aparecia en armas contra el gobierno. El jeneral Cruz, cuyo nombre no habia figurado hasta entónces en la lista revolucionaria, se habia quitado la máscara, escribiendo a Venegas para que se adhiriese al movimiento, segun lo comunicaba reservadamente el intendente del Ñuble. Sobre todo, el abandono de Chillan i el retiro de la division que la guarnecia debian producir un efecto moral de mucha trascendencia a los pueblos. Bajo la influencia de estas impresiones, añade en seguida, llegamos a Talca, a cuyas puertas salieron a recibirnos el intendente don Pedro Nolasco Cruzat i el coronel Letelier.»

III.

El aspecto de las poblaciones que el jeneral en jefe habia recorrido en su tránsito ofrecia el fuerte contraste de las pasiones que dividian los ánimos en aquella época escepcional de tan violento enardecimiento político, como ni ántes ni mas tarde se viera jamas igual entre nosotros. Recibiólo, en efecto, el pueblo de Rancagua con arcos triunfales; el de Rengo con una lucida cabalcata, a cuya cabeza venia el gobernador don Antonio Lavin, i por último, el de Curicó con un improvisado baile. Pero en Molina i en Talca, el semblante de los vecinos habia tenido para los viajeros harto distinto ceño. «Nos pusimos en marcha, dice el secretario del jeneral en jefe en su diario citado, aludiendo a la primera de estas dos últimas poblaciones, siendo bien notoria la indiferencia i aun la descortesia con que los vecinos de Molina vieron pasar al jeneral i su comitiva» i respecto de la acojida que les hacia el mas importante de los pueblos del sud en un sentido militar, i que por tanto iba a ser el cuartel jeneral de la resistencia, el narrador añade solo estas palabras que pintan mas bien un desengaño que un enfado. «Ninguna de las demostraciones que habiamos recibido en los demas pueblos nos lisonjearon en ésta.»

Pero aun en las poblaciones en que se habia hecho manifestaciones oficiales de regocijo, notaba el sagaz caudillo de la resistencia los síntomas del profundo descontento con que era recibido por los pueblos de la República su mal apadrinado candidato. En Rancagua, donde comienza en Chile la *provincia,* despues que se han salvado las puertas de la omnipotente capital, no se observaba ajitacion visible de ningun

jénero, lo que podia esplicarse por el rol que aquel pueblo está llamado a desempeñar, como un suburbio político de la capital, i tambien por la influencia del popular gobernador que entonces la rejia. Era este el ciudadano don José Hermójenes Alamos, jóven entusiasta i lleno de prendas personales, que se habia consagrado con un jeneroso ardor a la causa de sus simpatías. Pero en Rengo, ya la opinion aparecia sin máscara. Los pudientes vecinos Rivas, Labarca i Madariaga hacian una desembosada oposicion, i casi a presencia del jeneral Búlnes, habia tenido lugar en aquel pueblo una riña entre dos individuos por diferencias políticas, saliendo uno de ellos herido. En Curicó, los dos bandos opuestos estaban mas caracterizados, alistándose en uno i otro las mas influyentes familias del departamento. A la cabeza del círculo crusista, estaban los ciudadanos don José Maria Labbé i don Francisco Javier Muñoz; i era tal el encarnizamiento que comenzaba a apoderarse ya de los espíritus, que el último se encontraba arrestado en su casa. En el mismo San Fernando, capital de la provincia de Colchagua, notóse cierta flojedad en el ánimo del intendente don Juan Nepomuceno Parga, por lo que se hizo venir de la capital, como en calidad de asesor político, al jóven don Julian Riesco, que se habia hecho conocer en aquel pueblo por rasgos de enerjia cívica, miéntras desempeñaba la primera majistratura judicial de la provincia, durante las elecciones de 1849. Igual medida adoptóse en Talca, adjuntándose al intendente Cruzat, con la comision de comandante de armas, al coronel don Bernardo Letelier, hombre enérjico i vecino relacionado en aquella poblacion.

El jeneral Búlnes habia delegado en sus dos consejeros interinos Garcia Reyes i Tocornal todas las facultades que requerian las medidas puramente políticas que era preciso

acordar; i así sucedió que eran aquellos ciudadanos, i particularmente el último, el que en cada uno de los pueblos de la via habíase esforzado en aplacar los espíritus, tratando de conciliar las pretensiones encontradas de los vecinos, a fin de que prestasen una uniforme cooperacion a los esfuerzos que iba a tentar el gobierno para salvarse. En estos pasos cumplian los dos procónsules políticos de la revolucion del sud enviados por la capital, un noble encargo del jefe del Estado i, al mismo tiempo, obedecian a las instrucciones mas inmediatas del jeneral en jefe a cuyas órdenes servian (1). «El presidente nos hizo especial encargo a Tocornal i a mí, dice en efecto García Reyes en su diario, de que cuidasemos empeñosamente de informarnos de las necesidades de los pueblos que visitaramos en la marcha i le pasasemos formulados los proyectos de decreto que nos pareciesen convenientes, ofreciéndonos desde luego que serian acojidos i ejecutados empeñosamente. Tambien nos encargó que regularizásemos en lo posible la administracion i diésemos informe detallado de todo lo que debiera estar en su noticia, requiriéndonos mui especialmente que procurásemos desarmar las injustas prevenciones políticas que se tenian por algunos e inspirar confianza en las intenciones del gobierno.»

(1) He aquí como se espresa el secretario del jeneral Búlnes con relacion a los sentimientos personales de este jefe, i los suyos propios al hablar de los acontecimientos de la villa de Molina. «El gobernador es hombre de carácter i está desencantado de las esperanzas que algunos ponen en los medios pacíficos i conciliatorios para aquietar un pueblo revolucionado. A fé, que tiene razon! El jeneral, que no comprende este sistema i es excesivamente opuesto a todo procedimiento vigoroso i decisivo en política, aconseja que la responsabilidad del atentado cometido se echase sobre pocas cabezas, que se llamase por bando a los prófugos para que volviesen a sus hogares i labores i se desarmase el aparato de persecucion que pudiera existir.»

IV.

Los elementos de guerra que habia reunido en su marcha el jeneral en jefe, no lisonjeaban, sin embargo, su ánimo, desmintiendo la creencia jeneral de que las comarcas de la provincia de Colchagua, cuajadas de una robusta poblacion, serian un inagotable depósito de brazos para la resistencia. Sin contar el disminuido batallon Chacabuco, que quedaba acuartelado en San Bernardo, no aparecian elementos en todo el territorio que se estiende por mas de 60 leguas del Cachapoal al Maule, para formar una division de mas de 500 hombres capaces de tomar el campo.

De los batallones cívicos de Rengo, San Fernando i Curicó, apénas estaban listos 200 hombres, encontrándose en la capital de la provincia 116 hombres del primer cuerpo, al mando del capitan Marquez, habiendo marchado un número igual de San Fernando a sofocar el alzamiento de Molina a las órdenes del coronel Porras. En cuanto a los batallones cívicos de Rancagua i Talca, que eran los mas fuertes, hallábase la mayor parte del primero en Santiago desde la sublevacion del Chacabuco, i el de la última ciudad no manifestaba disposicion alguna para hacer servicio fuera de su propio cuartel, segun lo declaró al jeneral en jefe, al dia siguiente de su llegada, el mismo comandante don Santiago Urzúa. En este mismo dia (26 de setiembre), se encontraban listos solo 163 infantes del batallon de Rancagua (1).

En milicias de caballería era, al contrario, abundante en estremo el territorio comprendido entre Rancagua i Talca.

(1) Libro *Miscelanea* del Ministerio de la Guerra.

Pero es sabido que, en nuestras guerras civiles, esta clase de tropas, si es posible decirlo así, solo forman un ejército de estómagos que devoran las vacas asadas en los fogones del campamento. A falta de jinetes útiles, el jeneral en jefe habia recomendado que se activara, en cuanto fuera posible, la compra de buenos caballos, a cuyo fin se habia señalado una tarifa que ascendia de una onza de oro a treinta pesos i se habia destinado para su adquisicion tres mil pesos en Rancagua, dos mil en Rengo i tres mil en Curicó.

V.

Mas, como ya dijimos en el capítulo anterior, el verdadero núcleo del ejército del gobierno estaba en la division de Chillan salvada por García. Comprendiolo así el jeneral en jefe, i al dia siguiente de su llegada a Talca (26 de setiembre), se ponia ya en marcha para el Longaví, con el objeto de inspeccionar aquellas fuerzas, cuando le dió alcance un espreso de la capital, por el que le anunciaba el gobierno (a consecuencia de las indicaciones que aquel le habia dirijido desde Curicó sobre la gravedad de los sucesos del sud) que habia dado órden de suspender el envio de la division destinada a la Serena i que una buena parte de esta se dirijiria a Constitucion, al mando del coronel don Manuel García.

Regresó con este motivo el jeneral en jefe aquel mismo dia al cuartel jeneral de Talca, para dictar las providencias militares que este cambio de operaciones exijia. Haciéndose cargo, de momento en momento, de cuan formidable aspecto presentaban los acontecimientos en las tres provincias sublevadas del Maule, Ñuble i Concepcion, i particularmente, de la Araucania, a cuyas lanzas el jeneral Búlnes

aparentaba temer mas que a ningun otro elemento de guerra, pidió en el acto a la capital el inmediato envio del batallon Buin i de una brigada de seis piezas de artilleria. Solicitó ademas que se alistara i se remitiera a Talca 150 mil tiros a bala i de fogueo, 2,000 fusiles, 2,000 sables i 100 mil pesos en dinero para la comisaría, a mas de los 40 mil con que se habia dotado ésta en la capital. El jeneral en jefe, que se veia tambien agoviado de atenciones, rogaba al gobierno con instancias despachase al ejército al ministro de la guerra don José Francisco Gana, excelente jefe de estado mayor, cuya ausencia se hacia sentir tanto mas vivamente cuanto que el jeneral Búlnes no tenia las cualidades especiales que este ramo militar exije. Sus deseos se habian anticipado en cierta manera, sin embargo, porque habiendo tenido un disgusto el coronel Gana, a presencia del presidente de la República i en su propio despacho, con el ministro de justicia Lazcano, a consecuencia de la redaccion de una nota del Ministerio de la guerra que el último impugnó, hizo aquel inmediatamente su renuncia. Pero púsose término a la dificultad enviando a Gana al sud, con retencion de su empleo de ministro de la guerra, i aunque en realidad no se hizo oficialmente cargo del estado mayor del ejército del gobierno, cuya comision desempeñaba el jeneral Rondizzoni, prestó, desde su llegada a Talca, a principios de octubre, eficaces servicios a la organizacion del ejército.

VI.

Acordadas estas medidas el mismo dia 26, el jeneral en jefe se puso en marcha con direccion al Longaví en la ma-

ñana siguiente. Penosas impresiones trabajaban el ánimo del caudillo de la resistencia al acercarse a la vanguardia de su ejército, que, en realidad, no existia todavía sino en decretos. La revolucion se presentaba ahora en toda su pujanza. Circulaban en el campamento de Longaví las ardorosas proclamas que el jeneral Cruz dirijía al ejército, i la impresion que producia en los espíritus se hacia visible en un desaliento jeneral. La desercion disminuia por momentos las fuerzas de vanguardia, i en un solo dia (2 de octubro), encontrándose el jeneral Búlnes en el sitio, se habian marchado al sud sesenta soldados del batallon cívico de Chillan. Sabíase, al mismo tiempo, que el coronel Urrutia estaba próximo a apoderarse de la capital del Maule, abandonada por el intendente Necochea, que no contaba con fuerzas suficientes para defenderla. Por otra parte, el gobernador de Quirihüe don Manuel Tomas Martinez, antiguo jefe del ejército, se habia defeccionado, entregando a la revolucion aquella importante posicion que cierra sobre el Itata las cadenas bajas del litoral, en cuyo riñon está situado Cauquenes. Diversas montoneras mandadas por un Martinez de Lara, un Fuentes i otros, recorrian ademas aquel territorio, habiéndose hecho completamente dueñas de la populosa costa de Chanco, i lo que es mas, amagaban de cerca a Constitucion, cuyo puerto importantísimo en aquellas circunstancias, habia sido imprudentemente desguarnecido por el oficial de marina don Leoncio Señoret, gobernador de aquella plaza. Habíase dirijido este jefe, al parecer sin órdenes, con mas de cien infantes, hácia Cauquenes, de donde le fué forzoso retroceder a toda prisa. Temia, en consecuencia, el jeneral en jefe, con sobrada razon, que los revolucionarios del sud se apoderasen de esta posicion, mediante la superioridad que les daba en la mar la posesion del vapor *Arauco;* i ciertamente, que si

se hubiera acometido por aquellos tan acertada i fácil empresa, la ruina del gobierno habríase hecho inminente. La movilidad, tan indispensable a las revoluciones populares i que al principio se habia malogrado con la pérdida de los Cazadores, alcanzábase así con mas ventajas por la mar. Puesta la vanguardia del ejército Penquisto en Constitucion, la línea de operaciones del jeneral Búlnes quedaba en el acto desbaratada, i lo que era mas grave, colocábase aquella en actitud de apoderarse de todos los refuerzos que en aquella direccion fuesen enviados de Valparaiso i aun del propio vapor *Cazador*, en que aquellos debian venir.

La situacion de los defensores del gobierno haciase pues mas crítica cada hora que pasaba. «El fuego de la revolucion, decia García Reyes en su diario, sin disputa habia tomado pábulo, i los ánimos de las poblaciones estaban alarmados i constreñidos por ella. Nuestras operaciones no encontraban cooperacion i ayuda espontánea, ni aun mediana con ausilio del dinero: lo probaba la escasez irremediable de noticias (1). Todo esto, añadia, sin embargo, no era obra de odiosidad sino de la actitud de la revolucion i de la debilidad de los

(1) Es un hecho singular el que solo por el juez de letras de Concepcion don Rafaël Sotomayor, dejado en libertad por el jeneral Cruz, se supiese en Talca, despues cerca de un mes, los primeros pormenores del movimiento de Concepcion. Aquel funcionario se habia embarcado en Talcahuano en el buque de vela *Mars*, i tan pronto como llegó a la capital (el 5 o 6 de octubre), se le comisionó para que fuese a dar cuenta de las noticias que traia al jeneral Búlnes. Llegó, en consecuencia, a Talca el 9 de octubre; pero era tal el aislamiento en que los partidarios del presidente Montt habian vivido en Concepcion, que aun ignoraban algunos de los hechos mas públicos que habian tenido lugar en derredor suyo. Sotomayor, por ejemplo, contaba que el jeneral Baquedano habia ido a Talcahuano a hacer la revolucion, la noche del 13 de setiembre, cuando es sabido que él permaneció en Concepcion, siendo Alemparte el que dirijió aquel movimiento.

medios con que se sostenia la causa del gobierno. Las cosas cambiarian de aspecto tan pronto como hubiese un cuerpo de tropa suficiente a disposicion del jeneral para emprender sobre el enemigo. Entónces el cuartel jeneral se adelantaria a Chillan, se estrecharia el teatro en que obra el enemigo i se procuraria sofocar, antes que terminar con sangre, la revolucion.»

VII.

Hízose pues preciso abandonar la línea del Longaví, que era ya la tercera posicion perdida por el ejército del gobierno. El dia 3 de octubre dispuso el mismo jeneral en jefe que el coronel García moviese su campo hácia el valle de Longomilla, cuyo rio cubriria el flanco derecho del ejército, que no tenia este reparo en el Longavi, i ponia tambien atajo a la desercion que diezmaba aquellas fuerzas. El dia cuatro quedó pues establecido el campo en la hacienda de Chocoa, a dos leguas del Maule, operacion que por sí sola indicaba la flaqueza de los elementos de resistencia que el gobierno podia oponer en aquellos momentos a la revolucion. Ese mismo dia escribia, en efecto, el secretario del jeneral en jefe a sus amigos de la capital, que juzgábase ya difícil en el cuartel jeneral organizar la resistencia en la ribera sud del Maule, i tal era la triste realidad de las cosas en aquellos momentos (1). Mas, quien hubiera podido ima-

(1) «Se hablaba (en las comunicaciones al gobierno de la capital) en la intelijencia de que el enemigo emprendia su marcha hácia las orillas del Maule, sin que nos diera tiempo talvez para organizar en la ribera sud de este rio las fuerzas con que debiamos resistirles. Se dió órden al Chacabuco para que se pusiese en marcha.» *Diario de García Reyes.*

jinarse que la tardanza de los jefes de la revolucion, a quienes cumplia poner la mas estraordinaria presteza en sus movimientos, hubiera de dar lugar, no solo a que el ejército del gobierno conservase sus posiciones de ultra-Maule, sino que despues del trascurso de mes i medio cumplidos recobrase otra vez las líneas del Ñuble?

I sucedió, sin embargo!

VIII.

Pasado, en verdad, el primero i mas terrible embate del contajioso movimiento popular que habia prendido en el sud i dejados los jefes de la resistencia en holganza para hacer sus preparativos, cambióse, irremediablemente, en pocos dias, el aspecto de las cosas, i antes de tres semanas, encontrábase listo, como por encanto, en la marjen izquierda del Maule, un lucido ejército, para abrir la campaña sobre los rebeldes de Concepcion.

El 9 de octubre habian llegado, en efecto, al cuartel jeneral de Talca i al campamento de Longomilla, a la vez, los primeros refuerzos de tropa veterana que iban a convertir en un verdadero ejército de operaciones la division de vanguardia. El coronel Garcia, que habia desembarcado en Constitucion el dia 5, con la mitad del batallon Buin, conducido desde Valparaiso por el *Cazador*, se incorporó a la division del sud en Chocoa, i el comandante don Erasmo Escala tomó cuarteles al mismo tiempo en Talca con una brigada de artilleria compuesta de 4 obuses i 4 piezas de batalla. Conducia ademas este acreditado jefe considerables pertrechos i 50 mil pesos en dinero.

Al dia siguiente, 10 de octubre, desfiló por las calles de

Talca, no sin cierto mal ceño que alarmó a los adictos a la causa del gobierno, el batallon *Chacabuco* que conducia Silva Chaves (1), i que completado en San Fernando, habia, salido de esta villa, con direccion al sud, el 7 de octubre. El 11 se movió desde Talca, hácia el campamento de Chocoa, el batallon *Colchagua*, compuesto de las compañias de Rengo i San Fernando, de que ya hemos hecho mencion. El 14 llegaron los Lanceros organizados por Yañes en Curicó i el 16 se dirijió toda la fuerza acantonada en Talca hácia Longomilla. Este mismo dia, se trasladó a Chocoa el cuartel jeneral del ejército de operaciones.

Presájios venturosos rodearon desde aquel momento al ejército que en aquel mismo sitio iba a sellar el triunfo, sino de sus armas, al menos de su disciplina. Al siguiente dia de su llegada, las bandas de música de los cuerpos i el estampido del cañon anunciaban a los soldados que sus camaradas del norte habian desecho en Petorca las huestes de la revo-

(1) «El aspecto jeneral del batallon, dice Garcia Reyes en su diario, el jesto i semblante de los soldados, al desfilar al frente del jeneral en su marcha de camino, desagradó a todos los circunstantes. Pocos momentos despues, se recibieron informes fidedignos que corroboraban la notica que se tenia del mal estado de este cuerpo. Desde su venida de Santiago, habia esparcido voces alarmantes sobre su fidelidad, anunciando que tan pronto como recibiese municiones se sublevaria.» Apesar de las manifestaciones de seguridad que hacia el comandante del cuerpo i de haberse dado a éste dos meses de paga, la desconfianza no se calmó, i aun díjose que una noche, el cuartel en que aquel estaba alojado en Talca fué rodeado por tropas, pues se suponia en rebelion a los soldados. El descontento de la tropa parecia, sin embargo, indudable, pues pocos dias mas tarde (12 de octubre), se espulsó del cuerpo a un sarjento Verdugo, despues de una horrorosa vapulacion, por haber proferido palabras de simpatía en favor del jeneral Cruz. Poco despues, se rebajó a soldados rasos cuatro clases del mismo batallon en el campamento de Chocoa.

lucion (1). Tres dias despues (20 de octubre), se presentó en Chocoa el lucido batallon *Talca;* i estando ya completo el ejército en sus tres armas, resolvióse el jeneral en jefe a abrir la campaña.

IX.

Quiso, con este objeto, hacer una revista preparatoria de sus fuerzas, i en consecuencia, el 21 de octubre, al mes cabal de su salida de Santiago, ordenó que todos los cuerpos formasen de parada. «La línea estaba arreglada, dice un testigo presencial (2), como en el campo de batalla. Las compañias de cazadores del Buin i del Yungay hicieron ejercicio de guerrilla en las dos alas de la línea con cartuchos de fogueo. La infanteria era mandada por el coronel don Manuel Garcia i la caballeria por el coronel don Ignacio. Despues de varias evoluciones con fuego, se les dió descanso, i un grito

(1) El jeneral Búlnes hizo circular en consideracion de esta noticia la siguiente proclama, que copiamos del diario del comante Silva Chaves.

«Las fuerzas del órden acaban de confundir a los rebeldes del Norte en las cercanias de Petorca.

«*Soldados*, esta victoria es el preludio de la que vais a obtener sobre los revolucionarios del sur. Vuestros compañeros de armas volverán victoriosos a unirse a vosotros en esta empresa de gloria. Vosotros acreditareis sin duda que sois tan bravos como ellos. Un esfuerzo mas, i la Patria afianzará para siempre sus instituciones i su prosperidad.

Búlnes.»

(2) Don Santiago Lemus, oficial de la secretaria del jeneral Búlnes en carta a su padre, fecha 24 de octubre, que orijinal tenemos a la vista.

unánime resonó en el campo de *Viva el jeneral Búlnes! Viva el órden!*» (1).

X.

Aquella revista puso de manifiesto, sin embargo, un notable vacio que se observaba por los jefes intelijentes en la organizacion del ejército. La infanteria era exelente i numerosa, pero la caballeria no guardaba proporcion alguna en su número con relacion a aquella tropa, pues solo se contaban 180 Cazadores a caballos i los 50 Granaderos que servian de escolta al jeneral en jefe. La artilleria estaba aun en un pié

(1) Con motivo de esta revista, el jeneral Búlnes dirijió a su ejército la siguiente proclama que tomamos de la *Civilizacion* del 30 de octubre.

« *Soldados*—La revista jeneral de ayer me ha dejado lleno de satisfaccion. Los cuerpos de las diversas armas han mostrado una instruccion militar que les hace honor. Yo he presenciado el entusiasmo que les inspira la causa que estan llamados a sostener, i estoi orgulloso de hallarme a la cabeza de soldados tan hábiles i tan patriotas.

«Doi las gracias, a nombre del Gobierno, a los jefes i oficiales que han sabido cumplir tan bien con sus deberes i preparar en tan breve tiempo los cuerpos que se han puesto a sus órdenes.

«*Soldados*:—Peleamos bajo la bandera de la República; defendemos las autoridades lejítimas que ella se ha dado; vamos a combatir la anarquia que amenaza consumir en un instante los bienes inmensos que una paz bienhechora de 20 años habia proporcionado a nuestro pais. El Cielo ha de bendecir los esfuerzos de los que sostienen tan bella causa.

«En pocos dias mas, marcharemos sobre el enemigo. Llevad desde luego la conciencia de que obtendreis sobre él, como valientes, una espléndida victoria.

Vuestro jeneral

Manuel Búlnes.»

mas desventajoso, pues solo existian 30 artilleros veteranos para manejar ocho piezas de calibre.

Conferenció el jeneral Búlnes aquella misma tarde con el coronel Gana, que era su consejero mas íntimo i mas eficaz en asuntos de estratejia, sobre los medios de obviar aquellos males, i determinóse, en el acto mismo, que el último se dirijiera a la capital aceleradamente a solicitar los auxilios necesarios. El coronel Gana llenó su comision con una presteza tan admirable, que habiendo salido el 22 de Chocoa, estuvo de vuelta el 28, permaneciendo de incógnito solo una noche en la Moneda. En su tránsito por los pueblos de Colchagua, movilizó varios destacamentos de caballeria, a fuerza de ruegos, i en Santiago obtuvo del asustadizo gobierno, ya un tanto tranquilizado con la victoria de Petorca, que se desprendiese del escuadron de Granaderos a caballo que servia de escolta al Presidente i de los pocos artilleros que aun quedaban i que componian en aquellos dias la única guarnicion veterana de la capital.

Estas fuerzas, habiéndose puesto en marcha el dia 25 de octubre, llegaron a Chocoa el dia 29, i casi al mismo tiempo (30 de octubre), se incorporaba al ejército la otra mitad del batallon *Buin*, que se habia batido en Petorca al mando del mayor Peñailillo, i que el *Cazador* habia desembarcado en Constitucion el dia 24.

El ejército de operaciones estaba completo i en número que pasaba de 3,000 hombres. Faltaba solo darle una lijera organizacion en la distribucion de sus jefes i oficialidad para ponerlo en estado de abrir en el acto la campaña.

XI.

Formóse, en consecuencia, el plan de organizacion que se adoptó i para dar a la infanteria de línea un solo centro, un rejimiento compuesto de los batallones *Buin* i *Chacabuco*, bajo la denominacion del primero de estos cuerpos, confiándose su mando al coronel don Manuel Garcia. Mandaban el 2.° batallon el comandante Silva Chaves i el valiente oficial don Basilio Urrutia, en calidad de mayor, teniendo este mismo puesto en el primero el bizarro i malogrado Peñailillo. Constaba este rejimiento veterano de 670 plazas i el objeto principal que se habia tenido al organizarlo en esta forma, era oponerlo al rejimiento Carampangue que se sabia a la sazon habia formado el jeneral Cruz en los Anjeles.

Entregóse el mando del *Chillan de línea*, compuesto de las compañías de infantería cívica de San Carlos, Parral i Linares, sobre la base de la compañía de cazadores del *Yungai*, al jóven capitan que mandaba éstas, don José Campos, quien, a semejanza de Peñailillo, debia morir en el puesto del honor, alentando a sus soldados. Los tres batallones de infantería cívica tenian tambien jefes acreditados. El *Chillan*, al comandante don José Maria del Canto, que habia reemplazado al octojenario Lantaño, el *Colchagua*, al esforzado comandante don Juan Torres, retirado hacia pocos meses de la asamblea de Aconcagua por sospechas de desafeccion al bando Monttista, i por último, el *Talca*, a don Santiago Urzúa, jóven tan distinguido por su carácter como por su civismo (1),

(1) Don Santiago Urzúa era natural de Talca i pertenecia a una familia de rango i acaudalada. Habíase hecho conocer como un jóven sério i moderado, i desde sus primeros años se habia

i a quien se habia agregado en calidad de sarjento mayor al bizarro oficial de estado mayor don Caupolican de la Plaza.

Componíase de esta suerte la infanteria del ejército del gobierno de seis batallones que formaban una fuerza de 1814 hombres, de los qué, algo ménos de la mitad eran veteranos. Púsose esta arma, que constituia por mucho la superioridad del ejército de operaciones, bajo las órdenes del coronel don Manuel Garcia.

La caballería tenia una composicion análoga. Constaba de 500 soldados de línea i 750 de milicias, formando un total de 1250; pero, como es sabido, solo podia contarse como fuerza eficaz con los escuadrones de tropas regladas. De éstas, los Cazadores a caballo, que tenia 200 plazas i eran el cuerpo favorito del ejército, estaban mandados por el comandante Venegas, que habia recibido (10 de octubre) la efectividad de su grado de teniente coronel, en premio de su supuesta fidelidad al gobierno. Mandaba los Granaderos (182

consagrado a la carrera del comercio, sirviendo en la casa de un respetable pariente, el señor don José Maria Silva Cienfuegos. El estudio de los idiomas habia sido su ocupacion predilecta i poseia notablemente el ingles, lengua a que era sumamente aficionado, acaso porque habia en su carácter i aun en su organizacion física muchos rasgos de la raza sajona. Era retraido, por carácter, de los asuntos políticos, pero la amistad que profesaba a don Antonio Varas, su amigo desde el colejio, le hizo tomar una parte activa en la revolucion, sacrificando su reposo, su fortuna i acaso muchas de sus mas íntimas simpatías. Solo a su prestijio entre los cívicos de Talca i a la jenerosidad con que les obsequiaba, debióse el que este cuerpo se prestase a tomar parte en la campaña. Por lo demas, es sabido que la batalla de Longomilla tuvo lugar en su propia hacienda de Reyes, cuyas casas fueron destrozadas por el plomo i el fuego. Urzua obtuvo una jenerosa indemnizacion por estos perjuicios, i murió poco despues (en 1852) de una manera repentina, en los baños de Colina.

plazas), el comandante don José Tomas Yavar i los Lanceros el teniente coronel don José Antonio Yañes.

Las milicias estaban divididas en ocho escuadrones, de los que tres formaban el rejimiento de Caupolican, compuesto de los huasos de «la huasa Colchagua» i los otros tenian el nombre de sus respectivas localidades, a saber: *Laja* (60 plazas) comandante Aguilera; *Chillan* (104 plazas) comandante Briseño; *Rancagua* (102 plazas) comandante Melo; i por último, los escuadrones de Linares i Curicó que tenian 84 jinetes el primero i 126 el segundo.

Todas las fuerzas de caballería se pusieron bajo la direccion del coronel de aquella arma don José Ignacio García.

La artillería, por último, constaba de 9 piezas con 100 artilleros, escasa dotacion, en verdad, pero cuya deficiencia suplian en gran manera el celo, el entusiasmo, i sobre todo, el probado denuedo de su jóven comandante don Erasmo Escala. Estaba dividida la brigada en dos baterías compuestas de cuatro obuses, cuatro piezas de batalla i un pequeño cañon de montaña que los soldados habian bautizado con el nombre de *el zorrito*.

El total del ejército con que el jeneral Búlnes iba a abrir la campaña se componia, segun estos detalles auténticos, de 3,345 hombres (comprendiendo 26 jefes i 155 oficiales) distribuidos en 6 batallones de infantería, 13 escuadrones de caballería i una brigada de artillería. Su equipo, en vestuario, armamento, municiones, hospitales, maestranza, comisaría i demas ramos de guerra era completo i lo animaba ademas un sincero entusiasmo por la causa que defendia (1).

(1) Véase en el documento núm. 2 el estado jeneral de las fuerzas del ejército del gobierno, que tomamos de la Memoria del Ministerio de la Guerra de 1852.

XII.

Organizado, pues, de esta manera, el ejército de operaciones i resuelto el jeneral Búlnes a aprovechar todas las ventajas de la ofensiva, levantó su campo de Chocoa el 2 de noviembre, disponiendo la marcha al Ñuble en tres divisiones sucesivas.

Componíase la division de vanguardia de la caballería veterana mandada por el coronel don José Ignacio García, la del centro de una gran parte de la infantería, bajo las órdenes del coronel jefe del rejimiento *Buin*, i la de retaguardia, de algunos cuerpos de infantería i escuadrones de milicia que custodiaban el parque, provisiones i bagajes. Iba al cargo de la última el coronel don Manuel Riquelme.

El jeneral en jefe se puso tambien en marcha el mismo dia 3 (1), dejando órdenes para que se enviase por mar un

(1) He aquí la única nota en que el jeneral Búlnes dá cuenta al Ministro de la guerra de este movimiento. Está copiada del orijinal existente en el Ministerio de la guerra.

CUARTEL JENERAL DEL EJERCITO DE
OPERACIONES SOBRE EL SUR.

Núm. 97.

Longomilla, noviembre 3 de 1851.

«Ayer ha comenzado a moverse este campo para aproximarse al enemigo, i hoi ha desocupado completamente su alojamiento para ponerse en marcha. El cuartel jeneral se moverá tambien hoi mismo.

«Lo digo a U. S. para que se sirva ponerlo en conocimiento de S. E. el Presidente de la República i anunciarle que tan pronto como arribe a las inmediaciones del Ñuble, le trasmitiré un informe exacto del ejército i de los accidentes que ocurran en la campaña.

Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.»

Al señor Ministro de la Guerra.

ausilio de tropas i armas al mayor Zúñiga. Suponia el jeneral Búlnes ocupado a aquel en sublevar la Araucanía, a retaguardia del jeneral Cruz, i se imajinaba que iba a cojerle, como dice la espresion vulgar de nuestra milicia, entre dos fuegos.

XIII.

Es pues ya tiempo de volver la vista hácia los acontecimientos que tenian lugar al sur del Ñuble, i que hemos dejado suspensos en el penúltimo capítulo del volúmen anterior con la llegada del jeneral Cruz a Concepcion, que ponia término a los aprestos e incertidumbres de la revolucion, para iniciar el período de la organizacion militar i de la guerra civil.



CAPITULO III.

APRESTOS MILITARES DE LA REVOLUCION.

Decrétase en Concepcion la formacion de dos batallones de infantería i un escuadron lijero, antes de la llegada del jeneral Cruz. —Aprestos militares en las fronteras.—Eusebio Ruiz.—Su carrera de soldado, su carácter i sus operaciones tan luego como estalla la revolucion.—El comandante don Manuel Zañartu. —Sus servicios i su rol revolucionario en 1851.—Su diario de campaña i carta que escribe al autor en 1856.—Su conducta en presencia de la revolucion i esfuerzos que hace para sofocarla.—Carácter de este jefe.—El comandante Lara ocupa a Quirihue i se reune al coronel Urrutia en las cierras del Ninhüe.—Desacertado envio del vapor *Arauco*, conduciendo a la comision de la Serena al puerto de Coquimbo, i salutacion que ésta dirijió al pueblo de Concepcion.—Combate del *Arauco* i del *Meteoro* en la boca de la Quiriquina.—Progresos de la insurreccion hasta fines del mes de setiembre.—Enfermedad del jeneral Cruz.

I.

Dejábamos, al finalizar el penúltimo capítulo del volúmen que precede, a la revolucion del sud fatalmente paralizada

en sus aprestos militares por la penosa enfermedad que agoviaba al jeneral Cruz. Yacia este en su lecho, esforzándose por encontrar en los aliéntos de su espíritu las fuerzas que faltaban a su naturaleza desfallecida. Nunca sobrevino un contratiempo mas grave i mas fuera de tiempo a una empresa destinada a sostenerse i a triunfar solo por el entusiasmo i la dilijencia de sus defensores. La revolucion habia podido tener lugar sin la presencia del jeneral Cruz, porque aquella era solo la forma moral de la ajitacion que sacudia a la república. Pero la organizacion militar no podia llevarse a cabo en ninguno de sus detalles sin su cooperacion inmediata i sin el prestijio que comunica a todas las voluntades la presencia del que las dirije hácia un fin determinado.

II.

El comandante de armas Baquedano, el intendente Vicuña i don José Antonio Alemparte que tenia particularmente a su cargo el departamento de Talcahuano i la organizacion de la marina revolucionaria, habian tomado, sin embargo, medidas militares de importancia desde el momento en que estalló la insurreccion, i muchos dias antes de contarse con la decidida adhesion del jeneral Cruz al movimiento. El dia 15, en efecto, 48 horas despues de dado el grito de rebelion, se habia mandado levantar un batallon de línea en Concepcion, comisionándose al ayudante de la intendencia don José Antonio Gonzalez para el enganche de los voluntarios. Al siguiente dia 16, se acuarteló el batallon cívico de Concepion i se puso bajo un pié de guerra con el nombre de *Batallon cívico núm.* 1, que fué despues cambiado por el de

Guia, en memoria de la victoria que, en la portada de este nombre, alcanzó en Lima el ejército chileno en 1838.

Empeñados los jefes del movimiento en adelantar su influencia i sus armas hácia el norte, determinaron tambien alistar con toda presteza un escuadron de caballería compuesto en su mayor parte de veteranos retirados, a fin de reemplazar de esta manera, en cuanto fuese posible, la funesta ausencia de los Cazadores. El 18 de setiembre se comisionó a don Francisco Prado Aldunate para que organizara esta tropa a la lijera, elijiendo del batallon cívico los hombres que fuesen mas aparentes para aquel servicio, i ordenóse al mismo tiempo, con fecha 21 de setiembre, que se comprasen 500 caballos, distribuyéndolos proporcionalmente en los cinco departamentos de la provincia. El dia 23 estaba ya listo, bien montado i armado de carabina i sable, (pues de esta última arma se habia encontrado un repuesto de mas de 200 completamente nuevos i un gran número de corazas en el almacen del cuartel militar de Concepcion) un escuadron lijero. Púsose éste a las órdenes del valeroso jóven don Ramon Lara, antiguo oficial del batallon Aconcagua que habia hecho con lucimiento la campaña del Perú en 1839, i que se encontraba asilado en Concepcion, perseguido por la asonada que habia acaudillado en San Felipe el 5 de noviembre del año anterior. Dioselo pór capitanes de compañía a don Hermójenes Urbistondo, jóven entusiasta i esforzado, que habia sido puesto en prision i en seguida desterrado, a consecuencia del motin de abril, i al antiguo capitan de Cazadores a caballo don José Antonio Sanhueza, agregado entónces a la asamblea de Concepcion. El mismo dia 23, movióse esta fuerza hácia el Itata con el objeto de apoyar las operaciones del ambulante coronel Urrutia que no contaba para dominar las provincias del Ñuble i del Maule

sino con tropeles de huasos armados de chusos i malas lanzas. El sarjento mayor don Benjamin Videla siguió a Lara con una pequeña fuerza de infantería cívica.

III.

Pero todos estos aprestos no salian del recinto de la desmantelada ciudad de Concepcion, donde, como hemos visto, estaba el corazon, mas no el brazo de la revolucion. Era en las fronteras donde debian reunirse las huestes guerreras que debian llevar aquella a la capital de la República en la punta de sus lanzas; i así era que se miraba con cierta tibieza toda medida que no fuese dirijida a levantar en masa aquellas belicosas poblaciones de la raya de la Araucanía.

Dos hombres iban a presentarse, entretanto, en aquellos parajes, como los opuestos emblemas de grandeza i mezquindad que debian caracterizar las campañas de la revolucion del sur. El uno era el titan de nuestras batallas, i su nombre glorioso resonaba desde su niñez en todos los ámbitos de las Fronteras con el májico prestijio de esas trompas bélicas con que los caciques araucanos avisan a sus tribus que ha llegado la hora de amarrar sus lanzas i montar sus caballos de guerra. Llamábase Eusebio Ruiz, i a su voz, no habia un solo jinete en ambas riberas del Biobio i del Vergara que no tomase la brida i empuñase el sable para correr a recibir sus órdenes. Era el otro don Manuel Zañartu, el comandante del batallon Carampangue que asumió, durante la revolucion del sur, la triste responsabilidad de todos los hechos en que los hombres de principios i los soldados de valor rehusaron tomar parte. Ruiz fué con Urizar el primero en desplegar al aire la bandera de la insurreccion militar en los campos

del sud, así como fueron los primeros en morir sobre el campo del honor. Zañartu, al contrario, se ostentó el mas empeñado i egoista enemigo de aquella rebelion, que despues de una victoria en gran manera malograda por su culpa, iba a ahogarse en la mísera pusilanimidad de su pecho de soldado en aquel oprobioso lance de Purapel.

IV.

Eusebio Ruiz habia visto la luz en Nacimiento, madriguera de leones, antes que poblacion de pacíficos colonos, avanzada hacia adentro de la frontera araucana.

A los 15 años de edad, tomó las armas, alistándose como soldado distinguido en el cuerpo de Cazadores a caballo, que mandaba el coronel Freire en 1817 i en el que servia, con la graduacion de teniente, su hermano Ventura Ruiz, otra de las lanzas que han dado alto renombre a Nacimiento. Hallóse, por consiguiente, en todos los encuentros que en aquel año nos hicieron dueños de la raya del Biobio, conquistando cada uno de los fuertes que protejen sus vados, a filo de sable. Penetró uno de los primeros en la plaza de Nacimiento el 8 de mayo de aquel año; apoderóse en seguida de Santa Juana, bajo las órdenes del valiente Cienfuegos, llamado vulgarmente el *Tacho* por la ronquera de su voz, i sostuvo, por último, durante cuatro meses el sitio a que fué reducido Freire en el fuerte de Arauco, despues de haberlo perdido Cienfuegos junto con la vida. Cuéntase que, en uno de estos ataques, el inesperto recluta de Cazadores echó el cartucho a la carabina con la bala en el fondo, por lo que el tiro no partió; reconviniéndolo en el acto su inmediato jefe, que era entónces el capitan don Salvador Puga, la respuesta de Ruiz fué tirar

la carabina al suelo i desnudar el sable i esclamando: *esta es la arma de los bravos!*, se arrojó en medio de las filas enemigas (1).

Durante la campaña de 1818, Ruiz confirmó su valor con su sangre. Protejiendo la retirada del ejército, recibió una lanzada en las llanuras de Quechereguas, que él se hizo pagar empero, a sus anchas, en la planicie de Espejo, pocos dias mas tarde. Sabido es que su cuerpo, con Freire a la cabeza, rompió al fin el cuadro del Burgos en la derrota de Maipo.

De las batallas en que el jóven Ruiz peleaba como jinete, pasó en breve a los encuentros de la mar. Embarcado con Lord Cochrane en 1819, encontróse en el asalto de Pisco i en el combate de la Puná, a la entrada del rio Guayaquil, donde fué herido de bala. Un año despues, volvemos a encontrarle en el sud, recibiendo otra herida de lanza en un encuentro (29 de diciembre de 1820), en el que su bravura dejó atónitos a sus soldados i al enemigo mismo que le acosaba. *Boleado* su caballo en un encuentro con las tropas de Benavides en la vecindad de Chillan, rodeóle un enjambre de indios que le asestaban sus lanzas, miéntras sus compañeros iban a rehacerse a corta distancia para emprender una nueva carga. Defendióse Ruiz con increible destreza, durante muchos minutos, con su lanza, i cuando los suyos llegaron a rescatarle, le encontraron todavía en pié, con el cuello atravesado de una herida, única lesion que habia recibido (2).

Durante todo el año de 1821, sirvió bajo las órdenes de un oficial que era digno de mandar a tan valeroso soldado, el

(1) Noticia comunicada por el coronel don Salvador Puga a don Pedro Félix Vicuña.

(2) Este dato nos ha sido comunicado por el señor comandante don José Antonio Yañes.

capitan don Manuel Búlnes. A su lado, recibió dos heridas de lanza en las vegas de Mulchen, habiéndose internado hasta las márjenes del Cautin, en el corazon de la Araucanía. Desde aqui, se adelantó hasta Valdivia con 100 cazadores i 300 indios aliados, permaneciendo un año entero vagando en las fragosidades de aquellas comarcas, que resonaban con el terror de su nombre. Durante toda esta terrible campaña, estuvo interceptado por el enemigo; i cuando se presentó de nuevo sobre el Biobio, con su tropa destrozada por la intemperie i los combates, habríasele creido el jefe de una infernal cohorte de macilentos espectros.

Antes de cerrarse la era de los combates de la independencia, Ruiz volvió a recibir el fuego de los enemigos de su patria. Unas de las últimas balas que se dispararon en las fronteras por los fusiles realistas, le hirió en un brazo, durante un encuentro que sostuvo en Arauco al lado del valeroso coronel Picarte. «Tenia fama de valiente, dice uno de sus émulos de aquella época i con mucha justicia, por su arrojo en los combates» (1). Lleno de cicatrices i con la nombradia de un bravo sin segundo, residia Eusebio Ruiz en Concepcion cuando estalló la revolucion de 1829. En el acto, toma partido en el bando que acaudillaba su antiguo coronel don Ramon Freire, i sin mas prestijio que el de su nombre, pónese a la cabeza de una compañia de Cazadores a caballo que logró seducir en el pueblo de Yumbel; entra con ellos en Concepcion, pone en arresto al coronel Cruz, que mandaba aquella plaza i a quien sorprende en su cuartel, i despues de reunir considerables fuerzas de milicias i algunos indios, marcha en ausilio del coronel Viel, que sitiaba a Chillan con las tropas consti-

(1) El jeneral Baquedano—Carta privada al autor, fecha de Concepcion, mayo 17 de 1862.

tucionales. Hásenos referido que en una de las salidas que hizo la caballeria veterana de la plaza sitiada, compuesta de 150 húzares, Ruiz, montado en un soberbio caballo mulato que habia pertenecido al coronel Quintana (llamado el *Moro*), la cargó con sus cazadores i en el *entrevero*, trajo al suelo con su propio sable once de sus contrarios (1).

El desastre de Lircay envolvió a Ruiz, como a tantos otros leales soldados de Chile, i habiendo emigrado al Perú, arrastró durante muchos años una existencia errante i azarosa. Encontrándose por acaso en Santiago diez años mas tarde, i se le designó oficialmente como una de las víctimas de aquella inicua trama de rufianes, que se ha llamado *golpe de Estado*, i que es conocido con el nombre histórico de la *farsa de Bazan i Bisama*. Ruiz fué procesado con el senador Benavente, el comandante de la guardia cívica Aldunate i otros ciudadanos acusados de haber atentado contra los dias del jeneral Búlnes, a quien se queria hacer mártir, para convertirle despues, mediante la virtud del *estado de sitio*, en presidente de la República. Absuelto en esta causa, forjada por los palaciegos del candidato oficial, volvió a su vida peregrina, sobrellevando con ánimo entero los contratiempos de su mala estrella política, cuya ténue luz siguió, empero, leal e impertérrito hasta el heroico i lastimero lance que puso fin a sus dias. Sabemos solo de los diez últimos años de la existencia de Ruiz, que fué subdelegado de Chañarcillo en Copiapó i que habiendo acumulado con su industria i ahorros una pequeña fortuna, se habia retirado a vivir tranquilamente en su pueblo natal de Nacimiento.

(1) Don Bernardino Pradel, que era en aquella época dueño del caballo que montaba Ruiz, nos ha referido este lance.

V.

Encontrole ahí la noticia del levantamiento de Concepcion, que, por cierto, no era un misterio para él. En el acto, montó a caballo, i dirijióse a los Anjeles para ponerse de acuerdo con Urízar, a fin de sujetar el escuadron de Cazadores que estaba en aquella plaza a las órdenes de Venegas. Mas, por desgracia, a su llegada, aquellos iban ya en marcha hácia Chillan, despues de haber burlado los esfuerzos de Urízar para detenerlos. Ruiz, sin embargo, no vaciló en seguirlos i despues de haberse puesto de acuerdo con Pradel (que como vimos llegó a los Anjeles el mismo dia de la partida de los Cazadores), galopó 14 leguas hasta darles alcance cerca de Cholvan donde se puso al habla con Venegas. Contestó éste a sus ardientes interpelaciones con palabras evasivas solamente; i aunque algunos soldados quisieron regresar con él, no lo consintió, a ménos que no volviese todo el escuadron. Cuando regresó a los Anjeles, i dió aviso a Pradel del mal éxito de su empeño, el jeneroso soldado se contentó con decir—*No importa! tengo catorce mil pesos que consagrar a la patria i no nos harán tanta falta los Cazadores* (1).

Marchóse, en consecuencia, a los pueblos avanzados de la frontera como Nacimiento, Santa Juana i Arauco, reunió las milicias, elijió los soldados mas a propósito para la guerra i dióse tanta prisa en sus aprestos que, a fines de setiembre, tenia ya reunido un lucido rejimiento de 300 lanceros, todos voluntarios. Enviáronse a este cuerpo todas las corazas que existian en Concepcion, por lo que se le dió el nombre de

(1) Dato comunicado por don Bernardino Pradel.

Dragones de la frontera. El 19 de setiembre se habia espedido por el intendente Vicuña el decreto de organizacion de aquellas fuerzas, nombrando coronel del rejimiento a Ruiz, comandante al oficial veterano don Pedro Alarcon, i sarjento mayor al capitan Zapata, antiguo soldado de los Pincheiras.

VI.

Era Eusebio Ruiz en 1831 un atlético anciano de rostro tostado, frente descubierta, pelo completamente cano, nariz grande i aguileña, alto, fornido, con músculos de fierro, i un semblante entre terrible i severo. Temíanle mas que le amaban sus subalternos. Era incansable en los ejercicios de su profesion, pues no gustaba tener ociosos a los soldados. Dábales el ejemplo de la sobriedad en los campamentos i era de aquellos raros jefes que cuando dan en los campos de batalla la voz de acuchillar al enemigo, no dicen a sus filas *os sigo!* sino *seguidme!* Pasaba entre sus superiores por insubordinado, porque no reconocia fila ni oia en los combates otro toque de los clarines que el que sonaba al degüello o a la victoria. Podia acaso tildársele de cruel, porque sableaba sin piedad i por su propia mano; pero si su reputacion de hombre se menoscaba con este juicio, su nombradía de soldado queda ilesa i mas imponente todavía. Era, en suma, Eusebio Ruiz uno de esos hombres que nacen para la guerra, viven en ella de sus propias heridas i, al fin, encuentran en un surco del campo la fosa de su gloria i de su sacrificio. Héroe mas que soldado, leon mas que hombre, su memoria vivirá entre los chilenos miéntras haya proezas militares que contar i miéntras sea preciso conservar altos

ejemplos de civismo republicano i de lealtad política que formen la escuela de los defensores de la patria.

VII.

Fué en todo opuesto a Eusebio Ruiz en su mision revolucionaria el comandante del Carampangue don Manuel Zañartu, i si reunimos en estas pájinas sus nombres, no es, en verdad, por hacer sombra al del último con una gran memoria, sino porque el hondo contraste de sus caracteres i de sus hechos se arranca por sí solo de los acontecimientos que narramos. Ruiz era, en las fronteras, el brazo de la insurreccion. Zañartu, al contrario, fué el espíritu tenaz de la resistencia. Por lo demas, su reputacion de soldado no podia menoscabarse al ponerla en parangon con la de aquel insigne guerrero, porque el comandante Zañartu, a quien se ha llamado con tanta amargura «traidor» i «cobarde», fué en su juventud uno de los mas brillantes oficiales de nuestro ejército, i en 1851 no se hizo nunca digno de aquellos apodos, si es que la franqueza a toda prueba en la conducta de los hombres es bastante a ponerlos a cubierto de la sospecha de la deslealtad. La culpa única de Zañartu, en 1851, fué el de ser un enemigo descubierto de la revolucion a que él solo por motivos personales prestó la ostensible adhesion de sus servicios.

VIII.

Don Manuel Zañartu i Opaso habia nacido en Concepcion, en el primer lustro del presente siglo (1804). Su familia era

oscura, pues él mismo dice, en un documento que daremos luego a luz, «que tenia mas de caballero por costumbres que de orijen», pero los brazos de su madre habian mecido en cada uno de sus hijos un soldado. Sus hermanos don Vicente, don Alejo i don José Maria, mas conocido con el nombre del *Pato*, se habian distinguido en la milicia, desde los primeros años de la independencia, el primero como comandante del Carampangue, i adquiriéndose el segundo la reputacion de un valiente en el arma de caballería.

Don Manuel habia tomado servicio, como Eusebio Ruiz, en 1817. Era entónces un niño de 13 años i recibió el bautismo del plomo, comportándose bizarramente delante de las trincheras de Talcahuano, en el asalto memorable del 6 de diciembre de aquel año, en el que recibió una herida de bala. Fué uno de los soldados del *núm.* 3 *de Arauco* (despues Carampague) que siguieron al capitan don José Maria de la Cruz hasta escalar las palizadas del fuerte i que siendo los primeros en la embestida, retrocedieron los últimos.

Ya antes Zañartu habia hecho su ensayo en la accion de Curaquilla a las órdenes del temerario Catalan Molina i en el asalto i sitio de Arauco con el bizarro Freire, cuando pasando a nado el batallon núm. 3, en medio del fuego enemigo el rio *Carampangue*, cambió aquel su nombre por del sitio de su hazaña.

Hizo, despues de haberse batido en Maipo, la segunda i tercera campaña de aquella guerra de Concepcion, en la que no se daba ni se pedia cuartel, durante los años de 1817, 1820 i 1821, encontrándose, como jefe de la reserva, en la batalla de las vegas de Saldias, que cerró, en las goteras de Chillan, el cuadro de aquella era de horrores, de la que el sangriento Benavides i el caballeresco mariscal Freire fueron los protagonistas.

Terminada la guerra de la independencia, no volvemos a encontrarle sino el año de 1830, cuando habia terminado la guerra civil. Era entónces Zañartu capitan del rejimiento de Húsares que cubria la guarnicion de Santiago, i habia servido, desde 1821, en distintos cuerpos i principalmente en los de caballeria, como en los Dragones, Escolta Directorial i, por último, en el Rejimiento de Cazadores. Mas, en aquel año, volvió a incorporarse a su antiguo cuerpo, de que era jefe su hermano don Vicente, a consecuencia de un lance que estuvo a punto de perderle (1).

Distinguióse despues Zañartu en la segunda campaña del Perú como sarjento mayor del Carampangue, i a su regreso a Chile, recibió poco mas tarde el mando de este cuerpo.

Hacia muchos años que cubria los fuertes de la Frontera con su aguerrido batallon, cuando, a principios de 1851, el jeneral Cruz, de quien era íntimo amigo desde que habian servido juntos en aquel cuerpo en 1817, le ordenó trasladarse a Arauco con una compañía de su cuerpo (la de granaderos, capitan Molina), con el objeto de disciplinar el batallon cívico de aquel departamento i adelantar la delineacion de aquel pueblo, azotado por tantas calamidades durante las guerras fronterizas.

Encontrábase pacíficamente ocupado en aquel fuerte cuando se hizo la proclamacion del jeneral Cruz, i desde luego, le

(1) Fué juzgado en un consejo de guerra, en diciembre de 830, por haber tirado un pistoletazo a uno de sus subalternos, con cuya mujer vivia en ilícitos amores. Condenósele por sentencia de 15 de mayo de 1831 a una prision de seis meses en un castillo i a la separacion de su cuerpo. Presidió el consejo el jeneral don Manuel Blanco Encalada i fueron vocales los oficiales Ansieta, Lattapiat, don Pablo Silva, don Nicolas Maruri i los coroneles Lopez i Obejero. El proceso se encuentra archivado en la comandancia de armas de esta capital.

prestó, en su carácter de ciudadano i como amigo, su mas empeñosa adhesion. No por esto creia comprometer su responsabilidad como jefe militar; i al contrario, sucedió que cuando llegaron hasta su retiro las voces de que el *Carampangue* apoyaria en caso necesario la rebelion armada, escribió a un amigo suyo, prohombre del bando Monttista en Concepcion, haciéndole las mas sinceras protestas de su adhesion a la autoridad (1).

Vino despues a Concepcion, nombrado elector por el departamento de Lautaro, i dió su voto al jeneral Cruz, habiendo tenido antes la delicadeza de ofrecer la renuncia del mando de su cuerpo al intendente Viel, para alejar asi toda sospecha de connivencia en los planes revolucionarios que entónces se susurraban (julio de 1851) en Concepcion. Es escusado decir que aquella no le fué admitida i con justicia, porque no habia quizá entónces en todo el ejército un solo oficial que estuviese mas distante de pensar en adherirse a una revolucion armada, que el comandante del Carampangue.

Sabíase solo que Zañartu, abominando de corazon las revueltas, profesaba al jeneral Cruz tal amistad i tan profundo respeto que no sabria negarle ni aun el mas árduo sacrificio, i bajo este presentimiento, contábase con su cooperacion personal, bien que a esta no se atribuyera gran importancia, desde que se disponia del Carampangue por medio de alguno de sus oficiales i particularmente del mayor Urízar. Hiciéronse, sin embargo, algunas tentativas para sondearlo mas directamente en sus intenciones. En los primeros dias de

(1) Carta a don Ignacio Palma, fecha de Arauco marzo 6 de 1851, en contestacion a la que aquel le escribió con fecha 4 del mismo mes i que publicamos en los documentos del apéndice en el tercer volúmen. La carta a que ahora aludimos puede verse en el documento núm. 3 del presente volúmen.

setiembre, se le remitieron con el ayudante de su cuerpo 500 pesos en dinero (producto de las libranzas traidas por don Francisco Vicuña de Santiago i de los que se dieron 2,000 pesos al mayor Urízar i 5 mil a don Bernardino Pradel, para impulsar la revolucion en los Anjeles i en Chillan) i unas cuantas varas de paño encarnado para obsequiar a los caciques. Pocos dias mas tarde i ya en la antevíspera de la revolucion (11 de setiembre), se presentó en Arauco el ciudadano don Juan José Arteaga con el fin de participarle la inminencia del movimiento. Pero Zañartu se limitó a devolver friamente el dinero, diciendo que no tenia en que invertirlo i a Arteaga dióle por toda respuesta que ignoraba absolutamente los planes para cuya ejecucion iba a pedirle su apoyo. Esto no era en manera alguna una deslealtad. Era, al contrario, la mas franca i esplícita animadversion profesada por él al movimiento revolucionario que iba a estallar en su provincia natal, sostenido por las bayonetas de los soldados que el mismo mandaba.

XI.

Así sucedió que, cuando llegó a sus manos la carta del intendente revolucionario Vicuña, de que ya hemos dado cuenta (1), desconoció en el acto su autoridad i antes de

(1) Zañartu nunca habia esquivado, sin embargo, la manifestacion de sus simpatías de hombre por la causa de Concepcion. Contestando a don Pedro Félix Vicuña (a quien hadia conocido en casa de su compadre don Manuel Serrano, cuando estuvo en Concepcion), le dice en una carta fechada en Arauco el 1.º de agosto i que orijinal tenemos a la vista, refiriéndose a la noticia que aquel le comunicaba de las medidas fuertes que se atribuia al gobierno, las siguientes palabras. «Si el gobierno, como U. in-

cerrar su respuesta, que tambien hemos publicado, envió un espreso a los Anjeles al intendente legal don Benjamin Viel, para ponerse a sus órdenes con toda su tropa.

I sin desmentir con el hecho la promesa, tan pronto como recibió la contestacion de aquel, llamándole a Rere, con el objeto de marchar de acuerdo, a fin de ir a sofocar la asonada de Concepcion, púsose en marcha el dia 18 i llegó a Rere el 22, habiendo sabido, a su paso por Santa Juana, i con profundo disgusto, segun refiere él mismo en su diario de campaña (1), la sublevacion de Urízar, la que habia tenido

fiere, quiere que se prenda a los que no le son afectos, es preciso mandar un ejército, pues tendrán que aprisionar a todos los habitantes de la provincia con escepcion de una docena i no creo que los hombres esten dispuestos a dejarse amarrar.»

(1) Publicamos íntegro en el apéndice, bajo el núm. 4, este importante i estenso documento. Escrito por Zañartu para su justificacion, hácesenos un deber de lealtad el darlo a luz, cuando le acusamos, i tanto mas cuanto que en él ha sido un acto de difícil condescendencia el ponerlo a nuestra disposicion. Por lo demas, el diario de Zañartu, retrata, si es permitida la espresion, de cuerpo entero a su autor. Ahí se verá al jefe revolucionario, que ni un solo momento deja de ser el comandante del Carampangue, acordándose solo de la racion i del pres de sus soldados, alabando las hazañas de sus oficiales o derramando una lágrima sobre los que habian sido inmolados; pero maldiciendo, al mismo tiempo, todo lo que no estuviera dentro de los cuadros de su cuerpo, i particularmente, a la revolucion, a su idea i a sus caudillos, en cuanto éstos eran los representantes de esa idea.

Damos cabida, a continuacion, a la carta que este jefe se sirvió dirijirnos, hace seis años, cuando, solicitamos por la primera vez su diario. Ella manifiesta cuales eran sus ideas en aquella época respecto de la publicacion que hoi hacemos, i las que en el dia parecen un tanto modificadas. La carta dice así:

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Concepcion, noviembre 6 de 1856.

Mui señor mio:

Es en mi poder su estimable carta fecha 30 del mes pasado, en

lugar, en los Anjeles, como hemos visto, en la madrugada del 17 de setiembre.

que me manifiesta que, movido por un motivo de bien público, al que está ligado su interes directo, le obliga a dirijirse a mi con el objeto de que le proporcione una copia de mi diario i documentos interesantes que existen en mi poder, para consultarlos en obsequio de la verdad i la justicia i ocuparse en la redaccion final de la obra relativa a los sucesos de la revolucion de 1851. Impulsado yo tambien por esos nobles sentimientos que a U. lo animan i anheloso por que se pongan en trasparencia aquellos hechos, para que el mundo entero conosca a los hombres que figuraron en ese aciago movimiento, me seria mui grato condescender con U., si no me lo prohibiera la conviccion en que estoi de que no es llegado el tiempo que juzgo conveniente para publicar lo que escribí en la campaña de aquella desgraciada época.

Hace mas de tres años que otras personas se insinuaron conmigo para que les diera las mismas copias que U. solicita con el fin que U. me indica, pero me les negué absolutamente, tanto por la causa anteriormente espuesta, cuanto porque, habiendo sido yo el blanco de la calumnia, me fuè necesario agregar al diario ciertos hechos de los hombres que no se saciaban de denigrarme, i que, apesar de haber presenciado sus malas acciones, habia prescindido antes espontaneamente de hacer reminiscencia de ellas. Mui seguro de no haber cometido un solo crímen que pudiera avergonzarme i me hiciera indigno del aprecio que con mis buenos servicios me tenia conquistado desde mi juventud, quise dejar inédito lo que escribí, esperando que con el tiempo se descubriera todo lo que entónces se creia inescrutable, i se convencieran los hombres que se ocupaban en chismes para lograr su deseado fin de minorar mi reputacion, i esta idea no me engañó, pues, a escepcion de dos o tres estúpidos i obstinados, todos los demas han variado de concepto i de lenguaje. En esta virtud ¿no seria una indiscrecion cooperar por mi parte a que se publiquen cosas que yo sé i pueden exacerbar los ánimos de los hombres que, persuadidos de que lo que se hablaba cinco años antes eran solo patrañas i viven ahora en tranquilidad conmigo? Me parece que sí.

Apesar de mi negativa, confieso a U. que estoi ávido por leer la historia de los acontecimientos del año 51, con tal que se escribiera con injenuidad e independencia, i ojalá que U., con su

Fué difícil al comandante Zañartu entenderse con el intendente Viel, porque su decidida voluntad de contribuir a sofocar la insurreccion, se estallaba contra las vacilaciones de aquel funcionario. Al fin, éste, no encontrando ya partido que tomar, nombró a Zañartu, en representacion del gobierno de Santiago, comandante de la alta i baja frontera con calidad de asumir la intendencia de la provincia, si él se veia obligado a retirarse. Con este título i con el carácter de un verdadero delegado de las autoridades de la capital, se dirijió Zañartu a los Ánjeles, donde solo despues de muchos dias de ansiedad (el 28 de setiembre), resolvió aceptar el movimiento revolucionario, declarando ántes espresamente a don Bernardino Pradel (quien le interpelaba sobre sus intenciones, a nombre del jeneral Cruz) *que se adheria a la revolucion solo en fuerza de su amistad personal i de ninguna manera por los principios que ella proclamaba* (1).

suficiente i conocida capacidad, se empeñara en redactarla interrogándome a mí, si lo juzga conveniente, sobre algunos hechos que quiera rectificar, pues, habiendo sido testigo ocular de todo lo que acaeció antes i despues de la campaña, puedo darle noticias ciertas, porque, a mas de ser veraz, conosco el descrédito en que caeria la obra de un historiador que, por no informarse bien, escribe falsedades.

Suplico a U. escuse las faltas de esta carta escrita por un viejo soldado que se suscribe de U. atento S. S. Q. B. S. M.

Manuel Zañartu.»

(1) Nos ha comunicado estas palabras testuales el mismo señor Pradel. Atribuyóse por algunos la poca voluntad de Zañartu para aceptar el movimiento despues que su cuerpo (esceptuando la compañía de granaderos que se encontraba en Arauco) estaba sublevado, a los celos que abrigaba por que no se le habia nombrado intendente de su provincia natal, como lo habia hecho el jeneral Viel en representacion del gobierno. Circulóse entonces la voz de que Zañartu habia dicho a su amigo don Juan José Arteaga, «que era una vergüenza el que dos *santiaguinos* como Carrera (nacido

X.

El desgraciado comandante Zañartu, a quien el vulgo se ha acostumbrado a mirar como el espectro de la revolucion de 1851, no era sin embargo un mal chileno. Poseia, al contrario, dotes que honraban su carácter como hombre i como jefe. Era pródigo de su fortuna, aunque en los negocios en que intervenia en su carácter público desplegaba la mas acrisolada honradez. Tenia pocos amigos, porque su jenio adusto le enajenaba voluntades, pero servia con lealtad i desinteres a los que tenian alguna preferencia en su corazon. Como jefe militar, era, sin duda, uno de los mas distinguidos de nuestro ejército. Habíase borrado, aun entre sus contemporáneos, la memoria de las hazañas de su juventud, pero todos le reconocian sus relevantes cualidades militares. Tenia una vasta instruccion en el arte de la guerra i estaba dotado de una intelijencia mas que suficiente para su ejercicio, como se demuestra en las líneas que de él transcribimos en el presente libro. Pasaba por el mejor disciplinario entre los ofi-

en el Rosario del Paraná) i Vicuña fuesen los dos intendentes de las provincias rebeladas», manifestacion característica cuya veracidad confirma el mismo Zañartu. En una série de respuestas que este jefe se sirvió dirijirnos en abril último a otra de preguntas que, nos permitimos hacerle sobre las principales acusaciones que contra él se levantaban. dice, en efecto, estas palabras tan características como la jenialidad a que aluden. «Lo de los intendentes es cierto que lo dije porque estrañaba que ni en Coquimbo ni en mi pueblo hubieran hombres que desempeñaran esos destinos i porqué, hablando francamente, me disgustó mucho que allá en su tierra no mas se hallen capacidades para desempeñar empleos, como que hasta ahora se les confieren aunque sean los mas insignificantes.»

ciales que en aquella época mandaban cuerpos, i era estraordinaria su dedicacion al trabajo. Amàbanle sus soldados, apesar de su severidad, por las larguezas que usaba con ellos, abriéndoles su bolsa, i tambien porque acertaba a manejarlos por la influencia de esas mujeres que siguen los batallones de Chile como una sombra de harapos i de escuálidos senos que alimentan la prole de los vivaques. La *rabona*, ese ser raro, criollo de la América, mitad hembra, mitad soldado, que entre nosotros ha encontrado su tipo en *la sarjento Candelaria*, era uno de los resortes que mantenian siempre palpitante la popularidad del comandante Zañartu entre sus subalternos.

Su principal defecto era la estrechez de sus miras políticas. Zañartu era un *arribano* por sus cuatro costados, un penquisto, hasta el tuétano de los huesos. No aborrecia a la capital, porque en el odio hai muchas veces honra, pero la desdeñaba. Todo hombre que fuera santiaguino era su enemigo, sin mas delito que el haber nacido a orillas del Mapocho i no en las del Biobio. Era, en suma, un hombre por escelencia envidioso. Por esto, la mayor fatalidad que cupo a la revolucion fué aceptar sus innecesarios servicios, prestados con evidente mala voluntad, asi como la mayor de sus desgracias personales, orijen de la vida de martirios que ha arrastrado hasta hoi, maldito como Judas, fué el haberse alistado bajo las banderas de una insurreccion que él reprobaba en su conciencia i cuyos promotores detestaba con la hiel de su corazon.

XI.

Comprometido ahora de una manera pública i cuando ya habian trascurrido dos semanas desde que la revolucion dominaba toda la provincia, el comandante del Carampangue as-

cendido ahora a coronel, púsose a alistar los cuerpos de infantería que se organizaban en los Ánjeles, miéntras Ruiz ponia sobre las armas las milicias de caballería de la raya del Biobio.

Tal era el estado de las operaciones militares en las fronteras, en los últimos dias del mes de setiembre.

XII.

Adelantábanse aquellas al mismo tiempo sobre la línea del Itata i sucesivamente sobre la del Ñuble, a medida que el intendente de esta provincia se replegaba sobre el Maule con la division de Chillan. Miéntras el coronel Urrutia recorria con sus montoneras las sierras de Ninhüe, acechando el momento en que debia descender sobre las vastas planicies en que está situada la capital del Ñuble, Lara pasaba el Itata, el 27 setiembre, con su escuadron de carabineros, i en la mañana del 28 desocupaba a Quirihüe, entregado en parlamento por su gobernador el teniente coronel Martinez, despues de haber celebrado el aparato de una falsa capitulacion. Reunido Lara a Urrutia con considerables refuerzos de milicias de caballeria i algunos infantes de Quirihüe, dirijiéronse ambos hácia Chillan, cuya plaza estaba en completa acefalia, desde que la abandonara el coronel Garcia el dia 23 de setiembre.

De esta manera, las montoneras del Maule venian a ser la vanguardia del ejército de Concepcion en la márjen meridional del Ñuble, miéntras que las milicias de esta provincia i algunas de las fronteras iban a formar la vanguardia del ejército de Santiago a orillas del Maule.

XIII.

Al propio tiempo que se ganaba terreno por las fuerzas lijeras de la revolucion, hacíanse activos aprestos en Talcahuano para alistar el vapor *Arauco,* cuyas ruedas habrian sido las alas salvadoras de la revolucion, si una mano alevo no hubiera venido a detener su impulso, en mala hora. Don José Antonio Alemparte, segundado por el intelijente capitan Angulo, habia armado aquel buque con un poderoso cañon i puesto ademas en estado de servicio un bergantin norte-americano llamado *A. B.* que estaba embargado en la bahia de Talcahuano i al que se bautizó con el nombre de *jeneral Baquedano.*

Túvose, al principio, la acertada idea de enviar el *Arauco* a Valdivia con el objeto de traer una brigada de artillería que existia en los castillos de aquella plaza i una considerable cantidad de municiones que se habia acumulado el año anterior, cuando se pensaba abrir la campaña contra los indios de Puancho. Abandonóse esta resolucion, en seguida, por la mas atrevida i, acaso mas feliz, de dar una sorpresa a Caldera i apoderarse de los injentes caudales que por lo comun se encuentran en la aduana de aquel puerto. Mas, al fin, llegóse a adoptar la mas ridícula i la mas infructuosa de las combinaciones que iban sucediéndose cada dia. A ejemplo de las autoridades revolucionarias de Coquimbo, que se apoderaron violentamente del vapor *Firefly* para enviar a Talcahuano un canónigo, asi las autoridades de Concepcion determinaron despachar el *Arauco* a Coquimbo, para llevar de regreso a ese mismo canónigo i a su comitiva (1). El 26 de setiembre se

(1) En el documento núm. 7 i subsiguientes del *Apéndice* del

dirijia, en efecto, el vapor *Arauco*, al mando del capitan Angulo, para hacer el desairado e inútil crucero que hemos referido ya estensamente en el tomo 1.°, al hablar del embargo de los vapores en el puerto de Coquimbo por las fuerzas británicas.

Al regresar a Talcahuano el vapor *Arauco* de su malhadada espedicion, lo atacó valientemente el bergantin *Meteoro* en la boca de la Quiriquina. El encuentro fué rápido pero recio.

primer volúmen, hemos insertado varias piezas relativas a la mision de los enviados de Coquimbo a Concepcion. Por ahora, solo tenemos que añadir la siguiente salutacion que los comisionados dirijieron a Concepcion al dia siguiente de la llegada del jeneral Cruz. Dice así:

«A CONCEPCION.

¡Ilustre pueblo!

Cuando zarpamos de nuestras playas, para traeros la noticia de nuestra revolucion por la causa de la República, el corazon nos avisaba que vosotros ya erais libres.

Veniamos a un pueblo que en la historia de Chile tiene una pájina mui distinguida.

Hemos tenido el honor de observar prácticamente esa verdad.

Nos retirarémos contentos, nos irémos con la satisfaccion de que este ilustre pueblo se ha puesto a las órdenes del gran jeneral Cruz, i, por ahora, bajo los auspicios del antiguo e impertérrito mártir de la democracia, don Pedro Félix Vicuña.

Nos abrazarémos en Santiago, donde está el laurel del jeneral Cruz.

Allí dirémos: Chile será República protejida por un padre de la independencia.

¡Viva la República!

¡Viva Cruz!

¡Viva Vicuña!

¡Vivan Baquedano i Alemparte!

¡Viva Concepcion!

Concepcion, setiembre 21 de 1851.

José Joaquin Vera.—Juan Nicolas Alvarez.—Rafael Pizarro.—Rufino Rojas.—José Ramos.—Juan Alvarez.»

Ignórase el daño que el vapor causara al buque del gobierno, pero en aquel no ocurrió otro accidente que la pérdida de tres dedos de una mano que arrebató una bala de cañon al valiente capitan de artillería don Mauricio Apolonio, que mandaba la pieza de grueso calibre del *Arauco*.

Esta escaramuza tuvo lugar el 30 de setiembre, i como el bloqueo de Talcahuano se mantuviese con suma estrictez por el *Meteoro*, Alemparte resolvió sorprenderlo en su fondeadero cerca de la Quiriquina. Hizo venir con este objeto unos cien remeros del Tomé i Penco-viejo, alistó algunos botes i, aunque asaltado de incertidumbres, se encontraba ya a punto de llevar a cabo su ponderada empresa, cuando dió lugar a que, por la captura del *Arauco*, se fustrase aquella del todo, como en breve veremos, causando a la revolucion un daño irreparable.

XIV.

Tal era el estado de las cosas en Concepcion i los Anjeles, cuarteles jenerales de la insurrecion, i en Talcahuano i el Itata, los puertos mas importantes de la vanguardia de aquella, cuando el jeneral Búlnes llegaba al Longaví i, lleno de sobresalto, hacia replegarse su propia vanguardia hácia la ribera del Maule.

La revolucion se ostentaba poderosa, pero un tanto inerte. La funesta dolencia que tenia postrado al jeneral Cruz se hacia sentir como una calamidad en todos los puntos en que la revolucion habia penetrado, al principio, con la celeridad de una conmocion eléctrica.

Aguardábase pues con impaciencia el que se restableciese la salud del caudillo i se creia por todos que, una vez puesto

aquel en el lomo de su caballo, solo se apearia en el descanso de las jornadas que iba a contar con su ejército entre el Biobio i el Mapocho.

Cuanto se engañaban, sin embargo, los sagaces i bien inspirados revolucionarios que así pensaban!



CAPITULO IV.

LA ARAUCANIA.

El jeneral Cruz, restablecido de sus achaques, se dirije a los Anjeles.—Error de esta resolucion i sus funestas consecuencias.—Prision i fuga del comisario jeneral de indíjenas don José Antonio Zúñiga.—Carrera i carácter de este caudillejo.—La Araucanía en 1851.—Zona de la *Costa*.—Zona de los *Llanos*.—Los caciques Colipí i Catrileo.—Los *Huiliches*.—Maguil Bueno.—Carácter estraordinario de este bárbaro.—Llega el jeneral Cruz a los Anjeles i entusiasta acojida que le hace el pueblo.—Nota del gobernador Molina con este motivo i respuesta del jeneral Cruz.—Cartas impacientes por la accion que escriben el mismo Molina i el gobernador de Santa Juana al intendente Vicuña.—Sábese en Concepcion i en los Anjeles la noticia de que Zúñiga trataba de sublevar los indios de la costa i medidas que se toman en consecuencia.—El jeneral Cruz se resuelve a sacar rehenes de las tribus araucanas para asegurar la tranquilidad de las Fronteras i celebra, al efecto, un parlamento en los Anjeles.—Funesta tardanza de estas operaciones.—Como los Araucanos entendian la política de los chilenos i las causas de la guerra en 1851.—Análogas esplicaciones del vulgo.—El jeneral Cruz eleva a rejimiento el batallon *Carampangue* i decreta la formacion del batallon *Alcázar*.

I.

Solo en los últimos dias de setiembre, comenzó a recobrarse el jeneral Cruz de la grave enfermedad que le aquejaba.

Desde su lecho de dolor, el viejo soldado se ocupaba, con la minuciosidad que es peculiar a su carácter, de todas las prividencias militares que las circunstancias iban exijiendo; pero su ausencia de los centros en que la revolucion acopiaba sus elementos, hacíase sentir ya en demasia.

Al fin, el 1.° de octubre sintióse con fuerzas para montar a caballo i ponerse en campaña. Era ya sobrado tiempo, porque su activo i poderoso rival hacia una semana a que habia pasado el Maule acelerando los aprestos de la resistencia.

II.

En el estado de las cosas durante aquellos dias, la revolucion asignaba a su caudillo solo dos puestos. O bien en Chillan, a la cabeza de la vanguardia, como habria sido mil veces mas acertado, o bien en los Anjeles, solo de tránsito i para dejar sus órdenes a los jefes que disponian de las Fronteras, a fin de que marchasen tras sus pasos en direccion al Ñuble.

El jeneral Cruz adoptó el último partido, i los acontecimientos que vinieron en breve a rodearle, cuando cumplia esta resolucion, probaron que la estrella de su destino iba en breve a perderse entre rojizas nubes. Hubo en la revolucion del sud un solo momento, despues de la pérdida de los *Cazadores,* en que pudo evitarse la catastrofe de Longomilla, i este fué el dia en que, restablecido el jeneral Cruz de sus males, hubiese torcido la brida de su caballo hácia el norte, dando la voz de marcha a las entusiastas, aunque desorganizadas masas, que batian sus palmas al verle pasar. Pero acordóse solo el viejo soldado de la República de que era el jeneral en jefe de un ejército, i para su mal i el de la patria, olvidóse que los pueblos le habian aclamado su supremo caudillo revolucionario.

Un acontecimiento fatal cohonestaba, sin embargo, en parte, la resolucion del jeneral Cruz para trasladarse a los Anjeles i establecer en aquel punto su cuartel jeneral durante la mayor parte del mes de octubre. La esplicacion de este suceso exije que volvamos atras unos breves instantes.

III.

Cuando el valeroso i no menos prudente que esforzado Eusebio Ruiz segundó en Nacimiento la sublevacion que habia estallado en los Anjeles el 17 de setiembre, a la voz del mayor Urízar, creyó indispensable poner en arresto al comisario jeneral de indíjenas don José Antonio Zúñiga (sin disputa el hombre mas importante de la Araucanía despues del jeneral Cruz, i del cacique *Maguil Bueno*) i pidió en el acto instrucciones a Concepcion sobre lo que deberia hacer con aquel peligroso caudillejo, de quien se sabia era un ciego partidario del gobierno de la capital que lo tenia a sueldo, i particularmente del jeneral Búlnes, su favorecedor desde tiempos ya remotos.

Por desgracia, la carta de Ruiz fué entregada al intendente Vicuña (el 25 de setiembre), en los momentos en que éste se dirijia a Talcahuano a despachar su correspondencia por el vapor ingles *Driver*, que regresaba ese mismo dia a Valparaiso. En la prisa de aquella coyuntura, remitió Vicuña la comunicacion de Ruiz al jeneral Cruz para que le contestase, pues él estaba mas al cabo del carácter i de la importancia del comisario Zúñiga; mas, fuera estravio, fuera descuido, el espreso que habia venido de Nacimiento regresó sin llevar órdenes sobre aquel particular. Resolvióse entónces Ruiz a dar suelta al comisario de Indios, exijiéndole antes su palabra de

que se presentaria en los Anjeles a disposicion del intendente de la provincia. En consecuencia, en uno de los últimos dias de setiembre, marchaba Zúñiga a los Anjeles, bajo la garantía de su honor i acompañado por su antiguo camarada el capitan Zapata, a quien Ruiz habia encargado vijilarlo i hacerle cumplir su empeño, cuando, al pasar un sendero, burlólo Zúñiga con una estratajema i se internó en la tierra, escribiendo, sin embargo, una carta a uno de sus amigos, en la que decia «se retiraba al interior solo por huir compromisos i que su propósito era asilarse entre las pacificas tribus de la costa, con cuyo único fin se dirijia al antiguo fuerte de Tucapel.»

IV.

Era Zúñiga uno de aquellos terribles *indultados* de los Pincheiras que, despues de haber sido sus mas famosos lugar tenientes, se hicieron en breve sus espias i despues sus verdugos. Oriundo de una familia española avecindada en el fuerte de Arauco, donde aun conserva aquella algunas tierras, tomó partido con los realistas, como todos los habitantes cristianos de ultra-Biobio, desde los primeros combates de la independencia. Dotado de un injenio vivo, habia adquirido, siendo todavía niño, tal destreza en el manejo de la lengua araucana, que pasaba por el mas elocuente de los *lenguaraces*, i tenia, por consiguiente, en las parlas i juntas de guerra de los caciques, el doble prestijio de su intelijencia como intérprete i de su valor como soldado, pues se le contaba entre los mas valientes capitanejos de la tierra. Hizo, de esta suerte, una cruda guerra a la República, hasta que el bando de los Pincheiras fué deshecho, mas por el oro

que por el acero; i como prestara en aquellas circunstancias servicios de consideracion, dejósele en la Araucania con el carácter de comisario jeneral de indios, especie de proconsul de los cristianos, que representa a la República entre los bárbaros, i tenia por consiguiente entre ellos gran autoridad.

Pasaba, sin embargo, Zúñiga como un hombre artero, pérfido i tan audaz como sanguinario. Los caciques, los capitanes de amigos i los lenguaraces, que eran sus aliados o sus satélites, le habian cobrado por esto mas temor que respeto i, en el fondo de sus pechos, tan aleves como el de su jefe, acechaban la ocasion de vengarse de todos sus actos de violencia i de rapacidad.

Por otra parte, el prestijio de Zúñiga estaba circunscrito a los indios de la costa de *Arauco* propio (1), entre los que

(1) El verdadero nombre, en nuestro concepto, del territorio de los bárbaros es el de *Araucanía*, como comprensivo de la raza i de los cuatro antiguos Butalmapus, que ya no existen. Los indíjenas llaman Arauco solo la zona de la costa. He aquí lo que, a este mismo respecto, escribia don Bernardino Pradel, desde el interior de la Araucanía, a un amigo suyo (don José Maria Guzman), en una carta fechada en Perquenco, julio 20 de 1861, i que hemos recibido en copia, despues de estar escrito el presente capítulo.

«Los propiamente *araucanos* no son otros que los que quedan en la costa de este nombre, i, cabalmente, son los únicos semi-civilizados que se diferencian en todo de las costumbres bárbaras de las innumerables tribus que componen los indios chilenos.

«Hasta hoi no puedo saber positivamente, añade Pradel (tratando de esplicarse la autonomia de aquella nacion desconocida que, en realidad, no tiene ninguna), las tribus de los naturales que pretenden entenderse con el gobierno de Chile. Lo que sé es que la cordillera llamada del Viento, se atribuye que demarca el territorio Arjentino con el de Chile, i que, tomando este punto, solo desde ahí tenemos indios, siendo los Pehüenches; i siguiendo al sur, tocamos con los de Lonquimay, que habitan entre dos cordilleras. Desde allí, se desprenden todas las diferentes ramas de

habia nacido, pero que son los mas inofensivos. Los *Llanistas*, que reconocian por jefes a los soberbios Colipí (tio i sobrino) i los *Huiliches*, que habitaban en las faldas de la cordillera, bajo el cetro de Maguil, el verdadero rei de la Araucanía, le eran hostiles o desdeñaban su poder.

V.

Hácese preciso, en esta parte, echar una rápida ojeada sobre el territorio de la Araucanía, para hacerse cargo de los sucesos en que los bárbaros, como luego veremos, serán llamados a tomar parte.

La zona de Chile, de que son absolutos señores los Araucanos, entre el Biobio i el Cautin o Imperial, conserva los caracteres de la topografía jeneral de la República, aunque revestidos de una pasmosa grandiosidad. Todo es mas her-

cordilleras que forman la faja con que cierran las provincias de Arauco, Valdivia, Chiloé, hasta tocar con Magallanes.

«Si los indios Pehüenches i Lonquimay son chilenos, parece que deben serlo tambien los que habitan de la otra parte de la cordillera de Villarrica, pues esas tribus las reputaron, en tiempo de la Conquista, a favor de Chile, i fueron visitadas por los misioneros que ellos llamaron Evechinches, Huillipavos, Jahuavinos, Cachalá, Talapelin. En el dia son llamados *Indios de fusil*, que visten calzon corto, usando estribo de palo en su montura igual al que usaron los padres misioneros en aquel tiempo.—Los Güilliches coludos,—los contra Güilliches,—los Güilliches cerrados, porque el idioma no es igual con los que habitan en estas provincias de que hablo arriba, son otras tribus.

«Los indios que habitan en las tribus de Maguil consideran todas estas razas ser sus compañeros, i aun a Maguil se le mandaron ofrecer ayudarlo en la guerra, manifestándole que los indios Coludos despreciaban las infanterías nuestras, porque ellos, con sus flechas envenenadas i su lijereza en correr a pié i punto certero, no dejaban de matar siempre.»

moso i mas jigantesco en aquellas comarcas privilejiadas. Los *Andes* (1.ª zona jeolójica del territorio chileno), erizados de volcanes, dominan con sus picos las cumbres de las cordilleras que se estienden al sud del Biobio i del Vergara; los *llanos intermedios* (2.ª zona), que se dilatan a las faldas de aquellas, son mas feraces i vastos i, por último, la *cordillera de la costa* (3.ª zona), que se presenta tan deprimida désde el desierto de Atacama hasta las *tetas* del Biobio, se empina en aquella rejion a tal altura que el viajero pudiera acaso confundirla con la cordillera real, si no arrojara aquella sobre la costa, hasta tocar con la playa del mar, una série de agrestes i formidables espolones de montañas, por cuyos senos corren tortuosos i comprimidos, bramadores torrentes, que se han escapado de los llanos orientales, por entre los grietas de aquellas magníficas selvas que escucharon un dia los gritos de guerra de Caupolican i las trovas inmortales del poeta castellano.

VI.

De esta fisonomia especial de la Araucania toman tambien orijen el carácter i la distribucion de sus tríbus. Las de la costa, pobres, pacíficas i sujetas a diferentes caciques, que por su aislamiento no consienten el predominio de un solo caudillo, viven en las faldas de los contrafuertes que la serranía de la costa, llamada *cordillera de Nahuelbuta,* prolonga hácia el Pacífico, o en los estrechos valles que forman, al descender de aquellos, algunos torrentosos rios como el Lebu, el Paicavi, el Tirua i otros de menor importancia. El camino de Concepcion a Valdivia pasa por esta rejion, orillando la playa del mar i las principales posesiones que en ella tienen los cristianos son la villa de Arauco i el desmantelado fuerte de Tucapel-viejo, un poco mas al sud.

Tal es la rejion de la costa o de la cordillera de Nahuelbuta, famosa en el concepto de los naturalistas por ser la patria orijinaria de la papa, pues crece en ella salvaje, formando espesos matorrales.

VII.

Sigue hácia el oriente la rejion de los *Llanos*. Es esta la Araucania histórica, i los escombros de las *siete ciudades* (Angol, Puren, Boroa, la Imperial i otras) que pisan con la pezuña de sus caballos las hordas errantes que las habitan, estan aun atestiguando que, en aquellas zonas, la conquista i la colonia hicieron, durante sus primeros siglos, esfuerzos mas poderosos de predominacion i de civilizacion que los puestos en juego a orillas del mismo Mapocho, que era entónces solo una ciudad de monjas i de frailes.

Es imponderable la belleza i la feracidad de aquellas planicies interceptadas por pintorescos riachuelos, en cuyas márjenes se agrupan las reducciones de cada cacicado, e interrunpidas á trechos por amenos bosques de piñales, cuya suculenta fruta (el *piñon*) convida a aquellas tribus a fijarse en sus vecindades. Son, por esta razon, los indios llanistas los mas ricos, i, por consiguiente, los mas ociosos; los mas bravos i, por consiguiente, los mas inquietos; los mas independientes i, por consiguiente, los mas soberbios.

Solo entre ellos pudieron, en consecuencia, hallar los chilenos algunos fieles aliados en la guerra de la independencia. El famoso cacique Venancio Coyopan, (natural de Pemuco en el Itata), el amigo de los Carreras i el camarada del jeneral Freire, fué el jefe de aquellas tribus *patriotas* a quienes sus vecinos de los declives i de los valles internos de la cor-

dillera (los *Huiliches* i *Pehuenches)* miraban como a traidoras i trataban como a tales. El cacique Colipi, primera lanza de Arauco, habia sucedido a Venancio, heredando esa fidelidad a la república i su odio inveterado a los *Huiliches* i a su famoso caudillo el sombrio Maguil.

Aprovecháronse de esa rivalidad los intendentes de Concepcion para mantener el *equilibrio* de aquella potencia vecina que acarrea tantas infructuosas cabilaciones a nuestros hombres de estado, i amenaza con tan frecuentes estragos a nuestras provincias limítrofes. Fruto de aquellas insidias fué el reciente envenenamiento de Colipí, que se atribuia a los sortilejios de su implacable rival Maguil Bueno. Habíale sucedido, en consecuencia, a principios de 1850, su sobrino Felipe Colipí, valeroso mancebo de 20 años, i miéntras cumplia su mayor edad, servíale de tutor su pariente el cacique Catrileo, cuyo nombre se hizo tan populár en 1851, particularmente entre las amas i niños asustadizos de la capital.

Tal era el aspecto físico de la rejion intermedia entre las cordilleras de los Andes i la de Nahuelbuta, que es jeneralmente conocida con el nombre de *Llanos de Angol*, i tal era el carácter i la posicion de sus belicosos habitantes.

VIII.

La zona andina, habitada por los *Huiliches* era, en 1851, no menos importante que la de los Llanos. Aquellos indios son mas salvajes i, por tanto, mas indómitos. Fuertes en las asperezas en que habitan, sus tribus son mas bien cazadoras, como la de los Llanos se dan de preferencia a la labranza o a la ganaderia i las de la costa viven, en cierto modo,

de la pesca de donde viene a sus individuos el apodo de *choreros*, alusivo al marisco de que se alimentan. La gradacion que los etnógrafos han establecido entre los pueblos pescadores, cazadores i labradores se encuentra pues marcada en la Araucanía, en pequeña escala, como lo está en su mayor estension entre los habitantes de la *Tierra del fuego* que viven solo de mariscos i para quienes las ballenas podridas, arrojadas por las olas en la playa, es el mas suntuoso de los banquetes, los bárbaros de la *Patagonia*, que cazan con sus laques la avestruz i el huanaco, i por último, el *Araucano* que cultiva el trigo i el mais.

Los Guilliches son, por su posicion jeográfica, los aliados natos de los Pehüenches i aun de las tribus nómades de ultra-cordillera. Acaso menos numerosos que los Llanistas, son mas fuertes por la cooperacion de sus aliados i por la naturaleza de su agreste territorio, en el que hasta aquí no han penetrado nuestras armas. Fueron, por consiguiente, aquellas tribus los mas constantes i poderosos auxiliares de los realistas en la guerra de la independencia, desde las campañas de Sanchez i Benavides hasta las correrias de José Antonio Pincheira, el Viriato que encontró la España en su reino de Chile.

IX.

Un hombre singular, que salia de la esfera de los bárbaros por sus cualidades i sus defectos, habia conseguido, a fuerza de artificios i de astucia, imperar como un supremo jefe entre las diferentes reducciones de la Araucania, desde el Biobio al Imperial, pues al sud de este rio, por un fenómeno singular de fisiolojía, los indios pierden ya su fie-

reza i de suyo han ido sometiéndose al yugo de nuestra autoridad política i a las prácticas cristianas, que les enseñan nuestros misioneros de Valdivia.

Era Maguil, o Mañil Bueno, como mas jeneralmente se le llama, un indio viejo, frio, suspicaz, reservado i casi selvático que, a todas luces, tenia en su sangre alguna mezcla del *guinca* u hombre blanco, pues su fisonomía seca, perfilada i de contornos agudos traicionaba, a la primera mirada, un oríjen estraño al de las selvas en que habitaba. Decia él, con su malicia habitual, revestida de una estudiada gravedad, que era hermano del jeneral Cruz, i debia a esta impostura una no pequeña parte de su influencia, pues aquel jefe era universalmente respetado en toda la tierra por la fidelidad con que habia guardado sus pactos i la rectitud con que dirimia sus pretensiones con el gobierno chileno o sus mútuas querellas, miéntras desempeñaba la intendencia de Concepcion. La prudencia que habia desplegado en su carácter de jeneral en jefe con ocasion del castigo de los indios de Puancho, a quienes supo hacer justicia (cosa admirable!), apesar de ser bárbaros, afianzó entre éstos, de una manera poderosa, su antiguo prestijio (1). El *taita* Cruz fué, desde entónces, en la Araucania lo que Frai Luis de Valdivia habia sido en el siglo XVII i el insigne virrei O'Higgins, a fines del último.

Maguil *Bueno*, que nunca mereció tal nombre, a no ser, por su escepcional desinteres entre sus codiciosos compatriotas, habia comprendido el carácter esencialmente super-

(1) En el Apéndice, bajo el núm. 4, damos publicidad a la estensa i curiosa memoria que sobre los acontecimientos de aquella época dirijió al gobierno el jeneral Cruz, con fecha de 12 de setiembre de 1850. Aunque redactada con el trabajoso lenguaje que usa aquel jefe en sus comunicaciones, contiene datos i pormenores mui interesantes que contribuirán a ilustrar la gravísima cuestion pendiente de la sumision de la Araucania.

ticioso de los indíjenas i esplotaba su credulidad en todos sentidos para grangearse el prestijio de consejero supremo de los bárbaros. Era jeneroso de lo suyo i de lo ajeno, al punto de no tener mas propiedad que su pajizo rancho, valiente, esperimentado, porque era ya mui viejo, i de suyo sagaz, aparentaba tal austeridad en sus hábitos i rodeabase de tantos misterios en la soledad en que vivia, acompañado solo de sus numerosas mujeres, que no le habia sido difícil persuadir a todas las tribus i aun a las de de su implacable rival Colipí, de que era un ser sobre natural, una especie de *machi* o brujo supremo, a quien todos llamaban el *Bueno*.

«El cacique Maguil, dice en unos apuntes autógrafos que tenemos a la vista, el único de los cristianos que haya encontrado acceso hasta la intimidad i el techo de aquel bárbaro (1), dominaba solo con la persuacion hasta el estremo de constituirse en un verdadero Mahoma, pues tenia la habilidad de haber persuadido a todas las tribus que le diesen su poder para ser él solo la persona que las representase al frente de cuanto ocurriese con los cristianos. Este hombre se hacia creer en cuanto le convenia i sujeria astutamente, a fin de que los mismos indios le temiesen por el poder que le daban los jenerales Cruz i Urquiza, siempre haciéndoles consentir que el dia que él quisiese le mandarian soldados aquellos jefes.

«Mantenia constantemente comunicacion con Urquiza i, principalmente, con el cacique principal de Puelmapu, que se llama Calbucura, i es nacido en los llanos de la provincia de Valdivia, quien gobierna a los indios de las pampas de Buenos-Aires.

(1) Don Bernardino Pradel, que estuvo asilado en las tolderías de Maguil, durante cerca de tres años, a consecuencia de la revolucion de 1859.

«Tenia engañado a este cacique hasta hacerle consentir que contaba con millares de lanzas para ausiliarlo; i mantiene éste hasta hoi testigos, hijos de Maguil i otros caciques, para que esten recibiendo raciones cerca de Calbucura, de las que da el gobierno arjentino.

«Maguil, añade Pradel, hacia creer a los indios que era adivino, que tenia un toro, un caballo, etc., con quienes consultaba todo, i cuanto decia a este respecto lo creian como si lo viesen.»

A principios de 1850, el siniestro i súbito fin de Colipí, el cacique *patriota*, como Maguil habia sido una especie de *toqui* o jeneralísimo de las reducciones *godas*, vino a dejar al último sin rivales en toda la tierra i a colocar su influencia entre los bárbaros a la altura de una verdadera omnipotencia. «La muerte de este cacique, dice el jeneral Cruz en la Memoria que acabamos de citar, aludiendo al sospechado envenenato de Colipí, es un incidente que ha hecho variar completamente el estado de las tribus i frontera, situacion que debe tenerse mui a la vista, pues que en su desaparicion se ha destruido el contrapeso establecido entre los tres Butamalpus de esta parte de la cordillera, lo que refluye mui directamente en la posicion de aquella. Esta pérdida es tanto mas de sentir cuanto ella influye en el aumento de prestijio del cacique Maguil, cabeza de ese Butalmapu montañez o andino, indio astuto i sagaz para promover i mantener sus relaciones de amistad i alianza con los caciques de las otras tribus, desconfiado, supicaz, altanero en las mui pocas relaciones que tiene con los españoles, i estremadamente simulado para ocultar sus intentos i aspiraciones, calidades que entre ellos son de gran valor i lo que le ha dado una gran influencia.»

X.

Tal era, en 1851, la situacion de la Araucania, este pequeño Chile tan bello como el nuestro, que es la árdua tarea de las presentes jeneraciones *unificar* con nuestro territorio i nuestra existencia, no *social* porque esta será la obra de los siglos, sino *política*, que será solo el fácil resultado de una lei bien concebida i cuerdamente ejecutada.

Al escaparse pues el mayor Zúñiga con el objeto de sublevar la tierra, a espaldas de la revolucion, habria puesto a ésta en grandísimo peligro, si aquel caudillejo hubiera contado con la alianza de Maguil, o siquiera con la de Catrileo, el tutor del jóven potentado de los Llanos. Pero, felizmente, no era así. Aborrecíale Maguil en su corazon como a un émulo insidioso, i las tribus angolinas, víctimas de sus depredaciones, no le eran menos adversas. De esta suerte se esplica que, en vez de dirijirse a los llanos o a la cordillera, se marchase, sin mas compañía que la de su asistente, con direccion a Tucapel-viejo.

Su intencion de sublevar las tribus de las costas i apoderarse de la importante posicion de Arauco, que es a la vez un fuerte i un puerto de mar, era pues manifiesta. Pero antes de entrar en el detalle de sus operaciones, volveremos a seguir al jeneral Cruz, a quien dejamos en Concepcion, alistándose para encaminarse a los Ánjeles.

XI.

Cuando el jeneral Cruz se ponia en marcha de Concepcion, para las Fronteras, el 1.° de octubre,, asaltábale a menudo

la zozobra de lo que podia temerse con relacion a la fuga del comisario de indios i a sus futuros planes. Aquel recelo era sobradamente fundado; mas no al punto de justificar los hondos temores que se apoderaron en breve del ánimo del caudillo del sud i torcieron sus mas acertados planes. Por mui osados que fueran los intentos de Zúñiga, en efecto, éstos no podrian jamas llegar a poner en riesgo la seguridad de las fronteras, desde que, por una parte, las poblaciones cristianas estaban unánimemente adheridas a la revolucion, i por la otra, les principales jefes de las tribus bárbaras prestaban homenaje al jeneral Cruz.

Mas éste olvidóse fatalmente, como en tantas otras ocasiones, de su rol revolucionario, para acordarse solo de su deber como jeneral en jefe. Es una regla de la estratéjia militar no dejar jamas a retaguardia de un ejército un elemento hostil, i el jeneral Cruz se sometia ciegamente a este consejo de la rutina, olvidando que él era el soldado de una gran causa pública, i que el pais, al proclamarle, habia visto en su espada el rayo de la justicia i de la libertad, no la insignia de un caudillo militar.

XII.

Bajo la mortificante impresion de estos temores, llegó el jeneral Cruz a los Ánjeles, en la tarde del dia 5 de octubre, detenido en el camino por el deplorable estado de su salud i por copiosos aguaceros. Recibióle aquel pueblo belicoso con un estadillo de entusiasmo. Agolpóse la tropa i la muchedumbre al paso del caudillo, desde su entrada a la poblacion i lleváronle en triunfo hasta su morada. El Gobernador don Ignacio Molina, le felicitó, a nombre de los habitantes de las

Fronteras i le ofreció sus servicios i su sangre «para combatir a sus opresores» (1).

(1) He aquí la nota que, con este objeto, dirijió el gobernador de los Anjeles al jeneral Cruz i la contestacion de éste. Dicen así.

GOBIERNO DE LA LAJA.

Anjeles, octubre 5 de 1851.

Señor Jeneral:

Persuadido que la suerte de una causa que se discute en los campos de batalla, depende ordinariamente de no dejar pasar sin provecho un tiempo que no vuelve, me cabe la honra, como Gobernador del departamento de la Laja, por eleccion popular, de ser el intérprete i órgano de los principios políticos de sus habitantes, que espresaré a US. en dos palabras.

Cuando nuestros hermanos de Concepcion declararon roto el pacto público que les unia al Gobierno Jeneral, reasumiendo el poder que le habian delegado, por el abuso escandaloso que hizo de él frecuentemente, invitó a los departamentos de la provincia a hacer causa comun para reivindicar sus derechos; el Departamento de los Anjeles ha contestado a su llamamiento, con una espresion muda pero elocuente i positiva, tomando las armas. Para que US. pueda expedirse en las operaciones de la guerra sin embarazo con las fuerzas de este departamento, queda autorizado con la omnipotencia militar sobre ellas, i, al efecto, se dará órden conveniente para que, a las 8 del dia de mañana, se pongan a su disposicion los Jefes i oficiales de los cuerpos de infantería i caballería.

Al poner en conocimiento de US. esta medida, me lisonjeo que el entusiasmo i resolucion de los ciudadanos de este departamento, que pelearán a sus órdenes, valga tanto como el juramento que los soldados de Fabio hacian de salir siempre vencedores i lo cumplian.

Dios guarde a US.

Ignacio Molina.

A S. E. el jefe Supremo Militar.

CONTESTACION.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Anjeles, octubre 6 de 1851.

Por la nota de US., fecha 5 del corriente, me ha sido mui lison-

XIII.

Pero no deberia durar largo tiempo en el pecho del jeneral Cruz el alborozo de aquellas manifestaciones, que eran ya los síntomas de la impaciencia con que se ostentaban los pueblos por la tardanza de los aprestos de la revolucion, no menos que evidentes testimonios de adhesion al caudillo que se habia puesto a la cabeza de aquella (1). Pocas horas despues de haber llegado a los Anjeles, supo, en efecto, el jeneral Cruz que el mayor Zúñiga habia emprendido sus operaciones, tratando de sublevar las reducciones de la costa, con el objeto de asaltar a Arauco i amagar en seguida la línea del Biobio.

jero ver espresados los nobles sentimientos de este heroico pueblo, tratándose de libertades de la República, sentimientos que me habia cabido la honra de reconocer por mi mismo en los momentos de mi entrada a esta poblacion.

Con este motivo, al acusar recibo de su citada nota, me cabe la satisfaccion de espresar por su órgano al entusiasta pueblo mi gratitud por sus demostraciones i decision por la gran causa nacional que sostenemos.

Dios guarde a US.

José María de la Cruz.

Al Gobernador del Departamento de la Laja.

(1) Como una muestra del desfallecimiento que comenzaba a apoderarse aun de los hombres mas decididos de la revolucion, copiamos aquí las palabras que el mismo gobernador de los Anje-

Habíase recibido ya en Concepcion, a las nueve de la noche del dia 4, por un espreso enviado por el gobernador de Arauco,

les dirijia privadamente al intendente don Pedro Félix Vicuña, en carta del 30 de setiembre, que tenemos a la vista.

«Téngase presente, dice, que esta causa va a ser fallada en el campo de batalla i que el vencedor es el que tiene la razon. Es un error creer que esto pueda llegar a una transaccion. Los que están en el poder no juegan su vida empuñando la espada sino que mandan a matarse a otros por ellos i de este recurso sabran hacer uso sin tocar ningun otro. La palabra de paz en boca del enemigo es un ardid con que se quiere sorprender la buena fé descuidada. Luchamos con la astucia, mas bien que con la fuerza, ¿Quién ignora esto?»

No es menos significativa la siguiente carta, dirijida una semana mas tarde, al intendente de Concepcion, por otro gobernador departamental, don Pascual Ruiz. Dice así:

Señor don Pedro Félix Vicuña.

Santa Juana, octubre 6 de 1851.

Mui señor mio:

Por don Eusebio Ruiz, se hacen pasar a esa ciudad al comandante Sepúlveda i al cura de Nacimiento, que, por oficio que se acompaña, sabrá U. el objeto de separarlos de aquel punto. Me dice el comandante Sepúlveda que el batallon Chacabuco hizo contra-revolucion i se replegó a la capital; que el jeneral Búlnes se puso en marcha para esta provincia con 4,000 hombres, trayendo bajo sus órdenes el batallon Buin i Chacabuco, la artilleria i rejimiento de Granaderos i su salida la hizo el 19 del pasado, i que ya está en Longaví. Así mismo, me dice que han zarpado del puerto de Valparaiso tres buques de guerra con jente para desembarco i se cree dirijidos a la provincia de Coquimbo, i dando a entender que el vapor *Arauco* ha sido preso. Como todo esto ignoramos por acá, muchos dan crédito de las aserciones del señor Sepúlveda.

Asevera tambien que el intendente Garcia pasó el Maule con mil hombres que sacó de Chillan, i yo desearia me impusiese U. de estos pormenores, no por miedo, sino para asegurar mas nuestros preparativos de defensa.

Desea a U. se conserve bueno su afmo. S. Q. B. S. M.

Pascual Ruiz.

la noticia de que Zúñiga se encontraba el dia 2 de octubre en Quelen, punto intermedio entre Tucapel-viejo i Arauco, i sabíase que los indios de los contornos se ocupaban en «amarrar lanzas», espresion que en el lenguaje pintoresco i semi-bárbaro de las Fronteras, equivale a una tácita declaracion de guerra.

La alarma que manifestaba el comandante militar de Arauco encontró eco en los ánimos de los habitantes de Concepcion que veian un peligro cercano para su propia ciudad, i en consecuencia, las autoridades se apresuraron a enviar ausilios de armas i pertrechos al fuerte amenazado, por si se veia en el caso de sostener un sitio. Acordóse tambien el sensato arbitrio de despachar a la tierra a un hijo de Zúñiga con cartas i promesas de sus amigos, remitiéndose entre las primeras una mui eficaz de una hija de aquel, monja profesa, que existia en el monasterio de Trinitarias de Concepcion.

No tardaron estas mismas nuevas en llegar a los Anjeles. El dia 7, a la una i media del dia, fué avisado el jeneral Cruz que Zúñiga estaba en Cupaño, i comprendiendo al punto que era preciso obrar con celeridad, ordenó que la compañía de infantería cívica de Santa Juana se dirijese a Arauco a batir a Zúñiga o defender la plaza, si se hacia necesario. Encargó al mismo tiempo que se remitiese una carga de municiones i cien piedras de chispa con aquel objeto (1).

XIV.

Bastaba, al parecer, con estas medidas i las adoptadas en

(1) Correspondencia inédita del jeneral Cruz con el intendente Vicuña.

Concepcion, para aquietar los espíritus de todo recelo, a fin de dejarlos solo preocupados de la gran empresa de llevar hacia el norte los pendones de la revolucion. Existian ya los elementos de aquella árdua cruzada en hombres, armas i todos los recursos que una prolongada campaña puede exijir (1). Habia en los Anjeles cerca de mil hombres de infantería, incluso el Carampangue, i los numerosos escuadrones que mandaba Eusebio Ruiz. En Concepcion, existia la artillería con un abundante parque i un lucido batallon de voluntarios. La vanguardia, al mando de Urrutia, era ya dueña de la línea del Ñuble, habiendo ocupado a Chillan en la madrugada del dia 4, i adelantaba sus partidas lijeras hasta cerca del Parral, en los momentos en que Búlnes se replegaba de Longaví sobre el Maule. El ejército revolucionario estaba pues listo para la marcha i todo lo que hubiera podido faltar a su suficiencia en disciplina i organizacion, le sobraba en entusiasmo i en fé revolucionaria, especie de pólvora sorda que hace en los sacudimientos populares mas estragos que el cañon.

Pero el jeneral en jefe de aquel ejército asi fraccionado, volvió a perder preciosos dias ocupado de poner a salvo las Fronteras de los riesgos, a todas luces imajinarios, en que podian ponerlas los araucanos.

(1) Solo habia gran falta de caballos para la movilidad de la division de la frontera. He aquí lo que el jeneral Cruz decia al intendente Vicuña, a este propósito, dos o tres dias despues de haber llegado a los Anjeles. «No es posible proporcionarse caballos, ni aun quitándolos a los milicianos de caballería, porque estos tunantes, bien sea por libertarse que los haga salir o temiendo el que se les quite, lo que en realidad tenia como paso imprudente, todos ellos han concurrido a la reunion de ayer montados en rabeles. En este mismo estado, veo en este momento pasar por el frente de las ventanas, a cuya luz escribo, treinta i tantos indios Santafecinos.»

Este error fué funesto. El peligro podia existir, pero no era en manera alguna necesario que fuese el mismo jeneral Cruz el encargado de conjurarlo. Hubiérale bastado, para este fin, hacer venir de Talcahuano al activo Alemparte, el mismo que despues desbarató los planes de Zúñiga con tan sangriento estrago, o comisionar a algun jefe militar de cierta respetabilidad, para que hubiese entrado en avenimientos con los caciques mas importantes. Si el jeneral Cruz hubiese tenido el don de la adivinacion en esta coyuntura, habríale bastado dejar con aquel encargo al coronel Zañartu, con el título (por él tan anhelado!) de intendente de la provincia i, de esta suerte, era seguro que se habria ahorrado, si no la sangre de Longomilla, la deshonra de Purapel, al menos.

XV.

Mas, el jeneral, minucioso por carácter i dado a los hábitos de la inspeccion personal que su celo le habia impuesto durante su carrera pública, quiso él mismo entrar en esos eternos i estériles parlamentos que celebran los bárbaros, aun para sus mas insignificantes resoluciones. Su objeto era obtener que las principales tribus enviasen a su ejército, no ausiliares, porque tan absurda i tan inútil barbarie jamas pasó por la mente del jeneral, como lo ha creido el vulgo, sino delegados o *testigos*, como son estos llamados en la tierra, que le sirvieran como prenda de la paz que prometian guardar en ausencia de las fuerzas que custodiaban las Fronteras. La medida en sí misma indudablemente era acertada, pero no exijia, bajo ningun concepto, la presencia personal del caudillo de una revolucion popular que, de esta manera, se espuso a presentar, durante mas de veinte dias, cada uno de los que

era de una inmensa importancia revolucionaria, el contraste casi ridículo de un jeneral rebelde que se emplea en oir las arengas de unos bárbaros majaderos, mientras el gobierno, contra cuyo colosal poder de organizacion habíase aquel alzado, disponia, con un solo jesto, de todos los tesoros de la nacion i de todos los hombres que sirven por salario, que, a la verdad, no son pocos.

XVI.

Tan cierto era que la presencia del jeneral Cruz en los Ánjeles era solo un lujo de su mal concebido celo, que en el mismo dia en que él llegó a aquella villa (5 de octubre), Eusebio Ruiz habia reunido en parlamento a los caciques Pichun, Piñolevi, Colipí i muchos otros, entre los que se contaba el valiente Montrí, que pertenecia a una familia que no reconoce superiores por sus denuedos en todas las reducciones de los llanos.

Para conmover las tribus de Maguil, ademas, habia bastado solo que el lenguaraz don Pantaleon Sanchez se presentase en San Carlos de Puren el dia 8 i que se enviase a aquel temido bárbaro un *herraje de plata* para su caballo i unos cuantos pesos en monedas (1).

(1) En el libro de la comisaria del ejército del jeneral Cruz, que se conserva como uno de los trofeos de Purapel en el Ministerio de la guerra de esta capital, hai dos partidas que dicen así.

«*Octubre* 21.—Por veinte i cuatro pesos entregados a don Pantaleon Sanchez para que dé a Maguil Bueno, en recompensa de su cooperacion en la seguridad de la frontera, amagada por Zúñiga con su huida a los indios, segun consta del decreto que se rejistra bajo el núm. 15.—*Prieto —Pantaleon Sanchez.*—(Son 24 ps.)

«*Octubre* 23.—Por cuarenta i un pesos cuatro reales entregados

Mediante estos arbitrios, que ponen de manifiesto cuán fácil, i sobre todo, cuán barato es el arte de manejar a los llamados poderosos araucanos, cuyo mas soberbio potentado no desdeñaría el oficio de pordiosero si fuese condenado a vivir en nuestras ciudades, consiguió el jeneral Cruz celebrar en los Ánjeles un fatigoso parlamento con los caciques que obedecian a Maguil, el 10 de octubre. Mas, aquellos diputados, una vez concluida la ceremonia, se volvieron a sus respectivas comarcas, a fin de consultar maduramente el partido que debian abrazar, miéntras el jeneral Cruz veia que la revolucion toda de Chile iba a quedar aguardando la respuesta que se dignasen enviar.... Aciagas fueron estas aberraciones i mas lo fueron sus inevitables resultados. Si el jeneral Cruz se hubiese encontrado en Chillan i sucesivamente en San Carlos i el Parral en los primeros dias de octubre, era casi evidente que el jeneral Búlnes se habria visto obligado a replegarse al norte del Maule, como él mismo lo manifestaba en esos propios dias; i entónces ¿quién hubiera podido atajar el paso triunfante de una revolucion que estaba en todos los corazones chilenos que no recibian sueldos del erario? ¿Quien hubiera podido responder aun de la fidelidad pagada de aquel ejército en esqueleto, única valla que se oponia entónces al alzamiento unánime de tres provincias, que equivalian por su territorio a un tercio de la República, estando ocupado el otro tercio por las armas de Coquimbo?

Pero quizo el ciego destino de la siempre malhadada causa liberal que, miéntras tronaba el cañon de Petorca (14 de octubre), estuviesen los revolucionarios del sud (incom-

a don Francisco Melo, valor de un herraje que se le compró para gratificar al cacique Maguil Bueno, segun consta de la órden que se acompaña bajo el núm. 16.—*Prieto.*—*Francisco Melo.*—(Son 41 ps. 50 cts.)»

prensible contraste!), como puestos en cluquillas, a usanza de los bárbaros, oyendo sus interminables i pretenciosas arengas.

XVII.

Tan absurdo era todo esto que el mismo jeneral Cruz haciase cargo, al parecer, de la anomalia de su situacion. Escribiendo al intendente Vicuña, el dia 12, despues de pintarle el entusiasmo de los indios para acompañarle, a consecuencia del parlamento de los Anjeles (1), le decia: «Así

(1) «Acabo de saber, dice el jeneral Cruz, en una carta del 12, a don Pedro Felix Vicuña, con relacion a los resultados de esta ceremonia, que los caciques de Maguil han vuelto por allí (San Cárlos de Puren) tan decididos i contentos con el saludo i parla que les hice, que la mayor parte de ellos aseguran al comandante que, aun cuando Maguil se opusiese a su salida, ellos vendrian con sus mocetones a *los ocho dias* del plazo que les habia señalado i que me acompañarian hasta lograr « amarrar a Montes».

A propósito de esta última frase, no podemos menos de apuntar aquí una opinion mui jeneral que hubo en 1851 entre la jente del pueblo i particularmente de los campos, sobre las causas de la revolucion del sud en aquel año. Como poco ántes habíase mandado recojer por una lei la plata de *cruz*, llamada macuquina, creian los rotos i los huasos que esta era plata del jeneral de este mismo nombre, i asi es que decian *hace bien de pelear: ¿por qué le han de quitar su plata?* I cuantos que no son rotos ni huasos no han tenido en nuestras revueltas una divisa mas elevada al empuñar las armas?

En cuanto a la manera de esplicarse los indios la guerra de los blancos entre sí, decian sus interpretes que *Montes* era malo porque en las serranias hai leones, reptiles i plantas venenosas, i *Cruz* era bueno porque era la seña del cristiano. Al ménos, no puede negarse que los Araucanos eran mas lójicos que los *quincas* en la esplicacion de sus enigmas, i que no faltaba a sus razonamientos un si es no es de adivinacion.

es, mi amigo, el que por ahora solo puede colocarnos en alguna apuro el que don Manuel (*el jeneral Búlnes*) se nos ponga en marcha para Chillan luego.» Palabras que ofrecen una curiosa coincidencia porque manifiestan el temor de un jeneral de verse atacado por su adversario en la misma coyuntura en que éste retrocedia a su vez, sospechando que iba a ser el agredido.

XVIII.

La única medida de alguna importancia revolucionaria, acordada por el jeneral Cruz en los Anjeles, fuera de sus ingratas combinaciones con los indíjenas, que agotaron al fin su paciencia, fué la organizacion del rejimiento Carampangue (decreto de 10 de octubre), por medio de la agregacion al batallon veterano de este nombre de las milicias de Yumbel, para lo cual se hizo una promocion jeneral de la oficialidad de este cuerpo (1), i la creacion del batallon de

(1) El jeneral Cruz, en su calidad de jefe supremo de la nacion, concedió uno o dos grados a cada uno de los oficiales del Carampangue, otorgándoles despachos, con todas las formalidades acostumbradas. Como una muestra del estricto órden con que se procedia en todas las operaciones de la revolucion, transcribimos aquí íntegro uno de estos despachos, copiado del orijinal. Dice así:

JOSE MARIA DE LA CRUZ, JENERAL
DE DIVISION ETC., ETC.

Por cuanto: usando de las facultades que me da el cargo de Jefe Supremo de armas que me han conferido las provincias de Concepcion i Coquimbo, i atendiendo a los méritos i servicios del capitan de la primera compañía del primer batallon del rejimiento Carampangue don Juan A. Vargas, he venido en conferirle el grado de sarjento mayor, concediéndole las gracias, excenciones i

linea *Alcázar*, compuesto de los cívicos de los Anjeles, que se mandó poner bajo un pié de guerra el 11 de octubre,

preeminencias que por tal título le corresponden, quedando sujeto este ascenso a la aprobacion del Congreso de Plenipotenciarios que debe reunirse, o del Jefe Supremo que este cuerpo nombre, ínterin se reune el Congreso Constituyente.

En consecuencia, ordeno que le hayan i reconozcan por tal capitan graduado de sarjento mayor del rejimiento Carampangue, para lo que le hice espedir el presente despacho, firmado de mi mano, i sellado con el sello de la intendencia. Dado en el cuartel jeneral de los libres, en los Anjeles, a once dias del mes de octubre de mil ochocientos cincuenta i un años.

José Maria de la Cruz.

S. E., en virtud de la autorizacion antes espresada, confiere el grado de sarjento mayor al capitan de la primera compañía del primer batallon del rejimiento Carampangue don Juan A. Vargas.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Anjeles, octubre 11 de 1851.

Cúmplase, tómese razon en la comisaria del ejército i pásese al señor intendente de la provincia para que se anote en secretaría.

Cruz.

Se tomó razon en la comisaría del ejército a f. 4 del libro de títulos. Anjeles, octubre 11 de 1851.—*Prieto.*

Concepcion, noviembre 6 de 1851.

Tómese razon en secretaría i tesorería jeneral.

Tirapegui.

Se tomó razon en esta secretaría en el libro respectivo a fojas 67.—*Luis Pradel*, secretario.

Se tomó razon a f. 172 del libro de títulos militares, núm. 12. Tesorería jeneral de Concepcion, noviembre 7 de 1851.—*Urive*, Ministro accidental.

dándole aquel nombre, dice el decreto correspondiente, «en memoria del benemérito i valiente jeneral sacrificado en sosten de la independencia i defensa especial de este departamento» (1).

(1) *Boletin del sud*, lib. 1.º, núm. 7.



CAPITULO V.

EL GOBIERNO CIVIL DE CONCEPCION.

El coronel Urrutia ocupa a Chillan con la vanguardia del ejército revolucionario.—Acta de adhesion a la revolucion que forman los vecinos de aquella ciudad.—El intendente del Ñuble don Mariano Ramon Zañartu.—La vanguardia entra a San Carlos — Proclama que el coronel Urrutia dirije a los habitantes de la provincia del Maule.—Pronunciamiento en Cauquenes.—Medidas financieras adoptadas por la intendencia revolucionaria de Concepcion.—Delicados procedimientos del intendente Vicuña.—Recursos rentísticos de la provincia de Concepcion.—El Estanco.—Deudas fiscales.—Comparacion de los gastos hechos por el gobierno jeneral de la República i los revolucionarios de Concepcion i Coquimbo.—Caja de la comisaria del ejército del sud.—Maestranza.—Envio de Rabanales i Claro Cruz para organizar montoneras en Colchagua.—Visita de cárcel estraordinaria que hace Vicuña.—*El Boletin del sud.*—Estravagantes decretos del intendente Vicuña declarando nulos todos los pactos del gobierno jeneral.—Relaciones internacionales de la provincia sublevada.—Aviso de su promocion a la intendencia revolucionaria que dirijió Vicuña a los ajentes consulares, i reconocimiento que hacen estos de aquel hecho.—El gobierno declara cerrados los puertos del territorio rebelde.—Patente de navegacion del vapor *Arauco*.—Captura de este buque por los ingleses.—Furor del populacho de Talcahuano.

—Heroismo de una «rabona».—Insolente nota del comandante Paynter.—Funestas consecuencias que trajo para la revolucion el apresamiento del Arauco.—Protesta del intendente Vicuña. —El vice-cónsul ingles en Talcahuano teme que se atente contra su vida.—Notas cambiadas, con este motivo, por aquel funcionario i el intendente Alemparte.

I.

Miéntras la revolucion se encontraba paralizada i casi comprometida, como hemos visto, en las Fronteras, o, si no es impropio decirlo, a retaguardia de sus operaciones, hacia aquella solo algunos inciertos progresos, mas como propaganda popular que por el influjo de las armas, sobre la línea del Ñuble.

II.

El 4 de octubre, en efecto, como ya dijimos, habia ocupado a Chillan el coronel Urrutia, jefe de la vanguardia del ejército del sud, acompañado de sus principales lugar tenientes Souper i Lara, que se le habian reunido en los últimos dias de setiembre. En el acto, se habia reunido el vecindario de aquella importante ciudad i por medio de una acta solemne (1), proclamó su adhesion al movimiento del sud, desig-

(1) He aquí este documento que tomamos del *Boletin del sud*, núm. 4 del lib. 1.°.

«El pueblo de Chillan, considerando la actual situacion de la República, ha acordado:

«1.° Que esta situacion desgraciada depende de todos aquellos actos ilegales emanados del poder ejecutivo.

«2.° Que la proclamacion de don Manuel Montt para presi-

nando al mismo tiempo al entusiasta ciudadano don Ramon

dente de la República se ha hecho infrinjiendo la carta constitucional en el escrutinio que ella determina, habiéndose puesto antes en ejercicio cuanto medio reprobado ocurrió al poder ejecutivo para coartar la libertad del sufrajio, infrinjiendo igualmente las demas leyes que lo reglamentaban.

«3.º Que la autorizacion pedida por el poder ejecutivo al congreso, concedida i promulgada como lei del estado en 14 de setiembre último, es atentatoria, contraria a los principios democráticos, i visiblemente con el objeto de entronizar la dictadura.

«4.º Que en fuerza de estos fundamentos, i adhiriéndonos en todo al pronunciamiento libre i espontáneo de las provincias de Concepcion i Coquimbo, declaramos, solemnemente i con la misma espontaneidad, roto el pacto social, retirando desde luego los poderes conferidos a los representantes al congreso nombrados por esta provincia i demas autoridades, reasumiendo todos nuestros derechos soberanos, i en ejercicio de ellos, nombramos interinamente para intendente de esta provincia del Ñuble al ciudadano don Mariano Ramon Zañartu, i de comandante jeneral de armas de la misma al benemérito i denodado teniente coronel don Alejo Zañartu, i ambas autoridades obrarán de acuerdo con el señor jeneral de division don José María de la Cruz, a quien conferimos las facultades necesarias a fin de llevar a cabo la realizacion de la República, poniendo a su disposicion cuantas fuerzas i recursos tenga esta provincia; en virtud de lo cual se le remitirá copia de la presente acta para su conocimiento, i el pueblo de Chillan queda satisfecho que este ilustre caudillo obrará en todo conforme a sus principios i heroico republicanismo.»

Chillan, octubre 4 de 1851.

(Siguen sesenta i dos firmas).

Al remitir esta acta al jeneral Cruz, el intendente Zañartu añadia estas palabras en una comunicacion inédita que tenemos a la vista, fecha 7 de octubre.

«Al infrascripto, como ciudadano i como primer majistrado de la provincia, le cabe la satisfaccion de aceptar la causa popular, i mucho mas cuando ve a U. S. puesto a la cabeza de ese mismo pueblo que con todas sus fuerzas pretende derrocar la tirania i esa dictadura funesta que se ha querido entronizar en nuestra querida patria, mi corazon ha latido de contento, estoi dispuesto a morir por la libertad, como tambien lo está en este momento el pueblo que dignamente me rodea.»

Mariano Zañartu, rico hacendado de aquella comarca, para que se hiciese cargo de la intendencia de la provincia del Ñuble, acéfala desde la partida de Garcia, i al comandante don Alejo Zañartu, para que desempeñase la comandancia de armas.

III.

El activo Urrutia no quiso permanecer mas tiempo en Chillan que el que necesitaba para acopiar los escasísimos recursos militares que el no ménos dilijente Garcia habia dejado tras sus pasos en su retirada hacia el norte. El 5 de octubre ocupó, en consecuencia, el pueblo de San Carlos, donde se hizo de unos 40 fusiles olvidados por Garcia i reunió cerca de cincuenta dispersos de los soldados del batallon cívico de Chillan que se desertaban de la division de Longaví. El deseo del impetuoso caudillo del Maule era invadir aceleradamente esta provincia i conmoverla de nuevo para cruzar los planes que sobre ella trazaba el jeneral Búlnes desde su cuartel de Talca. «Continuamos pues adelante, escribia, en efecto, aquel jefe al intendente Vicuña, al ocupar a San Carlos el 5 de octubre, en nuestra magnánima empresa i estoi seguro, segurísimo de que triunfaremos de ellos, apesar de los terribles esfuerzos que hacen, pues su sistema infernal está en el dia al alcance de todos.»

Al mismo tiempo, el jefe de vanguardia hacia circular, entre sus amigos i adeptos del Maule, la siguiente entusiasta proclama llamándolos a las armas (1).

(1) Ya, desde el dia 2 de octubre, habia tenido lugar en Cauquenes, capital de la provincia, un pronunciamiento revolucionario, a consecuencia, sin duda, de la retirada de la division de vanguardia

COMPATRIOTAS.

Chillan, octubre de 1851.

«Siempre celoso por los derechos del pueblo, i por la libertad de mi patria, he combatido el despotismo que ha querido ahogar la voz de la libertad.

«En mi retiro, he visto los sufrimientos que dia por dia habeis tolerado, i en ellos jamas he estado lejos de vosotros; porque, en vuestra persecucion, he visto la muerte de la libertad por la que siempre he combatido.

«Dias de dolor os han amagado; pero el sol de la libertad brilló ya para los hijos del Maule i los que ayer jemian en la opresion hoi respiran el aire de los libres. El departamento

sobre el Maule, segun aparece de la enérjica proclamacion que transcribimos en seguida de una hoja impresa.

A nuestros amigos i compatriotas.

«Cuando los pueblos proclaman sus derechos i libertad, la tiranía redobla sus crímenes i atentados.

«Apenas Concepcion i Coquimbo alzaron su grito de libertad, los que hoi apelan a vuestro patriotismo i valor hemos llevado la vida del proscripto.

«Perseguidos a muerte por los esbirros de la tiranía, aun estamos vivos para defender la patria, despues de vernos perseguidos i saqueados nuestros intereses.

«Maule ardia en entusiasmo patriótico, i los ecos de libertad en el Sud i en el norte, la encontraron en su puesto. Aquí se han tirado el 19 de setiembre las primeras balas contra un pueblo indefenso que pedia su libertad; de aqui irá tambien el entusiasmo bélico que anonade la tirania en sus mas recónditas trincheras.

«No hai que dudarlo, cuando los pueblos se presentan a combatir a sus criminales opresores, ellos triunfan: la historia está llena de estos ejemplos. Seamos unidos, i despues de mas de 20 años de tinieblas, la luz de la libertad reflejará gloriosa en nuestra querida patria.

Cauquenes, octubre 2 de 1851.

J. M. Fernandez Moraga—Sebastian 2.° Villalobos—Juan de Dios Cisternas Moraga.

de Quirihüe correspondió ya al entusiasmo de Concepcion, i Coquimbo: el está libre ya.

«Me cabe la esperanza de contar con igual esfuerzo i fortuna en el resto de estas heroicas provincias que otra vez he dirijido: ahora, con un doble motivo, quiero vuestra felicidad. Me habeis visto nacer i me vereis morir por vuestra causa i libertad.

«Quiera Dios que mis esfuerzos, unidos al de los leales i buenos patriotas, correspondan a mis deseos.

«Ciudadanos que amais la libertad, camaradas que habeis alzado el brazo para defenderla contra los tiranos; que no haya mas pensamiento ni mas himno de guerra que el de ¡VIVA LA REPÚBLICA! ¡VIVA EL JENERAL CRUZ, SU INPERTÉRRITO DEFENSOR!!

Domingo Urrutia.»

IV.

Pero, miéntras el movimiento del sur se encontraba como estagnado en las márjenes del Biobio, i se adelantaba hácia el Maule con pasos vacilantes, arbitrábanse por el intendente de Concepcion, con incesante afan, los medios de alimentar aquel, echando a la vez mano de todos los recursos que ofrecia el patriotismo de los habitantes i poniendo en dura presion los diferentes ramos que por su naturaleza estaban bajo la mano del poder civil.

Con increible dilijencia, habíase reunido, de esta manera, por los dias en que seguimos el curso de la revolucion, una suma de mas de 80 mil pesos en dinero efectivo, cantidad estraordinaria en una provincia en que, por la naturaleza de sus transacciones, el numerario es tan escaso.

Hemos ya dicho que se habia embargado a bordo del vapor *Arauco* un paquete de onzas selladas que ascendia a la suma de 20 mil pesos, pertenecientes al erario nacional. Juntóse una suma equivalente, o inferior en poco, en las diferentes oficinas de la provincia, i con esto, el numerario disponible, al dia siguiente del movimiento, alcanzaba a una suma redonda de 38,300 pesos (1).

(1) Esta cantidad estaba distribuida de la manera siguiente. Embargo en el *Arauco* 20,000 pesos.—Tesoreria jeneral de Concepcion 5,000 pesos.—Tesoreria departamental 11,300 pesos.—Aduana de Talcahuano 10,000 pesos.—Estanco 2,000 pesos.—Total 38,300.

«Del dinero, dice el ciudadano don Francisco Prado Aldunate, en el documento que hemos citado varias veces en el primer volúmen de esta historia, fuí comisionado para tomar balance en las oficinas fiscales i encontré el número de 20,000 pesos tomados en el vapor, 11,300 en la Tesoreria departamental, 5,000 en la Tesoreria jeneral, 10,000 en la Aduana, i 2,000 en la administracion jeneral del Estanco i correos. Algunos pagarees de aduana, existentes en la factoria, reducibles a plata, pocos; i gruesa cantidad en deudas de los vecinos, de fondos provinciales, en la Tesorería departamental.»

El intendente Vicuña se empeñó eficazmente en que quedasen administrando los fondos fiscales los tesoreros Castellon i Martinez, que servian estos empleos; pero ámbos se negaron, a menos de que se les permitiese protestar tres veces todo decreto de pago, lo que acarreaba dificultades inadmisibles. En su defecto, fué elevado a tesorero el primer oficial de aquella oficina llamado Urive. «Como mi fortuna habia desaparecido, dice Vicuña en sus apuntaciones citadas, durante las persecuciones que me habian hecho mis enemigos, no siendo la menor una conspiracion jeneral de todos ellos para arruinarme, tenia que tomar las mas minuciosas precauciones sobre la contabilidad e inversion de todos los fondos públicos.»

Terminada la revolucion, hízose una honrosa justicia a la conducta observada por el intendente revolucionario en aquel espinoso asunto. Las mismas cuentas de la tesoreria revolucionaria fueron incorporadas en la cuenta jeneral de entradas i gastos de la Nacion, i aun por los propios documentos i libros de aquella

Esta última cifra se hizo subir, en pocos dias, a la de 60 mil pesos, poniendo en juego todo jénero de arbitrios i sin que se impusiera à los vecinos un solo maravedi de contribucion. Restableciendo la circulacion de las onzas estranjeras (decreto de 2 de octubre), cuyo curso estaba suspendido hacia poco por el gobierno jeneral, se reunieron 8,000 pesos en aquella moneda, que se habia ido colectando de cuenta del erario en los departamentos. Agregàronse a estos dineros 15,000 pesos por la liquidacion del estanco i factoria de Concepcion (1), 3,000 pesos de los estancos departamentales, 1,500 del fondo de jornaleros de Talcahuano i 7,700 pesos mas devueltos al erario por varios deudores o comisionados fiscales (2),

oficina, puestos en órden perfecto, se intentó poco despues hacer efectivo el reintegro de las cantidades invertidas, por cuyo monto total el fisco ejecutó a Vicuña en 1852. Mas, luego, sin embargo, abandonó aquel su desacordada accion, a la que los tratados de Purapel habian puesto atajo.

(1) Uno de los principales recursos de la revolucion fue la venta del tabaco i su distribucion a la tropa como equivalente del numerario. Al partir Vicuña de Valparaiso, habia convenido con el factor jeneral don José Manuel Figueroa que enviase éste a la factoria de Concepcion cuanto tabaco fuera posible, de manera que, al estallar el movimiento, existia, entre la aduana de Talcahuano i la factoria de Concepcion, un valor de cerca de cien mil pesos en este artículo. El intendente Vicuña suprimió por un decreto el estanco de Concepcion, dejando solo subsistente la factoria, i en la liquidacion de las cuentas de aquel, resultó un alcance contra el jefe del ramo, un rico especulador llamado Rodriguez, de 15,000 pesos, que la autoridad le hizo entregar en la tesoreria, en el término de 24 horas, conminándolo con prision. Esta era tambien una de las claves que ponian de manifiesto el enigma de la adhesion provincial al candidato de la Moneda.

El *Estanco* en Chile ha sido para los gobiernos una especie de ejército permanente, harto mas eficaz por su organizacion que los batallones armados.

(2) Don Ignacio Palma, que tenia arrendada la valiosa isla de

Existia ademas una deuda provincial que ascendia a 187 mil pesos, i por la que los favorecidos del fisco, que eran los adictos a la candidatura Montt, pagaban intereses sumamente bajos, por ser censos u obligaciones pias, o no pagaban absolutamente nada. Con fecha 25 de setiembre, ordenóse, en consecuencia, por un decreto de la intendencia, que todos los deudores morosos entregasen en tesoreria un 3 por 100 del total de su deuda, como fondo de amortizacion, dividiendo los plazos de quince en quince dias, a fin de hacer menos oneroso este gravámen. De esta sencilla manera, se creó para la provincia, o mas bien, para el departamento de Concepcion, una renta fija de 9,000 pesos mensuales que, una vez hechos todos los gastos de guerra, era suficiente para las demas exijencias del servicio. Desde luego, esta providencia dió por resultado el que se entregaran en tesoreria 4,000 pesos por intereses atrasados de la deuda flotante de la provincia, sebo de todas aquellas recónditas afecciones políticas, que no tenian el aliciente mas tentador de un sueldo fijo.

V.

Tales fueron las sencillas operaciones de la hacienda revolucionaria en Concepcion (1), i ciertamente que serán su

de la Mocha en solo 300 pesos i debia al fisco gruesas sumas por otras negociaciones que esplicaban su ardiente civismo, entregó 4,000 pesos a cuenta de sus obligaciones, el comandante Sepúlveda 3,000 pesos i un misionero italiano llamado Bracandori, que habia recibido 1,000 pesos para una comision en Arauco, devolvió por apremio a la tesorería 700 pesos que aun no habia invertido. Estas tres cantidades hacian la última cifra de 7,700 pesos que dejamos apuntados.

(1) Los gastos de la revolucion del sud fueron casi esclusiva-

mejor timbre i un noble desmentido a esas bastardas acusaciones que se hacen por los que solo viven del éxito, a todos los hombres que han promovido en Chile los sacudimientos populares. Pero acaso no ha existido, durante los últimos 30

mente militares, pero se pagó tambien puntualmente la lista civil i aun se dieron 1,000 pesos para gastos eclesiásticos.

Segun la cuenta jeneral de inversion de 1851 (en la que están insertadas íntegras las de la tesoreria revolucionaria de Concepcion), se entregaron a la comisaria del ejército, durante todo el período de la revuelta, solo 35,409 pesos 87 centavos, es decir, poco mas de la mitad del dinero colectado en efectivo. Pero es preciso advertir que muchos de los gastos de guerra se hicieron por libramientos directos de la intendencia sobre la tesoreria, de los que no se tomaba razon por el comisario del ejército.

Segun el libro de las cuentas de la comisaría del ejército del sud, que, como hemos dicho, existe orijinal en el archivo del Ministerio de la Guerra, la caja de aquella habia recibido hasta el 1.º de noviembre, 30,996 pesos i solo habia gastado en esa fecha 5,877 pesos, quedando una reserva de 25,118 pesos. Esta se habia disminuido el 1.º de diciembre a 14,978 pesos que fue mas o menos la misma cantidad que se distribuyó a los restos del ejército revolucionario, antes de ser disuelto en Purapel.

Entre los gastos de guerra, figura lo invertido en 2,600 camisas, 600 casacas i 1,000 pares de pantalones que se hicieron en Concepcion para el ejército i, mas especialmente, para el uso del batallon cívico de aquella ciudad. Pero los comerciantes vendian los materiales al costo, i las señoritas de Concepcion se suscribian con gruesas partidas de aquellos objetos que ellas cosian gratuitamente con sus delicadas manos. La señorita Rosa Esquella fue suscritora por 50 camisas.—Las obreras del pueblo cosian los pantalones solo a 9 reales la docena; i tal era el entusiasmo de estas infelices que una sirviente de doña Manuela Puga obló 200 pesos en que consistia toda su fortuna, fruto sin duda de largos ahorros.—Otra mujer del pueblo, al ver pasar por la puerta de su rancho a Vicuña, salió corriendo a su encuentro i presentándole un trozo de *tocuyo* que media dos varas, le decia—*Señor intendente, alcanza para una camisa!* Escusado es decir que esta jenerosa dádiva fue admitida.

Mas adelante tendremos ocasion de hablar mas detenidamente del patriotismo de las hermosas hijas del Biobio.

años, otro fundamento de este cargo que una jeneralizacion de aquel antecedente histórico que sacó una revolucion armada del mostrador de un Estanco. . . .

Las medidas financieras de los revolucionarios de Concepcion aparecen mucho mas justificadas cuando se las compara al inmenso derroche con que se inició la hacienda del Decenio, i que, despues de la sangre que vertió a torrentes, fué el mas odioso i el mas grave de sus caracteres. Segun las cuentas de inversion de los años de 1851 i 52, aparece, en efecto, que se gastó por el gobierno en sofocar la revolucion de 1851, no ménos de la enorme suma de 1.298,758 ps. 23 cts. (1), es decir, *diez i ocho veces* mas que lo gastado en Concepcion i trece veces mas de lo invertidò en la Serena, pues en la revolucion de Coquimbo se habian gastado, segun la cuenta de la tesoreria de aquella provincia, 100,216 ps. 13 cts., casi el doble de lo que habia sido preciso en Concepcion.

Hemos dicho que todos los gastos de la revolucion del sud estaban completamente justificados por sus documentos, i en vano el àvido ojo de los fiscales buscó algun resquicio de acusacion a los que respondian con su firma de aquellos procedimientos; pero sin embargo, el gobierno que osaba acusar a aquellos hombres tan atrevidos, como eran pobres,

(1) Segun las cuentas jenerales de inversion de los presupuestos de los años fiscales de 1851 i 52, se gastaron en 1851, como exceso del presupuesto de guerra aprobado el año anterior, 671,956 ps. 92 cts., i en 1852, por el mismo motivo i con arreglo a la lei de facultades estraordinarias de 14 de setiembre de 1851, la cantidad de 626,801 ps. 31 cts.–Total 1.298,758 ps. 23 cs.

El presupuesto del ramo de guerra habia ascendido en 1850, en sus tres departamentos de ejército, marina i guardia nacional a 1.349,340 ps. 7 cts. i en 1851 subió casi al doble, esto es, a 2.023,890 ps. 48 cts.

no sintió el rubor de su responsabilidad (sino ante sus propias oficinas, cuyas manos estaban todas a sueldo, por lo ménos ante la inexorable posteridad que comienza a juzgarlo) al estampar en sus documentos públicos una partida concebida en estos testuales términos: *Por diarios, víveres i diversos gastos hechos en toda la república, con el objeto de conservar el órden público, librados a consecuencia de* órdenes competentes—152, 733 ps!!

Para eterna honra de los sublevados de Concepcion, rejistrará la historia estas cifras, i en su contrapuesta comparacion, se leerá en los tiempos venideros con asombro que habia bastado al patriotismo de aquellos ciudadanos solo la *mitad de los fondos secretos* con que el gobierno que se habia sobrepuesto a la nacion, sostuvo su usurpado poder, a fuerza de oro i de sangre.

VI.

Otro de los acuerdos de la autoridad revolucionaria, que ponian en evidencia de luz la honradez de sus propósitos i el espíritu de *órden* con que se queria protestar contra la eterna acusacion dirijida al partido de oposicion, que en esta vez habia dejado de ser un bando para ser un poder, fué la creacion del *Boletin del sud*, rejistro oficial de todos los actos de la autoridad, el cual comenzóse a dar a la prensa el 2 de octubre, a imitacion del que se publicaba en la capital, con el título de *Boletin de las leyes* (1). «Cuando una revolucion va a cambiar la faz de una nacion entera, decia la

(1) El primer número de esta curiosa publicacion, de la que tomamos muchos datos esenciales para esta historia, apareció el 2 de octubre i el último el 3 de diciembre de 1851, formando 46 números que componen un volúmen en 4.° de 208 pájs.

introduccion de este repertorio, esplicando la mente de sus autores, los actos que inician este movimiento rejenerador deben pasar a la posteridad, ya sea como una espresion del patriotismo de los que abrazan los sentimientos e ideas que la impulsaban, o bien, como las bases en que debe reposar el nuevo edificio social que debe levantarse.»

VII.

Junto con la creacion del *Boletin del sud*, se espidió por la intendencia de Concepcion, el 2 de octubre, un decreto estraño cuya peculiar osadía rayaba ya en la extravagancia. Proponíase nada ménos aquel rescripto, digno de la Rusia i dictado en Concepcion, abolir de hecho la tesoreria nacional que existia en la capital, suprimir el ministerio de hacienda i por completo la accion del gobierno, declarando de ante mano irremediablemente nulos los pactos que celebrase el gobierno jeneral, i todos los pagos que se hiciesen por su órden, incluso por supuesto el sueldo del presidente de la República. Esto era llevar el ardor revolucionario hasta el quijotismo i desnaturalizar hasta cierto punto, el espíritu de cordura i moderacion que habia caracterizado a la revolucion desde sus primeros pasos (1).

(1) He aquí esta curiosa pieza, tal cual se publicó en el *Boletin del sud*, núm. 9, del lib. 1.º.

BANDO.

PEDRO FELIX VICUÑA, *intendente proclamado por la provincia de Concepcion, etc., etc.*

Por cuanto: con esta fecha la intendencia ha espedido el decreto que sigue:

«Estando despedazados los lazos que ligaban las provincias con un gobierno tiránico, que ha sacrificado a los intereses i

VIII.

La casi irremediable escasez de armas en la provincia era otro de los motivos de preocupacion i de labor para la autoridad provincial de Concepcion. El 13 de setiembre no existian en los cuarteles de aquel pueblo sino 100 fusiles útiles, de manera que desde la madrugada del siguiente dia,

egoismo de una faccion diminuta i corrompida los de la República entera, i llegado ya el tiempo de poner un dique a la dilapidacion que se hace de las rentas nacionales, fraguando negociaciones escandalosas, compras i ventas fraudulentas, para prostituir a los ciudadanos; atendiendo, por otra parte, a que las provincias de Concepcion i Coquimbo, se hallan completamente emancipadas, i las del Ñuble i Maule, ocupadas por nuestras fuerzas, i como todas aquellas tienen derecho a una parte considerable de aquellas rentas, con que la espirante tiranía procura conservarse en las provincias centrales, este gobierno por sí i en representacion de las dos que ocupan nuestras fuerzas, miéntras tanto organizan sus respectivos gobiernos, ha decretado lo siguiente:

Art. 1.º Todo contrato hecho con el títulado gobierno jeneral que oprime a las provincias centrales de la República, es nulo desde el 13 de setiembre pasado, en que esta provincia recobró los imprescriptibles derechos de su soberanía.

2.º Todo contrato ántes estipulado se suspenderá desde aquel mismo dia, teniendo que devolver cualquiera anticipacion recibida con este objeto.

3.º Todo aquel que pagase un documento no cumplido de cualquiera naturaleza, adelantando fondos por descuentos o bajo cualquiera otro título, los perderá, teniendo que devolverlos, tan luego como las fuerzas de las provincias ocupen los puestos, donde las autoridades ilegales i nulas hubiesen cometido estas fraudulentas transacciones.

4.º Los sueldos pagados al que se titula presidente de la República, a los que se llaman sus ministros, a todos los nuevos

el intendente Vicuña se consagró a organizar una maestranza suficiente para remontar todo el armamento viejo o descompuesto que existia en la provincia. En pocos dias, estaba montado un taller completo, en el que ardian, durante el dia i la noche, tres o cuatro fraguas, servidas por mas de treinta obreros, entre los que se contaba un buen número de mecánicos alemanes emigrados. De esta suerte, a fines de setiembre, estaba ya completamente armado el batallon Guia, i se habia confeccionado pertrechos suficientes para un ejército de cuatro mil hombres, aunque la pólvora i el plomo

empleados, comisiones etc. sobre-sueldos militares concedidos despues del 13 de setiembre, se declaran tambien indebidos i nulos, i los que los reciban están obligados a devolverlos con sus correspondientes intereses.

5.º Todos los administradores del estanco i demas oficinas de las provincias del Ñuble i Maule, que rinden sus cuentas i pagos a la Tesorería principal de Concepcion, continuarán entendiéndose con ella en la misma forma; i todo pago, transaccion o descuento que haya tenido lugar en dichas provincias, despues que fueron evacuadas por la fuerza de los opresores, es nulo, sin la intervencion de esta oficina.

6.º En veinte dias contados desde esta fecha no se recibirán en esta provincia ningunos efectos despachados del puerto de Valparaiso; i en mes i medio, del resto de la República. Toda internacion pagará los derechos establecidos en la aduana de Talcahuano.

7.º Este decreto durará hasta la organizacion de un gobierno nacional que resolverá lo conveniente.—Anótese, comuníquese i publíquese.

Por tanto: para que llegue a conocimiento de todos i tenga su debida observancia, puublíqese por bando, fijándose por el escribano de gobierno ejemplares en los lugares acostumbrados. Dado en la sala del despacho de la intendencia a dos dias del mes de octubre de 1851.

PEDRO FÉLIX VICUÑA.

Luis Pradel, secretario.»

fuesen estraordinariamente escasos en aquella provincia, donde el trabajo de las minas es casi totalmente desconocido. El grave error de no haber enviado el *Arauco* a posesionarse de las municiones depositadas en los castillos de Valdivia, se haria sentir en breve i de una manera harto funesta!

Por este mismo tiempo, i a instancias del ardoroso cura Sierra, resolvió el intendente revolucionario comisionar al antiguo oficial de ejército don Matias Rabanales, a fin de que levantase en la provincia de Colchagua partidas volantes (montoneras), que interceptasen las comunicaciones entre la capital i el cuartel jeneral del ejército del gobierno. Aquel caudillo debia recibir algunos ausilios en armas i dinero del coronel Urrutia, pasar el Maule i comenzar sus operaciones entre Talca i Curicó (1).

(1) Como una medida de buen gobierno, el intendente Vicuña hizo en los primeros dias de la revolucion una visita de cárcel estraordinaria, i tan estraordinaria fué que de mas de 80 reos, recibieran su libertad 60. Quedaron en prision solo los acusados de salteos. Los otros eran cuatreros o delincuentes de faltas leves, que se castigaban, sin embargo, con toda la severidad de las leyes del Estilo. La visita se hizo con la intervencion de todos los escribanos i teniendo a la vista los autos de cada causa. Ademas, se dió órden para que ninguno de aquellos indultados fuese admitido en los cuerpos que se levantaban para formar el ejército revolucionario. Pero apesar de todas estas precauciones, no sabemos si aquel acto deberia censurarse como una violacion de las leyes, por cuyo cumplimiento iba a armarse el país, o contemplarse solo como una medida de induljencia revolucionaria que aumentaria el entusiasmo de las masas, sin causar grave daño a la sociedad. Entre los perdonados contose a un célebre ratero a quien llamaban *el gato* porque vivia solo escalando murallas i tejados para robarse utensilios domésticos, pero que, como el famoso *Leña verde*, de quien hablaremos mas adelante, no tenia una reputacion siniestra. De los detenidos por críme-

Con igual mision, fué despachado desde Rere, por el jeneral Cruz en persona, su sobrino don Vicente Claro i Cruz, que se trasladó al sud con aquel objeto, finjiendo que iba a traer una arria de ganado de las haciendas de su tio. Dióle éste con aquel propósito una órden concebida con duplicidad, a fin de engañar a su regreso a las autoridades del tránsito, cuya estratajema tuvo un excelente resultado (1), pues el intendente de Talca Cruzat le detuvo solo unas pocas horas, como sospechoso, i luego le dejó partir. Claro Cruz venia a establecer sus montoneras entre San Fernando i Curicó.

IX.

La intendencia revolucionaria no habia descuidado tampoco ejercitar, en cuanto era dable a su limitada accion

nes de importancia, el de mas nota era el célebre Seguel, el Falcato del sud, hombre de tan ilustre apellido que se le corria de voz vulgar emparentado por sus mayores en la casa de Austria i tan valeroso como terrible en sus pasiones. Era ya algo anciano i tenia un aspecto venerable. Ofrecióse para ir a formar montoneras o llevar comunicaciones hasta Coquimbo, a trueque de obtener su libertad, pero la única gracia que le se concedió fué cambiarle unos enormes grillos que le habian remachado, porque con otros mas lijeros que antes tenia, mató un centinela i logró escapar, hasta que el animoso don Bernardino Pradel volvió a prenderle, empleando no ménos de 70 hombres con aquel objeto: tan grande era el terror que inspiraba su nombre!

(1) En esta carta, fechada en Rere el 2 de octubre, dice el jeneral Cruz aludiendo a la venta de sus vacas. «Conducirlas para abajo en esta estacion seria darles carne a los cuervos, i yo me hallo bien distante de proporcionárselas.»

política i al bloqueo jeneral de sus puertos (1), sus relaciones internacionales, fuera ya por medio de los vice-cónsules que algunas potencias como la Inglaterra i los Estados-Unidos mantenian en Talcahuano, fuera entablando amistosas relaciones con los capitanes de buques de guerra estranjeros, únicos que tenian autorizacion oficial para acercarse a las costas del territorio sublevado (2).

(1) He aquí el decreto que declaró el bloqueo de todos los puertos del sud i que copiamos del *Boletin de las leyes*, núm. 9, lib. 19.

Santiago, setiembre 30 de 1851.

Considerando:

1.º Que los puertos de la provincia de Concepcion están ocupados por los sublevados de esta provincia.

2.º Que en uno de estos puertos ha sido asaltado i tomado un buque mercante de la marina nacional, con grave perjuicio de sus dueños;

3.º Que deben temerse iguales depredaciones en buques, tanto nacionales como estranjeros;

He venido en acordar i decreto:

Quedan cerrados todos los puertos de la provincia de Concepcion a toda comunicacion, esceptuándose los buques de guerra estranjeros, hasta nueva órden.

El comandante jeneral de marina dará las órdenes necesarias para que una fuerza competente de la escuadra nacional, vaya a hacer efectiva esta resolucion.

Comuníquese.

MONTT.

José Francisco Gana.

(2) El capitan de la corbeta de guerra norte-americana *Saint Mary* entró, como todos sus conciudadanos, en las mas cordiales relaciones con los jefes de la revolucion i no opuso resistencia alguna al armamento que se ejecutó en Talcahuano de una compañía de rifleros americanos destinada al ejército del jene-

Una de las primeras atenciones del intendente Vicuña habia sido, por consiguiente, dar aviso a los ajentes consulares en Talcahuano de su promocion al primer puesto de la provincia, en nombre de la soberania popular que esta asumia, i de las pacíficas i amigables relaciones que el nuevo gobierno deseaba mantener con todas las potencias estranjeras. Los ajentes de estas en la provincia, i el vice-cónsul ingles el primero entre estos, se apresuraron a hacer un esplícito reconocimiento del *hecho* que se les comunicaba, cual era su deber, segun las prescripciones mas vulgares del derecho internacional (1).

ral Cruz. En uno o dos viajes que hizo a Valparaiso aquel buque su caballeroso comandante Mr. Macgruder llevó diversas comunicaciones de Vicuña a su familia i lo mismo practicó en otras ocasiones el capitan Johnson del vapor ingles *Gorgon*, esponiéndose a la brutal reprobacion del ministro Sullivan que habia tratado malamente al capitan Paynter, porque no era tan brutal como él; aunque luego, en verdad, aprendió a serlo!

(1) He aquí la nota del vice-cónsul ingles en que acusa recibo de las comunicaciones del intendente Vicuña. Está tomada del *Boletin del sur* núm. 9 lib. 1.º i dice así:

Vice-Consulado Británico.

Talcahuano, setiembre 16 de 1851.

Señor: el infrascrito, Vice-Cónsul Británico en la provincia de Concepcion, tiene el honor de acusar recibo de un oficio de esta fecha del intendente de la provincia que actualmente funciona, don Pedro Félix Vicuña, haciéndome saber que habia sido proclamado por la voluntad soberana del pueblo, i adjuntándome copias de las actas i proclamas publicadas en Concepcion el dia 14, asegurándome que la intencion del nuevo gobierno es de continuar tratando a la nacion inglesa con la misma cordial amistad que tan felizmente se ha conservado hasta hoi.

El infrascrito se aprovechará de la primera oportunidad para comunicar esta circunstancia a su gobierno, i en el entretanto, tiene el honor de asegurar al señor intendente que funciona su mas alta consideracion i aprecio.

Roberto Cunningham—(Vice-Cónsul).

Al señor don Pedro Félix Vicuña, intendente actual de la provincia de Concepcion.

X.

Otro de los actos de la soberania que constituia el territorio sublevado en la independencia de hecho exijida por las leyes internacionales para imponer los deberes de la neutralidad a los paises estranjeros, fueron las patentes de navegacion que espidió el gobierno revolucionario a favor del bergantin *Jeneral Baquedano* i del vapor *Arauco*, sujetándose en todo a las reglas del derecho de jentes (1).

Pero la misma legalidad de sus procedimientos dió en breve márjen al atentado mas odioso que viera consumarse la revolucion de 1851; tal fué el apresamiento del mismo vapor *Arauco*, hecho de sorpresa por el vapor *Gorgon* de S. M. B., segun órdenes espresas del almirante ingles, i en virtud de un decreto verdaderamente oprobioso del gobierno le-

(1) Damos publicidad, a continuacion, a la patente de navegacion del *Arauco*, tal cual se publicó en el *Boletin del sur*. Dice así.

José Maria de la Cruz, Jefe Supremo militar, proclamado por los pueblos, Jeneral de Division de los Ejércitos de la República.

Por cuanto he mandado armar en guerra el vapor nacional *Arauco*, i por miéntras permanezca roto el pacto de unidad con el gobierno invasor de los derechos del pueblo, vengo en estender la presente patente de navegacion al espresado vapor, para que los buques i autoridades marítimas nacionales le presten todos los auxilios que pueda demandarles, i ruego a las demas naves i autoridades amigas o estranjeras lo consideren i auxilien en conformidad con el ofrecimiento que les hago de retribuirles iguales servicios en casos análogos, para lo que firmo la patente, sellada con el sello de la Intendencia, en el cuartel jeneral de los Libres, en Concepcion de Chile, a veinte i cinco dias del mes de setiembre de mil ochocientos cincuenta i uno.

José Maria de la Cruz.

gal, que declaraba pirática la bandera chilena enarbolada en los mástiles de aquel buque.

XI.

En el primer volúmen de esta historia (1), hemos referido con alguna detencion los pormenores de esta escandalosa violencia, i, al presente, cúmplenos solo añadir algunos documentos a los numerosos ya publicados en esta obra, que ponen mas de manifiesto la humillacion a que fué sometida la República por sus mezquinos mandatarios i la desmedida osadia de los marinos ingleses, autorizados por aquella misma fatal debilidad, síntoma infame de ese infame crímen americano que hoi cubre de cadáveres el suelo de Méjico.

El 15 de octubre, en efecto, se anunció por los vijias de Talcahuano la aproximacion de un vapor de guerra que entraba a todo su andar por la boca grande de la Quiriquina. Viósele, en seguida, echar sus anclas a pocos pasos del surjidero donde el *Arauco* permanecia desde su regreso de Coquimbo, hacia dos semanas, i desprendiendo inmediatamente de su costado botes armados, tomó posesion del buque revolucionario, sin haber hecho antes la menor intimacion sobre cuales eran sus propósitos, al emprender un ataque tan singular como inesperado. Era el asaltante el vapor *Gorgon*, capitan Paynter.

Al saberse en tierra aquella depredacion, que tenia todos los caracteres de un acto de aleve piratería, encendióse en ira el ánimo del pueblo i comenzó éste a correr en tropeles hácia el fuerte que domina la bahia, con la inten-

(1) Véase en el tom. 1.° el capítulo titulado *Un crímen de lesa patria* i los documentos que le corresponden en el *Apéndice.*

cion de atacar en el acto al agresor. Tanto fué el furor de la muchedumbre i de la tropa en los primeros instantes, que, faltando tacos en el castillo para cargar los cañones, vióse a una mujer del pueblo (probablemente alguna *rabona* i que quedó tal por aquel acto) arrancarse con las dos manos su vestido de la cintura (1) i entregarlo a los artilleros para que dispararan sobre los *gringos ladrones*, como en su tosco, pero esta vez verídico lenguaje, llamaban los rudos marinos de Talcahuano a los captores del *Arauco* (2).

El teniente de marina don Juan de Dios Camaño, jóven animosísimo, natural de Valparaiso, que se encontraba a bordo en aquel momento con Alemparte, ocupado el último activamente de sus aprestos, hizo cargar la colisa del vapor, hasta la boca i apuntarla al buque asaltante, creyendo que este

(1) El intendente Vicuña mandó gratificar a esta mujer i a otra que siguió su ejemplo con una onza de oro, para que costeasen un vestido de seda.

(2) Como una muestra odiosa pero característica de la irritacion que produjo en todo el país el atentado de los ingleses, copiamos aquí la siguiente hoja impresa que circuló en las calles de Valparaiso, tan pronto como llegó a la bahia de aquel puerto el vapor *Gorgon* con su mal habida presa. Dice así con su peculiar i semibárbara ortografía.

«*A los chilenos.*

«Compatriotas...!! Los ingleses estos pérfidos gringos pirata en la mar y contrabandistas en tierra, que siempre han vivido del pillaje; nos han arrebatado el vapor *arauco* para entregarlo al *tiráno Montt*, y protejer de éste modo la *tirania* en chile. Este insúlto tan atros a nuestro nacionalismo y á la causa santa que defiende el jeneral CRUZ debe ser escarmentado, y si estos infames gringos nos saltean en la mar nosotros debemos degollarlos en tierra.

«Somos un millon de chilenos y todos unidos podemos aniquilar esta rasa de ingleses maldita por los buenos americanos. Asi escarmentarán de insultarnos con su poder en la mar, si al grito de deguello desaparecen del suelo chileno.»

iba a romper sus fuegos pero desistieron de aquel acto temerario, cuando observaron que bajaban los botes del *Gorgon* i que venia tropa armada a abordarlos.

El jefe de los captores, que era aquel mismo marino ingles cuya condescendencia al celebrar el vil ajuste que levantó el embargo del *Arauco* en el puerto de Coquimbo habia sido tan severamente amonestado por el ministro i el almirante ingles, cumplió ahora las instrucciones que habia recibido, con toda la aspereza de su herida susceptibilidad, contentándose con enviar, al siguiente dia de la captura del *Arauco*, una insolente nota a su ajente consular, con encargo de trasmitirla al gobierno revolucionario, i contestando a las comedidas reclamaciones entabladas por el último, a quien dirijia de su propio albedrio, las mas estrañas i amargas recriminaciones. Este curioso documento, del que hemos encontrado felizmente una traduccion inédita, está concebido en los siguientes términos.

A bordo del vapor de guerra Gorgon de S. M. B.

Talcahuano octubre 16 de 1851.

Señor:

Tengo el honor de acusar recibo a su nota fecha de hoi i demas que me adjunta.

Suplico a U. se sirva hacer llegar a manos del señor intendente don Pedro Felix Vicuña, para el conocimiento de las autoridades, que yo he apresado el vapor de guerra *Arauco*, por órden del contra-almirante Fairfax Moresby C. B. comandante en jefe.

El *Arauco* ha sido declarado pirata por el gobierno chileno, abandonado por su dueño, está asegurado en Inglaterra i se

han hecho protestas (1) contra él por el capitan i parte de la tripulacion, por robos i pillaje de mucha importancia cometidos en súbditos ingleses.

El almirante me ha autorizado para dar este paso i los motivos que ha tenido presente al ordenarlo, emanan únicamente del deseo de preservar a los súbditos británicos de ultrajes i robos.

Cuando las autoridades de Concepcion sumerjieron a su pais en revolucion, debieron haberse guardado cuidadosamente de cometer actos de violencia i agresion contra estranjeros residentes en Chile, que han confiado sus familias i sus bienes bajo la salvaguardia del honor chileno. Al espresar el profundo sentimiento de ver a Chile empeñado en una guerra civil, Chile, que ha sido siempre un aliado sincero i firme de la Inglaterra, desde los primeros dias de su independencia, debo manifestar que es de mi obligacion, como oficial británico, velar que no se cometa ninguna violencia en súbditos ingleses, pedir satisfaccion cuando se les haya inferido insultos, i quedar *perfectamente neutral* en todas las disenciones intestinas.

En conclusion, suplico a U. se sirva hacer presente al señor intendente la esperanza que me anima de que el largo período de paz i prosperidad que Chile ha gozado se restablezca lo mas pronto posible; i con esta esperanza:

Queda de U., señor, su mui obediente i humilde servidor,

L. Paynter, (Comandante).

(1) Véase en el documento núm. 6 del Apendice, la protesta del capitan del Arauco, fecha en Talcahuano, el 16 de setiembre, ante el escribano del departamento.

XII.

La captura del *Arauco* fue un golpe de muerte dado a la revolucion, i precisamente consumose aquel crímen internacional en la hora mas oportuna para servir a sus autores. Como dejamos ya referido, al finalizar el capítulo que precede al anterior, ocupábase activamente en Talcahuano don José Antonio Alemparte, desde fines de setiembre, en apreslar una flotilla que debia apoderarse de los dos buques bloqueadores del gobierno, el *Meteoro* i la *Janequeo*. Nada era mas fácil que aquella empresa. Como es sabido, las brisas del sur no se levantan en aquella latitud sino despues de medio dia. Esta circunstancia dejaba a los dos bergantines a vela del gobierno casi del todo inhábiles para defenderse contra un buque de vapor, armado con un cañon de a 24, miéntras que aquellos no montaban sino carronadas de a 8, i tan persuadidos estaban los marinos bloqueadores del peligro inminente que corrian (pues no ignoraban los preparativos de Alemparte), que todo su empeño era regresar a Valparaiso (1). Pero esta misma alarma esplica demasiado la alevosía i la oportunidad del atentado consumado por los ingleses, a influjos del gobierno de Chile.

El plan que se habia acordado para hacer mas segura

(1) Temeroso el intendente Vicuña de que los comandantes de la *Janequeo* i del *Meteoro* regresasen a Valparaiso, por falta de víveres, esponiendo asi a malograrse el plan de Alemparte, habia dado órden a todos los subdelegados de las costas para que permitiesen libremente a los campesinos i pescadores el vender a aquellos cuantas provisiones quisieren, lo que los patriotas huasos de Penco ejecutaban, dando puntual aviso de cuanto sabian a las autoridades revolucionarias.

presa de los débiles barcos del gobierno consistia en que el vapor *Arauco* remolcase el bergantin jeneral Baquedano, dos lanchas cañoneras i una o dos divisiones de botes armados de fusileros hasta la Quiriquina, aprovechando la oscuridad de la noche i, a la mañana siguiente, estando los buques bloqueadores detenidos por la calma, rodearlos de improviso i hacerles arriar su bandera, lo que talvez se habria conseguido sin disparar un tiro, desde que sus cañones tenian mucho menos alcance que los de los buques revolucionarios.

Una vez apresada la escuadrilla bloquedora, el *Arauco* se presentaria con tres buquès delante de Valparaiso, apresaria el *Cazador*, que era mucho mas débil que aquel en su construccion i armamento, o lo obligaria a permanecer en su surjidero. I entonces, dueña la revolucion de la mar; ¿que recurso quedaba al gobierno, sobre el que el pueblo rodaba en olas ajitadas, sino hacer la señal de socorro i resignarse al temible naufrajio a que le arrastraban las mismas pasiones que él habia desencadenado?

El crímen de los ingleses consumose, pues, en el preciso instante en que aquella empresa iba a ponerse por obra, porque concluidos ya los aprestos i vencidas las vacilaciones de Alemparte, que era tan laborioso en la organizacion como irresoluto en el hecho, se habia fijado la noche del mismo dia 15 o la del 16 para emprender el asalto.

XIII.

El intendente de Concepcion, entretanto, comprimiendo en su pecho la ira justísima de aquella iniquidad sin ejemplo, habia dirijido al vice-consul ingles la siguiente protesta, que tan notable contraste presenta con la arrogante nota del ma-

rino ingles, la que, segun parece, fué escrita en respuesta a aquella.

Concepcion, octubre 15 de 1851, a las 6 de la tarde.

«En perfecta armonía con todos los gobiernos estranjeros, i marchando por el sendero de nuestra lejislacion con todos ellos, acabo de saber que el vapor *Gorgon* de S. M. B., de cuyo Gobierno es U. vice-Consul, se ha apoderado del vapor *Arauco*. Sea cual fuere el motivo de tan estraña conducta, hai en estas provincias autoridades constituidas, a quienes dirijir cualquier reclamo; pero prevalerse de la fuerza para tomar un buque que pertenece a este gobierno i romper todos los miramientos que se deben en toda sociedad culta, no alcanzo a comprenderlo.

Como U. solo puede ser intérprete de este suceso, como vice-consul Británico, espero me comunique a la mayor brevedad posible las causas que han motivado tan violento procedimiento. Yo protesto, desde luego, ante la Reina de la Gran Bretaña i ante todos los pueblos de la tierra, seguro de que la justicia siempre se sobrepondrá a la fuerza que hoi nos insulta por creernos débiles.

Dios guarde a U.

Pedro Félix Vicuña.

Al Sr. vice-Consul de S. M. B. D. Roberto Cunningham.

XIV.

La prudente nota del intendente Vicuña estaba mui lejos, sin embargo, de evidenciar los verdaderos sentimientos del pueblo, en presencia de aquella violacion escandalosa de la lei internacional, hecha con tanto insulto i con daño tan inminente de los intereses de la revolucion, para la cual la na-

ve apresada debió ser la centella electrica de su espansion i de su triunfo. I tal cundió, en verdad, la exacerbacion en los ánimos de los penquistos, sin distincion de categorias, que el vice-consul ingles, D. Roberto Cunnigham, hombre honorable i que gozaba en la provincia, desde muchos años, de un aprecio jeneral, llegó a temer por su vida, en vista de la creciente irritacion con que se contemplaba el bárbaro atentado de sus compatriotas (1).

(1) He aqui la nota del vice-consul ingles, en que, guiado sin duda por apariencias, manifestaba al intendente de Concepcion sus temores de que se atentase contra su vida i la digna i enérjica respuesta que dió a aquella el intendente Alemparte, que habia sucedido a Vicuña en aquellos dias en el mando político de la provincia.

Ambas dicen así:

Talcahuano, octubre 17 de 1851.

Señor:

Acabo de ser perfectamente instruido que quince personas, reunidas anoche en la plaza de Concepcion, han resuelto cometer un asesinato en mi persona i toman todas las medidas necesarias para ejecutar este atentado, persuadidos, dicen, de haber tomado yo una parte activa en el apresamiento del vapor *Arauco*. En la misma noche, se propusieron consumar el asesinato, para cuyo efecto se deberian reunir treinta personas.

Tengo la seguridad de que basta solamente poner en conocimiento de US. esta noticia, para quedar satisfecho de que nada ocurrirá en mi persona.

Tengo el honor de ser, señor, su mas obediente i humilde servidor.

Roberto Cunningham, vice-consul.

Al señor don José Antonio Alemparte, Intendente etc. etc. etc. Concepcion.

INTENDENCIA DE CONCEPCION.

Octubre 18 de 1851.

Con gran sorpresa he recibido la nota de US. fecha de ayer, en que me refiere un chisme que solo pueden haber inventado al-

XV.

Pero es ya tiempo de que abandonemos los negocios casi esclusivamente civiles de que nos hemos ocupado en el presente capítulo, para seguir la revolucion del sud en su lento desarrollo militar, cuyos aprestos dejamos terminados en los cuarteles jenerales de Concepcion, los Anjeles i Chillan, sin

gunos de los pocos hombres estraviados que contrarían nuestra causa por ardides tan torpes como ridículos.

Por mas irritacion que causó en el ánimo de todos los vecinos de esta provincia el rapto escandaloso del vapor *Arauco*, por órden del Almirante ingles, bajo pretes tos especiosos i enteramente infundados, no crea US. que en manera alguna pueda forjarse algun crímen i, aun cuando alguien lo hubiera intentado, la autoridad tiene bastante vijilancia i enerjia para contener cualquiera avance, aun de los ciudadanos mas caracterizados.

Sin embargo, nada ha ocurrido, ni mucho ménos tratándose de la persona de US., que me consta no haberse hecho solidario de la conducta del comandante del vapor *Gorgon* por órden del Almirante de S. M. B.

Descanse US. en la persuacion de que ningun súbdito de S. M. B. será molestado en lo menor, a consecuencia del atentado que tan justamente ha promovido la indignacion jeneral, porque la autoridad no consentiria jamas que se mancillase el honor de la República con un crímen que ocasionaría talvez la misma alarma que ha ocasionado la informal captura del vapor *Arauco*, arrancado por fuerza de nuestra bahía, por órden del Almirante ingles. El estado actual del pais, a consecuencia de nuestras disenciones políticas, es lo único que me ha contenido en tomar medidas que tendiesen a manifestar al Almirante ingles que tambien podemos repeler atentados tan escandalosos como el que ha tenido lugar, aun cuando la República de Chile se encuentre en una escala mui pequeña en comparacion del poder colosal que ejerce con sus cañones el gobierno ingles.

La protesta que por conducto de US. elevó mi antecesor me basta por ahora. Cuando hayan cesado las circunstancias escep-

que, sin embargo, se pensase aun por el jeneral en jefe en abrir decidamente la campaña, marchando hácia el norte con las diferentes divisiones que se habia organizado.

La relacion de este movimiento i de todos los acontecimientos militares que se sucedieron hasta los tratados de Purapel, serán materia de los capítulos subsiguientes.

cionales en que nos encontramos, el gobierno de Chile elevará sus quejas al gobierno ingles, seguro de obtener justicia, porque no es posible que el gabinete de San James pudiera aprobar los procedimientos de su Almirante en la estacion del Pacífico, relativos a la captura del vapor *Arauco*.

Me suscribo de US. su obsecuente i seguro servidor.

José Antonio Alemparte.

Al señor don Roberto Cunningham, vice-consul de S. M. B.

CAPITULO VI.

EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.

Situacion respectiva de los dos ejércitos belijerantes en los primeros dias de octubre.—Muévese la division de los Anjeles hácia la hacienda de las Peñuelas.—Rasgos de patriotismo en las fronteras.—El jeneral Baquedano se dirije al Itata con la division de Concepcion i despedida que dirije a este pueblo.—Parte el intendente Vicuña, nombrado secretario jeneral del ejército, sus adioses i sus sentimientos íntimos al entrar en campaña.—Llega el jeneral Cruz a Peñuelas, i recibe a orillas del Itata la noticia de la derrota de Petorca i, en consecuencia, se da la órden de avanzar sobre Chillan.—Se presenta en Peñuelas el coronel Urrutia i reminiscencias políticas que tienen lugar con este motivo.—Gran festin que el pueblo de Larqui prepara (por decreto) al jeneral Baquedano i antipatias frailescas de este jefe.—Reúnese en Chillan el ejército revolucionario.—Proclama del jeneral Cruz a los habitantes del Ñuble.—Manera como trataba a este caudillo la prensa de la capital.—Organizacion militar del ejército.—Plana mayor.—Compañía de voluntarios norte-americanos.—Notables capitanes del rejimiento Carampangue, Robles, Rojas i Artigas.—Oficiales mas distinguidos de los batallones *Guia* i *Alcazar*.—El capitan Tenorio.—El mayor Molina.—Organizacion de los cuerpos de caballería.—Enrique Padilla i el capitan Grandon.—El jeneral en jefe resuelve abrir la campaña en los primeros

dias de noviembre.—Proclama que dirije al ejército i a la guardia nacional de la República con aquel motivo.—Carta exhortatoria que escribe a los partidarios de la capital.—Gran temporal de primavera que sobreviene, i paralizacion completa de las operaciones.—Llegan al cuartel jeneral de Chillan las noticias del levantamiento de Valparaiso, i de la muerte del mayor Zúñiga en la Araucanía.

I.

Al dar remate a los capítulos 2.° i 4.° del presente volúmen, decíamos, con relacion al ejército del jeneral Búlnes, que, desde el 10 de octubre, habian comenzado a pasar el Maule algunos de sus cuerpos para acamparse en Longomilla; i refiriéndonos a la division que organizaba en los Anjeles el jeneral Cruz, añadíamos que ya el 12 de aquel mismo mes, abrigaba este jefe temores que el ejército del gobierno tomase la ofensiva, cuando él no habia salido aun de los centros de la insurreccion.

El jeneral Cruz, en efecto, habia recibido el dia 12 la noticia de los movimientos que Búlnes ejecutaba sobre el Maule, i juzgando que iba a abrir la campaña, cuando solo trataba de organizarse, desconfiando, a la sazon, sostener la línea de este rio en su márjen meridional, ordenó aquel al comandante de su vanguardia que abandonase a Chillan i se replegase sobre el Itata, tan luego como supiese que las descubiertas del jeneral Búlnes avistaban a San Cárlos, seis leguas al norte del Ñuble. De esta manera, sucedia que ámbos jenerales obraban a la vez bajo la falsa impresion de sus temores, pues, cuando Búlnes creia que seria obligado a repasar el Maule, Cruz ordenaba a su vanguardia replegarse al sud del Itata, abandonando la línea mucho mas importante del caudaloso Ñuble.

II.

Pero, al mismo tiempo, aquellas nuevas obligaron al caudillo del sud a abandonar su inaccion, i en el mismo dia, impartió órdenes para que todas las fuerzas organizadas marchasen sobre Chillan.

En consecuencia, el dia 13 se puso en camino el coronel Zañartu con el rejimiento Carampangue que debia aguardar a los otros cuerpos del ejército en la hacienda de Peñuelas i, al siguiente dia, se movió en la misma direccion, el comandante Ruiz con el rejimiento de *Dragones de la Frontera* i el batallon *Alcázar*, en medio de las aclamaciones del pueblo (1).

(1) Fueron estraordinarios los rasgos de patriotismo que se evidenciaron en las Fronteras, con ocasion de la residencia del jeneral Cruz en los Anjeles. Un sarjento retirado del Carampangue obló 500 pesos en dinero para sosten del ejército; el suegro del sarjento Fuentes, inmolado en la capital, obsequió dos caballos que eran casi su única fortuna, i por último, un jóven Hermosilla, natural de Arauco, comprometióse a equipar, a su costa, de armas i caballos un destacamento de 25 hombres. «Hoi me he convencido, dice un ajente confidencial del jeneral Cruz (su sobrino don Manuel Prieto, en carta a don Luis Pradel fechada en los Anjeles, octubre 14 de 1851, que tenemos orijinal a la vista), del gran entusiasmo de este pueblo, al presenciar la partida del primer batallon del rejimiento Carampangue que se verificó ayer i del escuadron de caballería de la frontera que, con el batallon Alcázar, compuesto de los nacionales de la Laja, parte en los momentos que le escribo. Cada soldado revelaba en su semblante el contento i resolucion, la conviccion de la santidad e importancia de la causa que marchaban a protejer, i la fé en el porvenir. Todo esto, para espresarlo, lo reasumian en una palabra: *el jeneral Cruz!* Es, por esto, que en su tránsito por las calles de la ciudad dejaban oir los gritos de *viva el je-*

III.

Al mismo tiempo seguia a aquellas fuerzas, que marchaban por el camino de Yumbel, la division de Concepcion, con rumbo directo al Itata, por la Florida, en línea casi paralela con aquellas. El punto designado para su acantonamiento era el balseadero llamado de Troncoso, a dos leguas de la hacienda de Peñuelas. Componíase esta division del batallon *Guia*, la brigada de artillería veterana i un escuadron de caballería. Púsose en marcha en la tarde del 16 de octubre (1), en medio de la conmocion de todo el pueblo que se agolpaba al paso de los voluntarios, que eran casi todos los hombres capaces de tomar armas que habia en la despoblada ciudad de Concepcion.

neral Cruz! por él marchamos a morir! Estos hombres me han conmovido.»

«Ya, pues, añade el narrador, no nos detienen aquí sino los indios que son por demas majaderos. Varias diputaciones de los caciques, pertenecientes a la tribu o reduccion de Maguil Bueno, han visitado al jeneral; pero todas, apesar de su decision por acompañarlo, se han vuelto a llevar las palabras de éste a su jefe, valiéndome de la espresion de ellos mismos. Sin embargo, hoi ha llegado un cacique con catorce mocetones ya armados; se esperan, para pasado mañana, algunos otros de Nacimiento, i segun el resultado de una *parla*, tenida hoi con Lupayante i otros caciques, debian éstos volver el mismo dia que los de Nacimiento, ya armados.»

(1) El jeneral Cruz dió órden al intendente Vicuña i al jeneral Baquedano de alistar la division de Concepcion para emprender su marcha, desde los Anjeles, el dia 12 de octubre. Pero ya Vicuña, que tenia noticia de todos los movimientos de Búlnes en el Maule, le escribia con fecha 13 estas palabras, invitándole a apresurar la marcha del ejército i, particularmente, recomendándole su presencia en el norte. «La llegada de U. o Baquedano a Linares, le decia, pondria en gran desórden las operaciones de Búlnes,»

El jefe de esta bisoña columna, que debia ser, sin embargo, tan superior por sus servicios i por su heroismo a la fuerza veterana que salia de los Anjeles, se despidió de los habitantes de Concepcion con las siguientes palabras.

«¡Conciudadanos!

«Hoi parto para Chillan, al mando de la segunda division del ejército Libertador, para reunirnos a nuestros compañeros de la vanguardia. A nombre de los valientes del batallon *Guia*, de los patriotas voluntarios del núm. 1, del rejimiento de Carabineros i de la brigada de Artilleria, reitero al heroico pueblo de Concepcion nuestra promesa de morir por la libertad de la patria, ántes que verla subyugada al despotismo.

«Mui pronto tendreis ocasion de celebrar nuestros triunfos, i de ceñir con nuevos laureles la frente del ilustre Jeneral Cruz que nos conduce a la victoria. Recibid, entre tanto, el mas afectuoso adios de vuestro amigo.

Fernando Baquedano.»

Concepcion, octubre 16 de 1851.

IV.

Dos dias mas tarde (18 de octubre), seguia los pasos de la columna de Concepcion el intendente Vicuña, nombrado, por decreto de 14 de octubre, espedido en los Anjeles, secretario jeneral del ejército revolucionario. Habíale reemplazado, desde el dia anterior a su partida, en el mando civil de la provincia, don José Antonio Alemparte, i al ponerse en marcha, habia dirijido a sus amigos de Concepcion su marcial adios, en las siguientes palabras.

«Perseguido por la tiranía, he sido seis meses vuestro huesped, gozando de una libertad que hace bastantes años no tenia. Os he ayudado en la gloriosa revolucion que habeis hecho por la libertad i me habeis honrado colocándome a la cabeza de vuestro gobierno. Llamado por S. E. el jeneral Cruz como su secretario jeneral, voi a cumplir con mis últimos deberes hácia la patria, para ocuparme despues de mi familia que de mi tanto necesita.

«El magnánimo jefe que voi a acompañar i todos los jefes i tropa que abren esta campaña de la libertad contra la tiranía, solo recojerán gloria i laureles, i vosotros tendreis en la rejeneracion de la República la mas brillante pájina, por vuestro entusiasmo, vuestros sacrificios i patriotismo.

«A los numerosos amigos que mi buena estrella aquí me ha proporcionado, les doi mis adioses, sintiendo no abrazarlos personalmente por la urjencia de mi viaje. A todas partes llevaré el recuerdo de su jenerosa hospitalidad.

Pedro Félix Vicuña.» (1)

Concepcion, octubre 18 de 1852.

(1) *Del Boletin del sud.* He aquí como Vicuña dábase cuenta a sí propio de sus sentimientos íntimos, estampándolos en su diario de campaña, con la espansion ajena de pretensiones del hombre que habla solo delante de su conciencia i de su Dios.

«Mis hábitos pacíficos, dice en la primera pájina de su diario relativa al dia 18 de octubre, mis ideas filosóficas i mi sensibilidad, cambiadas en un momento por campamentos militares i por batallas, no dejaban de impresionarme fuertemente. Antes de salir, al pasar por la plaza, oí cantar en la Catedral i fuí a misa. Mis enemigos me culparán de ambicion, i mis primeros ruegos a Dios fueron que me inspirase justicia, i presentarle mi corazon penetrado de las profundas convicciones que me habian conducido a la revolucion i las que debian guiarme en todos los sucesos que la condujeren a su triunfo. Yo pedia a Dios que la sangre chilena no corriera, que nuestros enemigos, conociendo su impopularidad i su injusticia, abandonasen sus pretensiones de dominacion; le

V.

El dia 22 de octubre, encontrábanse ya, desde hacia una semana, las dos divisiones de Concepcion i de los Anjeles en sus respectivos acantonamientos, cuando, en la tarde de aquel dia, presentóse en Peñuelas el jeneral Cruz, rodeado de numerosos escuadrones que él conducia personalmente de las Fronteras. Venian tambien con él las últimas cuadrillas de indios que gradualmente habian ido dando las diferentes tribus, mas como rehenes que como testigos. De las reducciones de los Llanos o *indios de Colipí,* como eran mas conocidos, vinieron solo 37 i de los de la Montaña o indios de Maguil, hasta 150 (1). El total, como se ve, no alcanzaba a 200, i por consiguiente, no podian considerarse propiamente aquellos bárbaros como auxiliares, sino mas bien como molestos agregados al ejército revolucionario, i cuya presencia era, en realidad, una prenda de tranquilidad i no un elemento de guerra.

Las bandas de música del *Carampangue* i del *Alcázar* saludaron al caudillo con la cancion nacional, al descender

pedí me preservase de las traiciones, porque, conociendo la corrupcion reinante, eran para mí mas temibles que la fuerza i concluí por abandonarme a su voluntad i direccion, no dudando nunca de esa Providencia que vela sobre el hombre i encamina los sucesos humanos. Yo hablaba así a Dios en su mismo templo, descubriéndole mi corazon i pidiéndole su luz, pero yo no soi de esos fatalistas que creen que el cielo debe hacer todo por nosotros. Mi resolucion era hacer todos mis esfuerzos, llenar mi puesto con honor i tener una muerte digna, si la desgracia hasta allí me conducia.»

(1) Diario de campaña del coronel Zañartu.

este de su caballo a la puerta de su propia morada; pero, apenas se habia dado tiempo para saludar a los jefes que mandaban aquel canton, cuando volvió a subir sobre su montura con el objeto de inspeccionar el campo del jeneral Baquedano, dos leguas mas al norte, a orillas del Itata.

VI.

Cuando el jeneral Cruz, que habia recobrado, junto con el alivio de su salud, su jovial actividad, regresó al caserio de Peñuelas, ya mui entrada la noche, una nube de tristeza parecia oscurecer su frente fatigada. Acababa de recibir un espreso de Santiago, enviado por la esposa de don José Miguel Carrera, que le anunciaba la derrota de este caudillo, ocurrida en Petorca solo hacia una semana (14 de octubre.) Esta desgraciada nueva impulsó al jeneral Cruz a abrir desde luego la campaña, pues, durante los dias de tardanza, solo le habian llegado noticias de los reveses que sufria la revolucion en las provincias de ultra-Maule, desde la rendicion del *Chacabuco* hasta la derrota de Petorca. Temia, en consecuencia de este último fracaso, que el gobierno reforzase su ejército con las tropas que se habian batido en aquel encuentro i érale preciso adelantarse a toda prisa, a fin de evitarlo.

En consecuencia, habiendo llegado el coronel Urrutia a Peñuelas, al siguiente dia (1) (23 de octubre), dió órden que

(1) Con motivo de la visita del coronel Urrutia, se destaparon de sobremesa algunas botellas de champagne, con lo que algunos de los jefes presentes i el mismo jeneral Cruz se pusieron un tanto comunicativos. Habiendo, en efecto, preguntado el último a Vicuña si le creia por su carácter i sus ideas el hombre capaz

todo el ejército se moviese sobre Chillan en la mañana del 24.

Ejecútose aquel movimiento con la celeridad que el difícil balseadero del Itata permitia, i de esta suerte, el ejército acampó la noche del 24 en el pueblo de Longaví (1), a seis

de acaudillar un bando que tenia por divisa la realizacion de la democracia en la República, contestóle el último que de ninguna manera le suponia el caudillo a propósito para dirijir el partido liberal, pero que le habia acompañado en la revolucion porque tenia un alto concepto de su probidad i de su patriotismo, dotes que casi satisfacian las aspiraciones del pais respecto de su supremo mandatario en aquella época. El jeneral, haciendo justicia a la sinceridad de Vicuña, manifestó entónces algunos antecedentes que confirmaban su oríjen conservador, aludiendo a su participacion en la revolucion de 1829. Pero luego añadió estas palabras, que copiamos de los apuntes de campaña de don Bernardo Vicuña, testigo presencial aquella vez. «Nadie como yo ha lamentado esa revolucion, trabajé en ella por la libertad i sirvió solo a los intereses de un partido. Portales supo encadenarla i nunca hubo para Chile hombre mas funesto. Él sedujo el corazon de la juventud, él suplantó la buena fé en la política con falaces intrigas i desleales embustes. Este fatal ejemplo contaminó a la juventud i esta es la causa de nuestros males.»

El coronel Zañartu, compañero de Cruz en aquella revolucion reaccionaria, tomó tambien parte en el debate, segun refiere él mismo en su diario. «Despues de comer, dice en efecto, se suscitó conversacion sobre la justicia de la causa que defendiamos. Yo dije entónces, en presencia de los que nos hallábamos allí, que parecia que no estábamos uniformes en nuestras ideas, porque habíamos hombres de diversas opiniones políticas, i tocando con suavidad el hombro al señor Vicuña, que se encontraba a mi derecha, le aseguré que se decia que él no pertenecia a nuestro partido, pero él contestó que se equivocaban en la calificacion, pues era liberal.»

(1) El jeneral Baquedano se hospedó suntuosamente en este pueblo, *decretando* que se hiciera una gran boda para él i su estado mayor en casa de un pudiente monttista del apellido de Luco, hacendado de la vecindad i que se encontraba prófugo por sus opiniones. En su ausencia, requerida la madre de aquel, puso a contribucion todos los almireces i cacerolas del pueblo, para obsequiar al garboso i terrible jefe de estado mayor, que tuvo

leguas de Chillan i, en la tarde del dia siguiente, tomó cuar-

esta vez numerosos convidados a un festin que, aunque dado de tan mala gana, tenia un esquisito sabor, porque se habian reunido para confeccionarlo todas las cocineras, galopines i comadres del pueblo.

Por lo demas, el último pagaba al jeneral una deuda de gratitud cuya memoria estaba aun fresca, pues en años anteriores, pasando aquel jefe para su hacienda de Yungai, supo que el cura de aquella parroquia no queria poner oleos por ménos de un duro, lo que era causa de que la mayor parte de la prole que aquel año habia dado a la República aquella pintoresca aldea (rodeada de fecundas campiñas cuajadas de siembras de trigo i arbeja), estuviese «mora». El jeneral resolvió obligar, por medio de una estratajema esencialmente militar, al despótico párroco a que hiciese un bautismo jeneral i de valde, para cuyo fin le mandó decir que aprontase la iglesia i que todo corria de su cuenta, miéntras circulaba por el pueblo la voz de que el jeneral iba a ser el pariente espiritual de todas las felices madres de la comarca. Al dia siguiente, cuarenta de éstas se presentaron en la parroquia, donde el cura salió con capa de coro (dice la tradicion local) a recibir al ilustre compadre de sus feligreses, quien a la vez vestia una relumbrante chaqueta encordonada con los bordados de jeneral de brigada. Practicada la ceremonia, el cura hizo una respetuosa insinuacion para cobrar su propina; mas el jeneral, acariciando el puño de su sable, le contestó que no tenia derecho a exijir un centavo, «porque así como él habia perdido su dia en obsequio de los pobres, quedándose en Larqui, el cura debia tambien perder sus emolumentos»; i como el buen párroco conociera que en aquella bufonada podia tener alguna parte el sable, cuya guarnicion el jeneral no soltaba de la mano, hizo una vénia i retiróse desconcertado a la sacristia.

Conocidamente, el jeneral Baquedano no era amigo ni de la aristocrática sotana ni de la humilde coguya. En la mañana del dia que siguió a la revolucion de Concepcion, hizo poner en la cárcel a siete frailes de la Merced, que eran el total de la comunidad de aquel convento, sin mas delito que el haber repicado todo el dia 7 de setiembre, en que se promulgó por bando la eleccion del presidente Montt. Poco despues, dijo tambien a un cura Fernandez, que fué remitido preso de Nacimiento por ciertos amagos de conspiracion i cuya figura era un poco raquítica; *que su sombrero de teja era mas grande que él, i que la barra de grillos que iba a hacerle poner, por monttista, seria mas grande que su sombrero.*

teles en Chillan, habiéndose incorporado en el Hata la division de Concepcion i en aquel pueblo la de vanguardia (1).

VII.

La acojida que el comprometido vecindario de Chillan habia hecho al ejército revolucionario no era del todo lisonjera. «La aristocracia de Chillan, dice Vicuña, en su diario de campaña, nos era opuesta en su mayor parte; pero la muchedumbre nos pertenecia con el mayor entusiasmo. En el *Pueblo viejo* nos victoreaban; i nos arrojaban flores; pero al pisar la

(1) He aquí el oficio, un tanto exajerado, en que el secretario jeneral Vicuña daba cuenta al intendente de Concepcion de la concentracion del ejército revolucionario.

"Chillan, octubre 26 de 1851.

«Ayer en la tarde se ha reunido todo el ejército en este pueblo, que lo ha recibido como a sus libertadores. Ahora ha podido conocerse la farsa que se representaba en toda la República, haciendo consentir que en tales pueblos hallaban adhesion i amigos los opresores de la República. Por la mañana, entró S. E. el jefe Supremo, acompañado de lo mas selecto del pueblo, en medio de aclamaciones i vivas, i en la tarde, las divisiones de Concepcion i de la Frontera, a las órdenes del jeneral Baquedano. Toda la poblacion ocupaba las calles i avenidas por donde debia pasar la tropa i gran número de a pié i a caballo se habian adelantado a reunirse i fraternizar con nuestros soldados. Las tropas de esa provincia están bien contentas de la acojida que han recibido i las calles por donde han pasado han quedado sembradas de flores.

«El jefe Supremo espera la ropa i demas útiles de guerra para moverse sobre el Maule i US. puede ordenar la mayor actividad en su conduccion.

«Dios guarde a US.

Pedro Felix Vicuña.»

Al señor Intendente de la provincia de Concepcion.

ciudad nueva, la mayor parte de las casas estaban cerradas i silenciosas.»

Sin duda, con el propósito de reanimar los decaidos espíritus de los habitantes de aquellas comarcas, que las peripecias de la guerra, de que ha sido constante teatro, han hecho recelosos, el jeneral Cruz les dirijió, el mismo dia de su llegada, la siguiente proclama, haciendo un llamamiento a su amortiguado entusiasmo.

«¡Conciudadanos!

«Me hallo en medio de vosotros, al frente de un ejército de valientes que va a devolver a la patria el ejercicio de sus derechos i a reconquistar sus libertades. Yo, que he envejecido en las filas de sus libertadores, cumplo en este momento con el mas sagrado de mis deberes.

«El egoismo i la corrupcion habian desnaturalizado el noble espíritu de la revolucion consumada por nuestros padres; la justicia i la libertad reclamada por los pueblos se estrellaban contra la tiranía que degradaba la República; pero al fin, la opinion se ha alzado imponente, ha llamado en su defensa a sus antiguos guerreros, i con ellos me veis ya en marcha contra los opresores de la patria, resuelto a libertarla o a morir por ella.

«¡Habitantes del Ñuble!

«El entusiasmo con que habeis recibido al ejército Restaurador, i vuestra heroica cooperacion para salvar la República, me hacen recordar el nuevo ardor con que en otro tiempo combatiais por los mismos principios. Yo os doi las gracias a nombre de los viejos servidores de la Patria de que me hallo rodeado, a nombre de la heroica juventud que me acompaña en esta gloriosa empresa, a nombre de todos los valientes soldados del ejército, a nombre de la Patria,

en fin, por cuya libertad vamos a combatir. La justicia i el honor están de nuestra parte, i la victoria será nuestra tambien: marchemos con paso firme hasta alcanzarla.

«¡Soldados del antiguo *batallon Union!* Recordad que en otro tiempo he sido vuestro jefe, i que hoi se halla en nuestras filas el bravo coronel Urrutia que entónces os mandaba. Esta coincidencia feliz parece preparada por una providencia protectora de vuestros destinos. Un solo paso nos queda que dar para asegurar el éxito de vuestros sacrificios. Vamos presurosos al campo de batalla: aquellos de nuestros hermanos que han sido arrastrados por la violencia a las filas enemigas, al divisar nuestros pendones, volarán a abrazarnos, i nunca será mas feliz que al estrecharlos en su corazon, vuestro antiguo amigo.

José María de la Cruz» (1).

Chillan, octubre 25 de 1851.

(1) Por esta misma época, la prensa oficial de Santiago ya se habia desencadenado contra el *ex-jeneral Cruz,* como ahora se le llamaba, despues de haberle aclamado tantas veces un ilustre ciudadano. La *Civilizacion* del 20 de octubre le llamaba «anciano imbécil», i en los núms. 33 i 34 de aquel diario, encontramos los siguientes fragmentos insertos en una especie de biografía que se publicó del jeneral del ejército revolucionario.

«No hai recuerdos, dice el editorial del núm. 33, mas imperecederos que los de las víctimas para el criminal: esos recuerdos son producidos por los remordimientos de la conciencia.

«Estos recuerdos han sorprendido millones de veces al ex-jeneral Cruz durante toda su vida i, mui particularmente, hoi, cuando se ha hecho cabeza de la sublevacion del sur.

«Los remordimientos son los que han decidido a Cruz a dar el nombre de *Alcázar* al rejimiento de caballería que ha organizado en el sur, para acallar los contínuos llamados de la conciencia por la muerte del benemérito jeneral Alcázar, cruelmente lanceado por los indios, despues de la derrota de Tarpellanca, derrota que fué la consecuencia precisa i necesaria de la fuga de Cruz en Pangal.

«Pero ya que Cruz ha comenzado la reparacion de las mal-

VIII.

El ejército revolucionario O DE LOS LIBRES (como era su título oficial, desde que el jeneral Cruz aceptó el supremo mando militar de la revolucion), reunido en Chillan el 25 de octubre, ascendia a poco mas de 3,000 hombres, número casi igual al que en esos momentos organizaba en el campamento de Longomilla el jeneral Búlnes. La distribucion de las diferentes armas guardaba tambien en ambos la misma equivalencia. Componíase la infantería de cerca de dos mil plazas distribuidas en 4 batallones; la caballeria constaba de

dades cometidas en sus antiguos tiempos, deberia dar otro nombre a cada uno de sus soldados, llamar a uno Ureta, a otro O'Carrol, Cantuarias, Flores, Ruiz, etc. etc., i recorrer los nombres de todos los oficiales del batallon de Coquimbo i de sus otras víctimas, por haberse escondido en Quechereguas, por haber traicionado a O'Carrol, por la derrota de Tarpellanca i sitio de Talcahuano, que ella trajo por resultado, por haber dejado cincuenta de los suyos en Chillan para ponerse en salvo, sin olvidar el nombre de los indios a quienes ha hecho tomar el veneno. Una vez entrado en las reparaciones, tendria que aumentar el número de sus tropas para que, dándoles a sus bandidos el nombre de patriotas beneméritos, igualar con ellos el nombre i número de sus víctimas.

«¿Quién no se rie de las reparaciones de Cruz? ¿No son éstas las reparaciones del criminal i del leso?»

I en el siguiente número, recapitulando los servicios del caudillo del sud, su detractor añade las conclusiones siguientes:

«Tenemos, pues, a Cruz mezclado en todas las guerras civiles anteriores a 1851 en que se ha hecho caudillo.

«En la guerra de la independencia no se recuerda de Cruz mas servicios que—

«1.º El haber hecho una escursion en la isla de la Laja en 1817.

«2.º El haberse escondido en un inmundo rincon de las casas de

poco ménos de mil jinetes, que formaban cuatro rejimientos, i la artillería estaba subdividida en tres baterias que contaban cinco piezas de batalla i dos culebrinas. Una compañia de rifleros norte-americanos, enganchados en Talcahuano, habia sido agregada a esta arma (1).

Quechereguas, el dia de la accion que lleva este mismo nombre (marzo de 1818), por cuya causa, el valiente jeneral Freire, entónces coronel, le arrancó de sus hombros las charreteras de sarjento mayor graduado. De esta época data el odio eterno que aquel miserable caudillo ha tenido siempre por el heróico Freire.

«3.º El haber armado un enredo en Pangal (23 de setiembre de 1820), para tomar el mando en jefe, i el haber echado a correr, tan pronto como hubo comenzado la accion, dejando a los suyos comprometidos en ella. La derrota fué completa i los males que ella trajo por resultado fueron inmensos. La horrible muerte del comandante O'Carrol, la no ménos horrible de Alcázar, Ruiz, Flores, Cantuarias i demas oficiales del batallon Coquimbo, la del sarjento mayor Molina, el sitio de Talcahuano, el incendio i saqueo de todas las plazas de la Frontera i el inminente peligro, en que estos sucesos pusieron a la nueva República, no fueron mas que una parte de los grandes males que trajo por resultado la fuga de Cruz en Pangal.

«Todo esto es notorio, nadie lo ignora i las historias así lo dicen.—Despues veremos los servicios de Cruz como político.»

(1) He aqui el decreto por el que se mandó organizar esta fuerza i el acta de compromiso que firmaron algunos de aquellos voluntarios. No pasaron estos, sin embargo, del número de 20 i eran en su mayor parte marineros i desertores. Alemparte los llama en una carta fechada en Talcahuano el 3 de octubre, «canalla borracha i casi forajida».

El decreto de organizacion i el acta de compromiso dicen así.

CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Concepcion, setiembre 27 de 1851.

Con esta fecha, se ha decretado lo que sigue:

Habiéndose ofrecido, por el órgano del capitan de los ejércitos de Estados Unidos de América don Jorje K. Buckey, la cooperacion que, voluntariamente i sin sueldo, desean prestar muchos de

IX.

Tan luego como el ejército llegó a Chillan, el jeneral Cruz se ocupó activamente de los detalles de su organizacion definitiva, pues sus dotes militares i su estraordinaria laboriosidad encontraban en este jénero de ejercicio un terreno que le era propio i en el que, a diferencia del jeneral Búlnes, que dejaba todos los detalles a su jefe de estado mayor, tenia una espedicion admirable. Ya, desde Concepcion, habia nombrado comisario de guerra, capellan castrense, cirujano de ejército, injeniero, proveedor, i todos los demas emplea-

sus paisanos, en las filas del ejército puesto a mis órdenes por las heróicas provincias de Concepcion i Coquimbo, para protejer sus derechos contra la opresion en que mantiene a la República el círculo que, contra el voto libre de los pueblos, ha querido constituirse en gobierno. En uso de las facultades que me han sido conferidas, vengo en acordar i decreto:

1.° Admítese el ofrecimiento de que se ha hecho mérito i, en su consecuencia, fórmese una compañía de infantería de los voluntarios i libres «Norte Americanos» que procederán a reunirse en Talcahuano i Tomé bajo la inspeccion del mencionado capitan K. Buckey, que tan pronto como reuna todos sus paisanos, pasará una lista nominal de las personas que la componen, con designacion de los oficiales que, segun su costumbre, nombraren ellos mismos, para designarles cuartel en vista de ello, i darles el vestuario i armamento competente.

2.° Los gobernadores i jueces de los puertos de Talcahuano i Tomé no embarazarán i sí facilitarán los ausilios que demande la reunion de dichos individuos, hasta que puedan trasladarse a este cuartel jeneral, removiendo las dificultades que puedan ocurrírseles.

3.° El comandante de armas, de acuerdo con la intendencia, quedan encargados del cumplimiento del presente decreto, el que se trascribirá a quienes corresponda, para su mas puntual i debido cumplimiento, dando las gracias al capitan K. Buckey, i por su

dos que componen la plana civil de un ejército; (1) de manera que en Chillan solo tuvo que ocuparse de la distribucion de los puestos militares, pues aunque nombró jefe de estado mayor al jeneral Baquedano, todo lo hacia él personalmente (2).

órgano a, sus compatriotas que tan heróicamente se prestan a sacrificarse por la libertad de nuestra patria, quien, a su vez, estará dispuesta a compensar tan importante servicio.

José Maria de la Cruz.

Concepcion, noviembre 2 de 1851.

Nosotros, los estranjeros abajo suscritos, ahora residentes en Chile, nos comprometemos por este documento, a ofrecer nuestros servicios al libre pueblo de Chile i a su jefe el jeneral Cruz, i en consecuencia, nos obligamos mutuamente a obedecer todas las órdenes que se nos den por los oficiales que nombremos, a asistirnos en todas nuestras dificultades i protejernos recíprocamente en nuestras vidas.—*Roberto Buckey*, (capitan)—*Jorje Cotton*, (1.er teniente)—*Guillermo Maxwel*, (2.º teniente)—*Alejandro Hodges* (3.º teniente)—*Daniel Wixe*—*L. A. Kellogg*—*H. C. Prest*—*I. G. Coon*—*Cristóval Milnes*—*Ricardo Beardsley*—*Edwin Churek.*

(1) Don Miguel Prieto fué nombrado comisario de guerra; el cura Sierra capellan, el Dr. Andreas, médico aleman establecido en Concepcion, cirujano i, por último, M. Eucher Enrry, un intelijente jóven frances, emigrado desde la revolucion de 1848, injeniero del ejército, con la graduacion de sarjento mayor.

(2) Fueron agregados al estado mayor, en calidad de ayudantes, el coronel don Manuel Tomas Martinez, a quien se depuso del mando del Alcazar por la dureza con que trataba a los soldados; el teniente coronel de ejército don Ceferino Vargas, exelente jefe de caballería, al que se miraba con un injusto recelo, pues se habia comprometido en Chillan por la causa del jeneral Cruz, desde que se promulgó su candidatura, i por último, los jóvenes don Bernardo Vicuña, hijo del secretario jeneral, con el grado de capitan de caballería, i don José Antonio 2.º Alvarez Condarco con el de sarjento mayor. Este último pasaba por uno de los mejores oficiales de estado mayor del ejército nacional en aquella época, i en realidad, era él quien manejaba en todos sus detalles, el mecanismo de aquella oficina. En cuanto a los ayudante de campo del jeneral en jefe, solo se recuerdan los nombres de sus

X.

Puso el rejimiento Carampangue (800 plazas) a las órdenes del coronel Zañartu, reservándole mas inmediatamente el mando del batallon veterano, miéntras el comandante Urízar tenia el del 2.° batallon, compuesto, en su mayor parte, de las compañías de infantería de Rere, Yumbel i de los cívicos de Chillan que se habian desertado de la division de Garcia. Era sarjento mayor del rejimiento un antiguo capitan del *Carampangue* llamado Gonzales, oficial mediocre, natural de Aconcagua i que habia hecho la segunda campaña del Perú en calidad de alferes del cuerpo de aquel nombre, organizado en su provincia natal. Tenia a la sazon 34 años de edad.

Constaba el rol de oficiales de este cuerpo de cuarenta i tantos nombres i se distinguian, entre sus capitanes, los que mandaban las compañías de preferencia del viejo *Carampangue*, esto es, el capitan de granaderos don José 2.° Robles i el de cazadores don Joaquin Rojas. Pasaba este último por un oficial acreditado como bravo e intelijente, i que, en verdad, durante la campaña, solo dió muestras de haber merecido aquella reputacion con títulos de justicia. Robles era un bizarro mozo que, siendo un simple subalterno, habia ganado sus galones en el puente de Buin, recibiendo dos balazos, de cuyas consecuencias tenia casi perdido el uso de una

sobrinos, don José Luis Claro i don Manuel Prieto i Cruz, el de don Nicanor Las Heras, jefe de su escolta, i dos personajes mas que no dejaron mui en alto sus nombres, pues fué el uno encausado por atribuírsele connivencia con el jeneral Búlnes i díjose del otro que habia sido el primer prófugo que llegó a Chillan despues de la batalla de Longomilla. Llamábase el 1.° La Maza i el 2.° Labarca.

pierna. Señalábasele entre los mas valientes de los jóvenes capitanes del ejército, i contábase aun mas sobre su lealtad i su entusiasmo, porque habia sido, desde el principio de la revolucion, uno de sus mas ardientes iniciados. En Longomilla, coronó las espectativas de sus camaradas con mil pruebas de denuedo, i sin embargo, al siguiente dia, despues de haber recibido, como en Buin, un grado sobre el campo de batalla, flaqueó su espíritu, al punto de haber merecido la acusacion de cobarde, delante de la perfidia, como se habia adquirido el renombre de valiente, en medio de los fuegos.

En el segundo *Carampangue*, como se llamaba comunmente al batallon que mandaba Urízar, se señalaban otros dos capitanes, que debian sellar, con su inmolacion, su lealtad a la causa que abrazaron. Eran estos don José Maria Artigas, natural de Chillan i don José Manuel Vega, de quien no hemos podido rastrear noticia alguna, escepto la de su muerte en el campo de Longomilla.

En cuanto a Artigas, sabemos que habia servido en el batallon *Pudeto*, a las órdenes de los coroneles Beauchef i Tupper, haciendo la campaña de Chiloé, en que su cuerpo recibió, como timbre de honor, el nombre de la victoria que devolvió al territorio de Chile aquel archipiélago. Retirado, despues de Lircai, a la vida privada, se habia establecido en Chillan i sufrido hasta última hora la persecucion de sus antiguos principios, pues el intendente Garcia le habia enviado a la capital a las órdenes del gobierno, por suponerle desafecto en la campaña electoral que iba entónces a iniciarse.

XI.

El batallon *Guia* (600 plazas) estaba comandado por los

jóvenes oficiales Saavedra i Videla, modelos de amistad en esa época, como fueron despues encarnizados rivales. Componíase este cuerpo, segun ya dijimos, de los voluntarios del pueblo de Concepcion a los que se habia incorporado la compañía de cazadores del batallon cívico. De los oficiales del último se habian alistado solamente el ayudante don Tomas Smith, adolescente, en el que un jeneroso entusiasmo, bullia, junto con la sangre juvenil, i el capitan de cazadores don Pedro Benavente cuyos hechos en la campaña del sud no deberian medirse por la pequeñez de su talla de soldado, sino por la pujanza de su esforzado corazon.

Pero, a falta de los jóvenes milicianos de Concepcion, habian tomado servicio en aquel cuerpo, que era el lujo i el orgullo de los Penquistos, muchos valerosos voluntarios, que no pertenecian a la guardia nacional. Figuraba, entre estos entusiastas mancebos, el jóven Raimundo Pradel, que contaba en el ejército enemigo un hermano, en cuyos brazos debia morir; el oficial de artillería don Manuel José Riveros, que servia en su antigua graduacion de teniente; dos hermanos Ruiz, heroicos niños, que llevaban por herencia un apellido aun mas heroico i, por último, dos franceses llamados Cornou i Boyansi, el último de los cuales era médico de profesion i ha muerto despues en el campo del honor.

Pero el mas distinguido de todos, por su fama de bravura i la memoria de sus desgracias, era el capitan don Domingo Tenorio, hijo de un antiguo oficial inmolado en San Pedro por el aleve Benavides. El capitan Tenorio era digno, por sus hechos i por sus desventuras, de la celebridad que el romance ha prestado a su nombre. Habia sido uno de aquellos bravos soldados de Lircay que perdonó el plomo sobre el campo de la matanza, pero no así el cáncer de la miseria en el destierro. Acosado por la desesperacion, perteneció a la hueste

de invasores que vinieron del Callao a las costas de Arauco acaudillados por el coronel Barnachea en 1830. Sorprendido i prisionero en aquella tentativa, juzgóle en Concepcion un consejo de guerra presidido por el vencedor de Lircay, i condenósele, en consecuencia, a diez años de presidio en Juan Fernandez (1). Mas Tenorio no era hombre que se resignara a vivir cautivo en un peñon, i a los pocos dias de encontrarse en la isla cumpliendo su condena (20 de diciembre de 1831) sublevó la guarnicion que cubria aquel presidio, que consistia en un destacamento del batallon Valdivia, a las órdenes del gobernador Zoppeti, i asaltando un buque, dirijióse a las costas de Copiapó, seguido de una horda de bandidos, que sembraron de espanto su ruta por aquel valle, hasta trasmontar la cordillera. Pedida la estradicion de Tenorio a las autoridades trasandinas, volvió este a ser juzgado i se le envió al Perú en calidad de desterrado, no regresando a su patria sino despues de la amnistia de 1841. Desde esa época, encontrábase en Concepcion, gozando de una pequeña renta por su retiro de capitan, pues tal era su graduacion en 1829 en el batallon núm. 1, i tal era la que tenia ahora en el rejimiento Carampangue.

XII.

Fué nombrado jefe del batallon Alcázar (400 plazas) el antiguo capitan de granaderos del Carampangue don Francisco Molina i sarjento mayor el jóven don Joaquin Fuenteal-

(1) Sentencia de 8 de setiembre de 1830—Puede verse en el proceso formado a los reos alzados en Juan Fernandez aquel año i que existe archivado en la Comandancia de armas de esta capital.

ba, vecino influyente de los Ánjeles i uno de los oficiales del batallon cívico de este pueblo, que ahora habia entrado a componer en su mayor parte aquel batallon de voluntarios. En cuanto a Molina, solo podrá decirse, que así como el coronel Zañartu fué la sombra de la revolucion, Molina fué la sombra de Zañartu, a quien debia la deferencia mas ciega como amigo i una sumision a toda prueba como subalterno. Era, por lo demas, un hombre vulgarísimo. Habia nacido en Chillan por los años 13 o 14, pues tenia a la fecha de la revolucion 37 años, i su hoja de servicios no señalaba en su carrera ninguno de importancia, a no ser el haber cubierto la guarnicion de Juan Fernandez, cuando aquella isla era un presidio político, durante los años del terror de Portales (1835 i 36).

XIII.

Los cuerpos de caballería tenian, en su mayor parte, jefes veteranos. Eusebio Ruiz mandaba los escuadrones de la raya fronteriza, que son los mas temibles jinetes de Chile, i que, por estar armados de corazas de fierro, habian recibido el nombre de *Dragones de la Frontera.*

Alejo Zañartu tenia a sus órdenes dos escuadrones compuestos de voluntarios de la isla de la Laja i de antiguos veteranos de los cuerpos del ejército que habian sido licenciados en la frontera. Mandaba uno de estos escuadrones, que estaba armado de carabina i sable, el bizarro Lara, por lo que el rejimiento habia recibido el nombre de *Carabineros de la República,* i el otro, compuesto de lanceros, estaba a las órdenes del famoso Pablo Zapata, uno de los cabos de mas nombradia entre las huestes de Pincheira.

El tercer rejimiento era mandado por el conocido coronel

don Salvador Puga, oficial que habia gozado en su juventud gran prestijio de valiente, pero que, en años posteriores, pasaba mas por un jefe de parada que de batalla, con mas amor a los bordados que a la gloria. Servian con el, como jefes de escuadron, el valiente Souper, el jóven don Martiniano Urriola, que se habia presentado al jeneral Cruz reclamando un puesto en sus filas, a nombre de la sangre de su padre, i por último, el jóven don Victor Antonio Arce, acaudalado propietario de la provincia del Maule, que se habia incorporado al ejército con algunos cuantos huasos de su hacienda de Virguin, por lo que su tropa era mas conocida con el nombre, un si es no es burlesco, de «Virguines». La base de este rejimiento eran las milicias de caballería de las provincias del Maule i Ñuble, i parte de los que habia enrolado Souper en la de Talca, por lo que se le denominó *Rejimiento de las Provincias libres.*

Habíase mandado ademas formar en Chillan un tercer rejimiento que se llamó de *Cazadores de Lautaro*, bajo la base de algunos desertores del cuerpo de *Cazadores* a caballo, al mando de los oficiales de este último don Enrique Padilla i don Nicanor Las-Heras, que se habian incorporado al ejército del sud, i de un escuadron de Rere, conducido recientemente a Chillan por el esforzado capitan don Antonio Grandon. Fué Padilla nombrado jefe de este cuerpo, que no alcanzó a tener una organizacion determinada i Grandon su segundo, miéntras que a Las-Heras se le dejó el inmediato mando de 15 o 20 cazadores, que componia la escolta del jeneral en jefe.

Era Padilla un jóven oficial mas aturdido que valiente, antiguo alumno de la Academia militar, i que, comprometido por sus manifestaciones, desde antes de estallar la revolucion, habia sido enviado a la capital tan luego como estalló aquella, llevando para don Manuel Montt o sus ajentes la *carta del*

negro, como vulgarmente se dice. Mas, sospechando el lazo en tiempo, regresóse desde Quechereguas a Chillan i tomó servicio con los revolucionarios.

En cuanto a Grandon, asegúrase que era mas digno de ser el jefe que el segundo de aquel mozo inesperto aunque patriota. Era este jefe un valiente a toda prueba, como lo evidenció en el combate de Monte de Urra recibiendo la confirmacion de su grado sobre el campo de batalla i en Longomilla pereciendo con la muerte de los héroes. Habia pertenecido en su juventud al rejimiento de Cazadores a caballo i batídose por consiguiente en Lircay a las órdenes del coronel Baquedano. Mas habiendo perdido un ojo a consecuencia de un accidente en aquella campaña, vivia retirado en su pueblo natal de los Ánjeles cuando el ruido de las armas lo llamó otra vez a los combates i a la muerte.

XIV.

En cuanto a la artilleria hemos ya dicho cual era su composicion, sus oficiales i sus fuerzas. Mandábala en jefe el comandante Zúñiga i en segundo el modesto i valeroso capitan Gaspar ascendido ahora a sarjento mayor.

XV.

Bastaron solo tres o cuatro dias de laborioso afan al jeneral Cruz para dar a su ejército aquella organizacion definitiva en su cuartel jeneral de Chillan, i en consecuencia el 1.° de noviembre pudo presentarlo en una lucida parada, celebrándose al efecto una misa de gracia en un dia festivo, aunque de lugubre significado,—la festividad de todos los santos.

Resolvióse, pues, el jeneral a la vista de este estado de cosas, a abrir inmediatamente la campaña (1) i el mismo dia 1.° ordenó al injeniero Henry colocara en el vado mas inmediato del Ñuble, un andarivel que sirviera de punto de apoyo a la única lancha de que podian disponer para atravesar aquel rio.

Era fuerza ya el darse prisa para salir al encuentro del enemigo. Partidas esploradoras de éste habian llegado hasta las barrancas de la márjen setentrional del Ñuble, i el mismo dia en que el jeneral Cruz entró con el ejército a Chillan, (25 de octubre) una de aquellas guerrillas habia sorprendido la guardia que custodiaba un paso de aquel rio, matando

(1) Tan adelantada estuvo la ejecucion de esta medida que el dia 3 de noviembre ordenó el jeneral Cruz la formacion de un nuevo batallon de guardias nacionales que debia guarnecer a Chillan en la ausencia del ejército que iba a marchar al norte.

El decreto relativo a este objeto se rejistra en el boletin núm. 8 lib. 2.° i dice asi:

SECRETARIA JENERAL.

Chillan, noviembre 3 de 1851.

S. E. con esta fecha ha decretado lo siguiente:

Debiendo marchar el ejército hácia el norte i no debiendo quedar desguarnecida esta provincia en virtud de la autorizacion de que estoi revestido, decreto:

Se organizará de nuevo el batallon de Guardias Nacionales de esta ciudad, i se nombra sarjento mayor i comandante interino de él al capitan graduado de sarjento mayor de ejército don Juan Nepomuceno Venegas.

Este decreto servirá de suficiente título al espresado comandante, quien propondrá a la mayor brevedad los oficiales de las compañias que en su concepto puedan organizarse. Tómese razon i transcríbase.»

Se transcribe a U.S. para su intelijencia i efectos consiguientes.

Dios guarde a U. S.

Pedro Félix Vicuña.

uno i haciendo cuatro prisioneros de los diez milicianos que componian la partida. Como las creces de verano iban, ademas, a comenzar, era urjente salvar en tiempo las dificultades que ofrecia a la marcha del ejército el torrentoso Ñuble, i por otra parte, casi no se pasaba un solo dia sin que las corrientes de éste arrojasen a la orilla los cadáveres de uno o dos desconocidos, que, evitando los vados cubiertos por guardias, se arrojaban a la ventura en aquel río, dando así a conocer cuan activas eran las comunicaciones que mantenia el jeneral en jefe del ejército del gobierno con sus amigos i correlijionarios de Chillan.

Pero en los momentos mismos en que iba a abrirse la campaña sobre el norte (1), estalló uno de esos formidables

(1) He aquí la proclama que el jeneral Cruz dirijió desde Chillan al ejército i guardia nacional de la República, al emprender la campaña.

SOLDADOS DEL EJÉRCITO I DE LA GUARDIA NACIONAL.

Al verme rodeado de vosotros, en los momentos en que vamos a emprender la gloriosa campaña que ha de volver a la República su libertad, su dignidad i su honor mancillados por unos cuantos hombres ambiciosos que se han apoderado de las riendas del gobierno, desprestijiando la autoridad i cimentando una tiranía ominosa, no puedo ménos que dirijirme a vosotros con toda la franqueza i patriotismo que me animan, ya que me habeis honrado con el cargo de defensor de la santa causa de la libertad, por la que tomamos las armas en esta ocasion.

Soldados: la causa que vamos a defender es la causa del pueblo, de la justicia, de la libertad, la que volverá a la República esos dias de calma bonancible amenazados por el grito aterrante de guerra civil. Nuestro deber es ahorrar la efusion de sangre hermana.

Veteranos del valiente batallon Valdivia, Yungai i Chacabuco: a vosotros tambien me dirijo en esta ocasion, porque habeis sido los primeros que, apercibidos del peligro de la patria, os lanzasteis a derribar ese foco de corrupcion i de inmoralidad, que traspasando las leyes i por una burla cruel aun se denomina gobierno

huracanes de primavera que se prolongan en el sud por semanas enteras. Comenzaron las lluvias el 3 de noviembre,

nacional. Vuestros primeros cartuchos quemados en defensa de la causa del pueblo han venido a despertar ese entusiasmo ardiente i jeneroso que ha incendiado toda la República al solo grito de—*La patria está en peligro.* Imitando los pueblos vuestros nobles esfuerzos, es que se presentan ahora unidos e invencibles para destruir esa sombra de ejército que comanda el jeneral Búlnes, i esa parodia de gobierno, tras la que se oculta la fatídica figura de don Manuel Montt, cuya desenfrenada ambicion ha comprometido la tranquilidad del pais.—Contamos con vosotros; nuestras filas aguardan con entusiasmo la incorporacion de las primeras bayonetas que brillaron en defensa de la libertad i del pueblo oprimido. No dudo por un momento que llenareis vuestro deber.

Cazadores: esta es la segunda vez que me dirijo a vosotros llamándoos a mi lado para uniros con vuestros compañeros, que hoi forman mi escolta i que enarbolan el mismo estandarte con que conquistasteis nuestra independencia; cuento con vuestra decision, i agradezco el heroismo de losque, al traves del peligro, lo han despreciado, por ser consecuentes i combatir siempre conmigo por la libertad.

Valiente i esforzado Rejimiento Carampangue: habeis sido siempre invencible donde quiera que vuestras bayonetas han afrontado el peligro; vuestra fama no se desmentirá en esta ocasion, porque leo en vuestros semblantes las elocuentes palabras —VALOR I VICTORIA!

Soldados voluntarios de la guardia nacional de Concepcion, Anjeles i Chillan: no habeis consentido que los bravos de la línea llenasen solos su deber. Habeis abandonado vuestros hogares i faenas por acompañarlos al campo de batalla i dividir con ellos el peligro. La patria os debe su eterna gratitud, i no dudo que se recompensarán vuestros nobles i jenerosos esfuerzos en favor de la causa que vamos a defender i por la que estoi dispuesto a morir, ántes que consentir por mas tiempo la corrupcion i la inmoralidad que conducen al pais a su ruina i perdicion.

Antes de avanzar nuestra columna, me es grato anunciaros que marchamos a la sombra del estandarte victorioso de Yungai, cuyo trofeo, testigo de nuestro valor, nos dió tantas glorias en la memorable jornada en que brilló altanero i esplendente el trico-

precisamente en el mismo dia que el jeneral Búlnes movia su campo de Longomilla hácia el Ñuble; de manera que cuando el jeneral Cruz emprendia un igual movimiento, vióse obligado a encerrarse en sus cuarteles de Chillan durante nueve dias (del 3 al 12 de noviembre en que escampó).

XVI.

No interrumpieron la monotonia de aquella forzada inaccion sino las nuevas de dos graves acontecimientos, adverso el uno a la revolucion i favorable el otro al desarrollo de sus

lor de la República. Bajo la sombra de esos laureles i con el mismo estandarte a la cabeza, nos encaminamos a salvar a la República del caos espantoso a que la precipitan sus tiranos.

Jefes, oficiales i soldados del ejército i de la Guardia Nacional: os debo manifestaciones de profunda gratitud por vuestro entusiasmo i decision. No dudo que la victoria coronará vuestros esfuerzos, que es la mas bella recompensa que os desea vuestro jeneral i amigo.

José María de la Cruz.

Noviembre 6 de 1851.

Al mismo tiempo el caudillo de la revolucion dirijia a sus amigos i partidarios de las provincias centrales una carta en que les exhortaba a cooperar a sus esfuerzos con las siguientes palabras que hemos copiado del orijinal.

«En las fuerzas que conduzco, dice, no hai un solo soldado que no sea voluntario i su número pasa hoi de mil hombres de excelente caballería, sin contar con los indios i dos mil i pico tambien de infantes, entre los que tienen V. V. el entusiasta batallon *Carampangue*, elevado a rejimiento i completado con soldados veteranos licenciados i con lo mas disciplinado del batallon de *Lautaro*. Si los departamentos del Maule a Santiago quieren que la libertad, órden i paz se reconquisten con prontitud i sin tirar un tiro, es preciso salir del aturdimiento en que parece han caido i que imiten el denuedo i empeño de los de estas provincias que no omiten sacrificios».

planes, pero que fueron celebrados ambos en el campamento de los libres como triunfos conseguidos, al son de las músicas i cantos militares.

Fué la primera la noticia del levantamiento popular de Valparaíso, que tuvo lugar el 28 de octubre i cuyo fracaso se supo en Chillan el 5 de noviembre, i la última, la de la derrota e inmolacion de Zúñiga, acontecida en la Araucanía el 6 de noviembre, i que fué comunicada al cuartel jeneral de Chillan el dia 9.

Estos dos acontecimientos van a exijirnos un paréntesis en nuestra relacion, i desde luego, nos ocuparemos del que se refiere a los sucesos que tenian lugar bajo la presion del gobierno en las tres provincias que le estaban sometidas, de Santiago, Valparaiso i Aconcagua, i mas adelante, haremos una breve escursion en el territorio de los bárbaros, para asistir al lastimero desenlace de las operaciones del mayor Zúñiga, sin que, sin embargo, aparezca por esto con demasiada fuerza el contraste de los hechos atroces que tenian lugar en la tierra de los salvajes de Arauco, con los ejecutados por los ajentes del gobierno en las mas cultas ciudades.

———



CAPITULO VII.

LÁ REVOLUCION EN LA CAPITAL I EN LAS PROVINCIAS CENTRALES.

Postracion de los ánimos en la capital.—El intendente Ramirez.—Enganche de voluntarios.—Las mujeres de la capital en 1851.—Proclamas incendiarias que circulaban en la poblacion. —Pánico del gobierno, a consecuencia de creerse invadido el valle de Aconcagua por la division de Coquimbo.—Detalles sobre la asonada de San Felipe.—Situacion de Valparaiso en 1851. —Elementos revolucionarios que encierra aquella ciudad. —Don José Manuel Figueroa.—El capitan Niño trama una conspiracion i es denunciado.—Descubrimiento de un depósito de municiones que hace la policia i prision de varios ciudadanos.—El jeneral Blanco asume de nuevo el mando de la provincia.—Se resuelve llevar adelante la insurreccion. —Plan jeneral de esta.—El padre Pascual.—Rudecindo Rojas.—Don Rafael Bilbao.—Señálase el dia 3 de octubre para la asonada i se frustra el intento.—Persecucion en masa de todo el gremio de sastres.—El comandante Riquelme reorganiza los elementos de la revolucion.—Fíjase la mañana del 28 de octubre para ejecutarla i es aplazada por segunda vez.—Un grupo de 17 afiliados se reune en la Cajilla i resuelve hacer la revolucion por su cuenta.—Cómico incidente que ocurre, en consecuencia, con un espia.—Asaltan aquellos el

cuartel del núm. 2 de guardias cívicas i se apoderan de las armas.—Combate del 28 de octubre.—Consecuencias que tuvo para los revolucionarios de Valparaiso.

I.

Desde la catástrofe de abril, Santiago, que lo habia jugado todo como partido i como pueblo, en aquel sangriento lance, cayó en un profundo abatimiento. Sus principales ajitadores encontrábanse presos o perseguidos i ocultos. Unos pocos habian ido a buscar asilo en las provincias de Concepcion i Coquimbo. Otros, i estos eran muchos, se habian refujiado en su propio egoismo.

Cuando llegaron los emisarios secretos que anunciaban el levantamiento simultáneo de aquellas lejanas provincias, encontrábanse, en consecuencia, los pocos hombres de accion que aun permanecian en sus escondites de la capital, en una posicion tan difícil que equivalia a la impotencia. La sublevacion del Chacabuco, esta grotesca parodia del veinte de abril, fué su último esfuerzo.

La ausencia misma de las tropas que guarnecian la capital era un obstáculo, no solo a todo plan de insurreccion, sino que estorbaba aun el pensamiento de ponerlo por obra. Era demasiado sabido que, por la distribucion de sus calles rectangulares, por la lejanía de sus barrios habitados por la plebe, único elemento tumultuoso de la capital (donde el artesano es mas bien un pária que un gremio), i por último, por el carácter apático de sus habitantes que, segun el sentir del jesuita Olivares, parece peculiar a todas las ciudades allegadas a las inmensas moles de nuestras cordilleras, era incapaz de acometer una sublevacion popular.

Por otra parte, el presidente Montt, alejando de Santiago hasta el último soldado de línea, habia reemplazado el peligroso elemento militar, que tan a las claras se inclinaba de por sí al movimiento del sud, con un elemento nuevo, creado por él, segun su índole i su sistema, i que, por tanto, le sirvió con admirable eficacia durante su decenio: fué este poderoso auxiliar la jendarmeria o policia de seguridad, rejimentada como el ejército, pero dependiente del ministerio del interior. De esta manera, sucedió que, a principios de octubre, miéntras la guarnicion militar de Santiago no pasaba de 100 hombres, entre granaderos de la Escolta i artilleros nuevamente reclutados, el cuerpo de policia ascendia a cerca de 1,000 hombres.

Era imposible emprender ningun trabajo sordo sobre esta masa asalariada sin espíritu de cuerpo i que, dia a dia, era adiestrada en el espionaje i la delacion.

II.

En otro sentido, rejia la provincia, como intendente, un hombre tan notable por su enerjia para usar el despotismo autorizado, como dócil a todas las órdenes de ese mismo despotismo, cuando era ejercido por sus señores. Fiscal de todos los procesos urdidos con fines políticos; intendente a propósito para todas las provincias en que se queria ganar una eleccion o imponer un castigo en masa por la represion i el insulto, don Francisco Anjel Ramirez habia sido designado por el presidente Búlnes para descargar su responsabilidad de odio i de persecucion, tan pronto como, a consecuencia del atentado cometido en la Sociedad de la Igualdad el 19 de agosto de 1850, se tiñó de negro

el horizonte de la política i se persuadieron todos los ánimos de que la elevacion del candidato Montt era un llamamiento a las armas, hecho a la República en masa. Ramirez cumplió su mision con éxito admirable. El oro para los espias, el licor para los gariteros encargados del enganche de *voluntarios* (1), el azote para el pueblo, el insulto para las señoras, a una de las que desterró de la capital, la violacion de todo derecho i de toda inmunidad doméstica, puesta en diario ejercicio con los allanamientos de domicilio, la apertura fraudulenta de la correspondencia privada i las prisiones arbitrarias de todos los ciudadanos;

(1) Apesar de la prodigalidad del gobierno para enganchar soldados, solo pudo formar un batallon de 300 plazas, que se llamó Santiago i condujo al sud, a mediados de noviembre, el comandante don Santiago Amengual. Tanta era la innata aversion del pueblo al presidente Montt, que aun para reunir aquel escaso número, se habia ocurrido a los arbitrios mas indecorosos. Abriéronse, con aquel fin, en algunos de los barrios mas populares de Santiago, como el Arenal i la calle de Duarte, garitos públicos, bajo las apariencias de *chinganas* de pasatiempo. Isidro Jara, el famoso *chanchero*, era, bajo la inspeccion de Ramirez, el jefe de estas sentinas de escandalo i de infamia. Dábase gratis el licor a los asistentes, i cuando se les veia bajo la influencia de la embriaguez, se les brindaba jenerosamente algun dinero para que apostaran a las cartas, pues habia un tallador perpetuo nombrado oficialmente. Si el tahur habilitado ganaba en la partida, devolvia el dinero a los ajentes de la policia, con el premio de un real en peso; mas, si perdia, como sucedia casi en todos los casos, se le ponia en la alternativa de ir a la cárcel o engancharse como soldado, cuyo último partido todos aceptaban, pues así quedaban libres de la deuda, abandonándoseles el adelanto a cuenta de su enganche.

De esta manera, el presidente Montt logró alistar 500 hombres para su defensa; miéntras en el sud, con el solo prestijio de la revolucion, habian corrido a las armas mas de 4 mil hombres, i habria sido este número doble, si aquellas hubiesen alcanzado para todos los brazos que las pedian.

tal fué el sistema de terror que aquel mandatario impuso a la capital i con el que no le fué difícil dominarla. Díjose aun, i tiénese por un hecho cierto, que aquel tirano en miniatura (pues el de cuerpo entero estaba ya colgado en los sombríos muros de la Moneda) habia muerto, una noche, con su espada, a un infeliz que, estando ébrio, no le cedió la vereda o le asustó, al pasar, con algun vaiven de su cuerpo.

III.

A falta de caudillos i de medios de accion, las mujeres entraron en la liza política con todo el ardor i la fé de su sexo. El «frac» habia desaparecido en la revolucion, a no ser que se hubieran refundido todos en aquel *frac supremo*, que tanto ponderó la prensa del gobierno cuando se proclamó candidato a don Manuel Montt, en oposicion a todo caudillo militar. La casaca en los campos i las «basquiñas» en las ciudades eran ahora los trajes con que la insurreccion se ostentaba armada o se disfrazaba en los conciliábulos. Las mujeres, contándose entre estas las mas encumbradas matronas de nuestra aristocracia, imperaban a su albedrio en la capital; i asi era que, miéntras en el norte i en el sud se batian los ejércitos a filo de sable, hacíase por nuestras calles tal guerra de chismes i ponderaciones, de mentiras i novenas, de falsos anónimos i de proclamas incendiarias (1), que nues-

(1) Una animosa i discreta mujer, la esposa del conocido sangrador Barrera, era el ajente de la imprenta secreta que arrojaba todas las noches aquellos terribles boletines que fueron la desesperacion del intendente Ramirez, pues jamas pudo descubrir ni siquiera indicios del lugar donde se encontraba la prensa sub-

tra sociedad femenina llegó a presentar, en aquella epoca, la imájen de un verdadero campo de Agramante. Contábase, en verdad, por aquellos dias, que las *ministeriales* i las *opositoras* de los barrios «de arriba» de la capital celebraron, a un mismo tiempo i a la misma hora, una novena en la iglesia de la Merced, rogando a la Vírjen por el triunfo de sus bandos, i añadióse en los salones, con este motivo, que a la salida de las devotas, usábase mas en las salutaciones de despedida, a la puerta de la iglesia, el *pellisco* chileno que el beso frances en la mejilla. . . .

IV.

Tal fue la mísera i casi grotesca actitud de la capital, durante los cien dias que duró la mas imponente i la mas profunda de las revoluciones que han ajitado a Chile i que partió del seno de aquella para dejarla fria i tenebrosa como la nube que ha descargado su rayo. «Santiago! Santiago!, decia una de las hojas secretas que circulaban en esa época en la capital. Descansa, mecida en tus ilusiones i en la gloria de tus triunfos, miéntras el cañon i las llamas convierten en cenizas a la sublime Serena; miéntras la muerte deja solitario el lecho de mil esposas i en la horfandad los hijos i al borde

terránea. Servia esta un prensista llamado Bartolo, muchacho abnegado i de secreto a toda prueba. La mujer de Barrera le llevaba a una casita situada en Yungay los orijinales de los boletines, que escribian varios opositores de los que vagaban escondidos en la capital, i de noche iba ella misma a sacar las hojas impresas, que se confiaban a manos seguras, i así amanecian aquellas, al siguiente dia, desparramadas por toda la poblacion. Debióse a esto que los rotos diesen a aquellas hojas el nombre característico de *trasnochadas*.

del sepulcro la madre anciana i desvalida! . . . ¡Oh Santiago! Tu eres un inmenso panteon! Los cadalzos i las proscripciones de 20 años han sembrado de tumbas tu recinto, cuna en otro tiempo de tan altos hechos. I la vista de esos mármoles sangrientos i su helado contacto han secado, dentro de tu pecho, el corazon en que palpitó la epopeya de 1810; ese corazon que el 5 de abril de 1818, te precipitó, en confuso e inerme tumulto, a partir con los combatientes de Maipo, su fosa o su gloria. . . . Pero no!, añadia la proclama, como para hacer mas amargo el reproche que estampaba contra los caudillos de la capital, tú no has muerto del todo, patria de las Guzman, Rojas, Valdivieso i Fontesillas. Tu tienes todavia, al servicio de la patria, tus bellas mujeres» ! ! !

V.

Pero, en la ausencia de toda hostilidad positiva, el gobierno de la capital vivia lleno de pavores, como si el fantasma de la revolucion que su política habia encendido le estrechara en sus brazos a toda hora; i hubo, a la verdad, momentos, en que el recien electo Presidente se creyó perdido sin remedio. Al saberse, en efecto, en la Moneda, el movimiento que habia puesto a vanguardia del coronel Vidaurre la division de Coquimbo, el gobierno dirijió la guarnicion de la capital sobre la amagada provincia de Aconcagua i ordenó que, sin pérdida de instantes, se presentasen en proteccion de aquella todas las milicias de los departamentos de la Victoria i Melipilla (1).

(1) Esta órden se espidió el 13 de octubre, i el 15 escribia el gobernador de Melipilla al Ministro de la guerra que, pocas horas despues de recibida aquella, habia estado «toda la fuerza de mi-

Cuando, pocos dias mas tarde, el intendente de Aconcagua anunció que el destacamento de la vanguardia de Coquimbo, que mandaba el autor de esta historia, habia sido avistado (14 de octubre) en las alturas que dominan el valle de Putaendo (que fué el punto mas avanzado que alcanzaron las huestes de la revolucion en 1851) i se supo, poco mas tarde, en palacio, la asonada que tuvo lugar en San Felipe la noche de aquel mismo dia (1), díjose, en efecto, que se habia dado por

licia de este departamento pronta para que marchase sobre la capital.» La tropa que se encontraba acantonada en San Bernardo, i que consistia principalmente en una parte del batallon cívico de Rancagua, se habia puesto ya en movimiento, en la tarde del 14, cuando, en su marcha, recibió la órden de volver a su cuartel. (Véase el libro titulado *Miscelánea* en el archivo del ministerio de la guerra.)

(1) Al ocuparnos, en el primer volúmen de esta historia, de la invasion de la provincia de Aconcagua por las fuerzas de Coquimbo, hicimos solamente alusion al malhadado motin de San Felipe, por no haber tenido ninguna consecuencia de importancia. Mas, parécenos oportuno consignar aquí la relacion que nos ha dirijido el antiguo i respetable patriota de aquella provincia don Pedro Antonio Ramirez, que, junto con su hermano don José Ignacio, han sido, desde 1829, los decanos del partido liberal en la provincia eminentemente *pipiola* de Aconcagua. Como nosotros publicamos en esta nota solo la version *liberal* del motin, puede verse en el núm. 7 del Apéndice el parte oficial de aquel suceso, pasado al gobierno por el intendente Fuenzalida.

La relacion que nos ha enviado el señor Ramirez, con fecha de 3 de julio del presente año, dice asi:

«Luego que estalló la revolucion de Coquimbo, principiaron las autoridades de este pueblo (San Felipe) a perseguir a todos los hombres de valer que consideraban enemigos de su política. Varios ciudadanos fueron aprisionados, como don José Plácido Zenteno i su hermano don Benigno. Esta prision injusta i arbitraria trajo un disgusto jeneral en el departamento, i mucho mas en los hermanos de aquellos, don Julian i don José de la Cruz Zenteno, que tambien se hallaban escondidos, por la persecucion encarnizada que se les hacia. Estas incidencias, unidas a las noticias que re-

perdida la causa del bando conservador i que llegó a hablarse en los salones presidenciales de aprestos de retirada a Val-

cibiamos del norte, de que la division de Coquimbo marchaba sobre esta provincia, hicieron que yo i los Zentenos nos dispusiesemos a reunir algunos ciudadanos para que marchasen a formar parte de aquella division.

«En esto estabamos, en la mañana del dia 14 de octubre, en un lugar oculto de mi hacienda de Aconcagua arriba, donde se hallaban reunidos mi hijo don Ignacio Ramirez, don Julian Zenteno, don Gregorio Armaza i don José Antonio Gutierrez, formando el plan de salir pronto con jente al encuentro de los coquimbanos, cuando, en ese dia, recibi, por un jóven Artigas de Santiago, una comunicacion de los señores don Miguel Guzman i don Domingo Santamaria, para que, a toda costa, nos pusiesemos sobre las armas, a fin de facilitarle al jeneral Carrera su entrada a la provincia. En dicha comunicacion se me decia que el triunfo de Carrera en Petorca era seguro, no solo por la buena tropa que contaba su division, sino porque las fuerzas de Aconcagua, que se hallaban en las filas del gobierno, se pasarian a las nuestras.

«Esta noticia, que luego comuniqué a los amigos, que, en su escondite, estaban formando la espedicion para el norte, los llenó de entusiasmo i alegria. En el momento, acordamos escribir a mi hermano don José Ignacio Ramirez, que se hallaba oculto en San Felipe, para que, con don Baldomero Lara i don Joaquin Oliva, se preparasen con su jente a dar en esa noche un asalto en la ciudad, junto con la que yo debia mandarles de Aconcagua arriba.

«Los embarazos que se nos presentaban para ponernos de acuerdo con los de San Felipe i vernos con los hombres queridos de la poblacion eran muchos. Mientras el gobierno tenia guardias en todas las bocas calles de la ciudad i las tropas acuarteladas en varios puntos, i aun fuera de la poblacion, los amigos que por nuestra parte podian operar estaban ocultos i perseguidos. Sin embargo, i apesar de tantos peligros, pude hacer llegar a manos de mi hermano don José Ignacio i don José de la Cruz Zenteno el citado proyecto. Estos dos, venciendo muchas dificultades, pudieron al fin reunirse a los otros en mi hacienda, como a las ocho de la noche, hora en que ya mi hijo don Ignacio, don Julian Zenteno, don Dámaso Reyes, don Gregorio Armaza, don José Santos Contreras, don José Antonio Gutierrez i otros de mi

paraiso. I en verdad, que asi habria sucedido, si la provincia de Aconcagua se une a la de Coquimbo i ámbas dan la ma-

casa marchaban sobre San Felipe, sin mas armas que cuatro fusiles, dos escopetas i algunos malos sables.

«Advertiré que cuando esto sucedia, ya nosotros estábamos informados que de Santiago se encaminaban trescientos hombres del gobierno a resguardar a San Felipe i que esta fuerza estaba para pasar la cuesta de Chacabuco, como a las ocho de la noche de ese dia 14, segun los «bomberos» que el jóven don José Santos Contreras habia establecido para saber la hora en que aquella fuerza podia caer sobre San Felipe. Con todos estos peligros, i por ser leales a la buena causa que defendiamos i a las exijencias de aquellos señores que me escribieron con el jóven Artigas, lejos de arredrarnos a la vista de tan evidentes riesgos, se entusiasmaron mas mis amigos i continuaron en llevar acabo la obra que habian emprendido.

«El grupo que salió de mi hacienda i al cual se unió mi anciano hermano don José Ignacio i mi amigo don José de la Cruz Zenteno, acordó ser comandado por don José Antonio Gutierrez, como uno de los oficiales de línea del batallon Chacabuco, que ántes se habia sublevado. En esta disposicion, se dirijieron sobre San Felipe, contando con que allí serian apoyados por el pueblo, i con que algunos sarjentos del escuadron del comandante don Joaquin Villarroel, que se hallaba acuartelado en la misma ciudad, i a quienes yo habia hecho prevenir del asalto, estarian prontos a secundarlos.

«Con tales precedentes, la fuerza reunida en mi hacienda siguió su marcha, engrosando poco a poco sus filas en el camino, con los patriotas que se iban agregando. Cuando esta fuerza llegó a la casa del comandante don Domingo Luco del Castillo, que dista de la ciudad legua i media, ya nuestra fuerza pasaba de cuarenta individuos. En esta casa habian acuartelados cien hombres del escuadron de Luco, i una guardia en la calle para estorbar al que no les convenia. Este estorbo, que de suyo obstruia el paso de nuestro grupo, hubo que desalojarlo a viva fuerza, i tirar algunos tiros sobre el centinela, que defendia su puesto. A los tiros inesperados de fusil, que al aire se dispararon para no ofender al centinela que se resistia, la tropa que estaba dentro de la casa principió a dispersarse, con lo cual pudieron los nuestros penetrar sin riesgo en ella, tomar las armas que allí habia i

no a la de Valparaiso, en la que el volcan de la insurreccion no tardaria muchos dias en hacer su esplosion.

recojer de la viña los soldados i algunos oficiales que se encontraron. Al grito de *¡ Viva Cruz!*, nadie se resistia. Este asalto, conseguido sin sangre i sin daño de ningun jénero, engrosó mas nuestras filas i aumentó nuestras armas.

«Con todos estos elementos, nuestra fuerza siguió su camino para San Felipe. Cuando llegó a la cabecera del pueblo, fué interrumpida por el grito de un centinela que se hallaba en la boca calle, i como de nuestra parte nada se le respondió, i la luz clara de la luna dejaba ver a la distancia el grueso que formaba nuestra tropa, ese centinela i demas guardias que allí habia se pusieron en fuga a replegarse al cuartel, en donde se hallaba el escuadron de caballería de Villarroel, al norte de la cañada de Yungai, chácara de don Blas Mardones.

«Este incidente hizo que nuestras fuerzas se precipitasen a toda furia sobre dicho cuartel, antes que el comandante se organizara i preparase su resistencia. Efectivamente, este cálculo no se erró, porque antes de que aquello sucediese, nuestra tropa atropelló por encima de cuanto se le opuso i penetró en el cuartel. A los gritos de nuestros soldados i a los vivas que se daban al jeneral Cruz i a los mismos hombres que los acaudillaban, la jente del cuartel se pronunció toda, en el acto, en favor del movimiento. El comandante Villarroel, que no pudo contener el entusiasmo de su tropa, i que, en el acto, se vió desobedecido, no tuvo mas arbitrio, para salvar del conflicto, que manifestarse dócil i suplicante a las exijencias del jefe que lo asaltó. La saña que habia contra él era tan grande que, para escaparlo del furor de los soldados, fué preciso que mi hijo don Ignacio intercediese por él i le dejase escapar.

«Mientras que este cuartel se allanaba i se ponia todo a nuestra disposicion, el intendente don Juan Francisco Fuenzalida, avisado del movimiento por el mismo Villarroel, se metió, en el acto, en el cuartel de infantería situado en la plaza, en donde solo tenia 40 hombres de los Andes bien municionados.

«Acertada la toma del cuartel de la cañada i unida su fuerza de 300 hombres a la nuestra, se marchó toda sobre el cuartel de infanteria. Cuando la nuestra llegó a la plaza, que seria como a las doce de la noche, la jente brotaba por todas partes, gritando

VI.

Apénas habian transcurrido, en efecto, dos semanas desde el desastre de Petorca, cuando la culta i patriótica Valparaiso alzó la voz de la protesta, empuñando las armas, en presencia de la rebelion del norte ya vencida, de la turbulenta impotencia de Aconcagua i de la culpable apatía de la capital.

Todo hacia a aquel pueblo, sin segundo en la República, politicamente hablando, el foco mas ardiente i mas inagotable de la revolucion. El carácter de sus industriosos pobladores; la actividad de los espiritus; el contacto con

¡viva Cruz! i pidiendo armas para el combate. El entusiasmo que toda la poblacion manifestó en ese acto es indescribible.

«Cuando toda nuestra tropa estuvo en la plaza, don Dámaso Reyes, que fué proclamado comandante, en el mismo cuartel tomado a Villarroel, mandó intimar rendicion a la guardia del cuartel, con el oficial don Anselmo Aguilar i con otros que lo acompañaron, i la respuesta que aquella dió fué una descarga de fusiles que hizo sobre ellos, i de la cual cayó muerto Aguilar atravesado por una bala. Con tal motivo, se trabó un largo combate de fusilería que hacian los del cuartel i de la cárcel a los que estaban en la plaza. Nuestra tropa no tenia mas que siete armas de fuego i con ellas sostuvieron un fuego vivísimo con los enemigos que hacian llover las balas, lucha que sostenian con sus muchas armas i a favor de las murallas en que se guarecian.

«En este estado se encontraba el movimiento, cuando llega a manos del comandante Reyes una comunicacion, que el patriota i valiente Portus habia interceptado, dirijida de Petorca al intendente de Aconcagua, donde le daban parte que la division del gobierno habia triunfado, i que las fuerzas del jeneral Carrera habian sido desechas completamente. Esta fatal noticia dió motivo a que el jefe hiciese tocar retirada, i dijese a sus amigos i a la tropa lo que sucedia, para que cada cual escapara como pudiese, lo que en efecto verificaron.»

el estranjero; los gremios; la facilidad de procurarse armas i ocultarlas en las quebradas, que son otros tantos asilos en caso de contratiempo; el agrupamiento de las clases obreras (en lo que ofrece su mas marcado contraste con la conventual Santiago, donde las manifestaciones populares se hacen tan difíciles por motivos puramente topográficos); i por último, hasta la planta de la ciudad, en que cada cerro es una fortaleza, cada calle un desfiladero, cada casa una trinchera; todo, en fin, sirve a dar alas i recursos a las conjuraciones i a los combates del pueblo.

Valparaiso ha sido, por esto, la cuna i el baluarte de la democrácia en Chile, i miéntras subsista su espíritu innovador i osado en la senda de todos los progresos, la causa liberal ensanchará el número de sus prosélitos i robustecerá la fé de los que la sigan, con nobles ejemplos de igualdad republicana ante la lei o ante el sacrificio.—Santiago, a su vez, se sentirá transformarse, con su contacto, desde que la locomotiva, devorando el espacio, nos traiga la chispa de la creadora ebullicion de aquel pueblo, que el viajero toma con dificultad por una ciudad hispano-americana, pues tiene, no solo el aspecto físico, sino todas las señales características de las mejores poblaciones de la América del Norte.

VII.

Durante la conmocion de 1851, Valparaiso adquirió una importancia revolucionaria decisiva, porque, estando sublevadas las extremidades de la República, i siendo estas dueñas de la marina por la captura del *Arauco* (miéntras el gobierno tenia solo la fragata ponton *Chile* i dos o

tres buques menores), convertíase, por consiguiente, en el punto central, a que iba a converjer toda tentativa de un desenlace definitivo, fuera por la resistencia que debia oponer el gobierno, fuera por el éxito de un levantamiento popular o de un desembarco de tropas de parte de los revolucionarios.

Todos los conatos de los caudillos de la insurreccion se dirijian, en consecuencia, a hacerse dueños de aquella plaza; i lo que mas admira, en las malogradas tentativas que se hicieron para conseguirlo, no es la estraordinaria dilijencia con que fueron desbaratadas por la autoridad, sino la constancia, el sijilo i la abnegacion del pueblo, que renovaba con mas pujanza sus esfuerzos, despues de cada uno de los contrastes que le sobrevenian.

VIII.

No podia decirse otro tanto de los jefes ostensibles que dirijian los trabajos revolucionarios de aquella ciudad. Desde hacia dos años, presentábase como caudillo revolucionario un hombre honrado i patriota; pero que no tenia ni la enerjía moral, ni la ardiente conviccion política, ni menos, la pronta resolucion que exijen los movimientos populares. Era este el factor del Estanco don José Manuel Figueroa, cuya repentina importancia política era solo debida a su empleo i a su parentezco con la familia de Vial, en la que estaba casado. Todos los trabajos de la propaganda revolucionaria que emprendieron los hombres que obraban en una línea mas subalterna, encontraron pues un constante escollo en sus vacilaciones i en el indefinido aplazamiento que exijia, al ir a ponerse por obra cualquier plan.

IX.

Habian abortado, por este motivo, varias tentativas que, como ya hemos insinuado antes, precedieron a la revolucion de setiembre. A fines de agosto, se habia denunciado, en efecto, al intendente Melo, una conjuracion tramada por el capitan del batallon Carampangue don Jacinto Niño, que se encontraba accidentalmente en Valparaiso, i que tenia por punto de partida la sublevacion de dos compañias del Yungay de la guarnicion de aquella plaza (1). Pocos dias mas tarde, en la noche del 3 de setiembre, el comandante de serenos Delgado habia descubierto en la casa de un sastre llamado Ignacio Duran un depósito de municiones, entre las que figuraban dos barriles de pólvora, nueve baleros i tres barras de plomo. Este suceso habia acarreado la prision

(1) He aqui la nota oficial de este denuncio, que hemos copiado del archivo del ministerio de la guerra.

Valparaiso, agosto 24 de 1851.

Señor jeneral, intendente de la provincia.

En este momento, me acaba de dar cuenta el sarjento 2.º de mi compañía, José Vicente Lisana, que el viérnes veintidos del presente fué llamado por el capitan don Jacinto Niño, conquistándolo para que le entregase la compañía, i de este modo, tomar la compañía de artillería, ofreciéndole hacerlo teniente, a los demas sarjentos alfereces, a los cabos sarjentos, i a los soldados cien pesos a cada uno. El sarjento Lisana se ha negado a todas estas ofertas i no ha querido ir mas a su casa. Lo pongo en conocimiento de US. para lo que halle por conveniente.—Dios guarde a US.—*Pablo Corail*, capitan de la 2.ª compañía de dicho batallon. Es copia fiel.—*Demetrio R. Peña*, secretario de marina.

(4 de setiembre) de los ciudadanos Masenlli, Dodds, i otros liberales, a quienes se les atribuia participacion en aquellos conatos (1).

Hemos visto tambien que, al acordarse la sublevacion del batallon Chacabuco en la capital, habia sido la exijencia mas sostenida de los opositores que tuvieron conocimiento de esta tentativa la de que el acto del amotinamiento se ejecutara en Valparaiso, donde el sarjento mayor don José Manuel Pinto, a quien se le suponia una amistad intima con Figueroa, mandaba dos compañias de aquel cuer-

(1) He aqui un documento que pone de manifiesto la gravedad que se atribuye a este suceso.

Valparaiso, setiembre 6 de 1851.

Por las indagaciones que se continúan haciendo en la causa de conspiracion, se toman datos que revelan la espansion de este proyecto, estendido, al parecer, i con bastante jeneralidad, en la clase de artesanos, algunos individuos de tropa, mui pocos, i ya de ante mano vijilados, i muchos otros de una posicion mas acomodada, cuyo número hace conocer el peligro en que ha estado a punto de verse comprometida la tranquilidad i el órden de este pueblo: felizmente se ha logrado en oportunidad atajar sus resultados, con medidas que puedo asegurar a U. afirmarán el sosiego, i calmarán la alarma que ha ocasionado en estos habitantes el pensamiento funesto de los conspiradores. A la vista del peligro, se ha reanimado el espíritu de órden de los buenos ciudadanos, i la tropa de línea, que siempre me ha merecido la mayor confianza, es el mas seguro apoyo con que debemos contar en cualquier evento.

Debe US. persuadirse que, por ahora, la situacion de las cosas no ofrece el menor temor de que pueda ser alterada la paz i tranquilidad que nos aseguran las medidas que han cruzado a los revoltosos la ejecucion de sus protervos designios. Los que no han logrado aprehenderse han desaparecido, i se les busca con la mayor dilijencia.—Dios guarde a US.—*J. Santiago Melo.*

Al Señor Ministro del Interior.

po. Pero conocido es ya el mal éxito de aquellas insinuaciones, desatendidas por el ardor de los oficiales comprometidos en la conjuracion.

Encontrábase pues el pueblo de Valparaiso ajitado violentamente por la incesante renovacion de aquellos complots revolucionarios, cuando, al saberse el levantamiento del norte, presentóse a reasumir el mando de la intendencia el ántes popular i prestijioso teniente jeneral don Manuel Blanco Encalada, a quien el circunspecto Melo, juez de letras de la provincia, habia reemplazado interinamente, desde hacia algunos meses.

X.

Nos será lícito, en esta parte, prescindir de calificar la conducta política del jeneral Blanco, durante la crisis de 1851. No es a fé el temor de los *compromisos*, ese fantasma, delante del que tan pocas frentes osan alzarse entre nosotros, lo que nos impone este silencio, harto significativo en si mismo. Pero debemos a sus canas i a los gloriosos servicios que, en mejores dias, hizo a su patria, un respeto tan sincero, que creemos mas digno de nuestro rol de historiadores el acusarle con la mudez de los hechos, ántes que ir a confundirle en la censura de sus actos, con los vulgares i mezquinos ajentes del candidato oficial.

XI.

Los revolucionarios no se desalentaron, sin embargo, ni por el prestijio ni por el vigor de accion que daba a la resistencia del gobierno el nombre i los influjos de aquel jefe; i

asi fué que, en los primeros dias de octubre, cuando ya se alojaron hácia el sud i el norte las divisiones que se habian aglomerado en su recinto, pensóse sériamente en llevar a cabo la obra, tantas veces comenzada, del trastorno.

Era inútil contar con la cooperacion de la fuerza de línea; pero ésta era ya mui escasa, no habiendo llegado aun de la capital el batallon núm. 3 de línea que organizaba con toda dilijencia el intelijente comandante don Manuel Tomas Tocornal. Haciáse valer solamente el brazo del pueblo para asestar aquel golpe, que debia salvar la revolucion, si el éxito debiera coronarlo.

El plan de la insurreccion era de por sí mui sencillo i de facilísima ejecucion, atendida la naturaleza del terreno de que los conspiradores iban a hacerse dueños. El núcleo de las fuerzas del gobierno estaba en la parte de la ciudad llamada propiamente *el puerto,* donde se encontraba el cuartel de artillería i el del batallon cívico núm. 2, situado en un edificio anexo al convento de Santo Domingo. Grupos armados del pueblo caerian simultáneamente sobre aquellas posiciones, miéntras otros pelotones, colocados de antemano, cortarian la comunicacion con los otros puntos de la ciudad, en la estrechura llamada Cueva del chivato. De este modo, la insurreccion se apoderaba, en unos pocos minutos, de la mitad de la poblacion i se encerraba en posiciones verdaderamente inespugnables. En cuanto al Almendral, donde tenian sus cuarteles la escasa tropa veterana que aun quedaba, i el batallon cívico núm. 1, otros grupos armados i las masas del pueblo obrarian de consuno. Pero mirábase esta segunda parte del movimiento solo como un accesorio del levantamiento del *puerto*, que era el centro de todos los recursos militares.

XII.

El dia 3 de octubre se acordó por los conjurados dar aquel meditado asalto a los cuarteles, i con este fin, se reunieron en el claustro de Santo Domingo, inmediato al cuartel del núm. 2, cerca de 200 afiliados, que fueron entrando, desde el medio dia hasta el oscurecer, mediante la connivencia del padre guardian frai Manuel de la Cruz Leon i, particularmente, del padre José Maria Pascual, español de nacimiento, acérrimo carlista, i hombre que, bajo la autoridad de su hábito i el hielo de sus canas, ocultaba un alma tan fogosa como era su injenio fecundo en arbitrios i atrevida su voluntad en las determinaciones que tomaba.

Habia sido este fraile el principal ajente de los revolucionarios, desde que, por la prision de los principales de éstos el 4 de setiembre i la persecucion que se hacia a los que se escaparon del arresto, quedaban sin un jefe ostensible. Aparentaba Pascual una gran indiferencia política, i miéntras ayudaba en su celda a varios artesanos, que tenia asilados, a trabajar balas i cartuchos, iba a los corrillos del puerto i, principalmente, a la libreria de su compatriota don Nicasio Ezquerra, donde tenia ocasion de ver a algunos de los mas importantes sostenedores de la autoridad. Dábase, en verdad, tales trazas el astuto fraile domínico, que estuvo a punto de persuadir al comandante de la artilleria cívica Pedregal, que el punto mas estratéjico pars colocar un par de cañones, con que ametrallar a los sublevados, era la meseta sobre que está situado su convento, cuartel jeneral, en esa hora, de los sublevados....

XIII.

El mas importante de los asilados que ocultaba en su cláustro el padre Pascual era un obrero de Santiago, sastre de oficio, i hombre de corazon resuelto, no menos que intelijente i emprendedor. Llamábase Rudecindo Rojas i tenia a la sazon 30 años. Desde los disturbios electorales de 1841, habia tomado cartas en la política i héchose conocer tan ventajosamente de sus compañeros, que, en 1850, habia sido socio fundador de la *Sociedad de la Igualdad* i uno de los miembros de su consejo directivo. Perseguido despues, mas por su influjo entre los artesanos de la capital que por su participacion en algun proyecto subversivo, se habia refujiado en Valparaiso, donde los obreros mas intelijentes de la capital encontraban, en aquella época, con facilidad, un ventajoso acomodo.

Desde la prision del 4 de setiembre, en que habian sido comprendidos cuatro de sus compañeros de profesion (1), se encontraba pues oculto en el convento de Santo Domingo i ahí acaudillaba la reunion de afiliados que habian sido convocados el 3 de octubre, i que solo esperaban, para obrar, la señal de un ajente íntimo. Era este el jóven don Rafael Bilbao, que se decia delegado de los caudillos políticos de la capital i Valparaiso, con el objeto de regularizar las operaciones del movimiento.

(1) Fueron estos, entre otros, Alejo Castillo, José del Cármen Silva, Nasario Gonzalez i Marcos Diaz, todos oriundos de Santiago i sastres de oficio.

XIV.

Por desgracia, Rafael Bilbao no tenia ni el corazon, ni las convicciones, ni los compromisos de sus otros tres hermanos Francisco, Luis i Manuel, i menos tenia el alma varonil de su madre, la respetable señora doña Mercedes Barquin. Primojénito en su familia, i dado desde la infancia al jiro del comercio, tomó Bilbao la revolucion como una de tantas ocupaciones mercantiles, i por consiguiente, se hizo reo de todas las falacias i de todos los ardides que enseña el manejo de los negocios. Baste, entretanto, esta jeneralizacion que escusa inútiles revelaciones i amargos comentarios personales.

Atribuyóse pues a la informalidad de Bilbao el que no se llevase a efecto, en aquel dia, el plan acordado, i temiendo, por otra parte, ser víctimas de un denuncio colectivo, apenas tiñó la noche, escurriéronse los afiliados en todas direcciones.

XV.

Tenia esto lugar el dia viérnes 3 de octubre i a la mañana siguiente, sabia ya el intendente Blanco, bien que de una manera confusa, que se habia tratado de dar un golpe en la noche anterior, sin que pudiera señalarse otro antecedente sobre aquel intento que el de que el centinela del batallon núm. 2 se habia fugado aquella noche, abandonando su fusil i que muchos de los comprometidos pertenecian al gremio de sastres; i como ya, en el primer amago, habian sido descubiertos muchos de estos obreros, el jeneral Blanco, a imitacion de

Herodes, dió órden para que, en aquel mismo dia, se prendiese a cuanto sastre existiese en Valparaiso, i cuya conducta política no estuviese exenta de toda sombra de sospecha. Era aquel dia el último de la semana, i como, por la noche, los oficiales de sastreria ocurrian a las tiendas a entregar sus obras, se hizo una verdadera barrida de aquellos infelices, que fueron cojidos, de tan aleve manera, en número de mas de cien i enviados, en seguida, de una manera mas aleve todavia, a los pontones i al destierro.

Con este nuevo golpe, la revolucion volvió a frustrarse, por la quinta o sesta vez, en Valparaiso.

XVI.

En estas circunstancias, en que el desaliento, pero no la traicion (pues no hubo un solo delator entre mas de 300 afiliados), ganaba ya los ánimos, presentose oculto en Valparaiso un hombre nuevo i caracterizado, a quien se suponia, con razon, capaz de volver a anudar los rotos hilos de tantas tramas, desbaratadas por el acaso o la pusilanimidad de los ajitadores. Era este caudillo el teniente coronel don José Antonio Riquelme, antiguo comandante accidental del batallon Yungai.

Riquelme habia nacido soldado en un pueblo de guerreros i en una familia que contaba sus jeneraciones por el nombre de algun héroe. Era natural de Chillan i primo-hermano del jeneral O'Higgins por la linea materna. Desde mui niño, tomó las armas i ya era capitan del batallon *Valdivia*, en la segunda campaña del Perú, que tuvo su desenlace en 1839. Riquelme habia sido uno de los bizarros sostenedores del puente de Buin, en que se salvó el ejército chileno para ir a vencer en Yungai.

Ascendió, despues, en las guarniciones de la Frontera, hasta merecer, en la última campaña de Valdivia (en 1830), el mando del batallon *Yungai*, de que era sarjento mayor, habiéndose separado, por razones de servicio, su comandante propietario Silva Chaves.

En estas circunstancias, unióse Riquelme en matrimonio con una señorita de la familia de Lazo, tan notable por su ardiente civismo como por la estrecha union que liga a cinco o seis varones de aquel nombre, en sus propósitos públicos i en los sentimientos del hogar. La alianza de estos jóvenes turbulentos i patriotas fue para Riquelme el bautismo de su fe revolucionaria, a la que no tardó en ofrecer su espada, asi como, mas tarde, deberia consagrarle los padecimientos de diez años sobrellevados con noble entereza.

Tan luego como aquel jefe recibió encargo de ponerse a la cabeza de los desencuadernados trabajos de Valparaiso, dirijióse a esta ciudad, en compañía de don Joaquin Lazo, el primojénito de sus hermanos políticos i el mas distinguido, por su posicion i su intelijencia.

No era necesario gastar muchos dias en poner en combinacion todos los recursos dispersos con que contaba la revolucion desde hacia mas de dos meses, i despues de estar ya acordes con aquel jefe todos los intermediarios que aun quedaban sin ser perseguidos entre los conjurados, señalóse la mañana del 28 de octubre para dar cima al movimiento.

XVII.

Desde la llegada de Riquelme a Valparaiso, los planes de la revolucion tomaban, sin embargo, un aspecto tan desfavorable que casi era un acto de desesperacion el llevarlos

a cabo. Por una parte, habia llegado de la capital el batallon núm. 3, recien formado, pero que contaba con jefes i oficiales jóvenes i llenos de entusiasmo por la causa a que servian. Por la otra, el número de los afiliados de aquella conjuracion, tan poderosa en su iniciativa, porque contaba con el corazon de todo un pueblo, habia quedado reducido, por la persecucion o el desfallecimiento de los ánimos, solo a unos cuantos hombres tan obtinados como temerarios. Pertenecian éstos, en su mayor parte, al terrible gremio de sastres, a cuyas agujas la autoridad habia cobrado tal pánico, que, ni rodeada de cañones, se creia segura contra sus dardos.

En atencion a aquellas circunstancias, Riquelme, que habia encontrado un asilo en la casa de las señoritas Cortez, situada en el barrio de San Juan de Dios (punto céntrico entre el *Almendral* i el *Puerto*), habia dividido la jente con que contaba, en dos grupos que debian obrar, a la vez, en las dos estremidades de la poblacion.

En el Almendral, un joven español Lecanda, comerciante de profesion, de carácter fogoso e íntimo amigo del padre Pascual, debia caer de sorpresa sobre el cuartel del núm. 4 de cívicos, con un grupo que se armaria oportunamente en el vecino teatro de la Victoria, donde existia un depósito de pistolas i puñales. Una vez dueños del cuartel, poudrian a vuelo las campañas, sublevarian las masas de gañanes que habitan en los suburbios del Almendral i tratarian de batir, o por lo menos, de llamar la atencion del núm. 3 de línea, cuyo cuartel se encontraba en una parte central de aquel barrio.

El otro grupo, mandado por Rojas i un sastre de Valparaiso, hombre animoso i popular entre sus camaradas, llamado Manuel Villar, tenia una comision mas importante. Habíasele ordenado iniciar el movimiento, asaltando el cuartel del núm.

2, i en seguida, el de la artillería, para dominar el puerto i poder dar la mano a los amotinados del Almendral, fuera por la única calle que comunica los dos estremos de la ciudad; fuera por los cerros que estan a la espalda de aquella.

Un antiguo capitan del *Carampangue* llamado Miguel Galindo, que habia venido del Perú, donde residia desde muchos años atras, tan luego como la noticia de las revueltas de su patria le hubo llegado, se ofrecia ademas a apoderarse de la persona del intendente Blanco, empresa para que se le juzgaba idóneo, pues tenia fama de arrojado.

Al mismo tiempo, un abastero conocido con el nombre de Félix Osorio, i que, tenémoslo entendido, era oficial del escuadron de caballería de Valparaiso, compuesto casi esclusivamente de carniceros, habiase comprometido a entregar su cuartel, situado en el Almendral.

Contábase, por último, con la cooperacion instantánea de dos jefes acreditados del ejército que se encontraban presos en los cuarteles del núm. 2 i de caballería cívica. Era el primero el antiguo comandante de *Huzares* Hinojosa, a quien se perseguia por su conocida desafeccion al jeneral Búlnes, i el último, el mayor Sanchez, un viejo liberal, hoi gobernador del departamento de los Andes, i que habia sido conducido preso desde Quillota, donde desempeñaba las funciones de sarjento mayor del batallon cívico, pues se le atribuian miras hostiles a la autoridad, en lo que, al parecer, no padecian error sus acusadores.

Avisados ya todos los comprometidos, señalose la hora de las siete de la mañana del mártes 28 de octubre para dar el golpe i se previno que el jóven Bilbao, que disponia de los depósitos de armas i del dinero, daria las órdenes, oportunas, si ocurria alguna novedad.

En consecuencia, en la noche del 27, Rojas recibió 14

pares de pistolas, 19 puñales i dos onzas de oro para socorro de su jente, i advirtiósele ademas que, a las 6 de la mañana del siguiente dia, encontraria en la tienda de don Antonino Arteaga, situada en la plaza de la Municipalidad, un cajon de armas. En cuanto a las municiones, el grupo de Rojas tenia las suficientes para el asalto, pues aun conservaba una parte de las que habia trabajado en la celda del padre Pascual, con materiales suministrados por un herrero italiano llamado Mateo Mercandino i un carpintero Santa-Ana, hombre patriota i que tenia algunos acomodos.

XVIII.

Amaneció el dia 28, encontrando a los conjurados que debian obrar sobre el puerto, dispersos en los cerros i callejuelas vecinas al cuartel del núm. 2; i la primera dilijencia de Rojas fué bajar a la plaza de la Municipalidad i conducir en hombros de algunos de sus compañeros el cajon de armas que Bilbao le habia prometido. Mas ¿cuál seria la sorpresa i la indignacion de aquellos hombres, tan valientes como abnegados, al encontrar dentro de la caja, en lugar de pistolas i puñales, una porcion de bacalao seco i aprensado? Ocurrióseles a todos la idea de la traicion (era el dia de San Judas) i hubo voces i juramentos de muerte contra los hombres que así burlaban su jeneroso denuedo.

Por otra parte, ni Bilbao, ni ninguno de sus ajentes, llegaba, como estaba convenido, a dar la órden del asalto. Solo se presentó, pasada ya la hora designada, a decir a los conjurados que el movimiento se postergaba, un hombre llamado Bartolo Perla, cómico de profesion i que antes habia sido bordador en oro.

En tal conflicto, la desesperacion aconsejó a Rojas i a sus compañeros un partido estremo. Solicitaron un asilo en casa de una niña entusiasta, pero de mala vida, que habitaba una casita en el punto llamado la Cajilla, a dos o tres cuadras del cuartel de Santo Domingo, i ahi resolvieron aguardar las órdenes definitivas, que, por medio de algunos emisarios, exijieron de Riquelme.

Nadie volvió, sin embargo, i solo, pasado el medio dia, presentóse en la Cajilla el ciudadano don José Miguel Acuña, antiguo guarda de aduana, destituido por sus opiniones liberales, i hombre tan atrevido en sus planes como frio para concebirlos. Conferenció, en el acto, con los conjurados, i entregando su reloj a Rojas, díjole que, a las cinco en punto, se lanzara sobre el vecino cuartel, miéntras él iba al Almendral a tomar lenguas de lo que pasaba (1).

(1) Ocurrió un lance sumamente cómico mientras los conjurados, a semejanza de aquellos castellanos que dieron muerte al marques Pizarro, estaban echados de bruces en el pavimento de la pieza donde se habian asilado.

Poco despues de medio dia, llegó uno de los galanes de la niña de la casa, llamado Cifuentes, que era conocido como jefe de los espias de la intendencia i a quien el pueblo aborrecia, en consecuencia, tanto como él amaba a su concubina. Recelosa la madre de ésta de que, si le negaba la entrada, podia Cifuentes sospechar algo i dar aviso, consultó a Rojas sobre lo que deberia hacer, i antes que aquel replicara, saltó el sastre Salinas, diciendo que lo dejaran entrar para volarle los sesos de un pistoletazo, pues le tenia una odiosidad particular. Mas, Rojas lo calmó e hizo entrar en el aposento al sorprendido esbirro, cuya situacion era ciertamente harto distinta de la que él se imajinaba. Obligáronlo inmediatamente a desnudarse i a acostarse en la cama que habia en el aposento, previniéndole que si hacia un solo movimiento, al instante seria apuñaleado. Pero, no paró en esto la mala ventura de aquel enamorado siútico, que elejia la mitad del dia para sus cortejos, i cuando los conjurados marcharon al cuartel, lo llevaron del brazo entre sus filas, resueltos a matarlo sobre el sitio, si se les oponia alguna resistencia.

XIX.

El grupo de Rojas componíase solo de 17 hombres, todos artesanos i tan intrépidos como leales. Eran los últimos campeones, que aun no habia atado la soga de la policía, de aquellas numerosas falanjes de pueblo que, desde los primeros dias de la revolucion, habian estado pidiendo armas para defender una causa que amaban sin comprender, a los que los traicionaban, perdiéndola, por pusilanimidad o por negocio. Son dignos de la historia los nombres de estos oscuros, pero nobles ciudadanos que, por su solo arrojo, estuvieron a punto de haber dado la libertad a su suelo, en aquel dia en que todo se perdió, por el engaño, mas no por el valor.

Eran los principales, entre éstos, ademas de Rojas i Villar, un jóven Samaniego (Estevan), sastre como aquellos, pero dotado de una intelijencia que le hacia superior a la rutina de su oficio; dos hermanos llamados Melchor i Manuel Inostrosa, sastres tambien, naturales de la provincia de Colchagua i un hijo del primero de éstos, que tenia el mismo oficio de su padre. Figuraban, ademas, el carpintero Manuel Salinas i otro artesano llamado Cecilio Cerda, zapatero de profesion (i que, como tal, tenia una alma alesnada i un brazo terrible), que habian sido los compañeros inseparables de Rojas en todos sus escondites, desde mediados de setiembre. Eran los otros un sastre neo-granadino de nacimiento, conocido con el nombre de Mauricio Madrid, i que pagó aquel dia su entusiasmo con la vida; otros tres obreros de la capital, sastres tambien, llamados Antonio Diaz, José Ruvilan i Juan Antonio Morales, i dos de Valparaiso, de aquel mismo gremio, Carmen Santiago i

José Madariaga, hombre valeroso i ya entrado en años. Completaban el número de 17, sin contar al ex-guarda Acuña, que se les reunió en el momento de atacar el cuartel, un hijo de aquel famoso Pastor Peña que expió en el cadalzo el crímen de una venganza, llamado Pioquinto Peña, carpintero; otro mozo de esta misma profesion, a quien solo llamaban por su nombre cristiano de Antonio (hermano de la niña que habia dado asilo a sus compañeros por su intercesion); i por último, un soldado de gastadores de uno de los cuerpos cívicos de Santiago, cuyo nombre se ha perdido.

XX.

Al sonar el reloj las 5, Rojas dió la voz de salir a la calle i dirijióse al cuartel, que estaba situado solo dos cuadras mas abajo del cerro. Habia hecho adelantarse, con algunos minutos de anticipacion, al resuelto conjurado Peña, para que trabara conversacion con el centinela, bajo el pretesto de una demanda que iba a interponer, i con órden de que, tan pronto como avistara al grupo, lo derribara a aquel al suelo, tomándolo por el cuerpo junto con el fusil.

Hízolo asi el animoso artesano, i el peloton de asaltantes, penetrando en tropel por el zaguan de la casa que servia de cuartel, hízose dueño de este, desarmando, al grito de *viva Cruz*! a la guardia que en ese momento habia arrimado las armas para prepararse a comer. No hubo mas desgracia en el asalto que un golpe dado en la cabeza al sarjento de guardia por el carpintero Manuel Salinas, que llevaba una espada oculta entre la ropa.

Desarrajando, en el momento, las puertas de las cuadras, donde existian 550 fusiles, 3,000 tiros a bala i un cajon de

metralla para el servicio de un cañon de calibre que se mantenia en el cuartel, listo para la defensa, Rojas i Villar hicieron tocar jenerala en la puerta del cuartel, miéntras algunos de los que ya habian entrado disparaban los fusiles al aire para probarlos, i los muchachos, estos forzosos voluntarios de todo bochinche, repicaban desaforadamente las campanas en la vecina torre de Santo Domingo.

Como por encanto, cubriéronse de jentío los cerros inmediatos, ocurrieron en tropel todos los jornaleros de la playa i tan instantáneo i tan vehemente fue el entusiasmo del pueblo, que pocos minutos despues de asaltado el cuartel, no habia un solo fusil para entregarlo a los que llegaban pidiendo a gritos que les dieran armas.

Entre los que habian sido los primeros en llegar, notábase la pálida i descarnada figura de un niño de 17 años, que se habia procurado una espada i un vistoso morrion con plumas i que, de su propio albedrio, asumia el puesto de jefe. Era este personaje el jóven don Francisco Sampayo, hijo de un comerciante portugues, avecindado en Valparaiso desde muchos años, i que, en aquel dia, inmortalizó su nombre i su popularidad, por los ejemplos de heroismo que dió a los combatientes, quienes, ántes del ataque, no le conocian, i que, mas tarde, dejábanse guiar solo por él. El capitan Galindo habia ocurrido tambien al sitio, pero a caballo i disfrazado con una manta. En cuanto a Hinojosa, amenazado por el impetuoso Villar de «partirle el alma a balazos», si no los acompañaba en la jornada, habíase escapado por un albañal, para ir a presentar al intendente, si no el homenaje de su fidelidad, al ménos el de su miedo...

Entre tanto, el comandante Riquelme, que aguardaba, desde temprano, las peripecias del dia, vestido de uniforme, al oir los dispáros de fusiles, escribió una esquela a su cuñado

don Joaquin Lazo, cuya morada se encontraba en la plaza de la Victoria, preguntándole lo que ocurria i lo que deberia hacer. No habia pusilanimidad en este estraño acuerdo de un caudillo revolucionario que interrogaba a un tercero, i por escrito, sobre lo que deberia emprender, cuando ya sus subalternos se habian lanzado al combate; pero habia sí una autorizada desconfianza, que si no justifica la irresolucion de aquel jefe, al menos, dá esplicacion a su prescindencia en aquel levantamiento, por cuyo fracaso se le han hecho, con justicia, tan graves cargos. Miéntras esperaba, en efecto, la contestacion de su pariente, pasó, por delante de sus ventañas, el 3.° de línea, que se dirijia al puerto, al paso de trote, i quedó así a retaguardia de los combatientes, sin que ya le fuera dable reunírseles.

XXI.

Cuando el pueblo se armaba en el cuartel del núm. 2, ocurrió, en efecto, que un vijilante habia llegado a escape a la Intendencia a dar aviso de la revolucion. El jeneral Blanco, sin vacilar un instante, descendió a la calle i, montando en el caballo del policial, habíase dirijido a galope al cuartel del 3.° de línea, situado en el Almendral. Aquel valeroso anciano recobraba ahora su puesto i, con el, su gloria i su verdadero prestijio público, pues no fué jamas en los ardides de la política, sino al pie de sus cañones, donde habia alcanzado, desde su juventud, sus grados i su fama.

Pálido, pero resuelto i sereno, penetró el jeneral Blanco dentro del cuartel, i tomando la mano del comandante Tocornal, le dijo que hiciera armar i municionar su tropa, para marchar en el acto al encuentro de los sublevados. Un cuarto

de hora despues, 150 soldados de los mas disciplinados del batallon salian por hileras, en direccion al puerto. El vencedor del Baron iba a su cabeza.

XXII.

El terreno en que iba a trabarse el combate era el angosto espacio que se estiende de la playa a los cerros, entre las plazas de la Aduana i de la Municipalidad i que es conocido, quizá por esta circunstancia, con el nombre de la *Planchada*. Fuera de la senda practicable por la playa, hai solo dos calles que cruzan, en líneas paralelas, esta parte de la ciudad, i son la de la Planchada, centro del comercio de lujo de Valparaiso i la llamada de Blanco, en honor del jeneral de este nombre, que corre mas hácia la playa i donde abundan los almacenes de víveres i efectos navales para la provision de los buques.

XXIII.

Los sublevados habian tomado sus medidas de combate, segun esta disposicion del terreno. Colocaron el cañon, cargado con una triple cantidad de metralla (1), en la esquina de la plaza de la Municipalidad, de donde se arranca la calle de la Planchada, i confiaron el mando de este puesto a un oficial llamado Herrera, que habia servido en la guardia nacional de Santiago. Galindo tomó un grueso peloton de fusi-

(1) Díjose que una señora de Concepcion llamada Cármen Lillo habia tirado su pañuelo desde un balcon para que sirviera de taco a la carga del cañon, pues no habia otro a mano.

leros i se situó a la entrada de la calle de Blanco, mientras el valeroso zapatero Cecilio Cerda se dirijia por la playa a contener al enemigo en aquella direccion.

El jeneral Blanco acordó, por su parte, iguales disposiciones, dividiendo su tropa en tres grupos i dándoles órden de avanzarse en dispersion por las calles laterales de la Playa i de Blanco, mientras él se adelantaba en persona, seguido de la parte mas escojida del batallon, por la calle principal de la Planchada.

XXIV.

Media hora habia transcurrido apenas, desde el asalto del cuartel, cuando se hizo sentir la primera descarga de la refriega, i luego un formidable disparo de cañon. Habia sucedido que, al divisar la columna enemiga que avanzaba por la Planchada, un frances, que tenia a su cargo la direccion de la pieza situada en aquel punto, allegó un cigarro al estopin, i la metralla barrió de tal modo la calle, que toda la tropa del gobierno se echó al suelo, pereciendo muchos soldados en el acto. El tambor de órdenes que tocaba la carga cayó muerto a los pies del caballo que montaba el jeneral Blanco.

El combate se hizo en breve jeneral; pero, en pocos momentos, las confusas masas del pueblo comenzaron a ceder ante los certeros fuegos de la tropa de línea, a la que alentaban con su ejemplo sus bizarros oficiales.

A las 6 de la tarde, ya el jeneral Blanco era dueño de la plaza municipal, de donde habia desalojado una masa de dos o tres mil hombres, i aunque el combate no estaba concluido, la victoria quedaba por la autoridad. Sentíanse solo algunos disparos de grupos de pueblo que se dirijían a los cerros por

las callejuelas que dan acceso a las quebradas, desde la parte baja de la ciudad.

XXIV.

En esta desesperada situacion, el intrépido Villar se dirijió al cuartel de artilleria, seguido de unos pocos hombres armados, pues suponia indefensa aquella posicion, habiendo bajado el mayor Faez con dos cañones a la plaza municipal. Logró, en efecto, penetrar al zaguan del cuartel, donde se encontraban presos los diputados Bello i Gonzalez; pero apenas le hubieran reconocido los soldados de la guardia, lo trajeron al suelo, derribándolo de un golpe asestado a la cabeza.

XXV.

Entre tanto que esto sucedia en el puerto, Lecanda i su grupo, fuera por irresolucion, fuera por algun acaso imprevisto, no habian obrado en el Almendral, ni Figueroa habia podido enviar por la retaguardia del 3.° de línea algunos grupos armados, que, a no dudarlo, habrian hecho rendirse aquella fuerza bisoña, poniéndola entre dos fuegos. Habian bastado, al contrario, algunos centinelas, colocados en las calles que dan acceso al puerto, para contener la inmensa muchedumbre de jente inerme que, con un espantoso clamoreo, se dirijia hácia el sitio del combate.

XXVI.

Al cerrar la noche, quedaban pues con las armas en la mano algunos pelotones del pueblo que vagaban por los cerros

a las órdenes del intrépido Sampayo. Este arrogante mancebo concibió entonces el proyecto de reorganizar las fuerzas de los sublevados, poniendo en libertad a los centenares de presos políticos que permanecian encerrados en la cárcel, situada en una de las colinas que dominan a la poblacion.

A las 10 de la noche, en efecto, guiados por la luz de los faroles que iluminaban aquel edificio, abrieron los sublevados un sostenido fuego sobre la guardia de la cárcel, que habia sido reforzada con un destacamento del 3.° de línea, i se prolongaba ya el tiroteo durante mas de media hora, cuando ocurrióse al teniente don Wenceslao Vidal, que mandaba junto con un oficial Cortes el reten del núm. 3, derribar los faroles con la culata de un fusil, de manera que los asaltantes, encontrándose sin blanco para dirijir sus punterias, cesaron los fuegos.

XXVII.

Dejando en el sitio cuatro cadáveres de sus compañeros, que fueron recojidos al dia siguiente, bajó entónces Sampayo por la quebrada de Elias a la plaza de la Victoria, donde el jeneral Blanco, en prevision de lo que podia suceder, habia concentrado todas sus fuerzas.

Eran cerca de las 12 de la noche cuando los heroicos sublevados anunciaron su presencia, dirijiendo sus fuegos sobre la plaza por las boca-calles inmediatas. Empeñose otra vez el combate, pero despues de una corta refriega, los rebeldes fueron obligados a retirarse, dejando algunos muertos i heridos. De parte del gobierno, habia tenido un brazo traspasado por una bala el bizarro capitan Villagran i quedaron fuera de combate cuatro o cinco soldados.

En la refriega de la tarde, habian sido heridos los oficiales

Barros, Faez, Lynch i Cortes i 28 soldados i clases, de los que 23 pertenecian al 3.º de línea. Los muertos de una i otra parte no pasaron de 20 i de los combatientes del pueblo sepultaronse 7 cadáveres al siguiente dia. El número de heridos, entre los últimos, debió ser mui superior, con todo, al de la tropa, i sin exajeracion, puede decirse que en el combate de Valparaiso hubieron tantas víctimas como en el reñido encuentro de Petorca; al que tan impropiamente se ha dado el nombre de batalla.

XXVIII.

Tal fué el alzamiento de Valparaiso el 28 de octubre de 1851. El pueblo se condujo de una manera tan magnánima como fue mezquino el rol que desempeñaron sus caudillos. Diezisiete hombres habian bastado para poner a dos dedos de su pérdida al gobierno que se habia impuesto con violencia a la república i que en pueblo alguno habia encontrado un rechazo mas enérjico i mas unánime, dejando asi escrito con su sangre jenerosa aquel axioma que pinta como efímero todo poder público que no esté basado en la opinion.

XXIX.

Desde este dia, decretose, como era inevitable, por los dominadores de la Moneda, la proscripcion en masa de aquella poblacion tan heroica como desgraciada, i cupo al ilustre jeneral Blanco la triste gloria de cumplir ese anatema del odio contra un pueblo que tanto habia servido i donde, antes de ser el ajente de un tirano, fue tan sinceramente amado.

Desde la noche del 28 de octubre de 1851, Valparaiso dejó de ser una ciudad: fué solo un lóbrego e inmenso presidio!!

CAPITULO VIII.

LA REBELION DE ZÚÑIGA.

Don José Antonio Alemparte se hace cargo interinamente de la intendencia de Concepcion.—Su sistema gubernativo i medidas que toma en consecuencia.—Eleccion de los plenipotenciarios de Concepcion, que debian hacer la convocatoria de la Asamblea constituyente.—Intrigas de Alemparte para evitar su reunion.—Reaparece en armas el comisario Zúñiga entre las reducciones de la costa.—Perfidias de este capitanejo al recibir comunicaciones amistosas del jeneral Cruz.—Prevenciones acertadas que hace éste al gobernador de Arauco, quien no les dá cumplimiento.—Zúñiga envia un emisario secreto al jeneral Búlnes, poniéndose a sus órdenes.—Acepta este sus servicios i le envia auxilios.—Carta autógrafa e instrucciones que le dirije para que hostilize la retaguardia del ejército revolucionario.—Juicio sobre la conducta de los jenerales Cruz i Búlnes, al buscar aliados para sus ejércitos entre los bárbaros —Intima Zúñiga rendicion a la plaza de Arauco.—Activas providencias que toma para desbaratarlo el intendente Alemparte.—El mayor Gallegos toma posesion del gobierno de Arauco. —Alemparte sale a campaña i ordena al gobernador de la Laja que use de los animales de las haciendas del jeneral Búlnes. —El cacique Catrileo se ofrece para sorprender a Zúñiga por su retaguardia.—Sorpresa de Cupaño i desastroso fin de Zúñi-

ga i sus tres hijos.—Bárbara venganza de Alemparte.—Pacificacion de las fronteras.—Alemparte es nombrado intendente de ejército i funesta tardanza que pone para reunirse al jeneral Cruz en Chillan.

I.

Despues de haber contemplado el ajitado cuadro en que la idea de la revolucion trabajaba por sobreponerse, entre cadenas i asonadas, en los centros a donde se encaminaba i que era su principal propósito dominar con las armas, volvamos un instante la vista hácia su punto de partida, a orillas del Biobio, para asistir, en seguida, a su rápido i tremendo fracaso.

II.

Como hemos visto, el 17 de octubre, tomó posesion de la intendencia de Concepcion el conocido ciudadano don José Antonio Alemparte, i en el acto de asumir el mando, habia puesto en planta aquel antiguo sistema de enerjía política, que en otros tiempos, le habia granjeado los aplausos de Portales i el temeroso respeto de sus gobernados. Su primera medida fué, en efecto, i el propio dia en que asistió al despacho, prohibir el uso del cierro en la correspondencia epistolar, establecer el pasaporte en el interior de la provincia i ordenar perentoriamente la entrega de todas las armas de chispa que existiesen en poder de particulares (1).

(1) Publicamos, en seguida, el bando por el que se promulgó el

Acuerdos posteriores no desmintieron esta iniciativa del programa gubernativo del nuevo intendente. Dos dias despues

decreto relativo a estas medidas gubernativas. Lo copiamos del *Boletin del sud* núm. 7 lib. 1.° i dice testualmente así:

JOSÉ ANTONIO ALEMPARTE, INTENDENTE I COMANDANTE JENERAL DE ARMAS INTERINO DE LA PROVINCIA DE CONCEPCION ETC. ETC.

Por cuanto: con esta fecha la intendencia ha decretado lo que sigue:

Siendo indispensable atender a las urjentes necesidades que demandan las circunstancias, evitando de una manera eficaz el perjudicial resultado que ofrecen las invenciones que se fraguan por algunos mal intencionados, en perjuicio de la paz pública, i considerando que las armas de chispa que existen en poder de los particulares pueden ocasionar males de trascendencia a la causa pública, siendo perjudiciales aun para los individuos que las poseen; miéntras que la autoridad puede hacer de ellas un uso ventajoso en la época que atravesamos, he acordado i decreto:

Art. 1.°—Para evitar la violacion de la correspondencia, tan perjudicial a la moral pública i a los principios que hemos adoptado, se prohibe (solo por miéntras las circunstancias lo exijan) el uso del cierro en la correspondencia epistolar entre los particulares, a fin de que pueda ser examinada por las autoridades encargadas de velar por el órden público, sin que puedan ser detenidas dichas correspondencias en el uso i tráfico para que son dirijidas, a no ser que contengan noticias políticas que puedan contribuir a contrariar el órden público.

2.°—Desde la publicacion de este decreto, no se permitirá pasar a ningun individuo al otro lado de los rios Laja i Biobio, sin que lleven el correspondiente pasaporte, el que no se dará sin examinar el objeto i miras pacíficas que lleven los transeuntes; pues ya se han tomado documentos que tienden a introducir el desórden en aquella parte de la provincia.

3.°—Se recojerán todas las armas de chispa que existan en poder de los particulares, dando cada uno de los inspectores, subdelegados o gobernadores el competente recibo al interesado, de la clase i circunstancias del arma que entregare, despues de dejar un rejistro circunstanciado, en que se contenga igualmente la calidad i dueño del arma entregada, cuyo documento se mandará a los gobernadores i estos a la intendencia, para que, teniéndose

(20 de octubre), ordenó que se despoblase la isla Quiriquina, abandonándola todos sus habitantes, con escepcion de un ovejero que pastoreaba el ganado, i al mismo tiempo conminó con la multa de cien pesos a todo aquel que estuviese de cualquiera manera en contacto con los buques bloqueadores del gobierno. Con estos propósitos, ordenó tambien, con fecha 25 de octubre, que todos los buques de comercio que existian en la espaciosa bahia que cierra la Quiriquina, se alejasen de

la respectiva noticia, se hagan devolver a sus dueños, tan luego como las circunstancias lo permitan.

4.º—Las personas que, a los cuatro dias de publicado por bando el presente decreto, dejaren de entregar las armas de chispa que tuvieren, o intentaren traficar sin pasaporte serán penadas en la multa de 25 pesos, por cada arma que dejaren de entregar, i en igual cantidad, los infractores del pasaporte o del cierro en la correspondeucia epistolar, sin perjuicio de las demas penas a que por la naturaleza de su falta diesen lugar.

5.º—La intendencia i los gobernadores departamentales quedan autorizados para consentir el uso de las armas de chispa, que no sean fusiles ni tercerolas, a los ciudadanos que, por su conocida probidad, puedan conservarlas sin los riesgos que se desean precaver, para lo que deberá darse a tales personas un salvo-conducto, en que se contenga la clase i número de armas que se les permita conservar.

6.º—Las multas que quedan impuestas se aplicarán al erario nacional i de ellas se cederá la mitad en favor del que denunciare al infractor, guardándose las formalidades establecidas para armas en el art. 3.º, al tiempo de hacer la coleccion de las multas. Publíquese por bando, transcríbase a los gobernadores, para que lo hagan cumplir en sus respectivos departamentos i rejístrese en el *Boletin.*

Por tanto; para que llegue a conocimiento de todos i tenga su debida observancia, publíquese por bando, fijándose por el escribano de gobierno ejemplares en los lugares acostumbrados. Dado en la sala del despacho de la intendencia, a 18 del mes de octubre de 1851.

José Antonio Alemparte.

Luis Pradel, secretario.

la costa o se concentrasen, en el solo puerto de Talcahuano.

Justificaba, en parte, el rigor de estas providencias (1) el fundado temor de un desembarco de tropas hecho por órdenes del gobierno en cualquiera punto de aquella provincia, i las operaciones de Zúñiga, que, aunque habia desaparecido de las vecindades del puerto de Arauco, en los primeros dias de octubre, se suponia maquinaba siempre por amenazar las espaldas de la revolucion, sublevando los indios de la costa. Bajo la impresion de estas consideraciones, el intendente Alemparte habia resuelto cuerdamente levantar un escuadron de caballeria en cada uno de los departamentos de la provincia, dando al efecto las órdenes necesarias, con fecha 17 de octubre.

III.

Otro de los cuidados que, mal de su grado, ocupó la inquieta imajinacion del intendente revolucionario fué la elec-

(1) De los procedimientos del intendente Alemparte contra personas particulares no tenemos mas noticia que el de la prision de un individuo llamado José Dolores Garcia, a quien se acusaba de haber escrito una carta llena de invectivas contra la autoridad. Dejósele, sin embargo, en libertad, el 21 de octubre, mediante una escritura de fianza por 5,000 ps. que otorgó en su favor don José Ignacio Palma. Fueron puestos tan a la moda estos documentos, durante el gobierno forence de don Manuel Montt, que hemos creido ofrecer una curiosa muestra de esta nueva especie de mordazas políticas (puestas en la boca de los ciudadanos para que no cometiesen el crímen de ocuparse de la cosa pública) dando a luz la escritura orijinal, por la que Garcia se obligó a no hablar mal de la revolucion, como si esta hubiera perdido algo con que este personaje le dirijiese las invectivas que tuviese a bien. Puede verse en el documento núm. 8 del Apéndice.

cion de los diputados al congreso de plenipotenciarios que debia convocarse, segun las actas del 13 i 14 de setiembre, i el qué, a su vez, tan luego como estuviese constituido por la mayoria de las provincias que se segregaban del gobierno de la capital, procederia a llamar a comicios públicos a toda la nacion, con el objeto de elejir un congreso constituyente, encargado de realizar las libertades que la revolucion habia prometido a los chilenos, i cuyo punto de partida estaba en la desaparicion del código reacionario de 1833.

Habia sido este el plan favorito del intendente Vicuña. El jeneral Cruz, aceptando el título de *jefe supremo* de la revolucion, solo en cuanto asumia el imperio militar, habia delegado tácitamente en aquel toda la suma del poder político, al principio, en su calidad de intendente i, en seguida, nombrándole su secretario jeneral. No habia olvidado pues aquel funcionario los comprometimientos que sus antiguas ideas reformadoras le imponian entre sus compatriotas i, con fecha de 12 de octubre, espidió un decreto con el objeto de que se procediese en toda la provincia a la eleccion de los tres plenipotenciarios que a ella correspondian. Ya, a fines de setiembre, como dejamos dicho en el primer volúmen de esta historia, se habia oficiado a la autoridad revolucionaria de la provincia de Coquimbo, para que, por su parte, procediese a la eleccion de sus respectivos delegados.

Segun el decreto de la intendencia, la eleccion de plenipotenciarios se haria de la siguiente espedita i poco ceremoniosa manera, mediante el cómodo arbitrio del sufrajio universal (1).

(1) He aquí el bando de la intendencia, por el que se promulgó el modo de verificarse las elecciones. Dice así:

Con esta fecha, 12 del actual, la intendencia ha espedido el decreto siguiente:

Habiéndose destruido todas las autoridades que existian en la

Los siete departamentos de la provincia debian instalar en sus respectivas cabeceras i parroquias mesas receptoras de sufrajios, presididas por los gobernadores en aquellas i por los subdelegados en las últimas, con la agregacion de dos ciudadanos respetables, como mandantes de la soberania popular que representaban, i a la que se daba por única garantia esta quimérica combinacion, pues era evidente que

provincia, por la adhesion de todos los departamentos a las actas con que se inauguró la revolucion del 13 de setiembre pasado, i siendo indispensable un nuevo cabildo para atender a las necesidades en que nos encontramos, he acordado i decreto:

Art. 1.º Convóquese al pueblo, por el gobernador, en la cabecera de cada departamento i por los subdelegados, en sus respectivas subdelegaciones, para hacer la eleccion de nuevo cabildo.

2.º El gobernador i dos ciudadanos nombrados por el mismo, presidirán la mesa receptora en la cabecera del departamento i el subdelegado i dos vecinos, tambien nombrados por el mismo gobernador, en las subdelegaciones.

3.º Para que esta eleccion sea lo mas popular posible, se admitirán en la mesa receptora los votos de todo individuo desde la edad de veinte i un año para arriba.

4.º En dicha mesa, se recibirán los votos de los individuos que se presenten a sufragar, cuyos votos contendran una lista de las personas por quienes sufragan.

5.º Esta eleccion tendrá lugar los dias 20 i 21 del presente mes, debiendo funcionar dicha mesa tres horas en la mañana i tres en la tarde, i cumplido este término, se procederá a un escrutinio en la misma forma que previene el reglamento de elecciones; avisándose inmediatamente a los que resultaren nombrados por mayor número de votos, para que se reunan el 25 de este mismo mes en la cabecera del departamento, con el fin de nombrar un diputado de los mismos municipales, que deberá estar en la capital de la provincia el 28 del actual, para cumplir con los arts. 16 del acta de Concepcion del dia 13 de setiembre i con el tercero del dia 14 del mismo mes.

Anótese, circúlese i publíquese por bando.

Pedro Félix Vicuña.

Luis Pradel, secretario.

los gobernadores i subdelegados iban a ser los únicos electores, en virtud de esa comedia política que nosotros llamamos tan seriamente «el libre sufrajio de los pueblos».

El objeto de esta primera eleccion, que debia tener lugar en los dias 20 i 21 de octubre, era solo dirijido al nombramiento de nuevos cabildos, pues los antiguos habian caducado de hecho con la revolucion. Pero una vez instalados aquellos, procederian a elejir un individuo de su seno; para que, en su representacion, elijera, de acuerdo con los otros delegados de los departamentos, los tres plenipotenciarios correspondientes. La designacion hecha por las municipalidades debia verificarse el 25 de octubre, sus delegados se reunirian el 28 en Concepcion i, por último, el dia 30, procederian al nombramiento definitivo de los plenipotenciarios, que eran solo los predecesores de los delegados constituyentes, cuyo mandato habia prometido la insurreccion en sus primeras actas.

IV.

La ejecucion de estas medidas, que no eran en manera alguna de un carácter popular, sinó meramente gubernativas, fué facilísima a las autoridades departamentales, i solo encontró un pasajero escollo en ciertas intrigas, no del todo desacertadas, del intendente Alemparte, que era adverso a la reunion del Congreso de plenipotenciarios, i que, por tanto, él se proponia estorbar en lo posible, haciendo que la eleccion recayese en personas a quienes fuera difícil cumplir su mandato (1).

(1) He aquí la carta reservada del secretario de la Intendencia don Luis Pradel al jeneral Cruz, que pone de manifiesto las miras anti-parlamentarias del señor Alemparte i la respuesta de

Como estaba decretado, se reunieron en Concepcion los de-

aquel caudillo. Ambos documentos existian entre los papeles del finado Pradel, encontrándose su carta en borrador, i la del jeneral Cruz orijinal. Ambas dicen asi:

Concepcion, octubre 22 de 1851.

Señor don José María de la Cruz.

Señor de mi respeto i estimacion:

Ayer me manifestó el señor Alemparte que tenia acordado con U. el nombramiento de plenipotenciarios, i que todo lo habia U. dejado a su arbitrio. Él ha determinado que se nombren tres, i que este nombramiento se hará en personas que se hallen en lugares distantes que hagan *imposible* su reunion. Su objeto en esta singular determinacion es, dice, no coartar las facultades que le han conferido a U. las provincias en estas circunstancias. Las personas que me ha indicado tienen tambien el mismo aire de misterio. Yo no me atrevo a penetrarlo, pero veo que en esta eleccion no se consulta la voluntad de U.

Con Tirapegui hemos acordado dirijirnos a U. consultándole su opinion a este respecto, pues no podemos someternos con ciego consentimiento a la voluntad del señor Alemparte en materia tan grave. Nosotros hemos convenido en que estos plenipotenciarios sean provisionalmente dos, como U. lo previene en su última nota oficial, que yo he visto por casualidad, apesar de haber tenido en las anteriores una parte mui directa. Las personas que hemos designado para plenipotenciarios son don Toribio Reyes, el mismo Tirapegui, i don Ricardo Claro.

Soi etc.

Luis Pradel.

CONTESTACION.

Señor don Luis Pradel.

Peñuelas, octubre 23 de 1851.

Mi amigo:

He recibido su apreciable de fecha de ayer, en que me pide parecer sobre las personas que pudieran nombrarse como plenipotenciarios, temiendo el que las personas que puedan elejirse no se encuentren en aptitud de reunirse.—Esceptuando a Ricardo, que

legados de los departamentos que eran los siguientes ciudadanos.

Por el departamento de Concepcion, don Adolfo Larenas.

Por el departamento de Talcahuano, don Ramon Tirapegui.

Por el departamento de Puchacay, don Gaspar Fernandez.

Por el departamento de Coelemu, don Juan de Dios Reyes.

Por el departamento de Rere, don Matias Rio-Seco.

Por el departamento de la Laja, don Antonio Larenas; i,

Por el departamento de Lautaro, don José Antonio Saavedra.

Instaláronse estos representantes (que eran, en su mayor parte, vecinos de los pueblos por que habian sido elejidos, notándose solo entre ellos el delegado de la Florida, don Gaspar Fernandez, hijo del antiguo secretario del jeneral Freire, don Santiago Fernandez i hombre ilustrado i liberal), en la sala capitular de Concepcion el dia 30 de octubre i en el acto procedieron a cumplir su mandato, levantando el acta que sigue a continuacion.

«En la ciudad de Concepcion, a 30 dias del mes de octubre del año de 1851, reunidos en la sala de sesiones de la

es mi sobrino, me parecen mui bien las otras personas en que se han fijado i al que podia reemplazarse con don Juan José Arteaga, Molina u otro.

Nada he tratado con Alemparte sobre este asunto, ni le he hecho ninguna prevencion ni él me ha hecho otra indicacion que la de que cree no deberá reunirse el congreso antes se decida la cuestion, por mas que sean amigos decididos los elejidos, porque siempre podrian ocurrir algunos embarazos consiguientes a la deliberacion hecha por cuerpos colejiados.

Los asuntos de que me encuentro ocupado en la actualidad tienen para mí una mayor preferencia i por lo tanto no puedo ocuparme mas detenidamente en este asunto, reconociendo a U. el interes que toma por su afectísimo.

José María de la Cruz.

Municipalidad los señores don Ramon Tirapegui, nombrado por la municipalidad de Talcahuano; don Adolfo Larenas, por la de Concepcion; don Matias Rioseco, por la de Rere; don José Antonio Saavedra, por la de Lautaro; don Antonio Larenas, por la Laja; don Gaspar Fernandez, por la de la Florida i don Juan de Dios Reyes, por la de Coelemu, procedieron al nombramiento de presidente i secretario, recayendo el primer cargo en el señor don Ramon Tirapegui, i el segundo, en el señor don Adolfo Larénas.

«Inmediatamente se dió principio a la lectura del decreto de la intendencia de doce del corriente i a los artículos diez i seis del acta popular del trece de setiembre, i tercero de la del 14 del mismo mes, citados en el decreto ante dicho; i calificados los oficios del nombramiento de todos los diputados, se convino en elejir tres plenipotenciarios para representar la provincia de Concepcion. Se procedió a la votacion, resultando del escrutinio elejidos los señores don Toribio Reyes, don Juan José Arteaga i don Nicolas Tirapegui. Hecha la proclamacion por el presidente, se dispuso comunicar el nombramiento a las personas electas, i la redaccion por duplicado de la presente acta, para remitirlas en pliego cerrado a la intendencia i al Cabildo de esta ciudad, con el fin de que sean archivadas; dando por concluida su mision el cuerpo electoral, despues de haber firmado todos sus miembros.— *Ramon Tirapegui.—Matias Rioseco.—Gaspar Fernandez.— José Antonio Saavedra.—Juan de Dios Reyes.—Antonio Larénas.—Adolfo Larénas*, Secretario.»

Los plenipotenciarios quedaron pues nombrados habiéndose observado todos los trámites determinados, i faltaba ahora aguardar para la solemne instalacion del Congreso, que los pueblos fuesen emancipándose de la tutela política de la ca-

pital, a fin de que enviasen al punto designado oportunamente sus respectivos comitentes.

V.

Encontrábase el intendente de Concepcion consagrado a estas pacíficas tareas, ajenas a su inquieto carácter, cuando una súbita nueva vino a sacarle de su forzada apatia. El comisario Zúñiga habia vuelto a aparecer en armas a fines de octubre, i acababa de intimar rendicion a la plaza de Arauco, amenazando pasar a cuchillo su indefensa poblacion, con las lanzas de mas de doscientos mocetones que lo acompañaban. Escribíalo asi el 27 de octubre a la autoridad de Concepcion, el atolondrado i desobediente gobernador Luengo, (un antiguo oficial de Lircay) quien pintaba a los habitantes de Arauco sumidos en la mas profunda consternacion, pues carecian, por la propia culpa de aquel, de todo recurso de defensa que oponer a los bárbaros. Pedia, en consecuencia, el comandante de aquel importante puesto militar (llave de la Baja Frontera, como Nacimiento lo es de la Alta), que se le enviasen en el acto los auxilios necesarios para sostener un sitio.

El suceso podia hacerse grave. Las Fronteras estaban amenazadas en los momentos mas críticos de la revolucion, pues el ejército del sud habia ya pasado el Itata i el del gobierno se preparaba para adelantarse hasta el Ñuble; de manera que, en caso de buen éxito, aquel movimiento hecho a retaguardia por los bárbaros, acaudillados por un hombre tan osado como Zúñiga, podia despedazar la provincia de Concepcion i luego poner al ejército revolucionario en graves conflictos, amagándole por su espalda, miéntras el jeneral Búlnes lo atacaba de frente. Veamos pues como se habia venido preparando tan séria dificultad.

VI.

Dejamos a Zúñiga, al ocuparnos de su defeccion, en el capítulo dedicado a la Araucania, de prófugo entre las tribus de la costa, esforzándose en sublevarlas. Mas, la odiosidad que le profesaban, por una parte, los caciques i, por la otra, los preparativos de resistencia que habia hecho el jeneral Cruz en los Anjeles i el comandante de armas de Concepcion, por su lado, habian desbaratado, desde luego, sus temibles maquinaciones. El jeneral Cruz le habia enviado ademas, desde los Anjeles, una carta amistosa, que le tenia escrita desde ántes de su fuga, acompañándole otra de empeños i reproches de su viejo camarada el mayor Zapata, a quien, como ya referimos, burló, escapándose en su viaje de Nacimiento a los Anjeles; i aunque no dió respuesta por escrito (1) i aun pro-

(1) «No ha contestado a ninguna de las dos cartas, diciendo que lo dispensasen, porque no tiene papel para hacerlo; i no obstante, su contesto cortés de palabra, su manejo con el correo i conversacion tenida con él, manifiesta su doblez i que si no ha obrado desde luego, es porque no ha logrado que los caciques Lampi i Guenaman que contaba por sus mayores amigos, no han querido concurrir al llamado que les habia hecho, como tampoco, dice, han concurrido los de las otras reducciones, por lo que solo habia podido juntar cincuenta indios de los andantes que no reconocen cabeza.»

Decia las palabras anteriores el jeneral Cruz al jeneral Baquedano, en carta fechada en los Anjeles el 13 de octubre 1851, i tan léjos estaba de equivocarse el sagaz caudillo, que Zuñiga, aludiendo a su estudiado silencio, en una carta que dirijia al intendente de Valdivia, de que nos ocuparemos mas adelante, se espresaba en estos términos. «Despues de haber llegado a este punto, recibí comunicaciones del jeneral Cruz i del jeneral Baquedano, en donde se me ofrecian grandes garantias; tuve a bien despreciarlas i no contestar una letra, i estos desprecios al jeneral, (añade, no sin una justa jactancia, porque tal habia sucedido), lo han hecho confundir sus planes.»

firió, delante del espreso que le llevó aquellas comunicaciones, algunas siniestras amenazas, hizo protestas de su neutralidad en la contienda, lo que, sin embargo, estaba mui léjos de su ánimo avezado a las perfidias.

El hijo de Zúñiga, aquel honrado mozo que, como vimos, fué comisionado desde Concepcion para aplacar a su padre, llevándole cartas de su hija, la monja trinitaria, envió tambien seguridades al jeneral Cruz, afianzándole la conducta de su padre, miéntras él permanecia a su lado, pues decia que los improperios que éste habia vertido eran dirijidos contra Eusebio Ruiz, a quien habia cobrado un violento encono por haberle reducido a prision en Nacimiento.

Sin embargo, el jeneral Cruz conocia demasiado al artero comisario de indíjenas para fiar en su palabra, ni descansar tampoco sobre las honradas pero impotentes protestas de su hijo (1). Con su prudencia característica, ordenó al gobernador de Arauco en los momentos en que la division de los Anjeles se movia hácia el Itata, que retuviese en aquella plaza las fuerzas que se habian organizado en ella i que iban ya a incorporarse a la columna de Concepcion. «Es conveniente, decia el cuerdo jeneral en jefe del ejército del sud al gobernador de Arauco, en carta de fecha 13 de octubre, cuyo borrador orijinal hemos consultado, que esa plaza quede guarnecida, pues miéntras exista en el interior de los indios el comisario Zúñiga, debe mirarse su permanencia entre ellos como hostil, no obstante su esposicion de que permanece tranquilo.»

(1) «El hijo (Juan) dió al correo recado para mí (refiere el jeneral Cruz en la nota que acabamos de citar), diciéndole que él estaba con su padre i que estuviese seguro que apesar de las amenazas que habia hecho al correo, para que se las dijese a Ruiz, su padre no daria un paso en mi contra ni la de los pueblos de la frontera.»

«Debe V., añadia el jeneral Cruz en esta comunicacion (empeñándose por todos caminos en cruzar los planes de aquel caudillejo que le traian tan funestamente preocupado desde su partida de Concepcion), tomar todo el interes i empeño posible en hacer conocer al cacique Lampi i Gueraman, de Ranquilhüe, como al gobernador de Tucapel i demas caciques de esa, que la introduccion i permanencia de Zúñiga entre ellos, puede serles perjudicial; que no deben, de ningun modo, dar crédito a las palabras i cuentos que les dé, porque todas han de ser mentiras i llevadas con el fin de sacar partido de ellos por ocultar sus faltas i poder conseguir asi el volver a quedar de comisario, i que a nadie le conviene mas que no vuelva a esos puntos que a ellos mismos, pues han esperimentado el mal trato que les ha dado, i al mismo tiempo, ellos saben que toda la tierra se halla regada de sangre por sus consejos, i mui principalmente, la costa, en que hizo que murieran la mayor parte de los caciques.»

Pero, por desgracia, el gobernador Luengo, a quien eran dirijidas estas oportunas indicaciones, desatendiólas por entero, fuese que no le llegasen, fuese por tivieza de carácter o, como se ha creido mas jeneralmente, por secretos influjos, pues parece mantenia relacion con el coronel Riquelme. «Nada habria ya, i estaríamos libres de las maldades de Zúñiga, escribia al intendente Alemparte el gobernader de Santa Juana con fecha de octubre 30, si Luengo hubiese cumplido con las órdenes e instrucciones del señor jeneral. Todo despreció i aun ha estado regalándolos» (1).

Miéntras esto sucedia, el comisario Zúñiga, tan pérfido como inquieto, habia acertado a enviar un emisario secreto al jeneral Búlnes, ofreciéndole volver las lanzas de los bárbaros

(1) Documento que existia en copia entre los papeles de don Luis Pradel.

contra las espaldas de la revolucion i pidiéndole órdenes i auxilios. Al mismo tiempo, despachó a Valdivia otro correo con el mismo objeto.

VII.

El jeneral en jefe del ejército que se denominaba del *órden* concibió al instante la importancia de los servicios que podia prestarle el comisario Zúñiga a retaguardia del enemigo que se preparaba ya para ir a atacar en sus posiciones del otro lado del Ñuble, i sin pérdida de momento, despachó al ajente de aquel, aceptando sus planes i prometiéndole refuerzos.

Dió, en seguida, órdenes activas para que se alistase en Constitucion una goleta i remitió a aquel puerto un destacamento de diez granaderos veteranos al mando de su propio sobrino, el alferes Búlnes, con el objeto de que se embarcaran a la mayor brevedad i se reunieran a Zúñiga, a quien dió instrucciones para que aguardase este refuerzo en la boca del rio Lebu, poco mas al sud del puerto de Arauco. Enviábale ademas 50 carabinas, 100 sables nuevos, municiones i 500 pesos en dinero, ademas de varios regalos para los caciques con cuya alianza contaba.

Al propio tiempo, el jeneral Búlnes, valiéndose de la firma del coronel Riquelme, escribió al comisario de indíjenas, dándole instrucciones en que le autorizaba para obrar a su albedrio, i aun para reunírsele con los indios, en el caso que el jeneral Cruz le disputase con su ejército el paso del Ñuble, en direccion a cuyo rio iba ya a ponerse en marcha. «Mañana, le decia, en efecto, con fecha de 1.° de noviembre, desde su campamento de Longomilla, debemos partir en busca

del enemigo que se halla hasta hoi en Chillan, i V., luego que reciba esta, debe principiar a obrar sobre la frontera, a fin de evitar la retirada de ellos, pues, de lo contrario, podrán hacer mas duradera la guerra i mucho mas crecidos los males.»

«No es posible, añadia, que yo pueda dar a V. instrucciones sobre el modo cómo debe proceder, porque, ignorando su posicion i circunstancias, podria mui bien sufrir un error en mis juicios, i esto nos perjudicaria sobre manera, asi es que V., tratando únicamente de evitar los desórdenes de los indios, puede en todo lo demas darle el jiro que quiera a sus operaciones.»

Deciale, a renglon seguido, en esta misma comunicacion, que buscase a toda costa como amigo a Maguil Bueno; que hiciese valer su influjo con el gobernador Luengo, ahijado del coronel Riquelme, a fin de neutralizarlo; que se ganase de la misma manera al lenguaraz jeneral Pantaleon Sanchez; que tratase de apoderarse de todos los pueblos del departamento de Lautaro i, por último, dábale órdenes para que se le incorporase «a toda costa», si el enemigo le disputase el paso del Ñuble.

Aunque todas estas órdenes estaban firmadas por el coronel Riquelme, el jeneral en jefe las habia autorizado completamente por medio de la siguiente carta, que conservamos orijinal en nuestro poder.

Señor don José Antonio Zúñiga.

Longomilla, noviembre 1.° de 1851.

Mi querido mayor: despues de la que ha escrito a U. el coronel Riquelme, solo tengo que decirle obre con el tino i prudencia que siempre le ha caracterizado, seguro que de-

este modo llenará todos los deseos de su jeneral i amigo.

Manuel Búlnes (1).

VIII.

Es este sin duda el apropiado momento de hacerse cargo de la grave acusacion que se ha formulado en la conciencia pública contra los jenerales en jefe de los ejércitos que se batieron en 1851, a nombre del órden, el uno, i de la libertad, el otro, por haber empleado a los bárbaros como auxiliares en la guerra civil. En nuestro concepto, ambos tuvieron igual culpa i responderán por ella ante la posteridad, pues uno i otro mancharon sus banderas cobijando con ellas esas hordas de salvajes desnudos, que, fuera de su sublime amor a la hermosa tierra que nacieron, no tienen mas Dios que el latrocinio, ni mas lei que la de sus lanzas.

Pero esa falta fué atenuada, en cuanto era dable, por la manera como se llevó a efecto. El jeneral Cruz no la cometió, segun ya lo hemos declarado, al sacar algunos mocetones en rehenes de seguridad para las fronteras. Su error tuvo lugar mas tarde, permitiendo que aquellos indios se batiesen

(1) Esta comunicacion, como la de Riquelme que hemos citado, fueron insertadas por los revolucionarios de Concepcion i publicadas en el *Boletin del sud*, por órdenes del jeneral Cruz, quien las remitió de Chillan con aquel objeto. Nosotros las hemos encontrado, ademas, orijinales, entre los papeles del secretario de la intendencia don Luis Pradel i estan en todo conformes a las publicadas en aquel rejistro oficial. La carta de Riquelme a que aludimos, asi como otras que dirijió en la misma fecha a los indios Pehuenches i a los de Maguil, llamando «ladron» (lenguaje de la frontera) al jeneral Cruz, pueden consultarse en el Apéndice bajo el núm. 9.

con las tropas del gobierno en la jornada de Monte de Urra, donde hicieron feroz carniceria en los rendidos.

El jeneral Búlnes, por su parte, podia dar como descargo, la iniciativa de su émulo en echar mano de aquel elemento vedado i peligroso; pero sus intenciones de directa hostilidad se anticiparon a las que Cruz ejecutó en su contra, pues ya hemos visto que, desde el 1.º de noviembre, daba órdenes al comisario Zúñiga para apoderarse de los pueblos de la frontera, lo que equivalia a ponerlos a sangre i fuego, no siendo otra la manera como los bàrbaros toman posesion de todo lo que pertenece a los cristianos. Abonábale tambien el envio de armas i pertrechos que hacia con aquel motivo al comisario de indios. Eran estas destinadas para levantar fuerzas de españoles, porque, asi como Cruz obligaba a los caciques fronterizos a darle «testigos», para tener consigo esta prenda de lealtad i de reposo, el jeneral Búlnes se empeñaba en que se uniese a sus aliados una division de hombres blancos, que sirviese a contener, en lo posible, sus desmanes. Asi, al ménos, lo dice en estas palabras dirijidas a Zúñiga, que copiamos de las célebres comunicaciones ya citadas.—«Si V. consigue reunir algunos españoles, para quienes van las carabinas i los sables, trate siempre marchen reunidos con los indios, para evitar del todo los desastres que estos pudieran ocasionar a los pueblos.»

De todas maneras, es algo que consuela i alienta, en medio de los estravios que acarrea a los partidos el odio que los divide, la timidez misma con que se adoptan resoluciones tan estremas. I en el presente caso, esta satisfaccion es tanto mas alta cuanto que no hubo que deplorar, como sucedió en otra época mas aciaga, males de ningun jénero en las poblaciones cristianas de la raya fronteriza.

IX.

Entretanto, el mayor Zúñiga, desde el regreso de su primer emisario, pues las comunicaciones que acabamos de citar son de fecha posterior, no habia estado ocioso. Haciendo valer las promesas del jeneral Búlnes i talvez el dinero que aquel probablemente le envió, habia conseguido reunir algunos centenares de indios de las tribus de la costa de Tucapel i particularmente de las mas bárbaras i guerreras de Puancho i la Imperial.

Preparado de esta suerte i contándose ya poderoso con los auxilios que aguardaba por momentos de Talca por mar, i de Valdivia por tierra (1), se acercó a Arauco, en los últi-

(1) He aquí lo que escribia Zúñiga al intendente de Valdivia don Juan Miguel Riesco, acusándole recibo de la nota en que éste le prometia auxilio.

"Tucapel, octubre 30 de 1851.

Recibí la nota de US., fecha 22 del presente, la que me ha complacido a mí i a todos mis caciques, que me parece serán grandemente recomendados al gobierno. Tan pronto como llegué a esta, tuve que mandar a donde el señor jeneral Búlnes, del que tengo órdenes grandemente activas: he tenido que mandar para los Anjeles i varios puntos los que hasta ahora no han regresado. Toda ocurrencia la comunicaré mui pronto a US. Hoi mismo he tenido aviso que el pueblo de Arauco se preparaba para sorprenderme; cuando ha llegado su propio, me ha encontrado a caballo, preparado para batirlos, con la resolucion i ánimo, como un verdadero patriota, hijo del órden. US. dispense las faltas, pues su contestacion ha sido recibida sobre mi marcha i el contesto ha sido darme mas ánimo a mi i a mis tres hijos que me acompañan.

Dios guarde a US.

José Antonio Zúñiga.»

Al S. intendente de Valdivia.

mos dias de octubre, i por el conducto de un vecino llamado Javier Arriagada, a quien hizo acompañar de un indio armado, como para dar fé de su amenaza, intimó rendicion a aquella plaza, como lo dejamos ya narrado.

Al saberse esta noticia en Concepcion, la alarma mas viva se apoderó de los ánimos, pues sabíase el estado indefenso de la plaza de Arauco, era conocida la osadia de Zúñiga, i mas que todo, la ferocidad de sus aliados.

La primera medida del activo Alemparte fué despachar a toda prisa al oficial retirado don Agustin Gallegos (militar acreditado, coquimbano de nacimiento i que, durante la administracion del jeneral O'Higgins habia sido gobernador de la Ligua), para que tomase posesion del gobierno de Arauco i organizase la defensa que fuera posible, mientras él se alistaba para entrar inmediatamente en campaña. El mismo dia (28 de octubre), puso fuera de la lei, por un decreto, al mayor Zúñiga: medida que, si no era digna de una revolucion que proclamaba la abolición de toda barbarie, era al menos característica del mandatario que la dictaba (1).

(1) Reproducimos, en seguida, tomándolo del *Boletin del sud*, el decreto del cual consta esta violenta medida i otras análogas. Dice asi:

«INTENDENCIA DE CONCEPCION.

Octubre 28 de 1851.

Noticiada esta intendencia del audaz atentado cometido por el prófugo Zúñiga, que ha tenido la insolencia de intimar rendicion al comandante de la plaza de Arauco, el que faltando a su deber ha permitido dejar regresar al paisano Gabriel Arriagada i un indio, cuyo nombre no se me ha dado; en desagravio de semejante insolencia, he acordado i decreto:

1.° Se declara traidor i fuera de la lei al famoso salteador José Antonio Zúñiga, ex-comisario de indios, que se halla prófugo i alzado en la jurisdiccion de Tucapel, por el lugar llamado Paicaví,

Gallegos no tardó en cumplir su comision, presentándose en Arauco a las 11 de la mañana del dia 28 de octubre. El pueblo estaba casi desierto i aterrado. Las familias emigraban a los montes, apesar de que Luengo habia colocado cen-

quedando autorizados los caciques, mocetones i demas individuos de la Araucanía para apresarlo vivo o muerto, a fin de que sea presentado a este gobierno i proceder a juzgarlo i castigarlo, en conformidad de nuestras leyes, por los crímenes que ha cometido i continúe practicando.

2.º Todo individuo de la fuerza cívica de la subdelegacion de Arauco en toda su comprehension, que obedeciese a las órdenes de Zúñiga i le acompañase en sus criminales atentados de perturbar la paz i saltear las propiedades de particulares, se hace reo de complicidad i se le aplicarán las penas a que se haga acreedor con tan indebida obediencia, i en igual culpa serán considerados los paisanos i los indios que lo acompañasen.

3.º Todo individuo, desde la edad de 15 a 60 años de la citada subdelegacion, se presentará a reconocer cuerpo, en el dia de la publicacion de este decreto, bajo la pena de seis pesos de multa, que deberá pagar en el acto de ser aprehendido, sin perjuicio de las demas penas a que se haya hecho acreedor por su conducta, i cuya noticia se sacará de los rejistros que debe hacer llevar el comandante de la plaza, sarjento mayor don Agustin Gallegos, nombrando para ello los comisionados que juzgue necesario, para establecer el alistamiento con el órden indispensable al objeto con que se dispone.

4.º Las multas impuestas en el artículo anterior serán colectadas por el encargado del estanco, i se aplicarán por el comandante de armas a los gastos que debe ocasionar la alarma injusta promovida por Zúñiga, lo que agravará la malignidad de los delitos.

5.º El comandante de armas de la plaza de Arauco queda encargado del cumplimiento de este decreto, que lo mandará publicar por bando en todos los distritos i hará llegar, por medio de lenguaraces, a los caciques i demas indios; para que, llegando a noticia de todos, tenga su mas puntual i debido cumplimiento. Anótese, trascríbase al citado comandante de armas, i publíquese en el *Boletin oficial*.

Alemparte.

Luis Pradel, Secretario.»

tinelas a las salidas del pueblo para evitarlo. Todo el que habia tenido un caballo se habia puesto en salvo, i solo quedaban, al lado del aturdido gobernador, 50 infantes del batallon cívico de Lautaro, cuya exelente i disciplinada tropa habia sido distribuida entre los pueblos de la frontera. Zúñiga encontrábase en el cerro de Cupaño, a corta distancia de Arauco i temíase, por momentos, que las lanzas de su feroz ésquito brillasen por los senderos de la áspera montaña, a cuyo pié está situada aquella fortaleza, entre la playa del mar i el rio Carampangue.

Con la presencia del anciano pero valeroso Gallegos, todo cambió en breve de aspecto. Hizo este jefe disparar en el fuerte el cañon de alarma, pusiéronse a rebato las campanas de la parroquia, juntáronse las armas que habia en la poblacion, sin esceptuar las escopetas, aporratáronse caballos i, por último (1), publicóse por bando que todo individuo

(1) He aquí el parte oficial del mayor Gallegos en que estan detalladas algunas de sus operaciones. Lo copiamos del *Boletin de sur*, i dice asi:

«*Comandancia de Armas de*

Arauco, octubre 28 de 1851.

Llegué a esta plaza hoi a las once del dia, i me ha producido una grande indignacion i sentimiento ver la jeneral emigracion de todo este vecindario, hasta el estremo de no haber encontrado un solo hombre de caballeria sobre las armas, en circunstancias tan críticas, pues solo habia unos cincuenta infantes. Inmediatamente, mandé una guardia al Araquete, con la órden severa de que persona viviente pasase de dicho punto: en seguida, hice repicar las campanas i tirar un cañonazo, mandando reunir toda la fuerza posible, i a las cinco de la tarde, ya tenia mas de 300 hombres de caballería con lanzas i algunas escopetas i ochentas infantes con buen armamento, i mañana, a las tres de la mañana, salgo con toda esta fuerza a atacar al rebelde Zúñiga, que se encuentra en Tucapel; i para esto, le voi a mandar ántes un mensaje a los caciques para que me entreguen el espresado rebelde, i de no hacerlo

capaz de cargar armas entre 15 i 60 años, reconociese, en el acto, cuerpo, bajo la multa de seis pesos al que desobedeciese.

Con estas eficaces providencias, al dia siguiente de su llegada, tenia reunidos Gallegos 200 a 300 hombres de caballeria, sin contar con la tropa de infanteria que guarnecia la plaza.

Entre tanto, el intendente Alemparte se habia puesto en campaña el 2 de noviembre, llevando consigo una columna de infantes de Talcahuano. Quedaba en Concepcion, como su sustituto, el ciudadano don Nicolas Tirapegui, que, desde la partida del jeneral Baquedano hácia el Itata, desempeñaba las funciones de comandante de armas de aquella ciudad.

Reunido Alemparte a Gallegos, ámbos tomaron el campo con una respetable i entusiasta division, en demanda de Zúñiga. Abandonó éste en el acto, a Cupaño, «viendo, dice el mismo, que aquel terreno no era para poder obrar con las caballerias indijenas» i comenzó a replegarse hácia la embocadura del rio Lebu, donde esperaba por momentos el auxilio prometido por el jeneral Búlnes.

Esto sucedia el dia 5 de noviembre.

asi, me determinaré a sacarlo vivo o muerto. Para que mi determinacion tenga mejor acierto, me he puesto en comunicacion con el señor gobernador de Santa Juana para que le corte la retirada por Nacimiento. Toda la indiada de este fuerte me acompaña con mucho entusiasmo i todos van voluntarios.

Es de mucha necesidad que U. S. tenga a bien ordenar al mayor Molinet venga inmediatamente a ponerse a mis órdenes.

El viejecito Luengo no lo considero traidor sino un hombre incapaz de nada por sus enfermedades, pero me sirve de mucho con su conocimiento de los lugares.

Es cuanto puedo decir a U. S. por lo pronto.

Dios guarde a U. S.

Agustin Gallegos.»

X.

Al siguiente dia Alemparte ocupó a Cupaño i Zúñiga se acampó en Llinquehüe, asiento de su principal aliado el cacique Baileman. Desde aquí despachó a Valdivia al oficial retirado Tolosa con comunicaciones en que pedia urjentemente se le enviasen refuerzos (1).

(1) He aquí esta comunicacion que ya hemos citado i que tomamos del *Boletin del sud.*

Alojamiento Llinquegüe, noviembre 6 de 1851.

Necesito que US. tenga a bien auxiliarme con cien hombres, cincuenta de caballeria i cincuenta infanteria: este auxilio debe venir a Tirúa pues las circunstancias lo exijen asi, mandándome todos los pertrechos de guerra que sean necesarios. El señor jeneral Búlnes me mandó decir con un propio que hice a Talca, me mandaria auxilios por mar, dirijidos a la embocadura de Lebu, lo que hasta ahora ignoro el motivo de la demora, pues a la fecha se me ha presentado a la vista una fuerza de los perturbadores del órden en el punto denominado Cupaño, a donde me habia dirijido a batirlos. Viendo que el terreno no era para poder obrar con las caballerias indíjenas, he tenido a bien retirarme dejándoles aquel campo, para que ellos obren el pasar: yo i todos mis caciques que me acompañan los aguardamos por momentos. Asi espero de US. que el auxilio venga lo mas pronto posible, que solo esto aguardo para desordenar a los perturbadores del órden. Mucho le recomiendo al cacique que va don Ignacio Namuncura, igualmente al oficial retirado don Segundo Tolosa, quien dará a US. noticias del estado de las cosas i de las faltas que en él me rodean, pues me escapé del departamento de los Anjeles solo montado en mi caballo, despues de haber sufrido cuatro dias de prision, motivo de no haber querido tomar partido con los perturbadores del órden. Despues de haber llegado a este punto recibí comunicaciones del jeneral Cruz i del jeneral Baquedano, en donde se me ofrecian grandes garantias; tuve a bien despreciarlas i no contestar una letra, i estos desprecios al jene-

Alistábase entretanto Alemparte, cuya division distaba solo tres leguas de aquel punto, para ir a batirlo en la madrugada del dia 7, cuando al caer la noche, llegaron varios indios desconocidos a su campamento i con gran algazara, mostrando los fierros de su lanzas humeantes de sangre, decian que Zúñiga habia perecido junto con toda su raza.

Nos queda pues por referir el que seria el mas siniestro de los episodios de la revolucion de 1851, sino fuera que la sombra de Cambiaso se ajita todavia entre las nieblas del polo, como el espectro de las matanzas.

XI.

Lo que habia tenido lugar era lo siguiente.

Miéntras Alemparte marchaba de frente sobre Zúñiga, obligándole a replegarse al sud los gobernadores de Santa Juana i de los Anjeles, haciendo valer la odiosidad de los indios Llanistas i principalmente los de las reducciones, Lumaco, habian conseguido que Catrileo, el sucesor del valeroso Colipí, marchase con sus caciques hácia la retaguardia de los sublevados, a cuyo fin habia pasado tambien otra partida de indios i cristianos al mando de un oficial Chaves, antiguo pincheirano, la elevada cordillera de Nahüelbuta, por una de sus ásperas sendas, mas al sud del espolon de Cupaño, a cuyo pié corre el torrentoso rio de este mismo nombre, que es el mismo que denominan Lebu en su embocadura sobre el Pacífico (1).

ral Cruz lo han hecho confundir sus planes. Repito a US. si fuese posible hoi mismo tener a la vista el auxilio.

Dios guarde a US.

José Antonio Zúñiga.

(1) Como un cebo para aquel sangriento *malon*, el intendente

Lo que ménos temia Zúñiga era aquel movimiento por su espalda, tanto mas formidable cuanto era ménos esperado. Confiaba, al contrario, en que Catrileo, a quien habia agasajado para disponerle en su favor, se mantuviese completamente neutral i aun le suponia interesado en su suerte, pues, para tenerlo mas engañado, le habia escrito recientemente suplicándole consiguiese su perdon con las autoridades de los Anjeles, de quien aquel poderoso cacique era un fiel aliado (1).

Con esta seguridad, i sabiendo que la division de Arauco estaba a tres leguas de distancia, habíase echado Zúñiga a

Alemparte habia ordenado al gobernador de la Laja, desde algunos dias atras, que entregase a los caciques complotados todos los animales que tuviese a bien de las haciendas del jeneral Búlnes i del coronel Riquelme, segun consta del decreto siguiente:

Intendencia de Concepcion, octubre 24 de 1851.

«Para evitar los males que pudiera ocasionar el ex-comisario de indíjenas don José Antonio Zúñiga, que de acuerdo con los enemigos de la República, intenta mover a los indios para asaltar los pueblos pacíficos de la frontera, engañándoles con falsas promesas, se autoriza al gobernador de la Laja para que disponga de todos los animales de don Manuel Búlnes i don Manuel Riquelme, con el fin de repartirlos entre los caciques i mocetones que llenando los convenios que hicieron para la aprehension de Zúñiga, puedan alcanzar a desvanecer las pretensiones de tan perjudicial perturbador, empleando, ademas, todas las medidas que prometan la tranquilidad, armonia i amistad con las tribus indíjenas. Anótese i trascríbase.—*Alemparte*—*Luis Pradel*, secretario.»

(1) «Don Ventura Ruiz, (escribe a Alemparte el gobernador de Santa Juana en la comunicacion que ya hemos citado) en carta particular que me ha dirijido ayer, me dice que el cacique Catrileo i Melin le mandan decir que Zúñiga les habia mandado correo con el fin que estos se empeñen para conseguirle el perdon; pero que esto ha sido despues de no haber podido seducir a estos caciques para que lo auxiliasen.»

dormir en la casa del cacique Baileman (situada a pocas cuadras del antiguo fuerte de Tucapel, hoi convertido en mision), en la que le acompañaban tres de sus hijos i un hermano. Eran aquellos don Pedro i don Juan i un inocente niño de 15 años que Zúñiga tenia ahora a su lado, como en su mocedad acostumbraba llevar consigo a su madre, pues estos hombres que poseen la ferocidad del leon sienten tambien los impulsos del amor, a la manera de las fieras, i lo practican como ellas.

Mas, a la primera luz del dia 6 de noviembre, sintióso de improviso por el bosque que rodeaba la tolderia de Baileman un tropel de caballos que despertó a Zúñiga con sobresalto; i luego se escuchó esa espantosa i peculiar voceria indijena llamada *chivateo*, que han aprendido nuestros soldados regulares en los *malones* de la Tierra.

El bravo capitan comprendió al punto que estaba perdido por la traicion de los suyos o una sorpresa aleve, i saltando de los pellones en que reposaba, sin poder montar a caballo por estar desencillado, corrió al monte con dos de sus hijos, empuñando resueltamente su lanza i llevando al cinto sus pistolas. En un instante, vióse rodeado de los implacables Llanistas, i con un valor sobre humano, poniéndose al lado de sus hijos, cual ajil leopardo que defiende su albergue, pereció con ellos batiéndose, hasta que la lanza de Catrileo le taladró el corazon. Una de las balas de sus pistolas habia traido al suelo al primer cacique que le intimó rendicion...

Fué aun mas lastimoso que este lance, en que habia perecido un niño inocente, la muerte del otro de sus hermanos, aquel honrado i prudente Juan Zúñiga que tantos esfuerzos habia hecho por reducir a su temerario padre a permanecer tranquilo. Cuando éste escapó hácia el bosque con sus hermanos, quedóse él en la casa de Baileman, como aturdido con lo

que sucedia, i acaso hubiera salvado ocultándose entre las mujeres de la tolderia. Pero el infeliz mancebo escuchó los roncos gritos de su padre, que acosado por sus inmoladores, lo llamaba a su socorro, i obedeciendo a un impulso de esa ternura irresistible que Dios puso en el pecho de los hombres, i no la negó aun a los brutos, tomó una lanza i fué a morir sobre el cadáver de su padre que se revolcaba asi en la sangre de toda su raza sacrificada. Su hermano habia sucumbido tambien a su lado, siendo cinco las víctimas inmoladas.

XII.

Tal fué el desastroso fin que tuvo aquel capitanejo, famoso entre los Pincheiras, terrible entre los Araucanos, i que los blancos de la Frontera respetaban por su indómito valor. Fué un hombre pérfido i cruel. Pero era un bravo soldado, era chileno i, mas que todo, era padre i enseñaba a sus hijos a ser hombres esforzados con su propio ejemplo. Pereció con ellos, i esta fué la lástima de su fin, que, de otra suerte, teníala merecida como enemigo i tiranuelo de los bárbaros, que cobraron sobre su sangre la antigua deuda de odio que con él tenian.

XIII.

Pero si aquella catástrofe, que recuerda por sus incidencias la muerte de Valdivia, cual la cuenta el cronista Marmolejo, era solo una triste incidencia propia de la guerra entre los bárbaros, perpetróse, por los que no lo eran, un ac-

to i de inútil de póstuma crueldad, que se recordará siempre como una afrenta para sus ejecutores.—Tal fué la órden que dió el intendente Alemparte de poner en un palo la cabeza del inmolado Zúñiga en la plaza de Arauco, donde habitaba su anciana madre, a la que no le quedaba ya mas bien sobre la tierra que aquel lívido rostro, asi afrentado, i los cadáveres insepultos de sus nietos... Ejemplo de tanta barbarie no se habia visto en la República, desde que los mezquinos vengadores del magnámino Portales colgaron, durante tres dias, en la plaza de Quillota, la cabeza de Vidaurre, como una ofrenda de engaño al sacrificio que acaso aplaudian en su corazon (1).

(1) He aquí el oficio en que Alemparte daba cuenta al intendente de Concepcion de este rasgo de crueldad (disputando a los bárbaros la gloria de un *malon* salvaje en el que él no habia tomado parte) i el documento, mas triste aun, por el que consta la ejecucion de su bárbara venganza.

El primero dice asi:

Al pié de Cupaño, noviembre 6 de 1851, a las 8 de la noche.

«Me apresuro a comunicar a US. el triunfo espléndido que alcanzamos hoi a las 5 de la tarde, mediante la bizarría de los bravos que tengo la honra de mandar, i mui especialmente el denuedo de los valientes caciques Colipí, Catrileo, Colíman, Calbu, Guancho, Collí, Quian, Canila, Llanquin i otros muchos con sus guapos mocetones que merecen bien de la patria.

Nuestra pérdida es de poco número i felizmente corto tambien el de los rebeldes, entre los que se cuenta el alzado desertor Zúñiga, cuya cabeza mandaré colocar en un palo para memoria de la insolencia con que tuvo la audaz petulancia de intimar rendicion a la plaza de Arauco, i que tal ejemplo evite tamaña ofensa a nuestras armas.

De los pormenores me ocuparé en otra ocasion, cuando las tareas de mi campaña lo permitan, esperando que, con el favor de la Providencia, lograré realizar los fines que me propuse al emprenderla; todo que ruego a US. mande trascribir a S. E. para que, en su vista, me anticipe las órdenes que quiera impartir-

XIV.

Con la muerte de Zúñiga, la Araucania quedó completamente pacificada i destruidos los funestos planes del jeneral

me, seguro de que la provincia se conservará tranquila i que me lisonjeo de poder llenar las indicaciones que le tengo hechas en mis postreras comunicaciones.

Dios guarde a US.

José Antonio Alemparte.»

Al señor Intendente de la provincia de Concepcion.

El segundo documento está concebido en estos términos.

«COMANDANCIA JENERAL DE ARMAS.

Tucapel, noviembre 8 de 1851.

«Al cargo del mismo paisano, Gabriel Arriagada, que comisionó el ya desaparecido Zúñiga para cometer el atentado de intimar rendicion a esa plaza, va la cabeza del malvado que concibiera tamaño crímen, i le fué dividida por los cacique aliados de Lumaco en la jornada del 6 del presente, de que dí aviso, para que U. la mande colocar en el lugar mas conveniente, a fin de satisfacer la vindicta pública, en desagravio de tamaña injuria i de que tan patente muestra de los temores que infundiera ese criminal, hagan olvidarlos desde luego, ya que no es posible alcanzar la indemnizacion de los inmensos males que cuestan a todo el departamento i especialmente a esta subdelegacion, las estafas que cometiera i las pérdidas que tienen lugar, como una consecuencia necesaria del plan adoptado para poner atajo a los avances de ese malvado.

Dios guarde a U.

José Antonio Alemparte.»

Creemos de nuestro deber añadir a la autenticidad de estos tristes documentos que el señor Alemparte nos ha informado posteriormente que la madre de Zúñiga se encontraba a la sazon en Tucapel i no en Arauco, i que cuando él llegó a la tolde-

Búlnes para estrechar la revolucion entre sus fuegos i las lanzas de los salvajes. A los pocos dias del *malon* de Llinquehue (12 de noviembre), ancló, en efecto, en la embocadura del Lebu, la goleta *Primavera* que habia salido de Constitucion el dia 5, conduciendo los auxilios que aquel caudillo remitia a Zúñiga, todos los que cayeron en manos de la division de Arauco. Se incorporaron en ella voluntariamente los granaderos que mandaba el alferes Búlnes i éste quedó en Concepcion prisionero bajo su palabra.

La division de Alemparte, reforzada de una manera tan singular con armas que eran en estremo necesarias, como los sables i las carabinas, quedó pues ociosa. El dia 8 sabemos que ocupó a Tucapel viejo, pero no nos consta que este movimiento justificara el error que cometió aquel jefe en no conducirla en el acto hácia Chillan, donde tal refuerzo era eficasisimo en los momentos en que ya el jeneral Búlnes iba en marcha sobre el Ñuble. A fin de capturar la goleta *Primavera*, que segun los papeles tomados sobre el cuerpo de Zúñiga se aguardaba de un dia para otro, bastaba solo dejar en la embocadura del Lebu un destacamento competentemente mandado, para que, haciendo las señales convenidas con Zúñiga, se apoderase de aquel barquichuelo i de su escasa tripulacion.

El 14 de noviembre se encontraba todavia en Arauco el intendente Alemparte con su tropa, i ese dia le dirijió una bombástica proclama para anunciar a sus «victoriosos» sol-

ria de Baileman, ya los indios habian cortado la cabeza de Zúñiga i la tenian separada del tronco, custodiándola un indio con su lanza en ristre, para que no fuera a juntarse con aquel, pues tal era el terror que le tenian i el influjo que ejercian sobre los espíritus supersticiosos de los bárbaros los sortilejios de aquel hombre tan astuto como valeroso, a quien llamaban *Culpan* o tigre de los llanos.

dados que debian marchar a reunirse con el ejército del jeneral Cruz (1).

Debióse sin duda esta tardanza de Alemparte a la falta de órdenes superiores para moverse; pero, en esta oca-

(1) He aquí esta proclama que copiamos del *Boletin del sud* núm. 7 lib. 2.º.

«CIVICOS DE TALCAHUANO I DE LA ALTA I BAJA FRONTERA.

«Aun no hemos cumplido nuestra jornada. La comision que nos ha tocado desempeñar la habeis llenado honrosamente. Os felicito por ello i me complazco sobre manera de haber encontrado en vosotros tanto valor i entusiasmo, tanto denuedo i patriotismo.

«Satisfecho de esa noble decision con que me habeis acompañado a la frontera para pacificar a vuestros hermanos, haciendo desaparecer el hombre funesto que amagaba nuestra tranquilidad, nuestra vida i nuestros intereses, es que me dirijo a vosotros, a nombre del jefe supremo, elejido por los pueblos, pidiéndoos que me acompañeis de nuevo a engrosar las filas del ejército de los libres para que tambien seais testigos del escarmiento que vamos a dar a los verdaderos autores del crímen que hemos castigado.

«Si a mi lado os habeis mostrado con valor i entusiasmo, espero que, cuando os encontreis en medio de vuestros hermanos del ejército i de la guardia nacional, i bajo las órdenes del ilustre jeneral Cruz, redoblareis vuestros esfuerzos i os presentareis, como ahora, dignos hijos de la patria que os vió nacer.

«Habeis empezado vuestra jornada gloriosamente. La victoria ha coronado vuestros esfuerzos : pero el peligro aun no ha desaparecido del todo. Para que vuestra victoria sea duradera, para que la patria os ofrezca sus coronas cívicas, necesitais dar un paso mas, necesitais volar al encuentro de vuestros hermanos que os aguardan anciosos, para probaros que ellos tambien merecen bien de la patria: pues están dispuestos a derramar la última gota de sangre en defensa de la causa santa de la justicia i de la libertad.

«Cuento con vosotros, valientes de la guardia nacional, i confío en que despleguéis el mismo entusiasmo, por el que hoi está tan reconocido vuestro compañero i amigo.

José Antonio Alemparte.»

Arauco, noviembre 14 de 1851.

sion, no dió muestras de su jenio revolucionario ni de la actividad i perspicacia que le eran habituales, el antiguo intendente de Concepcion, cuya lentitud era ahora tanto mas estraña cuanto que su presencia personal era necesaria en el ejército, del que habia sido nombrado intendente militar, el mismo dia 6 de noviembre, en que dió feliz término a su comision, con la derrota i sacrificio de Zúñiga. Solo el dia 17 o 18 de noviembre, víspera del combate del Monte de Urra, salió de Concepcion el intendente de ejército (1) con una lucida division de 300 hombres de infanteria i caballe-

(1) He aqui el documento de que consta el título del nuevo empleo de don José Antonio Alemparte i en el que aparece tambien el nombramiento del ciudadano Tirapegui para intendente de Concepcion, en reemplazo de aquel. Dice asi:

«Cuartel jeneral de los libres.

Chillan, noviembre 6 de 1851.

«S. E. con esta fecha ha espedido el decreto que sigue:

«Hallándose recargada la secretaría jeneral con las atenciones de la intendencia de ejército, i siendo, por consiguiente, necesario proveer desde luego este empleo, se nombra al señor intendente de la provincia de Concepcion don José Antonio Alemdarte, intendente de ejército, quien se pondrá en marcha a tomar posesion del empleo que se le confiere, tan pronto como deje evacuadas las comisiones especiales que se le tienen encomendadas. I quedando por este nombramiento vacante el cargo de intendente político de Concepcion, se nombra, para que sirva dicho empleo, al gobernador de Coelemu don Toribio Reyes, i de comandante jeneral de armas al teniente coronel don Nicolas Tirapegui. Anótese, comuníquese i tómese razon en las oficinas que corresponda.

«Se trascribe a US. para su intelijencia i efectos consiguientes.

Dios guarde a US.

Pedro Félix Vicuña.»

Al comandante de armas de la provincia de Concepcion, don Nicolas Tirapegui.

ria, a la que se habian incorporado algunos indios de la costa.

Pronto veremos las funestas consecuencias que tuvo esta tardanza, dando lugar a que por su causa se cometieran mas graves errores en la campaña sobre el Ñuble, pues es ya tiempo de volver a ocuparnos de las operaciones militares, cuya narracion hemos suspendido con el propósito de pasar en revista, a vuelo de ave, los acontecimientos de la revolucion que tenian lugar léjos de ambos ejércitos belijerantes.



CAPITULO IX.

EL COMBATE DE MONTE DE URRA.

Marcha del ejército del gobierno desde el campamento de Longomilla hasta San Carlos.—Revista de comisario que tiene lugar en este pueblo i comparacion de las comisarias de ambos ejércitos belijerantes.—Nota en que el jeneral Búlnes detalla sus operaciones militares.—Falso amago que hace con la caballeria sobre el vado de Cocharcas para pasar el Ñuble por la montaña.—El jeneral Cruz se situa en Cocharcas i proclama que dirije a sus soldados.—El ejército del gobierno pasa el Ñuble por Niblinto.—Juicio sobre este atrevido movimiento.—Párrafo de carta escrita por Garcia Reyes sobre esta operacion.—El jeneral Cruz traslada su ejército a los Guindos.—Topografía del terreno que ocupan los belijerantes.—Ambos ejércitos se ponen a la vista en la hacienda de los Guindos.—Atrevida marcha de flanco que emprende el jeneral Búlnes.—Cruz, a instancias de su secretario jeneral, envia un parlamentario al enemigo con una invitacion para hacer la paz.—Las guerrillas no paralizan sus fuegos i el jeneral Búlnes continua su marcha.—Arengan Cruz i Vicuña al ejército rebelde i se mueve este sobre Chillan, a retaguardia del jeneral Búlnes.—El «Monte de Urra».—Fórmanse ambas líneas de batalla i se rompe el fuego de cañon.—Falso movimiento que hace el coronel Puga para poner a cubierto su caballeria en la ala izquierda, contra la artilleria

enemiga.—El jeneral Búlnes ordena que su caballeria pase a su flanco izquierdo.—Manera como el coronel Garcia ejecuta esta operacion.—Emprende este jefe sin órden superior el ataque de la caballeria.—Combate de Monte de Urra.—Oficiales que se distinguen en ambos ejércitos i rasgos señalados de valor.—Pérdida de los ejércitos en este hecho de armas.—El jeneral Búlnes ocupa a Chillan i Cruz regresa a su campamento de los Guindos.—Respuesta tardia que aquel da, negándose a entrar en convenios de paz con el caudillo revolucionario.

I.

Al interrumpir la narracion de las operaciones militares de la campaña de 1851, dejábamos al ejército del gobierno, fuerte de tres mil hombres, en marcha sobre el Ñuble, desde su campo de Longomilla, que habia levantado el 3 de noviembre; miéntras que el que comandaba el jeneral Cruz, i cuyas fuerzas eran iguales a las de aquel, se veia paralizado en su cuartel jeneral de Chillan por la no interrumpida violencia de las lluvias de primavera.

El jeneral Búlnes tuvo la peor parte de este recio cuanto inusitado temporal, que se habia desencadenado desde el mismo dia en que emprendió su marcha. Solo el 6 de noviembre, habia logrado ocupar el pueblo del Parral i el 9 a San Carlos. El ejército habia llegado a este punto, a las tres de la mañana, en medio de torrentes de lluvia; pero estas contrariedades, que ponian a prueba el ánimo bisoño de los soldados, presentaban, al mismo tiempo, de manifiesto su exelente organizacion, su disciplina i el marcial espíritu que les inspiraba su popular caudillo. El sobrio soldado chileno se contenta con bien poco; pero los que conducia el jeneral Búlnes disponian de tales recursos que hubiéraseles creido mas bien un ejército de lujo, destinado a hacer una parada

militar, que una division colecticia, organizada a la lijera. Su vestuario i calzado eran de primera calidad i completamente nuevos; el armamento soberbio, abundantísimo su parque, i en cuanto al rancho, basta decir que solo en «harina tostada» se habia comido aquel ejército, hasta el 2 de noviembre, un valor de 749 pesos, miéntras que el consumo de la sal para la sabrosa carne de las vacas, que se mataban por centenares, llegaba a la cantidad de 204 pesos, el 7 de ese mismo mes (1).

(1) Constan estas partidas del libro de la comisaria del ejército del gobierno, que existe archivado en la contaduria mayor de esta capital, donde lo hemos consultado. Aparece tambien de los borradores i apuntes de aquel documento (que nunca llegó a organizarse i ménos a justificarse debidamente), que se gastaron en el rancho del ejército del gobierno 88,030 pesos 34 centavos, incluyendo algunas partidas por fletes o indemnizacion de sementeras taladas.

Es curioso el contraste que ofrecen las cuentas de la comisaria del ejército del *órden* con las del de los *anarquistas*. En este último, que se conserva archivado en el ministerio de la guerra como un timbre para la revolucion, se ven todas las hojas del libro perfectamente balanceadas, cada una de sus partidas está firmada por los encargados de invertir el dinero, i se refieren a la correspondiente órden de pago que se acompaña con la numeracion correspondiente.

El libro del comisario Vicites no tiene ninguna de estas circunstancias. Es simplemente un cuaderno informe de apuntes, en que, de cuando en cuando, figuran algunas órdenes de pago, firmadas por el jeneral Búlnes i escritas, las mas veces, con lápiz.

La mayor parte de los abonos del último son por suples i buenas cuentas pagadas a los cuerpos del ejército, que ascienden en su totalidad a 182,266 pesos, desde setiembre al 31 de diciembre, Hai algunas otras partidas que dicen simplemente asi.

Diciembre 15, al presbítero Toledo (el párroco guerrillero) para imprevistos—100 pesos.

Diciembre 19, al presbítero Toledo por daños en las sementeras, 74 pesos 55 centavos.

Octubre 3, pagado al capataz Palma por birlochos 1,552 pesos 50 centavos.

II.

Las lluvias detuvieron al jeneral Búlnes cuatro dias en San Cárlos. Solo el dia 13, que, como dijimos, era el dia designado por el jeneral Cruz para salir a campaña, pudo el ejército del gobierno volver a emprender su marcha. Ambas fuerzas estaban ahora solo a ocho leguas de distancia; i miéntras nos trasladamos a la márjen meridional del Ñuble, para seguir un instante al jeneral Cruz en sus operaciones, dejemos a su émulo contar las suyas propias en la ribera norte, hasta el momento en que emprendió el paso del rio. Estan éstas detalladas en el siguiente oficio inédito, redactado por la elegante pluma del secretario Garcia Reyes i dice testualmente asi, tal cual lo hemos copiado del archivo del ministerio de la guerra.

«CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE
OPERACIONES SOBRE EL SUR.

San Cárlos, noviembre 13 de 1851.

«En oficio de 3 del corriente, bajo el núm. 116, anuncié a US. que el ejército de mi mando emprendia su marcha en busca del enemigo, i ofrecí dar, desde este pueblo, una razon de su fuerza, del aspecto con que se presentaban las cosas, i de los planes que me proponia ejecutar. Cumplo al presente con este deber, aunque no me es dado, por las circunstancias del dia, hacerlo con la individualidad que habia deseado.

«La marcha del ejército ha sido detenida por una lluvia casi constante que sobrevino desde su salida de Longomilla, i que no le permitió arribar a este punto hasta el 9 del

corriente. Desde entónces, ha permanecido detenida por la misma causa hasta el presente, en que recien pasados los efectos del temporal, han quedado los campos en estado de permitir el movimiento de las tropas.

«Me es grato decir a US. que el ejército ha mostrado durante la marcha una moralidad i disciplina ejemplares, i que las penalidades consiguientes al estado del tiempo no han hecho mas que atizar el buen espíritu que lo anima i de que otra vez he tenido el honor de imponer a US.

«A nuestra aproximacion a San Cárlos, las partidas enemigas que ocupaban este departamento para espoliarlo i cometer esacciones de todo jénero, se replegaron hácia la banda opuesta del Ñuble, que he encontrado, como era de esperarse, cubierta de guardias en una considerable estension.

«Mi principal empeño, despues de restablecidas las autoridades lejítimas que los sublevados habian depuesto, ha sido informarme de los diferentes pasajes que el rio ofrece, para elejir el que presenta menores inconvenientes para el tránsito de las tropas. Por desgracia, ninguno de ellos proporciona, no ya comodidad, pero ni siquiera posibilidad para transportar la artillería, no pudiendo verificar esta operacion los cuerpos de las otras armas sino por terrenos cubiertos de fangales, i teniendo al frente enemigos parapetados de la barranca dominante en la ribera opuesta. Como seria en gran manera difícil emprender el pasaje del ejército con tales circunstancias, me he decidido a subir con él a la Montaña, i aprovecharme de la ventaja que ofrece el vado denominado las «Nalcas», que por hallarse a ocho o diez leguas de este pueblo i otras tantas del cuartel jeneral del enemigo, situado en Chillan, me hace esperar que no encontraré en él la resistencia que era seguro en otros que están mas inmediatos a aquel punto. Es fácil burlar la vijilancia del enemigo (situa-

do en Chillan) con falsas tentativas de pasaje por otros vados, i hacer pasar el ejército, a favor de ellas, sin el grave i casi invencible obstáculo que puedan oponer sus fuerzas.

«En este momento, algunos jefes i oficiales idóneos examinan los lugares por donde el ejército tiene que hacer su marcha, a fin de prevenir con tiempo las dificultades con que se podria tropezar. Miéntras tanto, la caballeria se ha movido hoi sobre el Ñuble, al mando del comandante jeneral de armas, coronel don José Ignacio Garcia, con el objeto de cortar toda comunicacion con el enemigo, tentar artificiosamente el reconocimiento de los diversos vados, i ocultar el verdadero movimiento del ejército, que se emprenderá mañana con la infanteria, si algun grave inconveniente no lo impide. Unida a ella la caballería, mas tarde, espero que el ejército dormirá mañana en las inmediaciones de las «Nalcas», i que ejecutará el pasaje felizmente al alba del siguiente dia.

El estado adjunto manifestará a US. la fuerza efectiva del ejército. En cuanto a su disciplina i decision por la causa que defiende, solo tengo que ratificar el favorable concepto que le manifiesto a US. en notas anteriores. Confiado en él, me atrevo ir a buscar al enemigo en su campo, dejando a retaguardia un rio de difícil tránsito, i por consiguiente, sin retirada en un caso adverso, que afortunadamente no espero.

«De las demas ocurrencias que sobrevengan, daré cuenta a US. oportunamente, i me limito por ahora a suplicarle se sirva trasmitir a S. E. el presidente el contenido de esta nota, asegurándole que marcho en perfecta intelijencia de los caros intereses nacionales que estoi encargado de sostener, i que no se omitirá medio alguno de cuantos puedan contribuir a que sean asegurados por una completa victoria.

Dios guarde a US.

Manuel Búlnes.»

Al señor ministro de la guerra.

III.

Al ser avisado el jeneral Cruz de que toda la caballería enemiga se movia (conforme al plan desenvuelto por el jeneral Búlnes en la nota que acabamos de transcribir) sobre el vado de Cocharcas, que es el mas inmediato a Chillan por el camino recto del sud, salió apresuradamente de este pueblo con su ejército (1) i se situó frente a aquel paso. Sin embargo era

(1) He aquí la entusiasta i enérjica proclama que el jeneral Cruz dirijió a su ejército al tiempo de salir a campaña. Las noticias i las cifras aparecen estraordinariamente abultadas en esta pieza, debiéndose sin duda esto a la fácil credulidad del secretario jeneral que la redactó.

«SOLDADOS DEL EJÉRCITO RESTAURADOR.

«Vosotros sois la esperanza de la República, i estas esperanzas son solemnes i sagradas para que dejen de cumplirse. Vuestro valor, vuestro patriotismo i denuedo van a devolver a la República sus derechos i libertades. A la sombra de heroicos laureles, volvereis a reposar con vuestras familias i a disfrutar de la gloria i beneficios que vuestro brazo va a alcanzar.

«La hidra de la corrupcion i el azote de la discordia que ella fomentaba, van a desaparecer de nuestro suelo para que el patriotismo i la virtud se ocupen de la dicha de la Patria.

«En los mismos que vais a combatir, mirad solo algunos ilusos, a otros arrastrados por la fuerza i a un puñado de ambiciosos seducidos por el oro i los empleos. Su número es tan pequeño, su alma tan baja que los vereis desaparecer con solo presentaros.

«En Aconcagua, Coquimbo i Valparaiso ellos asesinan a indefensos ciudadanos; a la vista de sus crímenes, alzan gritos de desesperacion contra el heroico patriotismo, que prefiere la muerte a la horrible servidumbre en que tienen la Patria. Estos gritos son los ecos de su conciencia ajitada, son los desahogos del miedo i del terror.

«La mano de Dios pesa sobre ellos; no dominan sino el terreno que pisan en Santiago i Valparaiso; todo lo demas está ocupado

demasiado evidente para él que el amago de la caballería tenia por objeto solo una maniobra estratéjica del jeneral Búlnes, con el fin de encubrir el verdadero movimiento que hacia con sus fuerzas en demanda de otro vado mas asequible. El no ver sobre las altas barrancas que encajonan el Ñuble por su márjen setentrional otra arma que la de la caballería, hacia demasiado fácil concebir que el enemigo no tendria la teme-

por nuestros amigos. Las poblaciones enteras armadas toman el campo: de Valparaiso salieron 600 hombres, a la vista de ellos mismos, despues de haber derrotado su caballería; ahora interceptan los caminos, i unidos con los invictos aconcagüinos, tienen arrinconados a nuestros opresores en solo aquellos dos pueblos. En San Fernando hai multitud de hombres de caballería i tambien en Lontué organizados en guerrillas que han cortado al Jeneral Búlnes sus comunicaciones con la capital. La fragata *Chile* la perdieron en Papudo i los prisioneros del *Meteoro* i la *Janaquco* hoi llegarán voluntarios a servir bajo nuestra bandera. A la fuerza de Coquimbo se pasaron armados doscientos valientes aconcagüinos de caballería de las mismas filas de nuestros opresores.

«Es por esto que salen de sus atrincheramientos de Longomilla i se avanzan contra vosotros, buscando como desesperados algun acaso que los favorezca. Volemos tambien nosotros a hacer ver que no hai mas salud ni mas esperanza que someterse a su Patria i que el reinado de la corrupcion i de la injusticia ha terminado.

«Soldados: la patria entera os contempla en este momento. Vuestra conducta i disciplina me llena de satisfaccion. Vuestros enemigos verán con vergüenza que sus mujeres, abandonadas a la miseria, han sido alimentadas i socorridas por vosotros i que todas ellas querian ir en vuestras filas para desarmar a sus ilusos maridos.

«Soldados: la victoria es segura, desde que vuestra causa es santa i justa; el Dios de los Ejércitos es el que os inspira ese entusiasmo i patriotismo. Marchemos con paso firme, i en pocos dias mas la suerte de la Patria está asegurada.—Vuestro amigo i compañero.

José Maria de la Cruz.»

Chillan, noviembre 10 de 1851.

ridad de intentar el paso del rio por Cocharcas, a la vista del ejército revolucionario.

IV.

Entretanto, el jeneral en jefe del ejército del gobierno habia movido su campo de San-Cárlos, en prosecucion de los planes que hemos visto desarrollados en su citada comunicacion oficial, despues de haber pasado a sus fuerzas, que ascendian en ese dia (12 de noviembre) a 3,139 plazas, la revista de comisario que correspondia a la quincena de aquel mes (1).

Emprendió el jeneral Búlnes aquel feliz movimiento estratéjico, a las 6 de la mañana del dia 14, i a las 3 de la tarde, se encontraba al pié de los últimos declives de la cordillera, cuya rejion es conocida en el sud con el nombre de la *Montaña*, en contraposicion a los *Llanos*, de que aquella se desprende. Su marcha habia sido, hasta esa hora, en línea recta hácia el oriente. Reunióse la caballería que regresaba a Cocharcas, en aquel punto, i tan oportunamente i con tanta precision en los movimientos combinados de antemano, que montando la infantería en el acto a la grupa, pasó aquella misma tarde al otro lado del rio.

El vado elejido por los prácticos era el de Nahüel Toro, en el punto denominado Niblinto, i aunque el poderoso Ñuble se estrecha allí entre las gargantas de los últimos agrestes espolones de la cordillera, su corriente es mas rápida i

(1) Puede verse en el núm. 1.º del Apéndice el estado inédito de esta revista, que debemos a la bondad del señor Silva Chaves i que completa por sus detalles el que publicamos bajo el núm. 2, copiado de la Memoria del ministerio de la guerra de 1852.

arrastra tal masa de guijarros i pedrones, que el paso se hace en estremo difícil para la artillería i obliga a los caballos a un peligrosísimo ejercicio. Empleóse, en consecuencia, todo el dia 15 en pasar la artillería i el parque, habiéndose mojado una parte mui considerable de este en los pigmeos carritos usados al sud del Maule, en que eran conducidos.

Quedó a tan mal traer la caballada del ejército invasor con el contínuo paso i repaso del pedregoso vado de Niblinto, que, al siguiente dia, 16 de noviembre, no pudo hacer aquel sino una jornada de dos leguas, i el 17 otra aun mas breve, acampándose en el punto llamado las casas de Peña, donde el jeneral Búlnes permaneció todo el dia 18, dando reposo a sus fatigadas monturas. Marchaba ahora aquel intrépido caudillo resueltamente sobre Chillan i los ejércitos belijerantes se encontraban separados solo por un espacio de tres leguas.

V.

Considerado militarmente, el paso del Ñuble habia sido absurdo i temerario de parte del jeneral Búlnes. Instruido ya del completo fracaso de las tentativas del comisario Zúñiga para molestar a los revolucionarios por su retaguardia, arrojábase él ciegamente a interponer a la suya un rio invadeable, poniéndose en un riesgo inminente (que no tardó en llegar) de ser atacado de frente por una fuerza que era igual o superior a la suya, i la que, una vez estrechándolo contra las márjenes del Ñuble, podia obligarlo a darle una batalla en situacion desventajosa. Al ménos, en caso de mal éxito, no habria escapado uno solo de sus soldados, pues tenia completamente cortada su línea de operaciones, miéntras que

Cruz conservaba abiertos todos los caminos hasta las Fronteras.

Por otra parte, alejándose el ejército del gobierno hácia la cordillera, dejaba espedito el paso del Ñuble al jeneral Cruz, por el vado del camino directo del sud a la capital, i en esta ventajosísima coyuntura, el caudillo revolucionario podia o bien poner en jaque al jeneral Búlnes, situándose en la márjen setentrional del rio para disputarle su repaso, en lo que habia un cambio completo de papeles, o bien marchar resueltamente sobre el Maule, lo qne era por cierto mucho mas atrevido i por consiguiente, mas acertado. Tan cierto era en verdad todo esto, que el sagaz jeneral en jefe del gobierno llegó a temerlo, en el instante mismo en que pisó la ribera meridional del Ñuble (1).

Pero, en un sentido revolucionario, aquel movimiento habia sido cuerdamente concebido, porque, en la guerra, muchas veces la osadia es prudencia, i esto esplica la gloria del jeneral Búlnes i su éxito en Yungay i, mas tarde, en Longomilla, donde, derrotadas sus armas, su audacia les dió a la postre la victoria.

Hacia ya dos meses, en efecto, a que los pueblos del sud estaban en armas. Las guerrillas de su ejército dominaban todos los pueblos de las llanuras intermedias entre el Ñuble i el Maule. Cobrando ánimos los partidarios de las provin-

(1) Hé aquí, en efecto, lo que, con fecha 15, decia el secretario García Reyes, desde el campamento de Cato, al intendente de Talca, en carta que orijinal tenemos a la vista.—«No ha dejado de sospecharse que, adelantándonos con este ejército hácia la cordillera, Cruz pase el Ñuble por su frente i se avance sobre el Maule. En tal caso, el ejército traspasaria el Ñuble i avanzaria a ese rio por un camino mas corto i cómodo que el que llevaba el enemigo, a quien deben faltar las carretas i otros útiles para conducir artillería i bagajes.»

cias centrales con la poderosa aunque lenta organizacion que el jeneral Cruz habia dado a su ejército, intentaban por todas partes alzamientos armados, que traian al gobierno de la capital en una profunda alarma. La provincia de Colchagua se cubria de montoneras, Valparaiso habia dado el grito de rebelion, regándose sus calles en heroica sangre, miéntras que en la Serena corria aquella a raudales con ejemplos de mayor heroismo. Aun en el lejano Copiapó, asomaba la rebelion a cara descubierta, como lo referiremos en el lugar correspondiente, sin que faltaran en la remota provincia de Valdivia síntomas evidentes de descontento i agresion.

Era pues preciso apresurarse a destruir el foco de aquella inmensa conmocion en que se ajitaba convulsa toda la república. Este era el pensamiento del gobierno: este era tambien el temerario plan de campaña del jeneral Búlnes, uno de los pocos jefes del ejército chileno capaz de concebirlo, i a no dudarlo, el único que tuviera las dotes necesarias para ponerlo por obra.

VI.

Sucedia, entretanto, que miéntras el ejército del gobierno descendia sobre Chillan por la línea paralela de las corrientes del Ñuble i del Cato, su principal afluente, el jeneral Cruz, despues de tener oportuno aviso de aquel movimiento, se habia trasladado del paso de Cocharcas, donde su ejército estaba espuesto en un campo descubierto a la violencia de un sol abrasador, hácia una posicion mas favorecida, a orillas del Cato, acampándose con el ejército en línea, la noche del 15, en la hacienda de Quintana, i al siguiente dia, en el punto, aun mas fuerte, de los Guindos, situado cerca de la con-

ñuencia del Cato con el Ñuble. Asi quedaba interpuesto entre Chillan i el ejército enemigo, que se movia en aquella direccion, i distaba ese dia, como hemos visto, solo dos o tres leguas de su campo.

VII.

El teatro que iba a tener la guerra era la ciudad de Chillan i sus campiñas inmediatas, en medio de las que está edificada aquella, como un tablero de ajedrez sobre un tapiz de verdura. Dilátanse aquellas llanuras, cuyos horizontes interrumpian entónces solo las líneas de algunas jóvenes alamedas, por un espacio que mide cuarenta o cincuenta leguas de area, entre el Itata i el Ñuble, las cordilleras i las colinas de la costa. Fueron estos los llanos, a cuya vista, es fama, esclamó uno de nuestros jenerales.—«Que hermoso campo para un combate naval!»; i a la verdad, que la imájen no es del todo desapropiada, porque, mirando hácia el oriente, aquellas suaves i vastas ondulaciones aseméjanse a un mar inmóvil i petrificado, al que el solitario Descabezado i la lava que brota del cráter del Pico de Chillan, sirvieran de jigantescos faros.

El profundo cauce del Nuble i del Itata defraudan aquellas planicies de los cursos de agua que deberian fecundizarlas i abonar la pobreza nativa de sus tierras. Solo tres rios mediocres, tributarios de aquellos, las recorren en los primeros declives de la Montaña, cayendo el Diguillin i el Chillan en el Itata i arrojando sus aguas metálicas el turbio Cato en el Ñuble.

VIII.

Fué, como dijimos, en la vecindad de la confluencia de estos dos rios donde el jeneral Cruz resolvió aguardar al enemigo. El caserio de la hacienda de los Guindos, propiedad de los padres misioneros de Chillan, ofrecia con sus espesas arboledas sombra i refrijerio a la tropa, mientras las murallas de las casas servian como de baluarte, en el caso de darse ahí la batalla.

El momento de esta se acercaba ya aceleradamente.

IX.

Hácia las dos de la mañana del dia 19 de noviembre, el mayor Videla, que se encontraba al mando de la gran guardia del ejército del sud, cerca de dos leguas mas al oriente de los Guindos, en la orilla del Cato, con dos compañias de su batallon, recibió aviso, por un desertor del Buin (antiguo soldado del Valdivia), a quien se habia impuesto un castigo aquella noche, que el ejército enemigo se movia de las casas de Peña en direccion a Chillan i que no tardaria en avistarse. Puso, en consecuencia, gran cuidado Videla i envió aviso al jeneral.

El desertor no habia mentido. Cuando teñia la primera luz del día, comenzaron a divisarse, hácia el oriente, algunas ténues polvaredas, i aplicando el jefe de la avanzada su oido en tierra, percibió claramente el traquido de los caballos en las pedregosas márjenes del Cato.

Al instante, dió órden a su columna de replegarse sobre el ejército, lo que se verificó al paso de trote. Cuando se presentó en las casas de los Guindos, el cauto jeneral en jefe habia formado la

línea de batalla en una altura, al oriente de aquellas, i la caballería estaba montada i con sus armas en la mano. Eran esos momentos las siete de la mañana.

Una hora despues, avistáronse las columnas de marcha, en que venia formado el ejército del jeneral Búlnes, por el camino que conduce de Chillan a la Montaña. La posicion que habia ocupado el ejército revolucionario no distaba sino seis u ocho cuadras a la izquierda del camino, de manera que cuando el enemigo pasase por su frente, lo amagaba de flanco i podia comenzar la batalla con considerables ventajas.

Asi iba a suceder en verdad.

El ejército del sur rebosaba en bélico entusiasmo i el sol naciente iluminaba, como un astro de gloria, los rostros juveniles de aquellos voluntarios de la libertad, reflejando sus rayos en sus bruñidas armas.

No era menos marcial el aspecto de los soldados del órden. Se avanzaban éstos en compactas columnas, paso de carga, banderas desplegadas, armas a discrecion, batiendo sus bandas marchas guerreras. Al dar frente al camino de los Guindos, avistando la linea de los rebeldes, acortaron el paso, como si temieran que su celeridad fuese atribuida a temor, i comenzaron a atronar el aire con sus retos de guerra, ese *chivateo* del soldado chileno, que tiene el hálito de la pólvora i de la muerte.

En ese instante, se hicieron oir los primeros disparos. Algunas mitades de carabineros, seguidas de un enjambre de indios desnudos, galopaban, haciendo diversas evoluciones, por los flancos del enemigo en marcha. Las guerrillas de éste, mandadas por un bravo capitanejo de Chillan, llamado Vallejos, antiguo camarada de los Pincheiras, salian a contestar el fuego con sus carabinas i se empeñaban tiroteos parciales, sin que por esto las columnas pararan su marcha.

Era conocida la intencion del jeneral Búlnes de apoderarse de Chillan, pasando atrevidamente, en marcha de flanco, por el frente del jeneral Cruz i atravesando la angosta faja de terreno que se estendia entre la posicion de este i la escarpada ribera del Cato. Solo un jeneral tan audaz como el vencedor de Yungay podia acometer aquella empresa.

La batalla iba pues a empeñarse i seria terrible. A una señal del jeneral Cruz, su línea de infanteria se plegaria en columnas de ataque, sus masas de jinetes se agruparian en los flancos i miéntras el cañon jugaba, desde las eminencias del terreno, sobre la línea que debia tender el enemigo, caerian aquellas como un torrente de fierro sobre los fatigados batallones de la capital, esforzándose por arrollarlos sobre las barrancas elevadísimas del Cato. Acaso en aquel dia, en aquella hora, iba a ser el cauce de este rio la tumba de la reaccion vencida ahora, como el del Lircai fué el sangriento lecho del bando liberal en 1829.

X.

Pero quizo el destino que sucediese de otra suerte. Cuando el jeneral Cruz, adelantándose un gran trecho sobre el camino, reconocia con su anteojo al enemigo, ocurriose a su secretario jeneral la honrosa pero malhadada idea de hacer un llamamiento de paz al hombre que con tan singular osadía i tan temeraria resolucion venia a provocarlos en su propio campo. Equivocacion funesta que en lugar de un solo i perentorio desmentido, tuvo, despues del sangriento de aquel dia, el atroz de Longomilla!

Acercándose, en efecto, el secretario Vicuña al jeneral Cruz, con voz que acusaba su noble i estemporánea solicitud,

díjole:—«Señor.—Será posible que vayamos a matarnos entre hermanos, sin que nos digamos antes una sola palabra de reconciliacion!» (1)

—«Ellos lo quieren! le contestó con firmeza el caudillo del sud. A ellos tocaba hablar, i ya ve U. como han roto sus fuegos».

—«Pero, señor jeneral, replicóle aquel: ¿qué se pierde con este paso patriótico? Es un deber nuestro el probar que no hemos hecho la revolucion por miras mezquinas. Con la respuesta del jeneral Búlnes sabremos a que atenernos.»

Durante un momento, el caudillo de la revolucion pareció vacilar. Sin duda, pasó por su frente la imájen desfallecida i sangrienta de la patria, que tanto habia amado i que ahora iba a despedazar el plomo fratricida. Hubo una pausa de solemne silencio i al fin, como si fuera presa de una incertidumbre, a la que no encontraba en su ánimo solucion posible, volvióse a Vicuña i díjole—*Haga U. lo que le parezca!*

Apeóse entonces de su caballo aquel bien intencionado pero inesperto patriota, i reclinándose en el suelo, estendió, con la facilidad peculiar de redaccion que le es característica, la siguiente nota, que firmó el jeneral Cruz en el arzon de su silla.

(1) El secretario jeneral Vicuña, que, apesar de tener solo un puesto civil en el ejército revolucionario, no esquivó nunca su persona a los peligros que le imponia el deber, habia escrito a su esposa estas palabras íntimas, que ponen de manifiesto su entusiasmo patriótico, no menos que su buena fé de caudillo, el mismo dia (18 de octubre), en que partia de Concepcion para entrar en campaña. «Te diré, en fin, que en cualquier peligro, *Dios* i *tú serán mis últimos recuerdos!* Estas son las palabras que decia Enrique IV a la que mas amaba; pero como yo no soi como el rei caballero, no debes temer nada por mí, aunque en mi cabeza llevo el penacho blanco que él tenia en su casco en los dias de combate.»

«CUARTEL JENERAL DE LOS LIBRES.

Los Guindos, noviembre 19 de 1851.

«A la cabeza de un ejército que me asegura la victoria, es mi deber dirijirme a US., a nombre de la humanidad i del patriotismo, para ahorrar a la república la sangre que debe derramarse. No es este el momento de resolver cuestiones políticas; pero el buen sentido de US. no dejará de conocer la justicia de la causa que defiendo, apesar de los compromisos a que ha sido arrastrado. No me anima ninguna pasion, ningun resentimiento, i desde que se salven los intereses públicos i se haga árbitra a la misma nacion de sus destinos, yo estoi pronto a arreglar con US. la cuestion militar de un modo que garantize el órden público, miéntras la nacion pueda espresar sus intereses i voluntad.

«Entre las fuerzas que mando hai una division de Araucanos que no podria contenerse en una derrota que US. sufra. Mi primer deber es asegurar el triunfo de la causa que defiendo, i ya que nuestros enemigos no se han ocupado sino en incendiar las tribus de Arauco contra las provincias emancipadas del gobierno que US. obedece, mui justo era los combatiesemos con las mismas armas.

«Yo autorizo a US. para mandar un ayudante a examinar el número de nuestras fuerzas, i este exámen será bastante para convencer a US. de que la victoria debe estar de nuestro lado. Su fuerza moral, reposando en la justicia i en la reconquista de las libertades públicas, es superior a cuanto US. puede imajinarse: es en esto en lo que encuentro mi mayor confianza i seguridad.

«En cualquiera situacion de mi vida, me llenará de orgullo este paso que doi. Una sola lágrima ahorrada a la repú-

blica, es para mi un bien inestimable; un campo de batalla es solo un sangriento recuerdo de odios i pasiones, es el resultado de la terquedad i desprecio con que se ha mirado la opinion nacional.

Dios guarde a US.

José María de la Cruz.

Pedro Félix Vicuña, secretario jeneral.»

Cerróse el pliego, i llamando el jeneral Cruz a uno de sus ayudantes de campo, el jóven mayor don Tomas Rioseco, díjole que fuera a ponerle en manos del jeneral Búlnes.

Hízolo asi, en el acto, aquel oficial, adelantándose con una bandera de parlamentario i un corneta, miéntras las guerrillas se batian ya con algun encarnizamiento. Olvidóse en aquella coyuntura hacer cesar los fuegos de las partidas avanzadas, i el jeneral Búlnes, aunque recibió al parlamentario, no detuvo por aquel motivo la marcha de su ejército, como se lo exijia el exacto cumplimiento de las leyes de la guerra.

XI.

Observando el jeneral Cruz aquella informalidad, i que a la vez ganaba mucho terreno hácia su vanguardia el enemigo, dió la voz de marchar sobre las columnas, a cuyas espaldas quedaba ya su línea.

Cuando se formaron las columnas, o mas bien, pelotones de marcha, pues la tropa se adelantaba en gran confusion, el jeneral Cruz, que montaba un pequeño caballo blanco que conserva todavia, se paró delante de las filas i, con toda la fuerza de voz que le permitia su delicada complexion, arengólas, señalándoles aquel dia como el del de su glorioso descen-

lace de la campaña en que se habian alistado voluntarios.— «El jeneral Cruz, cuenta en su diario de campaña el secretario Vicuña, que se encontraba a su lado, trató fuertemente a Búlnes i a toda la corrompida administracion que habia organizado para defenderlo. Habló de la libertad, de los derechos de los pueblos i dijo que eran llegados los momentos de reconquistarlos. Como la línea era estensa, añade, habló a la mitad; pero se afectó demasiado en el estado de debilidad en que se hallaba i me dijo.—« No puedo continuar. —Hable V. al resto de la tropa. »

«Dirijime entónces con un ayudante, continua Vicuña, hácia el sitio en que formaba el Carampangue, i levantando la voz, reproduje lo que el jeneral habia dicho. Los soldados me victoriaron, añade el narrador, por mis discursos marciales, que talvez eran elocuentes, porque en aquellos momentos, yo estaba poseido de una enerjia i entusiasmo estraordinarios.»

Sonaron entónces las cajas el toque de marcha, i el ejército se puso en movimiento hácia Chillan, dando muestras del mas vivo entusiasmo. «Los soldados, dice Vicuña, volaban mas bien que corrian.»—En su tránsito, encontraban palizadas i sanjones llenos de agua, pero, sin reparar en ningun obstáculo, se adelantaban en tropeles hácia el enemigo, hasta que al fin, viéndose este amagado ya de cerca, detuvo su marcha, casi en los suburbios del pueblo nuevo de Chillan.

El famoso combate de Monte de Urra, el *Junin* de nuestras guerras civiles, i que tan impropiamente se ha llamado *batalla* de los Guindos, iba a tener lugar.

XII.

Era ya pasada la hora del medio dia, cuando ambos jenerales hicieron alto i formaron su línea de batalla, desplegando Búlnes sus lucidas columnas, en que la disciplina brillaba a la par con el ardimiento nativo de las peleas; i desarrollando Cruz sus masas de entusiastas voluntarios, que habian venido desde los Guindos a carrera tendida i en confusos tropeles.

Era el terreno en que iba a trabarse el combate digno de los bravos que debian medirlo con sus armas. No habia reparos, ni sinuosidades, ni accidentes que dieran la ventaja al mejor colocado. Una planicie rasa, empapada de verdura i de humedad, con las recientes lluvias; algun árbol solitario (1); sin mas fosos que los que bordan el camino real, que, de esta suerte, sirvieron de reparo al ejército del gobierno que por él venia; sin otras palizadas, al contrario de lo que entónces se ponderó, que los débiles maderos que dividen los potreros, dejando entre ellos tan espaciosos claros que una línea de infanteria no seria detenida ni desorganizada en su marcha mas de unos pocos segundos: tal era el campo de Monte de Urra, asi llamado por un matorral que crece en un bajio del terreno, i cuyo aspecto apenas haria creer hubiera merecido jamas el nombre de *monte*, sino fuera que en las llanuras del sur se dan estas pomposas denominaciones

(1) Señálase todavia el árbol, a cuya sombra se mantuvo el jeneral Búlnes, hácia un lado del camino. Visité el campo de batalla de Monte de Urra, en octubre de 1861, en compañia del amable jóven de Chillan don Vicente Borne.

aun a las «manchas de palquí» que nosotros miramos como abrojos en nuestras zonas montañosas (1).

XIII.

Apoyaba el jeneral Cruz la izquierda de su infantería en aquel sitio (propiedad hoi dia de don Gonzalo Gazmuri, opulento vecino de Chillan), que, mas que de monte, tiene, desde la distancia, el aspecto de una vega fangosa. Su derecha rebalsaba el camino real de Chillan a Talca, hasta tocar en una eminencia situada en las tierras de un hacendado llamado Quintana. Formaba en el centro de la línea el batallon Guia, el Alcazar a la izquierda i a la derecha el 2.° Carampangue, cuyo activo jefe cuidaba del buen órden de la tropa en todo el frente, El veterano Carampangue, al mando del coronel Zañartu, estaba situado de reserva, en columna cerrada, doscientos pasos a retaguardia de la línea. La artillería ocupaba los claros dejados por los batallones en línea, encontrándose Zúñiga en el centro con tres piezas, Gaspar a la derecha, i otros oficiales subalternos, con dos cañones, a la izquierda. Los voluntarios de Estados Unidos, cuyo número llegaba a 28, tenian a su cargo una de estas piezas.

(1) Llámase tambien «Monte Badillo» otro sitio inmediato a Chillan, donde no existen árboles, como no los hai tampoco en el llamado Monte Baeza, a inmediaciones de Talca. Quizá dióse este nombre a los lugares de donde se proveian de leña los primeros pobladores de aquellas localidades, i es curioso observar, por las denominaciones que dejamos apuntadas, el hecho de que casi todos esos sitios de esplotacion humana tienen nombres españoles, sin duda por los propietarios que los poseyeron, miéntra la gran mayoria de las posesiones de Chile, llevan los pintorescos títulos que inspiraba la naturaleza a los primitivos indíjenas.

La numerosa caballería del ejército revolucionario, montada en caballos que habian hecho mui poco servicio, al contrario de los de la opuesta, recibió la colocacion acostumbrada. El coronel Urrutia, ascendido ahora a jeneral, dirijia el ala derecha, donde estaba formado por escuadrones el rejimiento de Eusebio Ruiz, teniendo en primera línea un escuadron de carabineros del cuerpo perteneciente a Zañartu. Mandaba el ala izquierda el coronel Puga, el mas antiguo jefe de esta graduacion que hubiera entónces en nuestro ejército, i componíase su columna de los escuadrones de su propio rejimiento i de los otros dos de carabineros de la República que mandaba Alejo Zañartu. El rejimiento de Lautaro, a las órdenes de Padilla, formaba sus dos escuadrones al lado del Carampangue, en proteccion de la reserva.

Habíase organizado ademas una columna lijera que se llamaba de vanguardia, compuesta de las compañías de cazadores del Carampangue i Guia, i que mandaba el valiente capitan de aquella, don Joaquin Rojas.

Entre tanto que estos aprestos tenian lugar en las filas de los libres, el coronel Gana (miéntras el jeneral en jefe se ocupaba de leer las comunicaciones que le habia traido el parlamentario Riosecco) habia formado la línea del ejército del gobierno, tendiendo sus seis batallones con el frente hácia el oriente, dando la colocacion respectiva a su excelente artillería i disponiendo que la caballería cubriese los flancos.

XIV.

A la una de la tarde, todo apresto estaba terminado. Declinaba apénas el sol de su zenit, i el calor de la hora era sofocante. Los soldados del gobierno habian marchado 9 o

10 horas, sin cesar, i los rebeldes estaban fatigados con la violenta carrera que, en alas del entusiasmo, emprendieron desde los Guindos. Era pues el cansancio un obstáculo para empezar un combate jeneral. Éralo aun mayor la disposicion de ánimo de los jefes que acababan de cambiar palabras de avenimiento i de reconciliacion. A no dudarlo, habia irresolucion en ámbos, i la circunstancia de haber formado sus líneas a mas de doce cuadras de distancia, casi fuera de tiro de cañon, manifestaba mas que nada sus secretas vacilaciones.

El jeneral Cruz tenia, ademas, por su parte, una poderosa razon militar para no empeñar una batalla jeneral en aquel dia. Aguardaba, por momentos, el importante refuerzo que conducia Alemparte, i no entraba ni en el carácter revolucionario ni en los planes estratéjicos de aquel caudillo, aventurar una jornada decisiva, teniendo tan cerca de sí un elemento mas de victoria. Acaso fué esta sola consideracion militar la que impidió a los rebeldes pelear en masa i vencer en Monte de Urra a sus contrarios.

El combate de Monte de Urra iba pues a presentar la imájen de una formidable batalla campal, sin ninguna de sus peripecias ni de sus estragos. Solo ocurriria un pasajero pero terrible choque a la arma blanca, que el acaso, mas que las combinaciones estratéjicas, prepararia solo como un episodio de aquel encuentro que pudo ser definitivo.

Hácia las dos de la tarde, rompióse, en efecto, en ámbas líneas, un tremendo fuego de cañon; i luego vióse que se desplegaban al frente de aquellas las columnas de cazadores mandadas por Rojas, de parte de Cruz, i de la opuesta por el estratéjico Silva Chaves, a quien el jeneral Búlnes dió esta comision, sobre el campo de batalla, pues tenia a sus órdenes en la línea el segundo cuerpo del rejimiento Buin.

Las operaciones de estas columnas, que se avanzaron recíprocamente algunas cuadras, haciendo fuego en dispersion, i el cañoneo incesante de todas las baterias de ambos ejércitos, no pasaron, sin embargo, de ser un aparato militar. Un solo soldado murió del ejército revolucionario, i esto, a retaguardia de la línea, por el efecto de cerca de mil proyectiles huecos i balas rasas disparadas por las 16 o 17 piezas de cañon puestas de una parte i otra en activo fuego (1).

Pero la violencia de aquel cañoneo inusitado produjo, al fin, la necesidad de ciertos movimientos estratéjicos que acarrearon el choque de las caballerias de una manera harto singular.

Apercibiéndose, en efecto, el precavido coronel Puga que su caballeria en el ala derecha estaba algo espuesta a los fuegos de la artilleria enemiga que jugaba en aquel costado, dió órden a sus escuadrones de replegarse sobre un bajo oculto, tras una elevacion del terreno.

La ejecucion de aquel movimiento fué la señal del combate.

XV.

Observando con ojo certero lo que ocurria, el jeneral Búlnes supuso que Cruz enviaba aquellos escuadrones por la retaguardia de su línea para reforzar su flanco derecho i ala-

(1) El comandante Zúñiga nos refirió, en 1852, que la artilleria, que él mandaba en jefe en el ejército revolucionario, disparó en Monte de Urra 385 bombas i balas rasas. Recuerdo que, en esa época, aquel hombre, tan candoroso como entusiasta, hacia reir a mis hermanos menores, contándoles que a cada tiro de cañon que él hacia, decia como retando al enemigo.—*Allá va esa perita!*, palabras a las que él daba una acentuacion particular al pronunciarlas, produciendo un efecto en estremo grotesco.

car el izquierdo suyo, donde solo formaban algunos escuadrones de milicias i el tercer escuadron de cazadores, al mando del mayor Las Casas, miéntras que toda su caballeria veterana estaba situada a su derecha, pues, viniendo ésta en órden de marcha, a la cabeza de las columnas de infanteria, le habia sin duda tocado aquel puesto en la formacion de la línea.

Apercibiéndose, al punto, del peligro que amagaba a su línea por la izquierda, envió el jeneral Búlnes, con su ayudante Borgoño, al coronel Garcia, que mandaba la caballeria en su derecha, la órden de pasar rápidamente a su costado izquierdo.

Hízolo asi aquel jefe, pero con tal petulancia i con tan estraño olvido de las reglas mas comunes de la táctica, que, en vez de pasar por la retaguardia de su línea, puso su caballeria a galope, en columna, i se lanzó por el frente, estorbando asi los fuegos de su propia infanteria i sirviendo de certero blanco a los cañones enemigos.

Fué en esta aturdida maniobra donde cayó muerto, arrebatado por una bala de cañon, el ayudante San Martin de granaderos i donde el sarjento mayor del mismo cuerpo don Pedro Maria Pantoja (1) tuvo su caballo derribado por un proyectil, que le arrancó las pistoleras de su silla, sin hacerle lesion alguna. Mayor fué aun el daño que estuvo a punto de hacer Garcia a la columna de cazadores de Silva Chaves que este hacia replegar sobre toda la línea, i no por los flancos,

(1) Era este oficial hermano mayor del coronel de este nombre i gozaba de algun crédito por su valor. Habia nacido en Concepcion en 1807 i servido desde 1833 en el rejimiento de cazadores a caballo. Hizo, en este mismo cuerpo, la segunda campaña del Perú, encontrándose destacado en la division que mandaba el jeneral peruano La Fuente i que obró sobre el norte de aquella República.

como se acostumbra en tales casos, lo que dió lugar a quo muchos de sus soldados fueran atropellados por los escuadrones que pasaban a galope sobre el terreno en que aquellas se batian.

XVI.

Pero el atolondramiento del coronel Garcia no paró aqui. Acaso irritado contra si mismo por la precipitacion con que habia ejecutado su movimiento, pasó unas zanjas con sus escuadrones veteranos i dióles órden, con voz de despecho, para formar en batalla i prepararse a la carga. Todos aseguran que tan atrevida resolucion fué acordada sin órdenes superiores.

Colocáronse, en efecto, los cinco escuadrones disciplinados, de que constaba la caballeria de Búlnes, en actitud de emprender la carga sobre el flanco derecho del jeneral Cruz. Los *Lanceros de Colchagua* se situaron a la derecha, al mando de su comandante Yañez, los *Granaderos* en el centro, bajo las órdenes de Yavar, i por último, a la izquierda el favorito rejimiento de *Cazadores*, a quien, sin embargo, por derecho de antiguedad, correspondia la derecha de la formacion. El comandante Venegas estaba a su cabeza, aunque solo tenia a sus inmediatas órdenes en aquel encuentro uno de sus escuadrones.

En el flanco derecho de la línea del jeneral Cruz, formaba, como ya dijimos, el rejimiento de Ruiz, que habia tomado posicion, oculto tras un bosquecillo de álamos, en la inmediacion de un pequeño molino, i dos escuadrones que se encontraban a vanguardia, siendo uno de estos de tiradores (1).

(1) Nunca hemos podido saber con fijeza a que rejimiento

Al son de los clarines, lanzáronse los Cazadores de Venegas sobre aquellos dos escuadrones que parecian aislados, i en pos de ellos, los Granaderos, miéntras que Yañez tomaba con sus Lanceros los aires de táctica i el mayor Las Casas quedaba firme con su escuadron, sirviendo de reserva.

La carga fué valientemente ejecutada por los Cazadores; i los dos escuadrones enemigos, rotos i desordenados por aquella embestida, retrocedieron en confusion. Pusiéronse entónces a perseguirlos, Cazadores i Granaderos, rebalsando la línea de infanteria de Cruz i aun la posicion de la columna de reserva que hizo un cambio de frente para contenerlos.

Mas, en esta coyuntura, como el leon que salta de su guarida, Eusebio Ruiz salió de entre los árboles que lo encubrian, i cargando de flanco a los escuadrones enemigos que venian persiguiendo, púsolos en súbita confusion. Volvieron entónces cara, a su vez, los mas de los soldados del gobierno i fueron a rehacerse a retaguardia. Mas Ruiz habia cortado un grupo considerable de los que iban adelante; i viéndose estos aislados i sin poder retroceder, pusiéronse en fuga, dispersándose por la campiña, en direccion a las márjenes del Cato. Casi todos aquellos desgraciados perecieron en la persecucion que se les hizo. Eran, en su mayor número, granaderos a caballo i, como se hubiera dicho que en Petorca habian acuchillado a los rendidos, teniánles particular odiosidad los jinetes rebeldes, a quienes sus jefes asuzaban. Asi fué que cuando los vieron en derrota, distinguiéndolos por el panta-

pertenecian estos dos escuadrones de los rebeldes. Nos consta solamente que uno era de carabineros i pertenecia al cuerpo de Zañartu, pero ignoramos quien lo mandase. En cuanto al otro, nos inclinamos a creer fuese el escuadron de Souper, por la parte que este tomó en el combate, i a quien, sin duda, el jeneral Baquedano habia señalado aquel puesto, desprendiéndole del rejimiento de Puga a que pertenecia i que formó a la izquierda.

lon grana que usaban, comenzaron a decir muchas voces a la vez—*A los colorados! a los colorados!* i enrristrando lanzas, iban los terribles fronterizos de Ruiz acuchillándolos por las espaldas.

Tomaron tambien parte en este ejemplo de ferocidad los indios de Colipí, que no llegaban a 40, miéntras que los de Maguil se habian mantenido inactivos en el punto en que estaba la provision del ejército, léjos de todo peligro. Estos bárbaros se manifestaban aterrados con el estallido de las bombas, cuyo uso les era al parecer desconocido, pues cuando algunos oficiales fueron a decirles que cargaran, señalaban con sus lanzas el espacio i tratando de remedar con el jesto el estallido de aquellos proyectiles, daban a entender que ellos tenian miedo de pelear con enemigos que hacian caer sus fuegos del cielo (1). Solo uno de aquellos carniceros araucanos se mostró sobre el campo de batalla, digno de la fama de sus mayores i de las hazañas que aquellos ejecutan solo en su nativa tierra; i fué este el adolescente heredero de los bravos Colipí, quien matando a un granadero, de hombre a hombre, con su lanza, lo despojó de su bruñida coraza, i teñida todavia de sangre, se la ciñó al pecho, mostrándose ufano de su triunfo.

Entretanto, los Cazadores, reorganizados a retaguardia, habian vuelto a la carga, conducidos por el bizarro capitan Villalon, pues Venegas, que hacia la guerra a su pesar, se habia retirado del terreno, asi como el comandante Yavar.

(1) Casi todas las bombas que se dispararon en Monte de Urra por la artilleria del ejército del gobierno, reventaron en el aire. El coronel Escala, quien nos ha confirmado en este aserto, atribuye aquella circunstáncia a que, estando mal arregladas las roscas o tornillos de graduacion para las punterias de los obuses, no se podia acertar a medir la elevacion.

Dejó este su cuerpo a sus mas acreditados capitanes don Serapio Diaz i don Roque Allende.

Trabóse entónces, entre los fronterizos de Ruiz i aquellas tropas veteranas, uno de esos combates que nuestros soldados de caballeria llaman de *entrevero*, i por un considerable espacio, no se oyó sino el choque de los sables de los aguerridos jinetes de Búlnes i el bote de las lanzas que los voluntarios del Biobio asestaban contra sus corazas. El ajitado tropel de los caballos, su pesado resollar, los ayes de los que caian, las voces de mando, el son de los clarines, que ya tocaban repliegue, ya el avance, i los raros disparos de las pistolas i carabinas de los combatientes ; tal era el aspecto que presentaba el terreno en que se batian las caballerias, envueltas, como en Junin, por una carga de flanco, que habia hecho vencedores a los vencidos.

Tan grande era la confusion de aquel enjambre de combatientes que, habiendo mandado tocar reunion el alferez de granaderos a caballo don Benjamin Diaz Valdez a un corneta de su cuerpo que vió a su lado, vinieron a formar los propios soldados enemigos i, reconociéndolo, lo obligaron a rendirse, junto con otro oficial de su cuerpo llamado Molina. El jóven Valdez entregó su espada al valeroso Souper que acababa de quebrar la suya sobre la coraza de un soldado que reusaba rendirse, i cuando aquel fué conducido a la presencia del jeneral Cruz, en el mismo campo de batalla, preguntándole éste si era pasado, como acababan de decírselo, asomó una lágrima a los ojos del pundonoroso mancebo i díjole con entereza—*No, mi jeneral, soi prisionero!*

Entretanto, i en lo mas ardiente de aquella obstinada lucha, habian venido dos nuevos cuerpos a tomar parte en la refriega. Del ala izquierda, se desprendia el bizarro Lara con el escuadron de tiradores veteranos que mandaba, i

avanzando a galope sobre el sitio donde tenia lugar el choque, llegaba a la hora oportuna para decidir el combate. De parte del ejército del gobierno, llegaba, al mismo tiempo, el comandante Yañez con sus intrépidos aunque bisoños lanceros i «como tonto atolondrado», segun sus propias palabras de soldado, penetró en medio de aquella vorájine de enardecidos combatientes. Mas, rodeólo al punto Lara, mientras una compañía del Carampangue, que estaba tendida en emboscada dentro de una sementera de trigo ya del todo crecida, hizo su aparicion por un flanco con una descarga cerrada. Yañez se creyó perdido i él o uno de sus oficiales gritó: *estamos rendidos!*, a lo qué, adelantándose el jeneral Baquedano, ordenó parar el fuego e hizo señales al mayor Gaspar para que no disparase un cañon cargado a metralla, que, desde la bateria de la derecha, apuntaba en ese momento contra el escuadron que se mantenia inmóvil.

En tan crítico momento, es avisado el jeneral Búlnes del peligro en que está toda su caballería, i ordena a su bizarro ayudante, el comandante don Antonio Videla Guzman, que se ponga a la cabeza del tercer escuadron de Cazadores i cargue en proteccion de sus comprometidos i desorganizados escuadrones veteranos. Verificólo aquel con celeridad i pujanza; i al notar Yañez aquel movimiento salvador, cobra ánimos, da la voz de media vuelta i se escapa por entre los grupos de sus propios captores, tan sorprendidos como él (1).

(1) He aquí como cuenta Yañez este lance, en una carta fechada en Chillan el 23 de noviembre de aquel año i que se publicó en el *Boletin Oficial* de aquellos dias. «I yo, como tonto atolondrado, dice, me perdí con el cuerpo i me fuí a los enemigos, *los que me consideraron su prisionero*, apesar de haber yo rehusado al jeneral Baquedano, quien me lo intimaba i con quien cruzé

Con la escapada de Yañez, que no fué perseguido, tuvo fin el combate i gran parte del éxito del reñido combate de Monte de Urra. Los cañones apagaron sus fuegos, i las líneas se alejaron alguna distancia entre sí, mientras los cornetas de la caballería iban por los campos tocando reunion a los dispersos. A las tres i media de la tarde, todo estaba terminado i no se observaban sino las maniobras que hacian ambos ejército para ponerse a cubierto de un nuevo ataque. Toda la refriega no habia durado mas de dos horas (1).

XVII.

El hecho de armas de Monte de Urra fué, mas que una batalla, un palenque de caballeros. Pelearon los jinetes de uno

mi lanza; i por un milagro, me desprendí de ellos con mi escuadron, a fuerza de lanza.»

La version que hace el jeneral Baquedano de esta peripecia es algo distinta, segun una carta que sobre este combate ha tenido la bondad de dirijirnos últimamente.

«Lo que recuerdo, dice, del encuentro de Yañez en los Guindos, es que en las escaramusas que tuvo la caballería en aquel lugar, Yañez, quizá sin advertirlo, se encontró envuelto con la caballería que yo mandaba, i cuando se vió en peligro, pretestó que estaba rendido, como me lo gritó, i yo creí que realmente viniera pasado i ordené a mi ayudante, coronel don Ceferino Vargas, lo desarmase i se entendiese con Yañez. Mientras tanto, yo mandé un movimiento a mi caballería i me retiré un momento, circunstancia que aprovechó Yañez para escaparse con su escuadron.»

(1) He aquí la sucinta manera como el comandante Silva Chaves describe la funcion de armas de Monte de Urra, en cuanto a sus operaciones estratéjicas.

«Habiendo situado la línea Cruz, dice aquel jefe en su diario de campaña, frente de los Guindos i en direccion paralela a la nuestra, pero a no ménos distancia de una milla, se me hizo

i otro ejército con estraordinaria bizarria, i tuvo por mucho la peor parte del encuentro la caballeria del gobierno. Quedaron fuera de combate cerca de cien de sus mejores soldados, i la dispersion de las milicias, que fugaron hácia el Ñuble, fué casi completa (1). El cuerpo que mas habia

salir con la columna de cazadores, compuesta de tres compañías; se me ordenó avanzar, i yo me creí era el objeto de protejer el movimiento de la línea, pero avanzé, me acerqué al enemigo, i rompí mis fuegos, que fueron contestados por dos compañías que a la vez salieron del jeneral Cruz. Despues de media hora de fuego i a cierta distancia, porque mis balas alcanzaban a la línea del jeneral Cruz, miro atras i veo que la línea no se habia movido i que podia ser cortado, sin proteccion por la distancia. Sigo mi fuego en retirada, i al acercarme, se me mandó órden para que me replegase a la línea. El coronel don Ignacio Garcia, jefe de la caballería, habia hecho pasar a vanguardia de la línea toda la caballería en columna cerrada, no sé con que objeto ni que se propuso con tamaña imprudencia, i sin órden del jeneral en jefe. El enemigo no hizo mas que ver la caballería de *blanco*, rompió el fuego su artillería sobre nuestra caballería, i para complemento del desatino, Garcia mandó desfilar la caballería por enfrente de la línea de infantería, no pudiendo nuestra artillería contestar los fuegos enemigos. Despejado el frente, éteme aquí con el gran cañoneo, sin consecuencia de ninguna parte.»

(1) Segun una lista nominal, hecha por el ayudante de estado mayor Gomez Garfias, con fecha de enero 12 de 1852, el número de los muertos del ejército del gobierno ascendió solo a 15 i el de los heridos a 69; pero este estado es inexacto, desde que omite las bajas que tuvo el rejimiento de Cazadores, que, segun una revista de este cuerpo que hemos consultado en su mayoria, fueron 7, de modo que el total de plazas puestas fuera de combate fué de 91, sin contar los dispersos i de 30 a 40 prisioneros, entre los que figuraban dos oficiales. En cuanto a la pérdida del ejército del sud, aparece que no pasó de 30 hombres, siendo 7 los muertos i 21 los heridos, aunque el coronel Zañartu dice en su diario que aquellos fueron 14.

Algunos hacen subir las pérdidas del jeneral Búlnes a un número mayor. Silva Chaves, en su diario, señala el doble de muertos que el que fija Gomez Garfias, esto es 46, cuando en la lista nominal

sufrido habia sido el de Granaderos a caballo. Muchos de sus bravos perecieron defendiendo su montura a pecho descubierto; otros fueron heridos por la espalda, cuando se dieron a la fuga, recibiendo ominosa muerte de las lanzas araucanas, único baldon de aquella jornada.

Distinguiéronse, entre los oficiales del gobierno, el coronel Gana, que tuvo su caballo herido de bala de fusil, habiendo escapado antes de una bomba que reventó a pocos pasos de distancia del sitio en que se encontraba con el jeneral Búlnes, cubriéndolos a ambos del polvo que levantó al estallar. Murió, como hemos dicho, el ayudante San Martin i fueron heridos los oficiales Urzúa de Granaderos, i el alferez de los Lanceros de Colchagua don Belisario Ibañez, valeroso mancebo, hijo de aquel famoso coronel Ibañez que enlazó los cañones del enemigo en una salida del sitio de Rancagua, i por último, el esforzado oficial de Cazadores don Santos Alarcon, cuyo nombre, en los anales militares del sud, es sinónimo de bravura.

Entre los jefes de los rebeldes, señaláronse muchos nombres con elojio. Ninguno podia sonar mas alto que el de Eusebio Ruiz, pero el jeneral Cruz premió la bizarria del ca-

de éste son solo 22 (comprendiendo las bajas de los Cazadores). Vicuña los aumenta a 51 i a 90 heridos. Por último, en una carta del jeneral Cruz fechada en Baeza, el 24 de noviembre, dice este jefe que el enemigo perdió 160 jinetes entre muertos, prisioneros i heridos.

En el documento núm. 11 del Apéndice, publicamos la lista nominal de los soldados del gobierno que perecieron o fueron heridos en Monte de Urra, no solo por ser un comprobante tristemente auténtico de la importancia militar de este hecho de armas, sino como una ofrenda a la memoria de esos hombres del pueblo que no tienen mas epitafio que la raya de tinta que pasan sobre sus nombres los comisarios encargados de ajustar el prest de los que han sobrevivido.

pitan Grandon, confiriéndole el grado de mayor en el campo de batalla, título de gran valia, porque nadie se mostró mas parcimonioso en los ascensos que aquel severo caudillo. Fué herido tambien un capitan de Arauco llamado Saens, a quien un casco de granada rompió un pié en la caballeria de reserva i una bala de cañon trajo al suelo, sin mas lesion que la caida, al ayudante Alvarez Condarco que pasaba a galope al frente de la línea. Entre los jefes que no eran veteranos, Souper i Lara llevaron los mejores aplausos de la jornada.

Los cuerpos de infanteria hicieron solo una lucida parada militar. Su ardimiento por el combate habia sido estraordinario, sin embargo, i habíase visto, al principio de la accion, un voluntario del *Guia* que, habiendo recibido una bala fria en la mejilla, corrió al hospital, sin soltar su fusil, sufrió la dolorosa extraccion que le hizo el cirujano Andreas i, sin admitir mas venda que un trozo de tela emplástica, corrió de nuevo a las filas a vengar su sangre (1). De los soldados enemigos, contábase tambien de un cazador llamado Henriquez, asistente del capitan Castillo, que teniendo la coraza i el pecho perforados con una bala, rehusaba rendirse, hasta que la sangre i la ira le ahogaron, derribándole de su caballo. Otro valiente sarjento de Granaderos a caballo, llamado Vallejos, favorito del jeneral Búlnes i que, despues de los peligros de aquel dia, fué a morir noblemente en un vado de Longomilla, tratando de salvar una mujer que se ahogaba, se defendió en combate singular contra un enjambre de enemigos que le perseguia, hasta que logró abrirse paso hasta los suyos, por la sola fuerza de su brazo i el filo de su sable.

(1) Aquella bala, que derramó la primera sangre en los combates de la campaña del sud, fué conservada durante algunos años por mi hermano, Bernardo Vicuña, que presenció el lance que contamos.

XVIII.

Pero no fueron las proezas del heroismo ni la sangre vertida en el campo lo que dió realze i nombradia al combate de Monte de Urra, en presencia de la revolucion. Fué el espíritu marcial, el orgullo del éxito, la exaltacion en la fé i en la justicia de la causa, el sentimiento que cundió entre las filas que habian proclamado aquella, i el necesario abatimiento que las peripecias de aquel encuentro produjeron en sus contrarios. La sangre de los bravos chilenos se hizo así el bautismo de la idea que ganaba igual terreno con el triunfo i el martirio i sus mil disparos de cañon se disiparon solo como la salva que prometia a la causa de la República, mas allá de sus funerales, los dias de ventura que hoi comienzan a sonreirla.

En un sentido militar, el hecho de armas de Monte de Urra no fué sino el *fogueo* de la tremenda batalla de que era precursor i que la tradicion coloca ya en el número de las grandes catástrofes de Chile.

XIX.

A las seis de la tarde, estaban ya acampados i en completa tranquilidad ambos ejércitos, despues de aquella fatigosa jornada.

A la mañana siguiente (20 de noviembre), el jeneral Búlnes entró a Chillan, despues de maniobrar, como si hubiera querido atraer al enemigo a un combate jeneral, i el ejército revolucionario regresó a su antigua posicion de los Guindos

El jeneral en jefe del ejército del gobierno consideraba una sobrada compensacion, para el parcial fracaso que habian sufrido sus armas, la ocupacion de un pueblo tan abundante de recursos como era la ciudad de Chillan.

El caudillo de los rebeldes, que por sus vacilaciones habia dado aquella ventaja al enemigo, se retiraba tambien, satisfecho del éxito alcanzado por los suyos.

XX.

En cuanto a su jenerosa, pero mal aconsejada inspiracion de obtener una solucion pacífica de la contienda, los escuadrones del gobierno habian venido a traerle en las puntas de sus lanzas la respuesta de los ajentes de aquel, mientras que su parlamentario era detenido en las filas enemigas. Solo muchas horas despues, regresó este con la siguiente noble respuesta que cierra dignamente los acontecimientos de aquel primer cuadro de la campaña del sud.

CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA (1).

«He recibido la nota que U. S. ha tenido a bien dirijirme en la mañana de hoi, en que me manifiesta estar dispuesto a

(1) Hé aquí el oficio en que el jeneral Búlnes daba cuenta al gobierno de su manera de concebir las propuestas de paz del caudillo de la revolucion, asi como de las operaciones militares del dia 19.

CUARTEL JENERAL DEL EJERCITO DE OPERACIONES SOBRE EL SUR.

Chillan, noviembre 21 de 1851.

«Me ha parecido conveniente dar a US. por separado cuenta del contenido de una comunicacion que el jeneral don José María de la Cruz me dirijió el 19 del corriente, al tiempo de pre-

arreglar conmigo la cuestion militar pendiente, de un modo que garantice el órden público, mientras la nacion pueda espresar sus intereses i su voluntad. U. S. se sirve invocar, a este propósito, los sentimientos de humanidad i de patriotismo que le impelen a dar este paso, i espone los resultados lastimosos que pudieran resultar de mi negativa, en atencion a haber en el ejército de su mando un número de indios bárbaros, de cuya conducta parece no se atreve U. S. a salir garante.

Me es sensible tener que contestar a U. S. que no invisto carácter ni facultad alguna, en virtud de la cual me sea dado

sentarme al frente de su campo. Por la copia de ella que incluyo, se impondrá US. de los términos bastante jenerales i vagos de que se sirve para proponer medios de avenimiento. Ellos son susceptibles de diversas esplicaciones, de manera que pueden interpretarse en distintos sentidos, mas o ménos exajerados o prudentes. Podria parecer quizá que debió pedirse al jefe que los suscribia que determinase su mente, reduciendo la invitacion que hace a medidas determinadas; pero, como todas las interpretaciones posibles daban siempre por resultado la indicacion de alguna interrupcion jeneral o parcial en el réjimen constitucional de la República, entendí que no tenia facultades para oir semejantes medios de avenencias, i que el sostener correspondencia de esta clase no produciria otro resultado que demorar las operaciones, i dar lugar a que se reuniesen al campo enemigo los refuerzos que le venian en marcha desde Concepcion. En consecuencia, me determiné a dar la contestacion de que remito copia. Por ella verá US., que repeliendo las propuestas que se me hacian, he dejado abiertas las puertas para cualquier avenimiento sobre la base de respetar el réjimen legal de la Nacion.

«Por lo demas, conviene que US. sepa que, al mismo tiempo que mis avanzadas recibian al parlamentario, una partida desprendida del campo enemigo, compuesta en su totalidad de indios bárbaros, cargó a otra que habia avanzado para cubrir un flanco. Asi es que fué menester romper el fuego para procurar la defensa. Mas adelante i en los momentos mismos en que contesba la nota, hallándose los ejércitos al frente, el cañon de los sublevados rompió de nuevo el fuego, obligándome a poner en

revocar los actos políticos que ha ejercido la República recientemente i que están consagrados por las formas constitucionales de que U. S. mismo ha sido por largo tiempo celoso defensor, i por la autoridad del Congreso Nacional, cuyos actos ha acatado U. S. del mismo modo que yo. Soldado del gobierno proclamado por el órgano competente, no puedo celebrar con U. S. acto alguno valedero que tienda a revocar en duda la existencia de ese gobierno, i hacer pasar a la República por un nuevo período electoral, que lei alguna determina i que no tendria otro orijen que la estipulacion desautorizada de dos jefes militares, a quienes la Constitucion impone por único deber la obediencia.

movimiento mi caballería i jugar la artillería para contestarlo. De esta manera, me cabe la satisfaccion de decir que la iniciativa de la sangrienta jornada de ese dia, corresponde a los enemigos, no obstante su aparente intento de abrir comunicaciones de paz.

«Sírvase US. poner en conocimiento de S. E. el Presidente de la República el contenido de esta comunicacion.

Dios guarde a US.

Manuel Búlnes.»

Al señor Ministro de la Guerra.

Don Manuel Montt, a su vez, daba noticia de aquellos sucesos a uno de sus subordinados (el coronel don Pablo Silva, gobernador entónces de Ovalle), con las siguientes palabras, en carta fechada en Santiago el 25 de noviembre.

«Nuestro ejército pasó el Ñuble con felicidad, i despues de un encuentro de las caballerías de ambas partes, bastante ventajoso para la nuestra, ocupó a Chillan el 20. Cruz estaba en los Guindos, parapetado detras de fosos i palizadas. La corta distancia que mediaba entre ambos hace esperar bien pronto una accion decisiva. El resultado lo esperamos con confianza, por que nuestro ejército es numeroso, está bien provisto de todo, se encuentra animado de un excelente espíritu, hai verdadero entusiasmo, no solo en los jefes sino tambien en la tropa, i porque nuestra causa es justa.»

«Conozco que la humanidad i el patriotismo exijen evitar el sacrificio sangriento de las víctimas que están prontas a ser sacrificadas; pero invocando esos mismos sentimientos de que U. S. ha dado pruebas, me permito representarle que no soi yo el que he invocado las armas para resolver una cuestion política que debió terminar en la urna electoral, sino que he sido mandado por el gobierno para sofocar el pronunciamiento que en el mes de setiembre pasado hicieron en Concepcion una parte de las fuerzas militares que guarnecian aquella provincia. En manos de U. S. está precaver el derramamiento de sangre, haciendo que esos cuerpos vuelvan a tomar la actitud que la lei les impone. Si la República tiene derechos que hacer valer o libertades que reivindicar, ella es bastante poderosa i fuerte para verificarlo en las elecciones populares que deben verificarse en breve. Desde luego, por lo que a mi toca, puedo ofrecer un relijioso acatamiento a su resultado, del mismo modo que demando el de U. S. i el de los militares que están a sus órdenes al que ha tenido lugar en junio i julio del presente año.

«Reclamo de U. S. una séria atencion acerca del empleo que me anuncia de un cierto número de bárbaros en una guerra lastimosamente encendida entre jente civilizada. U. S. reconoce que no puede contener su crueldad nativa en el caso de obtener una victoria; yo me apresuro a recordar a U. S. que esos estragos que me anuncia van a ejercitarse sobre ciudadanos de la República, sobre chilenos, sobre hermanos, i que la matanza bárbara que ellos pueden esperimentar llenaria de consternacion i de duelo centenares de familias, i que sublevaria esos mismos sentimientos de humanidad i patriotismo de que U. S. se muestra poseido. En el momento de recibir la proposicion de paz que contesto, contraviniendo, sin duda, las órdenes de U. S., han atacado

al ejército de la República de que son porfiados enemigos, i me han obligado a una defensa que ha retardado la contestacion de la nota. Por lo demas, repelo la increpacion que U. S. hace a mi gobierno, de haber intentado emplear en defensa de su causa aquel vedado apoyo. No se podrá citar un solo testimonio de esa dolorosa iniciativa, i sí acreditar de que se ha ejercido la influencia de que se estaba en posesion para contener i moderar sus ímpetus exacervados por ajenas causas.

«Al terminar esta nota, me complazco en manifestar a U. S. que nunca he desmentido los sentimientos de humanidad i aun de la mas alta clemencia que han guiado mi conducta como funcionario público. Al frente hoi del ejército de la República, no son compromisos personales los que me han colocado en este puesto, así como no es tampoco personal la causa que defiendo. El supremo gobierno tuvo a bien llamarme a las filas el mismo dia en que entregaba la banda tricolor. El llamamiento que se me hizo no vacilé en aceptarlo, cumpliendo con los deberes que la patria impone al soldado i al ciudadano. Yo deploro como el que mas toda efusion de sangre i me congratularia sobremanera de poderla ahorrar por los medios que nos franquean la constitucion i las leyes.

Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.»



CAPITULO X.

LA RETIRADA DEL JENERAL BÚLNES.

Operaciones de la division Alemparte i su estraña tardanza para reunirse al ejército.—Esplicaciones sobre este particular dadas por aquel jefe.—El jeneral Cruz traslada su campo a la orilla sud del rio Chillan para protejer la incorporacion de aquella.—Juicio sobre este movimiento retrógrado.—Organizacion de partidas disciplinadas sobre el Itata.—Don Juan Antonio Pando es nombrado intendente de la provincia del Maule.—Carta del jeneral Cruz al intendente Tirapegui en que detalla sus operaciones.—El ejército revolucionario ocupa de nuevo su campamento de los Guindos.—Se subleva en Huaquillo un escuadron de milicias.—Motin del batallon Curicó en Talca.—Montoneras en Colchagua.—Difícil posicion del ejército del gobierno en Chillan.—Don Pedro Felix Vicuña ofrece marchar a Talca con una division de caballeria lijera.—Empeños de Alemparte, Urrutia i Baquedano en el mismo sentido.—El gobierno de la capital teme aquel movimiento i ordena al jefe del canton militar de Talca defender el Maule a toda costa.—Resistencia del jeneral Cruz a aquellos planes.—Desazon que produce ésta entre los jefe revolucionarios.—El jeneral Urrutia se dirije con algunas fuerzas a ocupar los pueblos de la provincia del Maule.—El ejército rebelde pone cerco a Chillan.—El jeneral Búlnes fomenta la reaccion entre los oficiales veteranos de aquel.—El comandante Molina recibe secretamente

despachos de teniente coronel del enemigo.—Dos ayudantes del jeneral Cruz son encausados por sospechas.—Rumores siniestros que circulan entre los soldados.—Discordias de los jefes rebeldes entre sí.—Revelaciones del comandante Urízar al coronel Zañartu.—Situacion análoga del ejército del jeneral Búlnes.—El comandante Venegas se retira del servicio.—Refranes característicos de los soldados enemigos.—El jeneral Búlnes resuelve contramarchar al Maule.—Espresiones del jeneral Cruz al tener noticias de este movimiento.—Tardanza que pone en la persecucion del enemigo.—Tiroteos de las descubiertas.—El ejército del gobierno repasa el Ñuble.—El jeneral Baquedano se ofrece para atacarlo en aquella operacion, pero se niega el jeneral Cruz.—Disgusto del ejército al saber que el enemigo ha pasado el rio sin ser atacado.—Sarcasmos peculiares de los soldados rebeldes.—Los indios se desertan en masa, i se fugan varios destacamentos del ejército.—Consecuencias funestas a la revolucion del repaso del Ñuble por el jeneral Búlnes.—Elementos que aguardan a éste i ejército de reserva que se propone organizar el gobierno.—El ejército revolucionario atraviesa el rio por el vado de Dadinco.—Marcha de los dos ejércitos hasta el Maule.—Revelaciones del comandante Urizar en el campamento de Longaví.—Ataque infructuoso del Parral.—El jeneral Búlnes situa su campo en el cerro de Bobadilla i el ejército revolucionario ocupa las casas de Reyes en el valle de Longomilla.—Proximidad de una batalla decisiva.

I.

Al referir, en el capítulo que precede al anterior, el desenlace de la rebelion del comisario Zúñiga, decíamos que la division pacificadora de la frontera habia emprendido su marcha desde Concepcion para reunirse al ejército revolucionario, solo el dia 17 o 18 de noviembre, esto es, doce dias despues de haber terminado su mision en la Araucanía. Decíamos tambien que aquella tardanza inesplicable en un hombre del carácter i de los recursos del intendente Alemparte,

que mandaba en persona aquella fuerza, iba a acarrear los mas sérios contratiempos a la marcha de la revolucion, que tan próspera corria hasta aquella época.

Hemos dicho tambien anteriormente que la demora de este refuerzo fué la causa principal, acaso única, de no haber empeñado el jeneral Cruz una batalla campal ni en los Guindos, atacando de flanco al ejército del gobierno, ni en Monte de Urra, arrollando su línea de frente, despues del choque de las caballerias. Asi fué que apenas habia tenido lugar este hecho de armas, el jeneral Cruz, no siendo ya dueño de su impaciencia, escribió a Alemparte en el mismo campo de batalla i sobre una caja de guerra las siguientes palabras.—«Son las seis ménos veinte; i nos encontramos ambos ejércitos bajo el tiro de cañon. A mas de 40 muertos perdidos por el enemigo, se le han huido i dispersado mas de 100. No he querido comprometer la infanteria, suponiendo que U. puede reunírsenos esta noche. Su marcha debe ser por el camino que ántes le he indicado. Si los enemigos se dirijen a Chillan, yo marcharé a la orilla de este rio, para tomar el puente. Nuestra pérdida consiste en tres indios, dos soldados de cazadores i un alferez muerto, i cinco individuos heridos» (1).

II.

Ya, muchas horas antes, habia salido al encuentro de Alemparte el infatigable Pradel. Encontrábase este en Chillan, durmiendo tranquilamente, despues de haber estado a caballo varias semanas consecutivas, acarreando refuerzos al

(1) *Boletin del sur*, lib. 2.°, núm. 9.

ejército desde la frontera. Solo en la tarde anterior habia llegado a los Guindos con 150 hombres de caballeria, que habia reunido en los Anjeles, despues de la muerte de Zuñiga; i no sospechando que el jeneral Búlnes se propusiese marchar sobre Chillan, se habia venido a descansar a casa de un amigo, en este pueblo.

Los primeros disparos de cañon vinieron a anunciarle, en la mañana del dia 19, la presencia del enemigo. En el acto mismo, pidió su caballo, i seguido de una partida armada, que siempre le acompañaba en sus escursiones, se dirijió a revienta cinchas a dar aviso a Alemparte de lo que ocurria i a pedirle apresurase su marcha. A las ocho de la noche de aquel mismo dia, Pradel llegaba a la Florida, habiendo salido de Chillan a las 11 de la mañana. Ahi estaba acampada la division de Alemparte, i se dió órden para que mui de madrugada emprendiese su marcha hacia el Itata.

III.

Componíase lo mejor de la division de Alemparte de un lucido batallon de 300 plazas (formado principalmente de los bien disciplinados milicianos de Arauco i otros puntos del departamento de Lautaro, por lo que se habia dado este nombre a aquella tropa) i de un escuadron de mas de 100 jinetes, armados con los sables i carabinas sorprendidas en la goleta *Primavera*, en la embocadura del Lebu. Venian ademas 150 indios de la costa i algunos grupos de caballeria que componian un total de cerca de 700 hombres.

Mandaban estas fuerzas los capitanes Apolonio i Condesa, el primero como comandante del batallon Lautaro, i a cargo el segundo, hombre valeroso, natural de Arauco, de la

caballeria i de los indios, que traian tambien sus respectivos capitanejos i lenguaraces.

Por el camino llamado de arriba, mas hácia la cordillera, marchaba, al mismo tiempo, conduciendo algunos centenares de indios de las tribus que habian inmolado a Zúñiga i unos pocos milicianos de caballeria el coronel Barnachea, tan famoso por su fidelidad al jeneral Freire, quien, a pesar de encontrarse ya mui anciano i decaido de espíritu, se habia dirijido desde Concepcion a los Anjeles, a hacerse cargo de aquella fuerza, por órdenes del intendente Tirapegui, el 11 de noviembre.

IV.

El 20 de noviembre por la tarde, Alemparte i Pradel pasaron el Itata i se acamparon con la caballeria de su division en Búlnes, aldea situada a dos leguas de Chillan por el camino recto del sud i solo dos del Itata, miéntras la infanteria permanecia en la vecindad del Itata a las órdenes de Alemparte.

Supieron aquí aquellos jefes que el ejército del gobierno habia ocupado a Chillan, interponiéndose, por consiguiente, en cierta manera, entre ellos i el jeneral Cruz, que ocupaba los Guindos, dos leguas hácia el oriente de aquel pueblo. En esta situacion, una estraña alarma se apoderó de Alemparte, miéntras que Pradel se manifestaba cada momento mas empeñoso por incorporar aquellas fuerzas al ejército revolucionario. Temia el primero que el enemigo, sabedor de su aproximacion, destacase su caballeria sobre el Itata i lo atacase en detalle, cortándole su retirada. En consecuencia, todo su empeño era tomar posiciones al sud del Itata para ponerse

a cubierto de una sorpresa i con este objeto, hizo repasar el rio a la infanteria aquella noche. Pradel, al contrario, le hacia ver que el medio mas espedito de evitar cualquier peligro era marchar aceleradamente a reunirse con el jeneral Cruz, cuyas operaciones dependian ahora esclusivamente de la cooperacion de aquel auxilio; i como él fuera mui conocedor de todos los senderos de aquella localidad, ofrecíase a conducir la division hacia los Guindos, tomando por la ribera del Diguillín i dando un corto rodeo hácia el oriente. Convino al fin Alemparte en aquel plan, despues de haber dado muestras de la irritabilidad de su carácter en las disputas con su correlijionario, que, a fé, no le iba en zaga en arrebatos de impetuosidad, pues el acaso habia reunido en aquella coyuntura a los dos terribles proconsules de la revolucion del sud, que, en esta vez, si no vinieron a mayores, fué sin duda porque el uno tenia en su locuacidad una válbula de escape que aplacaba su exaltacion, i el otro encontraba en su sordera un muro que contuviese los desbordes de su índole voracísima.

Mas no fué poca la sorpresa de Pradel cuando, al ponerse en marcha al amanecer del dia 21, conforme al plan convenido, le dieron aviso que Alemparte se dirijia hácia el sud con la caballeria (1). Lleno de ira, resolvió entónces Pradel

(1) Hemos hablado posteriormente con el señor Alemparte sobre estas operaciones, i segun su esposicion, era su plan retroceder mas allá del Itata para reunirse a Cruz por la ceja de la montaña. A fin de ejecutar este movimiento, tenia que hacer un inmenso rodeo; pero en su concepto, Búlnes le acechaba de cerca para atacarlo, i a este efecto, habia encontrado en Larqui comunicaciones de aquel jefe, en que pedia noticias exactas de los movimientos i fuerzas de su division. Estaba pues resuelto a contramarchar i lo habria hecho, para salvar a toda costa su columna, si no hubiese recibido una carta de Cruz, anunciándole

dirijirse a los Guindos a dar cuenta al jeneral Cruz de aquellos estraños sucesos, lo que ejecutó ántes del medio dia, marchando por la orilla del Diguillin con un peloton de 40 o 50 milicianos de caballeria que quisieron seguirlo de la tropa de Alemparte. Este, entretanto, habia repasado el Itata, dando lugar con su desautorizado pànico, a que se ahogaran algunos soldados en la prisa de aquella operacion, i siendo causa del desaliento de sus fuerzas, del cansancio inútil que les imponia, i mas que todo, de la fatal paralizacion en que obligaba a permanecer al ejército revolucionario.

V.

En estremo disgustado el jeneral Cruz con el atolondramiento de su intendente de ejército, vióse en la necesidad de levantar su campo de los Guindos, lo que desbarataba sus mas acertadas combinaciones, pues tenia ahora que dirijirse

que se movia sobre el rio Chillan para protejer su incorporacion.

Segun el señor Alemparte, su idea favorita era obrar independientemente con su division, marchando por el camino llamado *del medio*, que corre por los declives orientales de las colinas de la costa, hacia Cauquenes i el Maule; pero este plan, que sin duda habria sido exelente con tropas bien organizadas, encontró una terca resistencia en el jeneral Cruz, quien le ordenó perentoriamente se le reuniese a toda prisa. Prometiase Alemparte obrar con tal celeridad que contaba llegar a Santiago con sus fuerzas en los primeros dias de diciembre; pero nosotros nos preguntamos ¿cómo habria sido posible ejecutar tamaña proeza, retrocediendo hácia el sud por el mero amago de una sorpresa? Sin embargo, en cumplimiento del deber de lealtad que nos impone nuestro propósito de justicia i verdad a toda prueba, estampamos aqui las anteriores reflecciones.

al sur, en lugar de tentar un movimiento sobre el Maule, que de seguro habria traido, en la situacion respectiva en que se encontraban los belijerantes, el pronto i feliz desenlace de la revolucion.—«El jeneral Cruz, dice uno de sus confidentes intimos (1), estaba mui incómodo i me dijo que Alemparte lo habia embarazado mucho en sus operaciones con su tardanza, pues él hubiera obrado con la fuerza que tenia; pero que la prudencia de un lado i la necesidad de quitar todo pretesto para que no lo culpasen si algun mal resultado lo acompañaba, le habia hecho esperar aquel refuerzo.»

Como militar, el jeneral Cruz obraba cuerdamente, al emprender aquel movimiento retrógrado; mas no, en manera alguna, como revolucionario. Retroceder, hemos dicho ya otra vez, al hablar de las rebeliones armadas de los pueblos, es ir en derechura a la perdicion de las causas que aquellas sostienen i que solo viven del entusiasmo i de la audacia. Avanzar, al contrario, es perseguir al triunfo, porque siempre salen al paso de las lejiones populares todos los hombres que aguardan el éxito o sus apariencias para alistarse en las empresas riesgosas. Fué el olvido de estos principios lo que al fin perdió al jeneral Cruz, pues siempre postergó su mision de caudillo popular a su deberes, por nimios que estos fuesen, de jeneral en jefe; i en esto, mas que en ningun otro accidente, se diseñó la contraposicion de los caracteres i roles diversos que cupo desempeñar a los caudillos de las armas en 1851. El jeneral Cruz obró siempre como si revistiera el ministerio i la responsabilidad del gobierno i del partido «del órden». Búlnes, al contrario, que era el campeon del último, se manifestó, en todas partes, revolucionario, audaz, e irresponsable. El ejército del sud, con este

(1) Don Pedro Félix Vicuña en su diario de campaña.

jefe a la cabeza, habria venido a formar en la plaza de Santiago la parada de la victoria. Con el jeneral Cruz, debia capitular en Purapel (1).

Pero el jeneral Cruz, aun sin comprometer en lo menor sus planes militares, podia mui bien dejar la division de Alemparte del otro lado del Itata para protejer la provincia de Concepcion, i pasar él mismo con su ejército el Nuble, mientras el enemigo se encontraba en Chillan, puesto asi entre dos fuegos, i habiéndose cambiado totalmente el papel que con la sublevacion de Zúñiga quiso hacer jugar el jeneral Búlnes al ejército revolucionario. Mas, aun no es tiempo de anticiparse a los acontecimientos ni a los cargos que ellos envuelven para los que asumieron la responsabilidad de aquellos ante la historia.

VI.

A las tres de la tarde del dia 21, despues de haber dejado pasar una lijera llovisna, emprendió su marcha el jeneral Cruz hácia el rio Chillan, pasó este rio, que en el verano no arrastra mas aguas que las que lleva, por lo comun, un mediano estero, i se situó en las casas de la hacienda de Boyen, propiedad de un señor Acuña, fuertísima posicion rodeada de arboledas i defendida por la alta barranca del rio Chillan.

(1) «El plan de un hombre de esperiencia, vuelve a decir el secretario jeneral Vicuña, aludiendo al carácter puramente estratéjico de las operaciones del jeneral Cruz, debe ser el de Fabio contra Anibal, Éste buscaba los combates, contando con la organizacion i el valor de sus soldados; mas aquel los evitaba, reproduciéndose en cuantos puntos le fuera posible, con lo que buscaba el apoyo de la opinion i el patriotismo de sus lejiones, con las que al fin venció a aquel terrible guerrero.»

Mantúvose el ejército revolucionario ahí acampado i completamente inactivo durante los dias 22 i 23, mientras una mortificante inquietud trabajaba la mente de su caudillo por la inesplicable tardanza que Alemparte ponia en reunírsele. Solo a las oraciones del último dia, se anunció al fin su aproximacion i luego entró al campamento en medio del entusiasmo de los soldados, que saludaban con alegres músicas la llegada de sus compañeros. El Lautaro recibió aquella noche los honores de su corta pero feliz campaña de la Araucanía, siendo colocado en primera fila, con preferencia a todos los demas cuerpos del ejército.

Venia la tropa que conducia Alemparte en estremo fatigada por sus marchas i contramarchas, i fué preciso perder todo el siguiente dia, concediéndolo a su reposo i a su organizacion. Confióse su mando al coronel Martinez, a quien se habia destituido del mando del Alcázar por la exesiva crueldad que empleaba con los soldados, agregándolo al estado mayor, i se nombró en calidad de segundo jefe al mayor Rojas, con retencion del mando de la columna de cazadores que se le habia confiado en el campamento de los Guindos.

Solo al amanecer del 25 de noviembre, fué dueño otra vez el jeneral Cruz de emprender su marcha con todas las condiciones de órden i seguridad que son propias del carácter de este antiguo militar. Pero, antes de moverse, envió a su incansable emisario Pradel a acelerar la marcha de los indios que conducia el coronel Barnachea, encargándole tambien organizara partidas de guerrillas (1) en toda la línea del

(1) He aquí la autorizacion suprema, en cuya virtud procedió Pradel a organizar sus partidas.

Noviembre 24 de 1851.

«Teniendo presente los graves perjuicios que se orijinan al pais de las partidas denominadas Montoneras, i siendo necesario

Itata, a cuyo fin decretó la organizacion de un escuadron de caballería denominado *los Libres*, al cargo del subdelegado del pueblo de Búlnes don José Maria Concha, antiguo oficial freirino, retirado desde Lircay, i que habia entrado en la revolucion con el mas decidido entusiasmo, segundando en todo los esfuerzos de Pradel, de quien era íntimo amigo (1).

tomar las medidas del caso para estirparlas, se autoriza al ciudadano don Bernardino Pradel para que disponga la organizacion de partidas en las subdelegaciones o distritos que lo considere necesario, bien bajo las órdenes de los respectivos subdelegados e inspectores, o de oficiales de los escuadrones o ciudadanos que crea mas aparentes para conservar el órden i perseguir a los malhechores i desertores. Esta autorizacion se estenderá a los dos curatos de Pemuco i Yungai i los subdelegados i demas jueces le facilitarán todos los recursos que de ellos pretendiese, pues se le faculta a mas de lo espresado para que dé a cada jefe de partida las instrucciones sobre que deben obrar, como asi mismo para que saquen animales para el sustento de ellas, dejando a los interesados el recibo competente, espresando su clase, calidad i valor. Les dará tambien para tomar cabalgaduras para el servicio a que son destinados, devolviéndolas a sus dueños, luego que encuentren como relevarlas, cuidando cada jefe de partida de su conservacion en el mejor estado de servicio. Anótese i transcríbase al intendente de la provincia.

Cruz. »

(1) Publicamos en seguida una carta inédita del jeneral Cruz al Intendente de Concepcion, en que da algunos detalles sobre sus operaciones i que se ha conservado orijinal entre los papeles de don José Luis Claro.

«Señor don Nicolas Tirapegui.

Boyen, noviembre 24 de 1851.

«Mi apreciado amigo:

«Con motivo del retardo de la union de la division de don José Antonio Alemparte i el riesgo en que se veia de poder ser cortada, una vez situada la fuerza enemiga en Chillan (pues podia desprenderse de fuerzas, sin esponerse a ser cortado por tal desprendimiento), mudé de campamento de enfrente de Chillan a este punto, para protejerlo. Este cambio no lo habria realizado si no

Adoptóse tambien en el campamento de Boyen la importante medida de nombrar intendente de la indefensa i casi acéfala provincia del Maule al influyente vecino don Juan

hubiese sido necesario el no comprometer accion, cuando esperaba ser reforzado.

« Hoi recibí la suya fecha 20, en el momento de estar preparado el ejército para volver a Chillan a tomar posesion nuevamente de los Guindos, o pasar de este punto, si los movimientos del enemigo lo hacian necesario. Paso hoi, sin dar mas que un dia de descanso a la infanteria traida por Alemparte, porque anoche recibí noticia de Chillan, venia con precipitacion de Talca un escuadron de Granaderos (criado nuevamente en Santiago) en refuerzo de Búlnes, por si me fuera posible cortarlo, aunque a la verdad, me es difícil, por lo trabajado de los caballos de la caballeria.

« Como el enemigo tiene solo fundada su confianza en la infanteria, creo no se desprenderá de las inmediaciones del pueblo, i, por lo tanto, si no lo hace, quedará por algunos dias en sitio, pues a mí tampoco me conviene concederle ventaja.

« Con el fin de mantener espedita la correspondencia con las fronteras i esa, he colocado desde ayer partidas volantes entre Larqui i el rio de Chillan, i hoi ha salido Bernardino para arreglarlas en los curatos de Pemuco i Yungai.

« Si mi campamento lo trasladase a las Cruces o Maipon, entónces, en lugar de dirijirle mis comunicaciones por el camino lo haré por abajo, por las balsas de Quinchamali o Cuca.

« No tengo, hasta esta hora (que son las nueve i media), noticia de los indios que deben venir con Barnachea, cuyo retardo siento, no solo por lo que se aumenta el inconveniente de su reunion, con mi adelanto al otro lado del rio Chillan, sino tambien porque ello me impide desprenderme de un escuadron con algunos pocos indios para tomar posesion de los pueblos del Maule.

« A mi casa, que me hallo sin novedad, i que deseo a ella como a Vd., la gozen mejor.

Su afectísimo i amigo.

José Maria de la Cruz.»

« El enemigo tiene en el hospital ciento sesenta enfermos, i de ellos la mayor parte heridos en la accion del 19. En el nuestro solo tenemos veinte i ocho, i entre ellos trece del enemigo, nueve heridos nuestros i los restantes de enfermedades naturales.»

Antonio Pando, quien se habia incorporado a la division del coronel Urrutia, desde que este levantó armas en el Parral, a mediados de setiembre (1).

VII.

A las nueve de aquella misma mañana del 25 de noviembre, pasaba el ejército revolucionario en compactas columnas por el paraje llamado Monte Badillo, distante solo media milla de los suburbios de Chillan, sin que el jeneral Búlnes hiciese ningun amago de ataque. La situacion respectiva de ambos ejércitos estaba ahora completamente cambiada, i Cruz hacia, en presencia del jeneral Búlnes, la misma marcha de flanco que este habia emprendido al pasar frente a los Guindos.

En la tarde de aquel mismo dia, el ejército revolucionario volvió a ocupar sus posiciones en aquella hacienda, cuyo vasto caserio i arboledas estaban infestados por la putrefaccion de los animales que habian servido para el sustento de la tropa i cuyos restos no se habia tenido cuidado de cubrir convenientemente.

Una semana completa habia transcurrido desde el mártes 19 de noviembre en que tuvo lugar el combate de Monte de Urra, hasta el martes 25, en que el ejército regresó a su campamento de los Guindos. La causa única de la casi completa inaccion de aquellos dias, tan lastimosamente perdidos para dar brios a la revolucion, aprovechando el éxito parcial del combate del 19, habia sido la estraña tardanza del in-

(1) Véase en el núm. 12 del Apéndice el nombramiento de esta autoridad i las ámplias facultades que se le concedieron.

tendente de ejército Alemparte, demora tanto mas estraña cuanto que una actividad creadora i una rapidez estraordinaria de hecho i de concepto eran las dotes que habian caracterizado desde su juventud a este hombre notable.

VIII.

Con la importante aunque tardia reunion de Alemparte, el ejército rebelde i la causa que sostenian sus bayonetas alcanzaron el apojeo de su poderio. El jeneral Cruz contaba, al regresar a los Guindos, mas de 4 mil soldados (1), miéntras el ejército del gobierno habia quedado reducido, despues del combate de Monte de Urra, por el destrozo de sus escuadrones veteranos i la dispersion de sus milicias, a menos de 3 mil hombres, que era el número con que habia partido desde el Maule.

Por otra parte, veíase este encerrado dentro de los muros de Chillan, miéntras el jeneral rebelde paseaba sus banderas al derredor de la ciudad i enviaba sus guerrillas a disputar a los jinetes enemigos hasta el forraje que segaban para sus caballos. La provincia de Concepcion, pacificada hasta los últimos límites de la Araucania, ofrecia ahora la fuerza de su reposo i de su patriotismo a su ufano caudillo, que conservaba intacta su línea de comunicaciones con aquellos centros.

Sucedia todo lo contrario al enemigo, que veía, sin poderlo reparar, completamente cortada i con un caudaloso rio de por medio, su vasta línea de operaciones, hasta mas allá del Maule, centro de sus recursos; i tan grave era la situa-

(1) Segun un estado que en esa época manifestó al coronel Zañartu el ayudante de estado mayor don Ceferino Vargas, el número total de las tropas de Cruz era de 4052 plazas.

cion de los defensores de la autoridad en esta parte del territorio que, por esos mismos dias, dirijiéndose al Maule el intendente recien nombrado don Juan Antonio Pando, habia sorprendido, con sus solos sirvientes i unos cuantos *cantores*, entre los que se señaló el patriota Riquelme, una compañía del batallon Rancagua que venia a incorporarse al ejército, a las órdenes del gobernador de aquel departamento don José Hermójenes de los Alamos, que cayó tambien en la celada.

Al mismo tiempo, la revolucion cobraba alientos en todas direcciones, una vez pasado el abatimiento de los pueblos por los fracasos sucesivos de Petorca i Valparaiso. El mismo dia en que Cruz pasaba al frente de Chillan (25 de noviembre), se habia sublevado en el estero de Huaquillo un escuadron cívico de Curicó, que conducia al canton militar de Talca el coronel Porras, i la desobediencia i fuga de aquellos milicianos ponian de manifiesto cuan poco le seria ya dado esperar al gobierno de la adhesion de los habitantes de las provincias que dominaban sus armas (1).

Pocos dias mas tarde, un hecho mas grave habia venido a confirmar el estado vacilante de los espíritus en presencia de los progresos de la revolucion i las turbulencias a que se entregaban los soldados, tan luego como podian sobreponerse a la violencia que les mantenia en las filas del gobierno. En la noche del 27 de noviembre, la compañía de granaderos i la primera de fusileros del batallon Curicó habian dado el grito

(1) Este escuadron, compuesto de 118 plazas, salió de San Fernando el dia 20 de noviembre i el 25, a las pocas horas de haberse puesto en marcha desde Curicó, 57 de ellos se echaron sobre un convoi de armas que encontraron en el camino i se pusieron en fuga hácia sus hogares, arrastrando a la mayor parte de sus compañeros. *(Oficio del intendente de Colchagua, en que da cuenta al ministro de la guerra de este suceso.—San Fernando, noviembre 27 de* 1851).

de rebelion en el cuartel de Santo Domingo de Talca, donde estaban acantonadas, sirviendo de base a la division de reserva que organizaba con grandes tropiezos el coronel Letelier (1).

Al mismo tiempo, habian aparecido en armas los guerrilleros Ravanales i Nazario Silva, el primero en las montañas de Cumpeo, al oriente de Talca, i el último en los llanos de Chimbarongo; de manera que podia decirse que la línea de operaciones del ejército del gobierno estaba cortada en toda su estension, desde el Ñuble hasta el Tinguiririca, i aun hasta

(1) El suceso habia tenido lugar de esta manera. A las siete de la noche, las dos compañías mencionadas tomaron las armas en el cuartel i prorrumpieron en vivas al jeneral Cruz. Pusiéronse a tocar a deguello los tambores i ya iban a forzar la puerta que defendia, mas con ruegos que con la fuerza, el oficial de guardia don Andres Merino, cuando, en tan apurado momento, se presentó el resuelto coronel Letelier con 8 hombres que habia tomado de la guardia de la cárcel, i sin trepidar, mandó hacer fuego sobre los amotinados, de cuyas consecuencias murieron 2, sometiéndose los demas, pues algunos estaban ébrios, segun se ha dicho. En el acto mismo, i con una violencia injustificable, Letelier hizo pasar por las armas a tres de los que se le designaron como promotores del alzamiento. Aquel jefe da, sin embargo, la razon de esta severidad en un oficio dirijido al ministerio de la guerra con fecha 28 de noviembre, en que dice estas palabras. «Como los sublevados no quisiesen deponer las armas, fué preciso hacer uso de todo el rigor militar, para contenerlos en sus avances hostiles, haciendo ejecutar a tres individuos de tropa, que habian sido los cabezas de motin. El peligro, añade, en que estuvo esta ciudad fué estremo.»

Distinguéronse en este conflicto, sin que sean llamados a responder por la sangre que en él se vertió, los oficiales del gobierno Vega i Huidobro, siendo este último un bizarro alferez de Granaderos a caballo, que habia dejado recientemente el cláustro de la Academia militar para hacer la campaña del sur.

El batallon Curicó fué disuelto, en consecuencia de este motin, incorporándose su tropa útil al batallon Rancagua.

la capital misma, donde se maquinaban tenebrosos asaltos, miéntras la guarnicion que protejia a la autoridad no contaba ni cien hombres capaces de sostener el fuego de un combate.

No era ménos difícil la situacion del jeneral Búlnes dentro de su propio ejército. Al llegar a Chillan, notaron con espanto los empleados del parque que, a consecuencia de haberse mojado las municiones en el paso del Ñuble i del cañoneo de Monte de Urra, solo quedaban 4 paquetes por plaza, siendo aun mas escasos los cartuchos de la artilleria (1). Tan grave era la dificultad que el jeneral en jefe resolvió despachar a la capital a su propio secretario don Antonio Garcia Reyes, a fin de que, poniendo tanto secreto como dilijencia en su mision, solicitase del gobierno el inmediato envio de pertrechos. Aquel emisario debió salir furtivamente de Chillan el 23 o 24 de noviembre, miéntras Cruz se mantenia en Boyen, pues llegó a la capital, en medio de la sorpresa de todos sus habitantes, que no hallaban a que atribuir el misterio de aquel viaje, en la noche del 28 de noviembre. Formaba tambien parte esencial de sus encargos secretos el exijir que se

(1) Este hecho importantísimo i sobre el que han recaido tantas disputas está plenamente confirmado en el parte detallado de sus operaciones, que el jeneral Búlnes envió al gobierno con fecha 19 de enero de 1852. De él aparece que cada soldado no tenia mas de 40 tiros de que disponer. Remedióse este mal, en cuanto fué posible, secando las municiones averiadas i construyendo algunos miles de tiros con dos barriles de pólvora que habia remitido el intendente Tirapegui al ejército revolucionario i que a la salida de este quedaron olvidados en Chillan.

Para ejecutar estos trabajos, tan sijilosos como delicados, se comisionó al capitan de artilleria don José Timoteo Gonzalez, quien se encerró en uno de los claustros del convento de San Francisco, con varios soldados de toda su confianza que le ayudaron en su tarea.

organizase a toda prisa una fuerte division de reserva en Talca, remitiendo desde luego al sud las fuerzas de aquel canton, i se tratase a toda costa de enviar por mar una fuerza que obrase sobre la retaguardia de los sublevados, pues éstos, por aquella parte, se encontraban fuera de todo riesgo desde la desaparicion de Zúñiga.

Tal era la situacion que habia alcanzado el osado jeneral Búlnes una semana despues de haberse arrojado temerariamente mas allá del Ñuble, en demanda de un enemigo cuyas verdaderas fuerzas le habia ocultado el patriotismo i el sijilo de todos los habitantes del sud.

Los mismos peligros que amenazaban al ejército del gobierno trabajaban con la reaccion del desaliento, el espíritu de los soldados i aun de los jefes caracterizados. Circulaban en la tropa rumores siniestros. Con la suspicacia habitual del criollo chileno, decíanse unos a otros que aquella guerra era de parientes i acabaria como cosa de familia, pues *la iban libres!*, segun la espresion de los bivaques, i aun hubo un soldado de cazadores que se atrevió a recordar, en presencia de uno de sus oficiales (el capitan Villalon) i con una amarga ironía, el nombre de *Paucarpata*... El mismo jefe de aquel cuerpo, que era el lujo del ejército invasor, el comandante Venegas, se retiró en estos mismos dias del servicio, pretestando enfermedad, i dando muestras de un profundo desaliento.

IX.

En tal estado de las cosas, la idea de dejar abandonado al enemigo casi a su propia impotencia dentro del estenso convento de San Francisco de Chillan, donde el jeneral Búlnes

tenia acuartelada en masa su infanteria, venia casi por si misma a la mente de todos los hombres que rodeaban al jeneral Cruz i le prestaban su espada o sus consejos. Desde que Pando habia cojido casi con la mano, como se dice vulgarmente, un destacamento enemigo, miéntras este almorzaba en las casas de la hacienda de Virguin, casi sobre el camino de Chillan a la capital, diseñábase ésta ya en el horizonte como la fácil presa de las armas rebeldes; i sus entusiastas oficiales creian ver flotar al aire las banderas de la victoria en las encumbradas torres que se reflejan sobre el Mapocho.—«Marchemos sobre Santiago, (cuenta el secretario Vicuña que dijo al jeneral Cruz, con el acento de la inspiracion, a la vista de lo que pasaba, al siguiente dia de haber regresado a los Guindos). Vamos a levantar cuatro provincias que nos esperan con los brazos abiertos. Búlnes no puede seguirnos, o si tal temeridad tiene, se perderá infaliblemente, siendo dueños nosotros de tomar la posicion que mas nos acomode. El jeneral Cruz pareció impresionado por mi idea i mis razones, añade el secretario, guardando silencio un largo rato, como quien medita arrastrado por una conviccion o un fuerte presentimiento, i me dijo que mi modo de ver podia traer resultados brillantes; pero que, abandonando la provincia de Concepcion, entregábamos nuestros amigos i haciamos la guerra eterna, lo que no entraba en su política. «Búlnes añadió, sabe hacer esta clase de guerra, i seria una desgracia pública envolvernos en ella» (1).

Aquella negativa del jeneral Cruz (que acusaba, mas que un egoismo de provincia, la ausencia de jenio revolucionario en aquel caudillo), no desalentó, sin embargo, a sus amigos i aun a sus subalternos. El jeneral Urrutia, sostenido por

(1) Diario de campaña citado.

su compadre i amigo íntimo Alemparte, le pedia con instancia pusiese a sus órdenes una pequeña division de caballeria, con algunos infantes a la grupa, para ocupar todos los pueblos de las llanuras del Maule, hasta dominar los vados de este rio.—Baquedano le hacia iguales insinuaciones para pasar el Ñuble con una fuerte division de caballeria i dejar cortado al enemigo. El mismo secretario Vicuña hizo valer los ofrecimientos de Eusebio Ruiz i del ardoroso comandante Lara, a fin marchar hácia Talca, llevando con sus escuadrones i en calidad de proconsul a aquel ciudadano tan entusiasta como resuelto que veia en esta medida el triunfo decisivo de la causa por que tantos años habia combatido sin fruto.

La voz misma de la mujer habia llegado hasta el corazon del jeneral Cruz por el labio de una animosa matrona, señalándole el cauce de pacíficas victorias por que debia lanzar la revolucion. «Diga V. a mi nombre a nuestro amigo jeneral (escribia la patriota esposa de don Manuel Zerrano al secretario Vicuña, con fecha 28 de noviembre desde Concepcion) que soi de parecer que inmediatamente se ponga en marcha para Santiago a tomarse aquellas provincias, centro de todos los recursos; que no tema que Concepcion sea presa del enemigo; bastantes hombres nos quedan con que defenderla i en caso que sus fuerzas no sean suficientes, con mujeres nos presentaremos al frente. Cuando hai patriotismo se aumenta el valor» (1).

Pero, a todos aquellos esfuerzos, el jeneral Cruz oponia la

(1) Esta carta fué tomada orijinal en la carpeta del secretario Vicuña sobre el campo de Longomilla. Devolvióla despues a su autora el jeneral don Manuel García, cuando aquella era su huesped en la capital, por el mes de setiembre de 1852, i al ponerla en sus manos, le dijo estas palabras que, dentro de la brusquedad de un soldado, contenian la solucion de la época de

inercia de sus vacilaciones i argumentos de la estratejia militar que le aconsejaba no desmembrar su ejército en presencia del enemigo. I sin embargo, uno de los mismos jefes de éste, ventajosamente conocido por sus conocimientos estratéjicos, decia a esta sazon. «El jeneral Cruz podia habernos tomado dos jornadas con direccion a Santiago sin que nosotros lo hubiésemas sabido» (1).

X.

Así fracasó la ocasion mas propicia que se presentó a la revolucion del sud de coronar su obra de redencion. Cupo la culpa de aquella falta únicamente a su caudillo ,quien pagó por ella demasiado aprisa, con la desafeccion de sus soldados, la amarga censura de sus subalternos i las discordias a que,

que nos ocupamos.—«Toma diablo tu papel, que si hubiéran seguido tus consejos, otro gallo nos cantara!»

El mismo gobierno de la capital llegó a tener por cosa segura aquel movimiento del ejército revolucionario sobre el Maule, tan natural i lójico era que lo emprendiese. Bajo esta conviccion, el ministro Varas escribia, con fecha 2 de diciembre, al coronel Letelier, comandante del canton de Talca i jefe de la reserva, que hiciese cuantos esfuerzos estuvieran a su alcance para defender la línea del Maule i disputar su paso al enemigo. Para este mismo efecto, le prometia enviarle ausilios por mar a Constitucion i principalmente cañones, con el objeto de montar baterias en los vados de aquel rio.

Sin embargo del profundo i justísimo temor que estos aspectos revelaban en el ánimo del ministro, decia este, en las comunicaciones citadas, a las autoridades de Talca, las siguientes palabras características.—«Le repito que Cruz será perdido si se dejase perseguir por la retaguardia i que *no temo* este movimiento».—Letelier, sin embargo, habia declarado al intendente Cruzat que le era imposible contener al jeneral Cruz en el paso del Maule.

(1) El comandante Silva Chaves en su diario citado.

por encontrados pareceres, se entregaron los principales jefes que le acompañaban como leales amigos, i que, desde entónces, se hicieron suspicases i desconfiados. Pero lo mas cruel de aquella espiacion, cuyo último trago debia aquel infortunado caudillo ir a apurar a orillas del estero de Purapel, seria el camino de la traicion que dejó abierto con su inamovilidad a su enemigo, para que, envuelto en las sombras de la noche, viniera, por medio de ocultos emisarios, a poner a precio de oro o de grados militares la defeccion de sus tropas.

XI.

El jeneral Cruz, en efecto, perdió lastimosamente los dias que se sucedieron entre su regreso de Boyen i la escapada del jeneral Búlnes de Chillan (1). Todo lo que hizo con su

(1) Solo el 28 consintió el jeneral Cruz en que Urrutia se dirijiese a la provincia del Maule para sostener a Pando, dándole por única fuerza, para apoderarse de los pueblos fortificados del Parral i Linares, los escuadrones mal armados de Souper i Arce, el último de los que se componia principalmente de huasos de la hacienda de Virguin, propiedad de su comandante. Díjose que Urrutia habia solicitado, i con sobrada razon, que se le franquease una compañia del Carampangue para la consecucion de los planes que se le encomendaban, pero que el jeneral Cruz le habia dado por respuesta, si hemos de atenernos a lo que dice Zañartu en sus anotaciones citadas, estas únicas i tercas palabras. *Haga V. lo que se le manda!*

El 27 se habia incorporado al ejército la compañia del batallon Rancagua hecha prisionera por Pando, pues los 44 soldados de que se componia, se alistaron voluntariamente i fueron agregados al batallon Lautaro, que era el mas reducido en número de plazas. Junto con este pequeño refuerzo, se entregaron al intendente Alemparte varias cajas con vestuario que aquella tropa conducia para el ejército del jeneral Búlnes.

ejército durante los dias 26, 27 i 28 de noviembre, fué venir a situarse en línea a inmediaciones del pueblo, en una llanura abrasada por el calor de la estacion i donde, era mas que probable, el jeneral Búlnes habria renovado la escena de Cancharayada en 1818 (pues el ejército revolucionario no ofrecia reparo alguno por sus flancos contra una sorpresa nocturna), si no le aconteciera que su feliz estrella le alumbraba en las tinieblas que le rodeaban una senda mas segura que le encaminaria a sus fines: esta senda era la del oro, cien veces mas poderoso que el acero en las contiendas civiles.

XII.

No hariamos este grave cargo al ilustre jeneral que se habia abnegado hasta hacerse el delegado del pretendiente, a quien un compromiso de bando, no su voluntad de hombre ni sus votos de ciudadano, habian elevado a la primera majistratura de la República, sino se lo hubiese hecho el mismo en sus propias comunicaciones oficiales. «Este tiempo de forzosa inaccion para el ejército, dice en efecto el jeneral en jefe de éste, en el parte de sus operaciones que varias veces hemos citado, fué ocupado por mí en promover activamente en algunos lugares de la fronteras i pueblos de la provincia del Ñuble, una reaccion en favor de la causa del órden.»

I tan lejos estaba, en verdad, el jeneral Búlnes de haber contradicho con los hechos sus palabras, que uno de los propios jefes de cuerpo del ejército revolucionario, el sarjento mayor Molina, comandante del batallon Alcázar, llevaba ya en sus bolsillos el despacho de teniente coronel de ejército,

firmado por el jeneral Búlnes, bajo cuyo gobierno aquel era solo un simple capitan del Carampangue.

Por otra parte, uno de los propios ayudantes del jeneral Cruz, don José María de la Maza, habia sido despedido del ejército por sospechas de connivencia con el jeneral Búlnes, de quien era amigo personal i vecino en sus propiedades de las Canteras, mientras el mayor Labarca, otro ayudante de campo del jeneral en jefe, era sometido a juicio a virtud de iguales desconfianzas, confirmadas mas tarde en el campo de Longomilla; decíase tambien que el capitan Gonzales, sarjento mayor del Carampangue, daba muestras de visible desafeccion, i solo le abonaba en su fidelidad la palabra del jeneral Baquedano, de quien era pariente la mujer de aquel oficial; i circulábase, por último, en el campamento revolucionario la voz de que en la caja militar del jeneral Búlnes venian 50 mil pesos en *cóndores* «para comprar jefes», segun las palabras que usaban los soldados, i en efecto, se habian visto algunas de aquellas monedas, que entónces se sellaban en Chile por la primera vez, i que no podian venir al campo rebelde sino por manos escondidas i con siniestros propósitos.

Por otra parte, el descontento de los jefes superiores era evidente, i de aquí orijinábanse celos de tal carácter que amenazaron luego convertir el caserío de los Guindos en un campo de Agramante. El susceptible jeneral Baquedano se manifestaba quejoso de ciertas reconvenciones por el servicio que le habia hecho el jeneral Cruz, i fué preciso la amistosa intervencion de Vicuña para calmarle. Urrutia, nombrado comandante jeneral de caballería, encontraba frecuentes ocasiones de ponerse en pugna con Baquedano, que, aunque desempeñaba el cargo de jefe de estado mayor, retenia el mando de aquella arma; i por último, el mismo intendente de ejército ponia a prueba su índole inquieta, tomando partido,

ya por estos o los otros de sus amigos, en estas querellas, que no nacian de malas pasiones, sino de la inercia i de las contrariedades de la campaña. Si el jeneral Cruz hubiera señalado a cada uno su puesto i tomado él el suyo, a fin de lanzarse a buscar la gloria i la libertad en el fuego de las batallas, una sola voluntad les habria reunido a todos en la empresa. Error inmenso fué aquel de dejar ociosos todos aquellos espíritus de suyo desasosegados que habian buscado en la revolucion pábulo al ardor de sus caracteres, no ménos que la árdua realizacion de sus ambiciones jenerosas o mesquinas!

Descendiendo a los jefes mas subalternos, se notaba idéntico desabrimiento en los ánimos. El indómito Eusebio Ruiz no hacia caso alguno de las órdenes de su inmediato jefe el jeneral Baquedano, de quien, en su juventud, habia sido camarada. Alejo Zañartu se asociaba a su hermano en su tenebrosa reserva, i llevaba ademas en su pecho el baldon de una palabra afrentosa que le habia dirijido cierto dia el jeneral Cruz, llamándole éste *cobarde*, una mañana que trazaba sobre un plano la posicion que debia ocupar el ejército, i señalábale Zañartu un punto que era de mui fácil defensa. En cuanto al coronel Puga, el otro jefe superior de caballería que aun no hemos nombrado, sabido es que, desde 1822, cuando a traicion prendió en Quechereguas al jeneral Cruz (entónces comandante de su cuerpo), una honda enemistad los dividia, i que, apenas, a virtud de influjos mal aconsejados del intendente Vicuña, obtuvo aquel un puesto en el ejército revolucionario.

Solo resplandecia una fúljida lealtad, un caloroso entusiasmo, una fé jenerosa encaminada al sacrificio i a la gloria, en el pecho de aquellos nobles jóvenes, columnas incontrastables de la revolucion, que derribó el plomo en Longomilla

o cubrió despues como un sudario de verguenza el pacto de Purapel. Conspicuos entre estos nombres, la historia rejistrará los de Souper i Saavedra, Videla i Lara, Urriola i Benavente, Robles i Tenorio, Gaspar i Apolonio, Zúñiga i Urízar (1).

(1) La fosa de este valiente soldado, abierta en Longomilla a los primeros disparos de la artilleria enemiga, sepultó, sin duda, muchos secretos. Veíasele siempre preocupado en el ejército i continuamente manifestaba a sus amigos, que él escojia entre los jóvenes, temores mas o ménos descubiertos sobre el carácter de ciertos jefes, i las consecuencias que el oro i las intrigas del enemigo podian acarrear sobre los leales. Al siguiente dia del encuentro de Monte de Urra, él habia suplicado al secretario Vicuña, con las mayores instancias, que consiguiese de Cruz el emprender en el acto mismo, i ántes que Búlnes entrara a Chillan, una batalla decisiva, manifestándole que tenia motivos para esta exijencia. Dos dias despues, ocurrió el siguiente lance que vamos a dejar referir al mismo Zañartu con sus propias palabras. Estas envuelven, no solo indicios, sino una prueba de la sorda fermentacion de descontento que cundia en el ejército revolucionario. Dicen asi:—«El 22 se presentó en mi alojamiento el teniente coronel don Pedro José Urizar, i me dijo: «el jeneral Cruz anda bien enfermo, señor; si tenemos la desgracia de perderlo, todo se volverá un desórden; i para evitarlo, preciso es que nos fijemos en un jefe, que aunque carezca de conocimientos militares, tenga algun prestijio; i yo estoi por el jeneral Urrutia para que tome el mando del ejército, pues yo no sirvo a las órdenes de Baquedano. Díjele que asentia en su pensamiento porque el jeneral que me indicaba era un sujeto a quien respetaba como jefe i amaba como amigo. Este acuerdo seguramente se lo trasmitió luego Urizar al jeneral en jefe, quien entendiéndolo de diverso modo, entró en recelos, pues en la tarde se me aseguró que, hallándose éste con el jeneral Urrutia i otros sujetos, habia dicho: «Si tuviera dos hombres como don Bernardino Pradel, la patria seria feliz.» Esta noticia me hizo inferir la causa que dió lugar para que el jeneral Cruz se espresara en esos términos, en presencia de uno de sus principales jefes i de quien no tenia el menor motivo de desconfianza, pues era su fiel i verdadero amigo; pero no quise decirle al señor Urrutia mis sospechas, i por consiguiente, ignoro la conversacion confidencial a que me provocó Urízar, hallándose presente el comandante del batallon Alcázar don Francisco Molina.

XIII.

Pero, como hemos ya dicho, en el ejército del gobierno aparecian los mismos síntomas de descontento que acabamos de observar entre los rebeldes, salvo que en aquellos era el abatimiento i en los últimos el aguijon del despecho lo que daba jérmen a la simiente de la discordia. Era demasiado sabida la antigua enemistad de los jefes mas importantes que sostenian al gobierno, el uno como jeneral en jefe, como comandante jeneral de la infanteria el otro. El coronel Garcia no cuidaba tampoco de ocultar su poca sumision al ministro de la guerra Gana, quien, a su vez, tenia desazonado al jeneral Rondizzoni, pues, habiendo este recibido el título de jefe de estado mayor, llenaba aquel sus veces, dándole solo a firmar los pliegos que contenian sus órdenes. El comandante jeneral de caballería, coronel don José Ignacio Garcia, a su turno, se manifestaba desconcertado por el mal éxito de sus operaciones el dia 19 de noviembre, i de tal manera era grave la situacion de los espíritus, apesar de la inmensa ventaja de disciplina, que contaba a su favor el jeneral Búlnes en la organizacion de su ejército, que era preciso todo su prestijio personal, a fin de no dar lugar a diarios rompimientos entre sus jefes mas acreditados.

XIV.

Con su sagacidad acostumbrada, comprendió al fin aquel caudillo lo crítico de su posicion en Chillan, pues la única

ventaja que ahí alcanzaba de fomentar la reaccion en el enemigo por medio de sus numerosas relaciones en aquel pueblo, solo podia dar sus frutos a la larga. I cuando llegaron a sus oidos las quejas de los soldados, junto con la abierta declaracion que hacia el comandante Venegas de no volver a desenvainar su espada en pro de los intereses del gobierno de la capital, i supo, por otra parte, que el jeneral Urrutia se dirijia hácia el Maule con fuerzas de caballería, resolvióse en el acto a poner fin a tan apurada situacion. El pensamiento salvador de acometer el repaso del Ñuble i seguir a marchas forzadas hasta encontrar sus reservas en el Maule, le alumbró en sus conflictos, i pocas horas despues, aquella inspiracion atrevida era un hecho mas atrevido todavia.

Sucedia esto en el cuartel jeneral de Chillan en la noche del viérnes 28 de noviembre.

XV.

«A las diez i media de la mañana siguiente (29 de noviembre), cuenta Vicuña en su diario de campaña, fui a ver al jeneral Cruz a su tienda i me dijo :—*Tenemos novedad! Búlnes va a salir de Chillan. Acabo de tener aviso; pero debo recibir luego otro mas positivo.*»

Una hora despues, la noticia de que el enemigo abandonaba a Chillan confirmóse por varios conductos, pero sin que ninguno de los emisarios que llegaba al campamento de Cato, donde aquella mañana se encontraba el ejército revolucionario, pudiese dar cuenta del rumbo que iba a tomar en su marcha. Sospechó un instante el jeneral Cruz que el intento de su despechado contendor era dirijirse a la provincia de

Concepcion (1), resuelto a castigar su alzamiento; i en su primera alarma, dijo a Vicuña escribiese en el acto al intendente Tirapegui, para que, sin pérdida de momentos, pasase el Bio-bio con todas las fuerzas que pudiese reunir, llevándose consigo a los principales partidarios decididos del gobierno i despojando de su velámen a los buques surtos en la bahia de Talcahuano, a fin de que el invasor no se aprovechase de aquel elemento de movilidad. Mas, luego que el viejo caudillo de Penco supo que el enemigo no torcia su rumbo hácia su predilecta provincia natal, sino que se aproximaba a los vados del Ñuble llamados *de abajo*, dijo las siguientes palabras que manifestaban su confianza en el nuevo aspecto que tomaba la campaña—*Diera a Búlnes dos mil pesos de mi bolsillo si este movimiento fuera efectivo.*

I luego, como herido de una inspiracion grata a su patriotismo, esclamó—«Este movimiento del enemigo ahorra 600 víctimas a la República, pues este será el número de muertos en una batalla». I un momento mas tarde volvió a decir, confirmando sus lisonjeras impresiones i dirijiéndose a su secretario que le interpelaba—«*Señor don Pedro, al enemigo que huye, puente de plata!*»

En este axioma de estratejia militar estaba escrita otra vez la ruina de la revolucion.

El jeneral Búlnes, en efecto, *no huia*. Al contrario, iba en busca de su centro natural, recobraba su propia línea de

(1) Pudo inducir al jeneral Cruz a esta suposicion la circunstancia de haber salido en la tarde o en la noche de la víspera una columna de Cazadores a caballo en direccion hácia el Itata. Pero el verdadero objeto de este movimiento fué sorprender las partidas armadas que el subdelegado de Búlnes tenia en aquella aldea i las que fueron efectivamente desbaratadas con alguna leve pérdida, pues los Cazadores cayeron sobre ellos de sorpresa.

operaciones i marchaba en demanda de poderosos recursos, de que solo la distancia le tenia privado. Estaba, por consiguiente, su operacion tan lejos de ser una *fuga* que podia considerársele mas bien como su *reorganizacion*. Deslumbrábase pues el jeneral Cruz con una fatal quimera, que no tardaria en acarrearle su completa ruina, i esto tan aprisa que, una semana mas tarde, el fatal cañon de Longomilla anunciaria a los chilenos los próximos funerales de la revolucion.

XVI.

Ajustó pues el mal aconsejado jeneral de las tropas de la revolucion todas sus operaciones de aquel dia i de los subsiguientes a su idea favorita de que la retirada del enemigo era una fuga; de manera que, en vez de emprender su marcha a las diez del dia, para picar activamente la retaguardia de aquel i hostilizarle en el paso del rio, movió su campo solo a las dos de la tarde, perdiendo cuatro horas, preciosas en aquella coyuntura.

Como para reagravar error de tanta trascendencia, verificó el ejército revolucionario su tardia marcha, describiendo una curva hácia el pueblo de Chillan, en lugar de dirijirse por la márjen del Ñuble, pues era conocido el intento del enemigo de pasar el rio por uno de los vados situados al poniente de aquella ciudad.

Eran estos pasos, sin contar con el de Cocharcas que intercepta el camino real, los llamados de Dadinco, la Ala i el Guapi, o los Maquis, hácia el occidente.

Dividíase el rio, en el último de estos vados, en cuatro o seis estensos brazos, por la interposicion de varios islotes que cor-

taban las corrientes. El paso del Ala era algo mas estrecho, i por último, el de Dadinco ofrecia la comodidad de poder utilizar una lancha que ahí habia, aunque la rapidez de la corriente era en esta parte mui violenta.

El jeneral Búlnes habia llegado, al caer la tarde, al vado del Ala en los momentos que el ejército revolucionario pasaba frente al vado de Dadinco. Mas, como el jeneral Baquedano se hubiese adelantado con la caballeria, formó aquel su línea de batalla en la alta barranca del rio; i resuelto a aceptar el combate, si el enemigo venia a provocarlo en su casi desesperada situacion, destacó sus guerrillas al mando del esforzado Vallejos sobre las descubiertas de carabineros que conducia en persona el comandante Alejo Zañartu. Pero, como el ejército revolucionario viniera mui a retaguardia, empeñóse solo un breve tiroteo del que resultaron seis muertos de ámbas partes.

Cuando ya iba a oscurecerse, el jeneral Búlnes, maniobrando con estraordinaria habilidad, se trasladó al vado del Guapi, miéntras el ejército revolucionario ocupaba lentamente las posiciones que habia abandonado aquel, frente al paso del Ala.

En esta situacion respectiva se acamparon ambos ejércitos a una distancia de cuarenta a cincuenta cuadras entre sí, en la noche del 29 de noviembre.

XVII.

A cualquiera hombre de guerra, le habria parecido imposible que, en aquellas circunstancias i en la oscuridad de la noche, un jeneral de mediana intelijencia se atreviese a emprender el paso de un rio caudaloso, casi a la vista de

un enemigo mucho mas poderoso, que venia en su seguimiento. Pero si aquel intento era a todas luces temerario, habia en su propia audacia una razon suficiente para que un jefo del carácter del jeneral Búlnes lo acometiese; i así sucedió en efecto.

En las primeras horas de la noche i cuando la clara luna de noviembre alumbraba la campiña casi en la plenitud de su primer cuarto, ordenó el jeneral Búlnes el paso del rio, a cuyo efecto, dispuso que la caballería montase los infantes a la grupa i fuese pasando un cuerpo tras otro, hasta que ni un solo soldado hubiese quedado en la ribera meridional del Ñuble (1).

Desde las siete u ocho de la noche, comenzó el ejército del gobierno a entrar al rio, i solo a la siguiente mañana habian concluido de pasar los últimos cuerpos. Jamas, empero, se vió en ejército alguno una escena de mayor confusion. Todos se apresuraban a pasar i se esponian a ser arrebatados por las corrientes, a trueque de no quedar aislados en la márjen opuesta del rio que ocupaba el enemigo. La luna alumbraba aquella escena de profundo desaliento i el murmullo de las corrientes apagaba los ecos de los que a media voz comuni-

(1) Al referir esta operacion militar, que será una de las hazañas de que mas deba enorgullecerse el jeneral Búlnes, he aquí como se espresa el comandante Silva Chaves en su diario de campaña. «El jeneral, dice, estuvo indeciso sobre si pasaria o nó; me llamó i me pidió mi parecer, yo le contesté lo siguiente: «Que me parecia indispensable pasar el Ñuble: 1.º porque necesitábamos restablecer nuestra comunicacion con Santiago: 2.º porque la batalla debíamos darla al norte del Ñuble: que asi el enemigo no podria rehacerse en la derrota, miéntras al sur de Ñuble tomaria con facilidad las fronteras i nosotros no teníamos tropas con que seguir adelante por ser cívicos, que estaban violentos por el término de la campaña.» Al jeneral le parecieron bien mis observaciones, i se mandó vadear el rio.»

caban las órdenes a los diferentes i desordenados grupos en que se habia fraccionado la tropa entremesclándose las tres armas. La caballería iba i venia de una ribera a otra, conduciendo a los infantes i estos estaban diseminados en ámbas márjenes o en los islotes que dividian el rio en varios i desparramados raudales. «El ejército, dice un testigo de vista, se dispersó completamente: la infantería en la ribera del rio, i la artilleria atollada en el agua. En esa noche, a cualquier amago de ataque, nos habriamos fusilados unos con otros; pero el enemigo andaba despacio i lo mismo hicimos nosotros a su vez» (1).

XVIII.

Entre tanto, ¿qué sucedia en el vecino campamento del ejército rebelde? He aquí lo que nos refiere, sobre las estrañas anomalias de aquella noche memorable, otro testigo presencial. «A las nueve de la noche, dice uno de los ayudantes del estado mayor (2), llegó un hombre a la tienda del jeneral Baquedano i le avisó que el enemigo comenzaba a pasar el rio. «*Este es un precioso momento,* dijo Baquedano, *para concluirlos*», i me ordenó lo acompañase donde el jeneral Cruz. Le puso en conocimiento del paso del enemigo, i le pidió dos escuadrones de caballería con infantes a la grupa, diciéndole que se comprometia a dispersar todo el ejército con nada mas que una descarga. Quedó Cruz un momento pensativo i parecia daba asentimiento a lo que le pedia Baquedano; pero

(1) Silva Chaves. Diario de campaña.

(2) Don Bernardo Vicuña. Apuntes citados.

luego le contestó.—*No, jeneral; Napoleon decia, al enemigo que huye, puente de plata.* Baquedano no insistió».

No habiamos pues padecido error al decir, en una de las pájinas anteriores de este libro, que aquella máxima militar, citada tan fuera de propósito por el jeneral Cruz, iba a servir de epitafio a la revolucion. Perdida aquella coyuntura de desbaratar con la presencia de una sola compañía de tiradores todo el ejército enemigo, el jeneral Cruz iba solo a buscar su tumba a orillas del Maule (1).

Cuando amaneció el dia 30 de noviembre, i se anunció en el ejército rebelde que el enemigo habia pasado el Ñuble sin que un solo disparo le hubiese molestado en aquella dificilísima operacion, el estupor aparecia pintado en todos los semblantes. Los jefes, los subalternos, los soldados mismos, no podian imajinarse que aquello hubiera tenido lugar como se les contaba. Una violenta reaccion comenzó a operarse desde aquel instante en los espíritus. El prestijio del jeneral Cruz descendió desde el solio en que le habia colocado el

(1) Parece en verdad inconcebible que un jeneral tan vijilante i tan esperimentado como el jeneral Cruz permaneciese toda aquella noche en la mas completa inaccion. Permitiéndonos nosotros hacerle cargo por esta circunstancia, i con aquella franqueza que la hidalguia de su hospitalidad autorizaba, nos respondió que él mismo habia formado una columna escojida de tiradores que habia puesto a las órdenes del comandante Urízar i se preparaba para dirijirse a atacar a Búlnes, cuando, burlado por los espias que tenia a su servicio, vino a saber que ya todo el ejército enemigo estaba del otro lado. Pero, a nuestro entender, no será jamas una razon que ponga a salvo la responsabilidad de un jeneral en jefe el engaño de un espia. Mas presumible es que el jeneral revolucionario no se resolviera aquella noche a emprender ningun movimiento hostil en fuerza de su arraigado error de que debia dejar espedita la fuga del enemigo, o talvez porque le parecia imposible que el jeneral Búlnes, por mui osado que fuese, no se atreveria a acometer tan temeraria empresa.

aura popular hasta las chanzas, ya malignas, ya iracundas de los bivaques.—«Qué le importará a este tal.... decian los soldados, haciendo uso de una interjeccion eminentemente soldadezca, que mueran en la guerra, si él no ha de ponerse donde lo maten! Otros decian.—«La revolucion sigue con la saliva del *tricau.*» Y otros, en fin.—«Esta es la guerra de los primos, i nosotros andamos siguiendo de tontos» (1).

XIX.

La admirable maniobra del paso del Ñuble, por el ejército del gobierno, cambió totalmente la faz de la campaña. To-

(1) «Frase india, que quiere decir papagayo, de que los soldados hacen uso cuando, sin tener dinero, juegan i le ganan al que lo tiene, i como no les daban diarios ni sueldos, creian que andaban sin plata.» (*Nota del coronel Zañartu.*)

Por lo demas, todos los jefes estaban de acuerdo en desaprobar la inaccion del jeneral Cruz en aquella coyuntura decisiva de la campaña. «Si el jeneral hubiese atacado esa noche, dice el mismo Zañartu en los apuntes citados, i que nos ha remitido como complemento de su diario de campaña, es mui probable que hubiera logrado hacer una gran dispersion de los cuerpos veteranos que aun quedaban en la playa sur del rio Ñuble, i un desaliento en los cívicos que estaban en la parte norte del mismo rio, sin pérdida de mucha tropa, pues esta tenia lugar de colocarse en la orilla de la barranca, miéntras el enemigo ocupaba el bajo donde se hallaba espuesto a ser desordenado i disperso en los primeros fuegos; pero creo que ni espias se mandaron.»

El jeneral Baquedano, que, como hemos visto, se habia ofrecido a dirijir él mismo el ataque aquella noche, reasumiendo todas las operaciones de este dia memorable, se espresa en los términos siguientes, en una carta que ha tenido a bien dirijirnos, con fecha de 29 de abril último, i que ya hemos citado. «Encerrado Búlnes en Chillan, dice, conoció sin duda que sus fuerzas no eran suficientes para vencer el nuestro, i salió precipita-

das las ventajas adquiridas por el jeneral rebelde se perdieron en aquella fatal jornada, que equivalia en sus resultados a una espléndida victoria del enemigo. Dirijíase éste, en efecto, al centro de sus copiosos elementos de accion (1), i el ejército del sud se alejaba de los suyos. El jeneral Búlnes huia en apariencias i, en realidad, atraia a un teatro propio, en que todo le seria favorable, a su alusinado rival. La línea del Maule iba a ser suya, despues de haberla tenido perdida casi sin remedio i por tantos dias. Por otra parte, compuesto su ejército de jente colectada en las provincias centrales, venia aquel de tal manera compacto que segun las propias palabras del jeneral que lo mandaba «no

damente de aquella ciudad en busca de ausilio. Entónces se nos presentó otra ocasion de hacer pedazos al ejército de Montt, pero, estando a distancia nuestra infanteria del lugar en que Búlnes pasó el Ñuble, no fué posible conseguirlo. Yo propuse a Cruz que me diera un batallon de infanteria i tres o cuatro escuadrones de caballeria, i me prometia sorprender el ejército enemigo, como sin duda habria sucedido; pero Cruz creyó dudosa la empresa i quiso pensarlo, sin resolverse hasta el dia siguiente, cuando ya el ejército de Búlnes habia pasado el Ñuble. Desde este momento, nuestro ejército fué perdiendo el entusiasmo, i como era formado de voluntarios, la mayor parte con familia, no tenian mucha voluntad de alejarse de sus tierras, asi es que, al pasar el Ñuble, notamos que habia desercion. I hasta los indios, en su mayor, parte se volvieron.»

En cuanto a la idea que se habia formado el jeneral Búlnes de su movimiento sobre el Ñuble, he aquí sus propias palabras, copiadas del parte jeneral de su campaña que ya hemos citado. «Cualquiera indecision, dice, habria frustrado una operacion tan difícil. Para llevarla a efecto, era necesario olvidar completamente los peligros i obrar con una prontitud de que no hai ejemplo.»

(1) Parte jeneral de la campaña ya citado.

perdió en su retirada ni una prenda del vestuario» (1). Sucedia, entretanto, todo lo contrario al ejército rebelde, cuyas tropas voluntarias i sin disciplina veian prolongarse sin fruto la campaña i se alejaban cada dia de sus hogares; de suerte que la ruta de los llanos, entre el Ñuble i el Maule, iba a quedar sembrada de dispersos.

(1) El gobierno de la capital se lisonjeaba, por estos mismos dias, con la esperanza de formar un segundo ejército con que reforzar al jeneral Búlnes, o socorrerlo en caso de fracaso. Segun una comunicacion del ministro Varas al intendente de Talca, que orijinal tenemos a la vista, el gobierno podia echar mano, al ménos, de 4 mil soldados, en todas las provincias que aun estaban sometidas a su autoridad.

Segun el cómputo que hacia el ministro, aquellas fuerzas podian reunirse en un punto dado en el término de un mes, i a la fecha de la comunicacion (24 de noviembre), se contaba con que podian organizarse de la manera siguiente.

La provincia de *Coquimbo* tenia 600 infantes, de los que 400 eran disciplinados i 25 artilleros, ocupados en sitiar a la Serena, i a mas un escuadron de cazadores a caballo. La de *Aconcagua* contaba con un destacamento del batallon Yungay i 40 soldados de caballeria de la policia de Santiago. Podia dar ademas 400 milicianos de esta última arma. En la de *Valparaiso,* se encontraba el batallon 3.º *de línea* con 450 plazas; habia ademas un destacamento de granaderos a caballo i se creia que podia contribuir con 600 guardias nacionales.

En la *capital,* existian el batallon *Santiago,* con 300 hombres, 100 artilleros, 262 granaderos de nueva formacion i se pondrian sobre las armas 500 cívicos capaces de tomar el campo.

I por último, en *Colchagua,* ademas del batallon de San Fernando que constaba de 200 plazas, podrian salir a campaña 500 milicianos de caballeria.

Haciendo la abultada cuenta de estos recursos, el ministro decia.—«Si hubiese un revés, podríamos poner sobre las armas, en el espacio de un mes, cuatro mil hombres, que darian el triunfo de la causa del órden a las orillas del Maule.»

Olvidaba solamente el señor Varas lo que dirian los pueblos i ese mismo ejército con que él contaba, despues del revés que presentia.

En aquella marcha de los dos ejércitos hácia el Maule, que hace recordar la que, en circunstancias casi análogas, emprendieron los jenerales O'Higgins i Gainza en 1814, solo habia en verdad una engañosa apariencia de ventajas para el jeneral Cruz, miéntras el enemigo iba a recojer todos sus frutos, como en seguida vamos a verlo, siguiendo a ámbos en su rápida marcha por los llanos.

XX.

El dia 30 de noviembre, el jeneral Búlnes se adelantó solo hasta la hacienda de Changaral, dos leguas al norte del Ñuble, habiendo sido retardado, por las dificultades que encontró su artilleria en el paso del Guapi. El ejército rebelde, al contrario, permaneció en la opuesta orilla, sin darse mucha prisa. Aunque el santo i seña de la órden del dia habia sido —*los enemigos huyen despavoridos,* i se prescribia en aquella, ántes de amanecer, que los cuerpos estuviesen listos a marchar en el término de dos horas, éstos se detuvieron para asistir a la misa, pues era dia domingo, cosa que por cierto no hacia ni pensaba hacer el jeneral del gobierno.

Solo a la una del dia 30 emprendió su marcha el ejército revolucionario del campamento del Ala al vado de Dadinco, situado una legua hácia el oriente. Cerca de las tres de la tarde pasó la primera lanchada de tropa, no pudiendo entrar en la embarcacion a la vez mas de 50 infantes, i habiéndose ahogado 6 u 8 desgraciados en el paso de la caballería (1).

El jeneral Cruz en persona asistió, durante 24 horas con-

(1) El primer jinete que entró al rio fué un cazador que se habia pasado del enemigo i que pereció arrastrado por la corrien-

secutivas, a la prolija operacion del embarque de los soldados i solo en la media noche del dia 30 tomó algun reposo, echándose vestido, sobre un almofrez. «La corriente rápida del Ñuble, dice el secretario Vicuña, describiendo aquella escena, la luna que nos alumbraba i el silencio que habia en todo el campo, interrumpido solo cuando la lancha volvia, daban a aquella escena una majestad que nuestra situacion i nuestro patriotismo realzaban. El jeneral Cruz, rico, enfermo, de una edad algo avanzada i gozando del mas alto puesto militar en su patria, se hallaba allí, como yo, sufriendo toda clase de incomodidades.»

Solo a las 12 del siguiente dia 1.° de diciembre, encontrábase en la márjen setentrional del Ñuble todo el ejército, con la escepcion de los indios que se habian alzado por los secretos influjos del jeneral Búlnes sobre los lenguaraces, i habian vuelto a sus tolderias sin hacer mas daño en la marcha que el saqueo de una hacienda a orillas del Ñuble, pues, en los primeros momentos de su desobediencia, se embriagaron. Solo unos pocos mocetones siguieron al lenguaraz Pedro Cid hasta Longomilla (1).

te. Sucedió tambien un lance lastimoso con un jóven sarjento del Guia llamado Saldivia, quien, viendo a su mujer, que pasaba en ancas del caballo de un miliciano, espuesta a perecer, arrastrada por la corriente, se arrojó al rio para salvarla. «La casualidad, dice un testigo que presenció aquella escena dolorosa, habia salvado la mujer, que pudo enredarse en el caballo i su esposo se habia ahogado. Cuando volvió en sí i supo la desaparicion de su marido, trataba de hacerse pedazos i proferia las esclamaciones mas tristes i dolorosas»!....

(1) Antes de pasar el rio, se desertó toda la guardia de prevencion del batallon Lautaro con el oficial que la mandaba i al siguiente dia, al amanecer, se fugó tambien la mayor parte de la 3.ª compañia del batallon Alcazar que se componia de cívicos de Quirihüe. (*Diario de campaña del coronel Zañatu.*)

El ejército se acampó aquella tarde en el molino de Dadinco, inmediato al fértil valle de Cocharcas, donde está situado el vado de este nombre. El jeneral Búlnes habia llegado aquella misma tarde a la hacienda de Ñiquen, propiedad de un señor Azocar, i entrado aqui en el camino real, pues desde el Guapi, venia por una senda de travieso.

Sabedor en este punto el jeneral del gobierno de que Urrutia amagaba al Parral con las fuerzas de caballeria que habia desprendido el dia 28 del ejército de Cruz, destacó al comandante Yañes con su escuadron de lanceros i 100 infantes a la grupa, a las órdenes del capitan don Mauricio Barbosa, con el objeto de protejer los pueblos de la ruta.

El jeneral Cruz tuvo, por su parte, oportuno aviso de la posicion que ocupaba el enemigo sobre el camino carretero de la capital; meditó, en consecuencia, darle alcance, antes de que hubiese pasado el Perquilauquen, i a este efecto impartió órdenes para que el ejército emprendiese su marcha a las once de aquella misma noche (1.° de diciembre). Mas, ignórase porque no se llevó a cabo tan acertado intento.

XXI.

Fustrada aquella primera tentativa de caer sobre el enemigo, fué preciso resignarse a marchar sobre sus pasos, casi sin molestarlo i teniendo siempre a la vista su retaguardia. El jeneral Búlnes iba adelante una jornada cabal, de manera que el ejército rebelde se acampaba casi siempre en los sitios en que los soldados de aquel habian encendido el fogon de sus vivaques matinales. Por lo demas, la marcha de ambas divisiones no iba a ofrecer nada de notable.

La caballeria, al mando de Baquedano, se adelantaba dos o

tres leguas a vanguardia del grueso del ejército i el intelijente oficial Gomez Garfias cerraba la retaguardia del enemigo con el cuerpo de Cazadores a caballo i las partidas de guerrilla que mandaban Vallejos, un antiguo cabo de Pincheira llamado Jeldes, un Alvarez, de Linares, i particularmente, el presbítero Toledo, cura de Yerbas-buenas, que se ceñia las sotanas con el cinturon del sable i daba ejemplos increibles de fiereza i de actividad. El coronel Zañartu ocupaba el mismo puesto con el Carampangue en la marcha del ejército revolucionario; cerrando su retaguardia.

El dia 2 de diciembre, la caballería de Baquedano pasaba, a las once de la mañana, frente al pueblo de San Carlos, mientras la descubierta, al mando de Grandon, avistaba, a esa misma hora, al ejército enemigo que pasaba el rio Perquilauquen, cubierto de espesos chircales. Búlnes se adelantaba rápidamente hácia el Parral, i aquella mañana sus comandantes de retaguardia recibieron una esquela del jeneral de la vanguardia rebelde en que les decia estas palabras.—«Convido a los jefes i oficiales que estan al frente, a darnos un abrazo el dia de mañana i a almorzar juntos en los Cardos» (1), rasgo de buen humor que fué celebrado en ambos ejércitos como una ocurrencia peregrina. Almorzar con los oficiales enemigos, decian en efecto algunos chuscos, era tan difícil como dar en aquellas llanuras una batalla naval....

El jeneral Cruz sentó su campo aquella tarde en la hacienda de Ñiquen, de donde se habia alejado el enemigo a las seis de la mañana.

(1) Hacienda del coronel Urrutia, situada una legua al sud del Parral. Díjose que el mayordomo de este fundo habia mandado al jeneral Cruz el santo, seña i contra-seña del ejército enemigo en aquella noche, i que, en consecuencia, se preparaba aquel para atacarlo, de sorpresa, al amanecer. Pero no hemos encontrado datos positivos que autorizen este rumor.

Reuniósele aquí, en la noche, el jeneral Urrutia con los escuadrones de Souper i Arce, despues de haber hecho una infructuosa tentativa para apoderarse del Parral el dia 30. Habia tenido dos muertos en la refriega i traia gravemente herido a don José Miguel Retamal, oficial enemigo que cuidaba unas caballadas en la vecindad de aquella villa. Lo inadecuado de las fuerzas de caballeria para asaltar un pueblo defendido por infantes, habia sido la causa de aquel descalabro que todos preveian. El jeneral Urrutia vióse aun en peligro de ser cortado por las fuerzas destacadas al mando del comandante Yañes desde Ñiquen, i solo pudo salvarse contramarchando por la ceja de la montaña para reunirse al ejército.

El dia 3, el jeneral Búlnes acampó en la márjen setentrional del pintoresco Longaví, i tanta prisa llevaba, que cuando hubo vadeado el rio, ordenó que sus propios caballos i los del estado mayor se empleasen en pasar el batallon Talca, a cuyo cuerpo prestaba especiales atenciones. El ejército revolucionario cruzó aquel dia por las fangosas calles de la tristísima villa del Parral, i continuando su marcha hasta una hora mui avanzada de la noche, se acampó en la hacienda de la Rinconada, dos leguas mas al norte. El ejército habia podido llegar, mui cerca del amanecer, a la orilla sud del Longaví, pero los prácticos estraviaron el camino, intencionalmente, segun se dijo aquella noche, afirmándolo algunos con tal certidumbre que el irritado intendente Alemparte estuvo a punto de hacer fusilar a uno de aquellos comedidos «cantores».

El dia 4, el ejército del gobierno marchó con tanto esfuerzo que en una sola jornada pasó el caudaloso Achibueno i el Putagan, tomando posiciones en el molino de Chocoa, a la cabecera del valle de Longomilla. Reuniósele este dia gran parte de la reserva organizada en Talca i que el jeneral en

jefe habia ordenado se moviese sobre Chillan, cuando despachó su secretario a la capital. En el vado del Achibueno se le incorporó el capitan Guerrero con un escuadron de Granaderos a caballo i en otro lugar, mas hácia el norte, llamado Batuco, encontró al batallon Rancagua que venia a las órdenes del comandante Gonzalez. El jeneral Cruz, al contrario, se movió aquel dia con una inesplicable lentitud. Pasó temprano el Longaví, i dejó que sus tropas se reposasen todo el dia entre las arboledas que pueblan aquellas amenas riberas.

Los oficiales se pusieron, con esta ocasion, a charlar bajo los árboles, reposándose del cansancio de la marcha i del intenso calor del dia. En uno de estos grupos, que se recreaba sobre una jigantezca cazuela de seis gallinas, que la oficialidad de uno de los cuerpos del ejército enemigo habia dejado a medio coser i sin pagar, se veia al secretario Vicuña i a su hijo, a los comandantes Souper i Lara, al capitan Las-Heras, comandante de la escolta del jeneral en jefe i al jóven i brillante poeta don Eusebio Lillo, que, a fuer de bardo, merecia el título del primer *cantor* entre los numerosos agregados del ejército del sud. Acertó a pasar, en circunstancia que aquellos jóvenes iban a disfrutar alegremente de su opíparo banquete, el comandante Urízar, cuya marcial figura era conspicua en todas partes, pues vestia siempre traje militar, al contrario de la mayor parte de sus camaradas, a quienes disfrazaba el pintoresco poncho. Convidáronle a la mesa, i como notàran en su rostro un ceño sombrio i rehusase comer, díjoles aquel solamente—*Hacen bien muchachos de cuidarme, porque si yo muero, todo se lo lleva el diablo!* i en seguida pasó. Era la sombra de Purapel que desfilaba la víspera de Longomilla, donde una bala iba a sellar eternamente los labios de aquel hombre esforzado en quien la revolucion ha-

bia encontrado no solo un brazo sino un magnánimo corazon! (1).

XXII.

El dia 5 de diciembre, a las dos de la tarde, pasó el grueso del ejército revolucionario el caudaloso Achibueno, miéntras la caballeria vadeaba el Putagan, que confluyendo con aquel i el Longaví, va a formar, a mui corta distancia, el Longomilla. Pasó el ejército aquella noche en la ribera de aquel rio i formó su línea de batalla entre espesas arboledas, pues estaban ya mui próximos ambos ejércitos.

A la siguiente jornada, el jeneral Cruz se acampó en las casas de Reyes, que es el nombre de una de las haciendas de la fértil comarca que se estiende entre el Longomilla i el Maule. El jeneral Búlnes, que ocupaba, desde el dia antes, esta misma posicion, con cuyos accidentes se habian familiarizado tanto él como sus jefes, pues habia sido el campo de instruccion de su ejército, en la tarde de la víspera, habia trasladado su campo una legua i media hácia el Maule, situando su línea en una inminencia llamada Bobadilla, especie de cerrillo aislado que bañan las aguas de aquel rio. En las casas de Reyes, se incorporó al ejército el batallon Santiago i se habian recibido, ademas, algunos centenares de

(1) Ya hemos dicho que la tumba de Urízar encerró muchos secretos de la campaña del sud en 1851. Acostumbraba este jefe llevar a la cintura un afilado puñal americano, i mas de una vez dijo a su sobrino don Juan Antonio Pando que destinaba aquella arma para los *traidores*.—Quienes eran éstos?—La tumba de aquel valeroso soldado, volvemos a decirlo, ocultó sus nombres, mas no su colectiva responsabilidad i la infamia imperecedera a ella anexa.

caballos de repuesto i un parque completo de municiones. Esta última tropa hacia subir a 600 o 700 hombres los auxilios que Búlnes habia recibido en su *fuga,* i éste probablemente era el número de las plazas que habia perdido Cruz en su *persecucion,* por los desastres i resagados.

XXIII.

Los dos ejércitos volvian a encontrarse, como en la ribera sud del Ñuble, a pocas cuadras de distancia i en actitud de acometerse. Al dia siguiente de haber tomado aquellas posiciones, avistáronse, en efecto, sus avanzadas en el valle, pero no se veia síntoma alguno de una próxima batalla. Parecia, sin embargo, estraño que el jeneral Búlnes no pasase el Maule, pues era la creencia jeneral en el ejército revolucionario que su movimiento desde el Ñuble era con el objeto de disputarle el paso de aquel rio; i por otra parte, notábase tambien con estrañeza la inaccion completa del jeneral Cruz en un punto que ofrecia pocas ventajas militares i cuyo terreno era conocido a palmos por los jefes enemigos que habian organizado ahí el ejército del gobierno.

Nadie, ni el mismo jeneral Búlnes, se imajinaba que la hora del desenlace iba a llegar. A lo ménos, asi lo manifestaban sus palabras, en una nota oficial escrita por aquel jefe desde el campamento de Longomilla, con fecha 5 de diciembre. «Mi permanencia en este punto, dice, dependerá de los movimientos del enemigo. Dispuesto a batirlo donde se presente, no abrigo temores por el éxito de una accion, tanto mas favorable en las actuales circunstancias, cuanto que haria mas decisivos los resultados por la larga distancia que

separa ahora a los sublevados del teatro de sus primitivas operaciones, de sus recursos etc.» (1)

Dos dias despues, este plan de campaña, que manifestaba el ánimo decidido de mantenerse a la defensiva, era del todo cambiado. El jeneral Búlnes iba a tomar la iniciativa del ataque. La hora horrenda de Longomilla iba a sonar en los destinos de Chile!

(1) Véase en el documento número 13 el parte oficial del que copiamos estas palabras. Esta curiosa pieza, en que el jeneral Búlnes detalla todas sus operaciones desde su salida de Chillan, se ha conservado inédita hasta hoi dia.

CAPITULO XI.

BATALLA DE LONGOMILLA.

El jeneral Búlnes resuelve repentinamente atacar al ejército revolucionario.—Tiene noticia el jeneral Cruz de aquel intento, pero no adopta ningun plan definitivo.—Insinuaciones oportunas de Baquedano i Alemparte.—El jeneral Búlnes se mueve ántes de amanecer de su campamento de Bobadilla.—El valle de Longomilla.—Posiciones del jeneral Cruz en las casas de Reyes.—Se anuncia de improviso la presencia del enemigo.—El jeneral Búlnes despliega su ejército, pero vacila, reune un consejo de guerra sobre el campo, i emprende de nuevo su marcha.—Los rebeldes forman su línea de batalla.—Errores capitales que comete el jeneral Cruz en sus disposiciones estratéjicas.—El jeneral Búlnes dispone su plan de ataque.—Aspecto solemne del campo en esa hora.—Apariencia personal del jeneral Cruz en Longomilla.—Eusebio Ruiz.—Heroicas palabras del jeneral Cruz.—Falso aviso que recibe el jeneral Búlnes en el momento de empeñar la batalla.—Ordena, en consecuencia, que el batallon Buin marche en columna sobre las casas de Reyes.—El mayor Peña i Lillo.—Su heroica muerte, su carácter i carrera.—Trábase la batalla.—El mayor Videla carga a la bayoneta con dos compañías del Guia i es herido.—El comandante Saavedra lo sostiene con una constancia heróica.—Muerte del capitan Tenorio.—El comandante Urízar

se empeña con el 2.º Carampangue i es muerto a los primeros tiros.—Apurada situacion de los rebeldes.—Da cuenta de ella al jeneral Cruz el intendente Alemparte.—Ordena aquel a la caballería cargar en masa.—El jeneral Baquedano emprende la carga con el rejimiento de Eusebio Ruiz.—Alemparte i Urrutia se retiran del campo de batalla.—El jeneral Búlnes se pone a la cabeza de los Cazadores i coloca en una situacion ventajosa dos obuses, al mando del mayor Gonzales, para ametrallar los escuadrones enemigos.—Baquedano es herido, en consecuencia, i muerto Eusebio Ruiz.—Desaliento de la caballería rebelde i su dispersion.—Cobarde fuga del coronel Puga i desaparicion de Alejo Zañartu.—Los comandantes Souper i Lara intentan rehacerse i son hechos prisioneros.—Muerte del mayor Grandon i del capitan Condesa.—El comandante Urriola se arroja al Longomilla con la mayor parte de su escuadron i mas de doscientos dispersos.—Horrible espectáculo que ofrece el rio.—Muerte del capitan Guerrero.—Aventuras del mayor Alvarez Condarco.—Movimiento de flanco del comandante Silva Chaves.—Muerte del comandante Campos i del ayudante Herrera.—El capitan Valdivieso es hecho prisionero con una compañía de Carampangue.—Aspecto de la batalla a las diez del dia.—Terrible encarnizamiento con que pelean las infanterias.—Entra al fuego el coronel Martinez i es muerto en el acto.—Reflexiones sobre este estraño lance, que se atribuyó a traicion.—Los capitanes Vega i Artigas son muertos entre otros muchos subalternos.—José Romero o «Leña Verde».—El coronel Garcia es cortado por un destacamento del 2.º Carampangue, pereciendo su ayudante Rojas i perdiendo su caballo el ayudante Pradel.—Muere en el Guia un hermano de este oficial.—Heróica conducta del teniente Ruiz, del último cuerpo i es ascendido en el campo de batalla.—La Monchi.—Una jenialidad del jeneral Baquedano.—Heroismo del capitan Robles durante toda la batalla.—El comandante Zúñiga es gravemente herido al pié de sus cañones.—Eusebio Lillo.—El coronel Zañartu se bate con un fusil desde el tejado de las casas de Reyes.—Siniestras patrañas que circularon a este respecto.—El coronel Garcia da cuenta al jeneral Búlnes de las insuperables dificultades que encontraba para apoderarse de las casas.—El jeneral en jefe ordena al mayor Escala incendiar o demoler aquellas.—Carga infructuosa del capitan Villalon.—El mayor Robles solicita del jeneral Cruz dos compañías de la reserva para decidir la batalla.—

Vuelve el coronel Garcia a declarar la imposibilidad de desalojar al enemigo, i el jeneral Búlnes ordena, en consecuencia, que su infantería se retire fuera de tiro de fusil, formando su línea en una loma a vanguardia de las casas de Reyes.—Los bravos oficiales Escala i Pardo son heridos al terminar el combate.—Solemne pausa de la refriega i aspecto terrible que ofrece el campo de batalla.—El mayor Gaspar i el teniente Contreras disparan el último cañonazo sobre la línea enemigs i matan tres soldados del Buin.—El jefe de estado mayoa Rondizzoni es aturdido por el roce de la bala, i a una voz desconocida, comienza la dispersion.—El capitan Villalon vuelve a cargar, pero es rechazado.—El comandante Saavedra i el mayor Robles persiguen al enemigo.—A las tres de la tarde, el jeneral Cruz dirije a Concepcion el parte de su victoria.—Reflecciones sobre la batalla de Longomilla.—Un símil espiritual de Souper.—Estado jeneral de las fuerzas del ejército revolucionario en Longomilla.—Número de heridos i muertos que hubo en esta sangrienta batalla.—Nómina de los oficiales rebeldes que perecieron o fueron heridos en ella.—Estado jeneral de las bajas que tuvo el ejército chileno en la crisis de 1851.—Resultados militares i políticos de la batalla de Longomilla.

I.

Era el 7 de diciembre del año infausto de 1851, i reinaba en el campo de Bobadilla la calma que suele suceder a los dias de fatigas i ansiedad. El ejército del gobierno se reposaba de su presurosa marcha de mas de 60 leguas por los Llanos, i nada hacia presentir que ocurriera una mudanza en la actitud puramente defensiva que habia traido en su retirada desde el Ñuble. Parecia, al contrario, que en las fuertes posiciones que ocupaba sobre el Maule, habia encontrado la valla de su seguridad i de su victoria.

Solo en el ceño del espresivo i marcial rostro del jeneral en jefe, se notaba un tinte sombrío. Estaba el jeneral Búl-

nes, aquel dia, en estremo silencioso, contra su costumbre; i los que le habian visto de cerca la víspera de Yungai, podian descubrir en su aspecto las hondas señales de una fluctuacion profunda que trabajaba su espíritu. De improviso, al caer la tarde, llamó a su presencia a los principales jefes del ejército i les ordenó que alistasen sus cuerpos para emprender a media noche la marcha sobre el enemigo. Al mismo tiempo, dió órden al intendente de Talca para que a toda prisa aparejase un hospital de sangre, capaz de contener de ochocientos a mil heridos.

Qué estraña i oculta causa daba lugar a tan repentina resolucion? Nadie lo supo entónces i nadie podria afirmarlo todavia. Hai arcanos, delante de los que la historia misma apaga su antorcha de luz i cierra sus ojos escrutadores, como si temiera, al descubrirlos, hacer mas horrendas las catástrofes que narra. Díjose por algunos que habia venido al jeneral en jefe, por un espreso de la capital, órden perentoria para atacar al enemigo en donde le encontrase; por otros contábase que habian llegado a oidos de aquel impresionable caudillo rumores siniestros sobre la fidelidad de sus oficiales mas caracterizados, que acusaban su inaccion como un complot de familia. Mas, sea como quiera, era evidente que el plan i la ejecucion de la batalla habian sido la inspiracion de un momento dado, como habia sucedido en la noche que precedió al famoso hecho de armas de Yungai.

II.

Entre tanto, el campo del ejército rebelde dormia envuelto en el doble manto del silencio i de la noche. Solo el jeneral Cruz i algunos jefes estaban de pié. Conversaban tranquila-

mente sobre cuales serian los planes del enemigo en aquellos momentos, e inclinábanse todos los pareceres en el sentido de que aquellos no podian ser otros sino repasar el Maule para disputar su paso, desde la márjen del norte, al ejército revolucionario.

Sin embargo, serian las once de la noche cuando un oficial condujo a la presencia del jeneral a un paisano que habitaba en aquellas vecindades. Dió este aviso que el enemigo se movia, pues habian visto los preparativos de la marcha dos hermanas suyas que acababan de volver del campo de Bobadilla. En el instante, i obrando bajo el concepto puramente defensivo que el jeneral Cruz atribuia al enemigo desde que se encerró en Chillan, supuso que en caso de ser cierto el movimiento que emprendia aquel, no podia ser sino una operacion estratéjica con el objeto verdadero de esguazar el Maule, sirviéndose de las pocas lanchas de que podia disponer en el vado del Naranjo, sobre el camino real de Talca al sud.

El cauto jeneral acordó, sin embargo, algunas medidas para el caso que el enemigo, cuya audacia conocia, viniera temerariamente a atacarle en la formidable posicion que ocupaba su ejército. Ordenó, en consecuencia, al intendente de ejército Alemparte fuera al balseadero inmediato del Longomilla, donde el enemigo habia dejado abandonadas catorce lanchas, a sumerjir éstas en el agua, abriéndoles taladros, a fin de evitar que en el caso de un ataque por ese lado, cayesen en manos de aquel. Encargó, al mismo tiempo, al coronel Zañartu hiciese construir a lo largo de la muralla de la ramada de matanza que dá frente al norte, una fila de andamios para cubrir de fuegos aquel punto, que era difícil protejer de otra manera, i por último, hizo llamar al jeneral Baquedano i le encargó mantuviese una especial viji-

lancia aquella noche i que hiciese recorrer las avanzadas i grandes guardias que estaban apostadas en direccion al campo del enemigo.

Baquedano i Alemparte aprovecharon aquel momento para insinuar al jeneral en jefe la posibilidad de una sorpresa, teniendo en mira la difícil posicion del enemigo i la conocida temeridad del jeneral Búlnes en tomar la iniciativa; pues toda la estratejia de este caudillo puede reasumirse con acierto en aquel bellísimo refran que tiene, si es lícita la espresion, el sabor del poncho chileno i que dice solo estas dos sentencias tan sencillas como verídicas—*El que pega primero, pega dos veces!*

Proponíanle, en consecuencia, aquellos jefes, o bien citar a consejo para combinar un plan jeneral de batalla, o bien mudar el campo hacia las cerrilladas de Chocoa, un poco a retaguardia de las casas de Reyes, pues éstas, aunque en si mismas eran una verdadera fortaleza para la infantería, no ofrecian reparo alguno a los numerosos escuadrones del ejército. Alemparte insistia mas especialmente en esta última medida; pero negóse a todo acuerdo el jeneral Cruz, pues nada era bastante a destruir su idea fija de que el enemigo no le daba batalla sino del otro lado del Maule (1).

(1) «El 7 de diciembre de 1851 se supo que Búlnes pensaba atacarnos al dia siguiente. Cruz quizá no creyó la noticia, porque no quiso combinar aquella noche ningun plan de batalla o talvez no le gustó lo que yo le proponia; ni quiso que hubiese consejo para tratar sobre esto, pues nada resolvió hasta el dia siguiente, 8 de diciembre, en que se dió la batalla.» *(Carta citada del jeneral Baquedano al autor, fecha* 29 *de abril de* 1862.)

III.

Retiróse el jeneral Baquedano, un tanto desazonado, a los potreros en que estaba acampada la caballería, a retaguardia de las casas; pero ántes dió órden al jefe de servicio, que lo era aquella noche el mayor Videla, para que se adelantase por el camino real con un escuadron de caballería a tomar lenguas del enemigo. Hízolo así aquel bizarro oficial, i llevando consigo uno de los dos escuadrones que mandaba el mayor Padilla, anduvo hácia el norte cerca de una legua, hasta que unos chacareros que dormian en una ramada, cuidando sus cosechas, le noticiaron que no apercibian ningun movimiento del enemigo. Con esta seguridad i la que ofrecia la fuga a que se entregaban las guardias avanzadas del campo de Bobadilla, a la aproximacion de Videla, volvió éste al cuartel jeneral i dió el parte acostumbrado en tales casos— *Sin novedad!*

IV.

Serian a estas horas las tres de la mañana, i en ese momento mismo el ejército enemigo, que habia estado en movimiento desde la media noche, en su campo, se ponia en marcha hácia las casas de Reyes.

V.

Solemne i casi tan terrible como la batalla misma era aquel momento en que los soldados despertaban a la voz de

sus cabos e iban a formar en silencio sus columnas de marcha. Para cuántos aquel sueño era el último de la vida! La luna llena iluminaba con su pálido resplandor el callado movimiento de las armas. Guardaban las filas el mas profundo silencio, i los oficiales conversaban a media voz, quiénes para alentarse en la prueba de aquel dia, quiénes para darse un adios eterno.

Iba el ejército, entre tanto, por el centro del camino real en columnas por batallon, llevando el veterano Buin la cabeza de la marcha. El coronel de este cuerpo, don Manuel García, mandaba en jefe toda la infantería. Por ambos costados de la senda, marchaba la caballería en dos divisiones, bajo el mando superior del coronel don José Ignacio García, i la descubierta era formada por los Lanceros de Colchagua con 100 infantes a la grupa que mandaba el capitan don Pedro Pardo. El ayudante de estado mayor don Nicolas José Prieto precedia esta columna lijera, adelantándose con una pequeña partida de esploradores (1), algunas cuadras sobre el grueso del ejército.

En esta disposicion se presentaba el ejército del gobierno sobre el campo de Longomilla, al romper el alba del memorable dia 8 de diciembre, dia de la Concepcion, patrona del pueblo cuya gloria i cuyo holocausto iba a consumarse en aquel sitio (2).

(1) En el documento núm. 13 bis del apéndice publicamos la correspondencia sostenida por los comandantes Silva Chaves i Yañes sobre el mando de la columna del capitan Pardo.

(2) En los momentos en que se presentó el enemigo, se preparaba un altar en el patio de las casas de Reyes para celebrar una misa en honor de la Purísima Concepcion, patrona del pueblo de este nombre.

VI.

Conócese propiamente con el nombre jeneral de Longomilla una comarca fértil i amena que se estiende por el espacio de dos o tres leguas entre los rios Maule i Longomilla, i forma el delta de estos dos raudales, los que, por sus rumbos opuestos, se cortan allí mismo en ángulo recto. Existian en aquel valle varias haciendas, cuyos campos eriazos comenzaban a cubrirse de mieses i de plantaciones, mediante la irrigacion que recientemente se les aplicaba. Entre las diversas propiedades en que aquellas estan subdivididos, señalábase la del subdelegado del lugar don Manuel García, llamada propiamente Chocoa, pues está al pié de una cerrillada baja de este nombre que cierra el valle por el sud, cortando con un portezuelo la senda del camino carretero del sud a la capital. A continuacion, se estiende la hacienda conocida entre los habitantes del lugar con el nombre de *Barros negros*, por el color de la tierra en ciertas manchas del camino, i siguen despues, hácia la ribera del Longomilla, los célebres molinos que llevan el nombre del mismo rio, i son propiedad del industrioso agricultor don Juan Antonio Pando, miéntras en la opuesta direccion, sobre la márjen meridional del Maule, se dilata otra hacienda de cultivo, de que era dueño en aquel tiempo un señor Baltierra, adicto al bando popular.

Las casas de Reyes, o de Urzua, (pues se les daban estos dos nombres por los de los propietarios que las habian poseido) están situadas en el centro de la hacienda de *Barros negros*, sobre el camino real del sud i son en su construccion como las demas de su jénero, tan sólidas como toscas, con

paredes de adobes desnudos i techos de teja encarnada. Una espaciosa ramada de matanza i una viña se estendian por uno de los costados de la casa entre el camino carretero i los cerros de Chocoa.

En esta parte, el valle de Longomilla, comprimido entre el rio i aquella cadena de ásperas lomas, no tiene sino la estension de unas diez o doce cuadras, i el camino real lo parte por mitad. El terreno es pesado i arenusco, interceptado por matorrales bajos i espesos, con algunas hondas grietas i ondulaciones mas o menos profundas, formadas al parecer por las arenas movedizas de aquella ensenada, que en tiempos remotos ha servido sin duda de lecho a uno de los dos rios que hoi la fecundizan. Una de estas eminencias del terreno toma la forma de una loma baja i dilatada que se estiende cuatro cuadras al norte de las casas, i a la que nosotros daremos convencionalmente, para mayor claridad, el nombre de *Loma de vanguardia*.

Tal era el teatro en que iba a representarse en aquel dia la mas sangrienta trajedia de nuestros anales (1).

(1) El jeneral Cruz no habia elejido de buen grado la posicion que ocupaba en las casas de Reyes, porque sabia que aquel terreno era sobradamente conocido por el enemigo. Enfadóse sobre manera, en consecuencia, cuando los prácticos le condujeron hasta aquel paraje, pues su intencion era situarse mas a retaguardia en el portezuelo que corta los cerros de Chocoa, posicion verdaderamente inespugnable. Perdida esta ventajosa situacion, el jeneral Urrutia i el intendente Pando, que eran conocedores de aquellas vecindades, le indicaron una posicion militar a orillas del Maule, en el centro de los potreros que hemos dicho pertenecian a un señor Baltierra. He aqui en efecto lo que a este propósito dice el coronel Zañartu en su diario de campaña. «El jeneral Urrutia me ha dicho que antes de marchar, el dia 6 de diciembre, le sujirió al jeneral en jefe la idea de hacer la marcha por el flanco derecho de nuestra posicion i dirijirnos a la ha-

VII.

El jeneral Cruz, como hemos visto, no habia cuidado de formar su linea de batalla desde que tuvo anuncios de la probable aproximacion del enemigo; i así era que los diferentes cuerpos conservaban aquella noche la posicion que habian elejido al acamparse en las casas de Reyes el dia 6 por la tarde. El *Guia* i el 2.º *Carampangue* estaban tendidos en linea frente a las casas, el primero hácia la derecha del camino i el último en el costado opuesto, haciendo frente a la muralla de la ramada de matanza. Dentro del espacioso recinto de ésta, se encontraban los batallones *Alcázar*, *Lautaro* i el viejo *Carampangue*, que componian la reserva. La artilleria habia sido apostada en el patio esterior de la casa i los once escuadrones de que constaba la brillante caballeria del ejército rebelde forrajeaban en los campos de alfalfa de las pequeñas propiedades que subdividen el valle de Longomilla, mas conocido en aquella parte con el nombre de *Chocoa*.

cienda del señor Baltierra, que está a la orilla del Maule, indicándole que era un punto militar que solo distaba poco mas de una legua del cerro de Bobadilla, ocupado por el enemigo, a quien tomábamos por el flanco izquierdo, poniéndolo asi en apuros para cambiar de frente; pero que se le contestó con un—«lo pensaré.»

El mismo señor Pando nos ha confirmado posteriormente en la veracidad de esta oportuna indicacion hecha al jeneral Cruz.

En cuanto a nosotros, apenas tuvimos lugar de hacer una lijera inspeccion del campo de batalla en el rápido viaje que hicimos al sud en octubre de 1861.

VIII.

Dormia el campo rebelde en aquella forma, en gran manera descuidada i anti-militar, sumerjido en la profunda calma que es peculiar a las altas horas de la noche, cuando al amanecer oyéronse de improviso, desde la loma que hemos llamado de vanguardia, por distar tres o cuatro cuadras al frente de las casas, los gritos atropellados de un jinete que repetia a todo reventar las voces de—*el enemigo! el enemigo!* Era el lenguaraz Pedro Cid, conocido despues en la capital por percances judiciales, que habiendo salido a caballo al campo aquella noche, fué informado por unos labriegos que el ejército contrario se movia de su campamento de Bobadilla, situado solo a legua i media de las casas de Reyes, i se encontraba distante de éstas solo unas pocas cuadras.

IX.

En el acto, se dió la voz de alarma al ejército revolucionario. Los tambores de todos los cuerpos tocaron tropa, el Guia i el 2.° Carampangue formaron en línea en las posiciones en que habian dormido i en la que deberian ai! reposarse tantos de sus bravos con el eterno descanso de la nada, miéntras que los soldados de caballeria corrian a poner la brida a sus caballos, dispersos en los potreros.

El jeneral Cruz, entretanto, apénas habia tenido tiempo para montar en su favorito tordillo, pedir su anteojo de batalla i dirijirse apresuradamente a la loma de vanguardia a reconocer al enemigo.

Tenia la presencia de éste en aquel momento muchos de los accidentes de una sorpresa; pero el jeneral Cruz, en cuyo cerebro toda idea parece transformarse en una obstinacion, dudaba aun de la acometida en masa que iba a hacer el enemigo, i volvió a persuadirse que aquel movimiento era solo una falsa maniobra para ocultar el paso del Maule, en que aquel debia buscar su salvacion. Mas, no advertia esta vez el viejo i esperto soldado que su émulo no necesitaba aquel ardid para intentar el paso de un rio, a la distancia de mas de una legua de su campo, i mucho mas, desde que el último habia vadeado el Ñuble casi debajo de sus pestañas.

Acompañaban al jeneral en jefe sobre el perfil de la loma, en el instante en que tendia su anteojo sobre el enemigo, el jeneral Urrutia i su secretario Vicuña con su hijo; i tan cercanas estaban ya las columnas enemigas, que aquel hizo señas a los circunstantes para que se dispersasen, pues en grupo podian servir de blanco a una descarga de la fusileria que avanzaba.

X.

Reinaba, en ese instante, un profundo silencio en el campo en que el enemigo estendia como sobre un terreno de parada su linea de batalla, mientras que en las posiciones de los rebeldes todo se hacia con la algazara propia de tropas indisciplinadas i entusiastas. El jeneral Búlnes dilataba sus filas, desplegando en batalla cinco de sus batallones, miéntras el favorito Buin se conservaba en columna sobre el camino real, i el Rancagua i Santiago formaban, tras la loma de vanguardia, como division de reserva. La caballeria se

desplegaba en ese momento por escuadrones en direccion a la ribera del Longomilla, i la artilleria, dividida en tres baterias, tomaba posiciones en el centro i ámbos flancos de la línea.

No se oia un solo disparo de armas de fuego. Las guerrillas se habian ahuyentado de aquel campo en que las escaramuzas iban a ser inútiles. Solo interrumpian la línea del horizonte, como un muro de acero levantado de improviso, los batallones que venian al asalto, cuyos brillantes uniformes i cuyas armas escojidas lucian en aquel momento a los rayos del sol que aparecia por el oriente.

XI.

El jeneral Cruz observaba, sin embargo, que las líneas del enemigo habian paralizado su marcha i se mantenian inmóviles sobre las armas—Qué sucedia?—Una ráfaga de vacilacion habia pasado por la osada mente del caudillo que conducia a aquellas: tan grande era la responsabilidad de la empresa i tan visibles los presajios de la catástrofe! «Llamó en este lance a los jefes de los cuerpos, dice uno de los mismos capitanes que figuraban en aquel estraño consejo (1), i una vez reunidos, les dijo el jeneral: *el enemigo se ha apercibido de nuestro movimiento; nosotros no sabemos la posicion que ocupa, ni la que debemos tomar; i me parece mas conveniente volvernos al campamento, ocuparnos todo el dia en reconocimientos i emprender la marcha mañana mas temprano*. Como habia jefes mas caracterizados que yo, guardé silencio, añade el narrador, pero no contestando nadie, el

(1) El comandante Silva Chaves—Diario citado.

jeneral se dirijió a mí i me preguntó entónces—*Diga Ud!*—Yo contesté: que no estábamos en el caso de volver i que me parecia debíamos ir en busca del enemigo. Urzúa i no sé quien otro aprobó mi contestacion, i el jeneral dijo entónces—*Adelante!*»

A la voz de *avancen!* que se repitió en todos los cuerpos por las órdenes de los ayudantes, rompieron todas las músicas sus himnos de guerra i los soldados atronaron el aire con sus terríficos *chivateos*, poniéndose todo el ejército en presurosa marcha hácia las posiciones que ocupaba el enemigo. Iguales ecos se hacian oir en las filas de los «Libres», cuyas bandas tocaban la cancion de de Chile, pareciendo que aquel preludio del entusiasmo fuera un saludo digno de los héroes, cuando, en realidad, no era sino el sangriento sarcasmo de una guerra de hermanos.

La batalla no tardaria sino minutos en comenzar con un fragor tremendo, i es pues llegado el tiempo de entrar en el detalle de las maniobras que la precedieron, i que, en verdad, fueron bien pocas, pues en el campo de Longomilla no se practicó mas regla de estratejia, que la de matar.

XII.

El jeneral Cruz tenia que cubrir un frente de diez o doce cuadras, como hemos visto, con su línea de batalla, entre la márjen del profundo i escarpado Longomilla i el boscoso declive de las colinas de Chocoa, hácia el oriente. Tendiendo en este espacio sus cinco batallones, con la artilleria en los claros de los cuerpos i la caballeria en los flancos, su posicion se hacia casi inexpugnable, porque tenia por punto de apoyo las casas de Reyes, a manera de una fortaleza, i

conservaba espedito el camino del sud que aquellas dominan, miéntras que ambos costados de su línea estaban protejidos, a la izquierda, por un rio sin vados, i a la derecha, por la fragosidad del terreno cubierto de espesos pataguales e interceptado, ademas, por los cercados de algunas sementeras de trigo en plena madurez.

Pero sea que la sorpresa no le diese tiempo de concebir un plan jeneral ni de ponerlo en obra; sea que, conforme a su sistema favorito de estratejia, quisiese mantenerse solo a la defensiva, el jeneral rebelde acordó concentrar la defensa al derredor de las casas, abandonando el resto del campo, con funesta ceguedad, a la pujanza i a las hábiles maniobras del enemigo. El jeneral Cruz sostuvo la batalla de Longomilla con el fuego de compañias aisladas, miéntras el enemigo cargaba con todas sus masas, adquiriendo así la inmensa superioridad que da en los combates la organizacion compacta de la tropa i la simultaneidad de los ataques.

En consecuencia, el jeneral del sud formó al frente de las casas, i a la derecha del camino la mitad del 2.° Carampangue, al mando de Urízar i las cuatro compañias de fusileros del Guia hácia la izquierda, en las mismas posiciones que ocupaba ántes del combate. Los granaderos del viejo Carampangue, al mando del bizarro capitan Robles, el héroe verdadero de aquella memorable jornada, i la primera compañia de aquel cuerpo, a las órdenes de su teniente don Antonio Catalan, formaban tambien en la línea de Urízar, miéntras el Guia se encontraba sin sus dos compañias de preferencia, pues los granaderos estaban en la reserva, a las órdenes del capitan don Eleuterio Baquedano i los cazadores seguian a Pedro Benavente, en la columna lijera que mandaba el mayor Rojas.

Los batallones Lautaro i Alcázar, a las órdenes de sus

respectivos comandantes Martinez i Molina, estaban tendidos en batalla a lo largo de las murallas de la ramada de matanza i el Carampangue, agrupado en columna cerrada, formaba la reserva a las órdenes de Zañartu, de manera que, en realidad, formaban en la línea solo 11 compañias, miéntras que en la reserva existia casi el doble número de tropas, esto es, 19 compañias, lo que constituia un singular órden de batalla, pues se invertian en él completamente las reglas mas vulgares de la táctica (1).

La artilleria se habia colocado convenientemente al frente de la línea. El comandante Zúñiga con dos piezas barria el camino carretero desde el patio de las casas i en el claro que dejaban los batallones de Urízar i Saavedra. Gaspar se habia situado a la derecha con dos cañones, protejido por los fuegos del 2.º Carampangue i los de la tropa que se colocaria luego en los andamios por la parte interior de la ramada de matanza, miéntras que en el flanco izquierdo estaban situadas sobre una pequeña eminencia arenosa tres piezas, a las órdenes de los oficiales Padilla, Aguayo i Antonio Contreras, (antiguo cabo de la Escuela militar i esforzadísimo mancebo) i los voluntarios americanos. La columna de cazadores del mayor Rojas habia sido despachada en proteccion de estas piezas, que se encontraban casi completamente aisladas i a una distancia considerable de la línea; pero luego se le dió

(1) Las compañias que formaban en la línea eran las siguientes. 4 del Guia, 3 del 2.º Carampangue, 2 del Carampangue veterano i las dos de la columna de cazadores, 11 en todas. Las que formaban en el patio de las casas i en el corral de matanza eran las doce compañias de los dos batallones Alcazar i Lautaro, i la reserva que se componia de 6 compañias del nuevo i viejo Carampangue i de los granaderos del Guia. Estos datos estan tomados del diario de campaña del coronel Zañartu, que en esta parte es sumamente prolijo e interesante.

contra-órden i pasó a situarse a la derecha, haciendo frente a la viña.

En cuanto a la poderosa caballeria del ejército rebelde, una malhadada estrella la acompañó en aquel infausto dia, desde sus primeras maniobras. Habia padecido el jeneral Cruz, i mas particularmente el jefe de estado mayor Baquedano, a quien incumbia de cerca practicar aquella operacion, el injustificable olvido de no reconocer el campo en que aquella debia trabajar. Era ésta la áspera i arenosa márjen del Longomilla, que hemos descrito como un terreno interceptado de grietas i cubierto de espesos matorrales formando, en consecuencia, el sitio mas inadecuado para las operaciones de aquella arma, i ahí, sin embargo, se formaron en columna jeneral por escuadrones los cuatro rejimientos que habian atropellado con sus lanzas a los mejores jinetes del enemigo en el campo llano de Monte de Urra.

Aquella formacion era fatal. No habia donde desplegar un rejimiento en línea; faltaba el espacio para tomar en la carga los aires de la táctica; el terreno atajaba, ademas, la marcha de los caballos que no podian galopar sobre la arena. Pero, mas que todo, era inconcebible que en un recinto tan estrecho se formasen en peloton cerca de mil jinetes a la vez, en lugar de haber colocado al ménos un rejimiento en el flanco derecho de la línea de batalla, i dejado de reserva, tras de los muros de la casa, uno o dos escuadrones escojidos (1).

(1) Militarmente hablando, el jeneral Cruz cometió errores de tanto bulto en la organizacion de su línea de batalla en Longomilla que a no ser la disculpa de la sorpresa, se habria hecho digno de la mas amarga censura entre los hombres de guerra, En primer lugar, dejó descubiertos, o por lo ménos, débilmente apoyados sus dos flancos por el costado de la viña i por la már-

XIII.

El jeneral Búlnes comprendió, delante de aquel imperfecto sistema de defensa, cuyas irregularidades mutilaban en trozos la línea de batalla de los rebeldes, que le iban a ser precisos tres ataques simultáneos por el frente i ámbos flancos, debiendo ser aquel el mas récio, pues tendria que estrellar sus columnas contra las murallas de las casas de Reyes, a cuyo pié estaba tendida la línea enemiga. En cuanto a sus dos alas, veia que por la derecha se empeñaria el combate de las caballerias, miéntras que, a su izquierda, tenia un campo libre para maniobrar sobre el flanco derecho de los rebeldes, que habian olvidado cubrir su línea por aquel costado, entre la viña i el cerro.

En conformidad con estos accidentes, el jeneralísimo del gobierno dispuso su órden de batalla.

Los batallones Chillan cívico (comandante del Canto), Talca

jen del Longomilla. En segundo lugar, agrupó en masa toda su caballeria, sin dejar un solo escuadron de reserva. En tercer lugar, inutilizó durante el primer tercio de la batalla, al ménos, el esfuerzo de dos batallones que no necesitaba rezagar desde que tenia una competente reserva. En cuarto lugar, dejó aisladas i sin proteccion las piezas de la izquierda, que estando bien defendidas por infantería, habrían apoyado a la caballeria en su carga, i contrarrestado las fuerzas de las piezas con que el enemigo arrolló aquella.

En resúmen, el jeneral Cruz no combinó estratéjicamente las operaciones de sus tres armas, i las dejó obrar aisladamente, miéntras él se limitaba a la defensa de las casas. Esto fué causa principal del horrendo estrago de aquel hecho de armas i de la nulidad de sus resultados militares para ámbos ejércitos belijerantes.

(comandante Urzúa) i Colchagua (comandante Torres), apoyados por el veterano Buin, marcharian de frente sobre las casas, dirijiéndose el último en columna cerrada por el camino carretero i los otros por los potreros recien puestos en cultivo que se estendian a ámbos costados de aquel.

Los batallones Chillan de línea (comandante Campos) i 2.° Buin formarian a la izquierda una division independiente, a las órdenes del jefe del último cuerpo don José Maria Silva Chaves. Los lanceros de Colchagua (comandante Yañez) i la columna de cazadores que aquellos habian conducido a la grupa a las órdenes del capitan Pardo, apoyarian los movimientos de esta columna estratéjica, que no estaba llamada por esta combinacion a tomar la parte activa que le cupo luego en el combate. Debia solo adelantarse por el bosque que se estendia entre la viña i el cerro de Chocoa, dominar el flanco derecho del enemigo, i luego que la batalla estuviera trabada en todo el frente, sostener el ataque en aquella direccion, que se suponia enteramente indefensa.

Los batallones Santiago (comandante Amengual) i Rancagua (comandante Gonzalez) habian sido destinados a la reserva, i con este objeto, se les hacia tomar posiciones tras la loma que se interponia a la vanguardia de las casas.

La artilleria, distribuida en tres baterias, a las órdenes de los sarjentos mayores Escala i Gonzalez i el ayudante Ravest, trabajarian indistintamente en los flancos o en el centro de la línea, segun los accidentes de la jornada; pero, desde luego, colocáronse los cañones de Escala hácia la izquierda, encargando su proteccion a la division de Silva Chaves i particularmente a la columna de cazadores del capitan Pardo. Gonzalez se situó en el camino real con su bateria de obuses.

Entre tanto, la escasa i mutilada caballeria del ejército del gobierno se formaba a la derecha, bajo las ansiosas

miradas del jeneral Búlnes, que contemplaba con tristeza i casi avergonzado el aspecto de sus jinetes i su diminuto número. Como jeneral de caballería, i tan diestro como atrevido en el manejo de esa arma, asaltábale el presentimiento de que los cuatro escuadrones veteranos que formaban los Cazadores i Granaderos, apenas podrian resistir el empuje de uno solo de los poderosos rejimientos enemigos, i en consecuencia, toda su preocupacion estaba fija en aquella parte de su línea. Habia colocado a los Cazadores en batalla, tras una ondulacion que los cubria de los fuegos enemigos, i en pos de aquellos valientes i fatigados veteranos, seguian los Granaderos a caballo, tan escarmentados en los campos de Urra, i ademas reclutas en su mayor número. Los jinetes del gobierno solo tenian en su favor la pujanza de sus caballos de refresco i la bondad de sus armas.

El primer escuadron de Cazadores, que fué mandado en jefe durante la batalla por el capitan Villalon, iba armado de bruñidas corazas, lanza i pistola, miéntras el tercero, a las órdenes del mayor Las Casas, vestia una cota de cuero i cargaba, como los Granaderos, sable i carabina. En cuanto a las numerosas milicias que acompañaban al ejército, distinguíanse solo en el horizonte las mantas coloradas del rejimiento de Caupolican, que no tardó en ejecutar la maniobra de la fuga, que, como es sabido, es seguida, despues de la victoria o la derrota, de la maniobra del saqueo entre los vencidos, sean amigos o enemigos.

XIV.

En este órden de batalla (1), el jeneral Búlnes dió la señal

(1) El plano que se acompaña en el testo representa aproximativamente las posiciones de ámbos ejércitos en los momentos en

de—*Adelante!* a la distancia de ocho o diez cuadras de la casa de Reyes, por el camino que viene del Maule.

XV.

En ese momento, regresaba el jeneral Cruz de la loma en que habia estado observando aquellos movimientos. Iba al lento paso del caballo, sereno hasta la frialdad, pero triste i meditabundo. Montaba su pequeño caballo blanco i se habia vestido con su uniforme de parada compuesto sencillamente de un paletot gris claro, gorra galoneada i sus charreteras de jeneral de division sobre los hombros. Cuando entraba al patio de las casas, la tropa le aclamó con víctores, i como en ese instante desfilase la caballeria que se habia avanzado hasta la loma de vanguardia i volvia ahora a tomar posiciones a la izquierda de la línea, prorrumpió ésta i particularmente el bisoño Guia, compuesto exclusivamente de jóvenes voluntarios, en un tremendo «chivateo» i en gritos de entusiasmo, animando a los jinetes (1).

que iban a embestirse. Ha sido trabajado sobre un imperfecto cróquis que hizo en 1851 el injeniero del ejército rebelde Eucher Henry, i sin tener a la vista aquel sino un calco mas mediocre todavia. Asi es que carece de proporciones, distancias, i exactitud en la nomenclatura i colocacion de los cuerpos : pero, de todas maneras, nos ha parecido que seria útil al lector tenerlo a la vista al leer la descripcion de este hecho de armas tan terrible como complicado.

Se nos habia informado que en el archivo del Ministerio de la Guerra existia un plano exacto de la batalla de Longomilla, trabajado por el oficial de injenieros Walton; pero aunque le hemos buscado con prolijidad, no nos ha sido posible encontrarlo.

(1) «Cuando la caballería se replegaba a la izquierda, la infantería, que tocaba sus músicas, prorrumpió en gritos entusiastas, como el saludo de la victoria, que mas tarde debia obtener por la sola fuerza de su heroismo.» B. Vicuña.—*Apuntes citados.*

XVI.

Fué aquel acaso el momento mas solemne del dia, el mas solemne de nuestra historia militar. Todos los rostros estaban pálidos. Dábanse las voces de mando con ese acento cavernoso de las grandes emociones, i las armas se mecian levemente en los convulsos brazos de la tropa. El hombre, ántes de ser soldado, es padre, es esposo, es la frájil criatura, en presencia de la frájil naturaleza, i ántes que la pólvora atruene el aire i la vista de la sangre, desencadene las iras que arrebatan el espíritu, hai en todos los pechos una honda fluctuacion, nacida a la vez del doble impulso de la sensibilidad i del deber. Cuántas lágrimas ocultas caen dentro del alma en aquella hora de la prueba! Cuántos pensamientos de ternura o de horror vuelan hácia el hogar, buscando el labio tembloroso de la esposa ausente, el regazo de la madre, las caricias del hijo que arrullan en la cuna el sueño i la inocencia! I ai! todo eso no es miedo, ni verguenza, ni dolor. Es la naturaleza toda empapada en sus santos misterios; es Dios que detiene todavía el brazo del hombre, como el brazo de Abraham, i le recuerda su mision sublime de paz i de ventura, en la hora misma de duda i de angustia que precede al cruento sacrificio!

I sin embargo, si una voz hubiera ido a decir a aquellas filas, a cada soldado, uno en pos de otro, que volviera la espalda hacia el peligro, habrian levantado todo sus fusiles para matar al mensajero que les recordara el alhago de sus dichas de hombre, para apagar sus brios de soldado; tan cierto es que el hombre mismo es un misterio que vive solo entre las sombras de otros arcanos mas elevados a que se ha

dado los nombres de *vida* i *eternidad:* dos misterios tambien!

XVII.

Ofrecia allí mismo un ejemplo estraño de aquella situacion peculiar de los espíritus, el mas famoso de los capitanes de guerra que formaban aquel dia al frente de las mitades rebeldes. Veíase a Eusebio Ruiz a la cabeza de su escuadron, con el rostro pálido i desecho, pero sosteniendo en alto una colosal tizona que le habia obsequiado en Chillan el intendente Zañartu, quien la guardaba como una curiosa presea de los tiempos antiguos de caballeros i palenques. Al verle tan demudado, acercósele el secretario Vicuña, su amigo desde muchos años, i abordándolo con emocion le dijo:—*Parece que U. tiene miedo!*—Sonrióse Ruiz amargamente, i le repuso que sufria dolores físicos agudísimos, añadiendo:—*Solo el honor i el deber me tienen en este dia a caballo.*—«Tales fueron, esclama Vicuña, refiriendo este lance que la muerte iba a solemnizar en breve, tales fueron las últimas palabras que habló conmigo aquel Aquiles de nuestras batallas que, siempre luchando por la libertad i la justicia, era el terror de nuestros tiranos i la espada mas brillante de nuestra revolucion» (1).

XVIII.

En aquellos mismos momentos, ocurria tambien en el patio de las casas una incidencia que tenia la sencillez del herois-

(1) Diario citado.

mo antiguo. Interpelaba el intendente Alemparte al jeneral Cruz con la vivacidad que le es habitual, suplicándole que sacara nuevos batallones a la línea, porque, si se concentraba la defensa al circuito de las casas, la batalla iba a ser horrenda i espantosa la carnicería. Detuvo el jeneral la brida de su caballo al verse así apostrofado, i fijando en su interpelante una profunda mirada, con un eco que recordaba el grito de las Termópilas, dijo estas solas palabras por respuesta:—*I para qué somos los soldados, sino para morir!*

XIX.

En estos momentos eran las siete de la mañana i la línea enemiga, avanzando lentamente, coronaba la loma que domina el campo al frente de las casas, miéntras la caballería de los rebeldes formaba su espesa columna en los bajos de Longomilla.

Vióse en este instante, i cuando ya las filas estaban a tiro de fusil e iban ambas a romper sus fuegos en el órden acostumbrado, que llegaba un jinete a todo escape al sitio que ocupaba el jeneral en jefe del ejército asaltante. Era el guerrillero Jeldes que, observando el movimiento retrógrado de toda la caballería rebelde en direccion al Longomilla, venia dando voces que el enemigo estaba pasando aquel rio para huir la batalla.

Al oir aquella noticia, el jeneral Búlnes galopó sorprendido al frente, hasta encontrar al comandante jeneral de infantería i dándole aviso que el enemigo se escapaba, le ordenó cargar con todas sus fuerzas sobre las casas que suponia desalojaban en ese momento las últimas mitades de la infantería rebelde.

El valeroso coronel García obedeció en el acto, i como el batallon que mandaba mas inmediatamente se mantuviese formado en columna en el camino real, preguntó solamente a su jefe superior si marcharia al asalto de las casas en aquel órden. El jeneral en jefe pareció vacilar; mas adelantóse, a esta sazon, el jefe del estado mayor Rondizzoni, i le previno que avanzase en la misma formacion que tenia en aquellos críticos momentos: *Señor*, repuso García, *una bala de cañon me va a llevar una fila entera si entro en columna.*—«En columna! señor», le replicó el jeneral en jefe con cierto acento de impaciencia.—*Pues entónces, adelante!* esclamó García, i entró por el callejon que desemboca sobre las casas batiendo marcha, el arma al brazo i paso redoblado.

XX.

Iba a la cabeza del intrépido Buin, su jóven sarjento mayor don Cesario Peña i Lillo, la mas lucida figura de paladin que militaba bajo las banderas del presidente Montt, a quien acababa de ofrecer los laureles de Petorca, donde se habia batido con tanta bravura como humanidad. Vestia un paletot de abrigo i llevaba su manta de lana terciada sobre el pecho, reposando el nudo que la ceñia sobre el sitio del corazon. Al verle con aquella armadura, que mas que una coraza parecia el blanco ofrecido a los fuegos enemigos, habíase acercado García al jóven héroe, de quien era pariente inmediato, i recordándole en chanza, que el capitan Matias Aguirre, primo hermano de Peña i Lillo, habia escapado ileso en el combate del puente de Buin en 1838, porque llevando su manta en aquella misma forma i estando el tejido húmedo con la lluvia, una bala habia tocado el nudo que la ataba al pecho de aquel,

tirándolo de espaldas con la fuerza del golpe, pero sin matarle.

Una melancólica sonrisa desplegó los lábios del jóven campeon, que se adelantaba con aire resuelto pero profundamente preocupado, como si un negro presentimiento oscureciera su frente. Al partir de Valparaiso, habia hecho su testamento, dejando todo lo que poseia a una hija, fruto de un temprano i vedado amor, i deciase que en la víspera misma de la batalla, envió una tierna carta al comandante Saavedra, su antiguo camarada i amigo desde la infancia, recomendándole que si perecia en la demanda del deber, cuidara de aquella huérfana de su desdicha i de su gloria. Ai! Iba ahora con la espada fuera de la vaina a atropellar la jente que mandaba aquel mancebo, tan héroico como él, i moriria por los primeros fuegos que la voz de su íntimo confidente ordenó disparar a sus filas!... Tremendos lances de las impías guerras entre hermanos!

XXI.

Entre tanto, adelantábase la columna del Buin sobre la escasa fila de los batallones enemigos con paso tan acelerado, que ya se encontraba a tiro de pistola de las casas de Reyes, sin que aquella se hubiese apercibido, al parecer, de la formacion de la línea de los rebeldes, pues el 2.º Carampangue estaba oculto tras de una cerca, a la derecha del camino, i el Guia no era observado, porque encubria sus filas una alameda recien plantada que cerraba ambos costados del camino carretero. No se habia disparado, hasta ese momento, una sola arma de fuego, no se habia sentido el choque de ninguna arma blanca, ni siquiera se escuchaba el tropel de los ca-

ballos en los combates de guerrillas que suelen preceder a las grandes batallas. Pero, de repente, el jeneral Cruz, que observaba desde el patio de la casa la aproximacion de la columna del Buin, se adelantó sobre los cañones que mandaba Zúñiga i dió en persona la órden de *fuego!*

Un súbito trueno no habria sido mas aterrante que el estrépido que siguió a aquella voz. El Guia i el 2.° Carampangue hicieron simultáneamente una descarga cerrada, miéntras los siete cañones que estaban situado en la línea, vomitaron una lluvia de metrallas sobre los asaltantes.

Casi todos los fuegos converjieron, como era de esperarse, sobre la compacta columna del Buin, i viéronse caer treinta i seis soldados, por entre el humo de aquella inesperada descarga, a que éstos no podian responder. Peña i Lillo habia sido el primero en venir a tierra. Una bala le habia atravezado el corazon, junto al nudo de la manta que lo protejia, i al irse de bruces, hecho ya cadáver, no habia tenido mas tiempo que para decir—*Ábranse!*, haciendo a la tropa el ademan de desplegar la columna.

Tal fué la manera como pereció aquel noble capitan, lustre i prez del ejército chileno. Fué el primero en señalar a sus camaradas la senda de la gloria, i su cadáver, tendido desde que se rompió el fuego en el sitio mas avanzado de la línea de batalla, estuvo sirviendo de punto de mira a todos los que llevaban en su pecho la magnánima resolucion de perseguir los pendones de la victoria, aunque se divisasen aquellos mas allá de la muerte (1).

(1) Tan cerca a las casas de Reyes habia llegado el valeroso mayor del Buin con su columna, que al siguiente dia, se encontró su cadáver solo a media cuadra de distancia de aquellas. «Poco mas tarde, dice el ayudante de Estado mayor Vicuña, en sus apuntes citados, recorrí el campo, i a mis primeros pasos, a media

XXII.

La terrible batalla de Longomilla comenzaba en aquel momento i de una manera que anunciaba cuan horrendos serian sus estragos. Semejantes a esas nubes sordas que, empujadas del aquilon, corren en los dias de verano por las gargantas de los Andes i al fin se estrellan en las sinuosidades de los valles, sembrando el espacio del fragor del trueno i de los mil lámpos del rayo, asi se embestian las dos líneas

cuadra de las casas, encontré un cadáver que por su blancura parecia ser de algun jefe. Estaba enteramente desnudo i boca abajo, i no se veia en él lesion alguna. Le vuelvo la cabeza i le veo una cara que me era conocida, pero que el polvo, la barba i la palidez de la muerte desfiguraban. Me detuve un momento para traer a la memoria quien podria ser, i no pude saberlo. Llamé, entónces a un soldado, que por su uniforme parecia ser del enemigo, i le pregunté si le conocia.—*Es mi mayor Peña i Lillo!*, me contestó.»

El sarjento mayor de infantería don Cesario Peña i Lillo habia nacido en Santiago por el año 1820, siendo sus padres don Santiago Peña i Lillo, comerciante de profesion i doña Cármen Aguirre. Desde mui niño, abrazó la carrera de las armas, entrando a la Academia militar en calidad de alumno supernumerario, bajo la solícita proteccion de su pariente el comandante don Manuel García, quien le profesó hasta su muerte una ardiente afeccion. Este mismo jefe le incorporó en el batallon *Portales*, que mandó durante la segunda campaña del Perú, cuyo cuerpo se cubrió de gloria en el puente de Buin, razon por la que se habia dado este nombre al batallon que ahora mandaba. Peña i Lillo se distinguió tambien en la quebrada de Chiquian, al lado del conocido i malogrado capitan Araneda que mandaba la compañía de que aquel era teniente, i por último, en Yungai.

De regreso a Chile, volvió a su claustro de la Academia, donde luego alcanzó la graduacion de ayudante, junto con los distingui-

enemigas, de improviso, i sin que ningun signo hubiera anunciado su terrible choque.

Por un instante, los batallones que llegaban al asalto vacilaron en su marcha, como aturdidos de verse envueltos en una celada, cuando venian con pasos tan resueltos a la sorpresa. Mas, a la voz del coronel Garcia, la columna del Buin se desplegó en desórden, saltando la zanja que cerraba el camino por la derecha i atropellando los jóvenes álamos que obstruian el paso, miéntras los demas cuerpos, reclutas en su mayor parte, se desorganizaban, perdiendo su formacion en línea, para agruparse en confusos pelotones, como sucede siempre al soldado chileno en los combates.

En esta crítica situacion, el mayor del Guia, Benjamin Videla, dá órden a su tambor de tocar la carga i se adelanta, en medio de un fuego espantoso, a la bayoneta calada contra los cuatro batallones que le asaltaban de frente.

Desde el principio de la campaña, aquel animoso oficial

dos oficiales Saavedra, Villagran i Plaza, que tuvieron aquella colocacion ántes de pertenecer al ejército de línea. Peña i Lillo enseñó varios ramos científicos en aquel establecimiento i se recibió de agrimensor jeneral en 1847.

Poco despues, deseando retirarse del servicio, se dirijió a California en busca de fortuna i solo regresó a Santiago en 1851, la víspera del 20 de abril, en cuya funcion de armas tomó parte, como ayudante del coronel García. Esta inesperada circunstancia le impuso el compromiso de continuar en el servicio durante aquella crísis, aunque su resolucion i su deseo eran establecerse en Copiapó, donde, con el ejercicio de su profesion i algunos recursos que habia traido de California, esperaba labrarse un porvenir tranquilo.

Si hubiera sobrevivido a la guerra civil, este distinguido oficial habria llegado a ser un honor para su patria, porque era tan valiente como instruido, tan pundonoroso como patriota; pero el ciego destino le llevó a su fin en alas de su propio presentimiento, i fué la primera víctima inmolada en el campo de la matanza.

tenia celebrado un compromiso con su compañero el comandante Saavedra (atendiendo a la mala calidad de las armas de su cuerpo i al entusiasmo juvenil de los soldados), para dar una arremetida a la bayoneta, tan luego como hubiesen hecho la primera descarga, i habiendo llegado ya la hora de la ejecucion, lanzóse Videla con las dos compañias que mandaba a la izquierda, miéntras Saavedra, a quien el humo ocultó este movimiento, permanecia de firme con el resto de aquella tropa tan brava como bisoña.

Videla, entretanto, se adelantaba, ganando terreno con la mayor bizarría. Una bala de fusil, estrellándose contra los botones de su casaca, le trajo al suelo miéntras se adelantaba, pero recobrándose al instante i no sintiendo mas lesion que la fuerza del golpe, continuó avanzando hasta verse completamente rodeado del enemigo con el puñado de bravos que le seguia. Envió entónces un ayudante llamado Vargas, primo suyo, a pedir socorro a Saavedra, pero el jóven oficial, espantado de la temeridad de su jefe, huyó del campo; i como nadie viniese en su auxilio i cayeran sus soldados en estraordinario número, dió al fin Videla la órden de replegarse, recibiendo en aquel mismo momento un balazo en un muslo que le tronchó la pierna derecha, haciéndole perder su uso para siempre, pues no ha sido posible estraer nunca la bala.

Hacia solo unos pocos minutos a que habia comenzado el fuego, i por una coincidencia singular, los dos oficiales, que de ámbas filas habian caido primero, fueron los sarjentos mayores de los cuerpos que desplegaban mas ardor en el ataque.

Entretanto, Saavedra, notando el conflicto de los suyos, se adelanta denodadamente con las dos compañias que tenia a sus órdenes, i miéntras los soldados de Videla, que llegan

con su jefe en hombros, se reorganizan junto a las murallas de las casas i vuelven al combate conducidos por el valeroso ayudante Smith, entusiasta mancebo de 19 años, sostiene aquel el empuje victorioso de todas las masas de enemigos que vienen en perseguimiento de Videla.

Fué este el mas hermoso momento en que el comandante Saavedra desplegó la estraordinaria serenidad que le es propia en los combates. A diferencia de su impetuoso segundo, mantúvose impertubable durante muchas horas, animando a los soldados a fin de que no perdieran una pulgada de terreno. Durante el primer tercio del dia, sostuvo asi casi solo la pelea en aquella direccion, hasta que, abrumado por el número i no queriendo aun retroceder sin hacer un nuevo esfuerzo, dió órden a aquel valiente capitan Tenorio que mandaba la 1.ª compañia de fusileros de cargar a la bayoneta; obedeció el temerario oficial, pero, apénas se habia adelantado unos pocos pasos, cuando su cadáver i el de una gran parte de sus soldados median el campo de la matanza.

El valeroso Guia, arrollado en todas direcciones, pues sobre él cargaba todo el peso de la batalla en aquel instante, se replegó entónces en tropeles sobre las casas, pidiendo a gritos salieran a sostenerlos las numerosas compañias de rezago que estaban formadas con el arma al brazo en el patio de las casas de Reyes. Saavedra habia salido ileso del conflicto, pero el caballo que montaba i que era de estradicion arjentina, estaba cubierto de heridas.

XXIII.

El jeneral Cruz observaba todas estas peripecias desde el techo de las casas, donde su figura servia de conspicuo blanco a todos los fuegos, pero, apesar de su asombrosa sereni-

dad i de la impavidez con que arrostraba la muerte, no daba aun la órden salvadora de sostener con fusileros de refresco su reducida i despedazada línea.

Mas, hízolo por él el certero cuanto denodado comandante Urízar. Saltando la cerca que tenia a su frente con las compañias del rejimiento Carampangue que mandaba, se adelantó a sostener, o mas bien, a reemplazar a Saavedra i cuando ganaba terreno, haciendo un fuego mortífero, un casco de metralla le taladró la frente, arrojándole de espaldas sobre una zanja. Cuéntase que el asistente de este infortunado jefe le vió incorporarse un instante, i miéntras con mano incierta se restregaba sobre la herida un puñado de tierra, esclamaba con voz ronca—*No hai que rendirse Carampangue!* (1).

Así sucumbió el hombre cuyo atrevimiento habia salvado la revolucion en su azarosa iniciativa, cuya espada la habia sostenido mas tarde en los conflictos de la campaña i cuya incontrastable lealtad la habria llevado al fin a sus destinos, imponiendo con su ejemplo a los cobardes i cortando con su rara enerjia la red de la traicion, cuyos hilos él solo tenia cojidos, ocultando, empero, sus alarmas en su sijiloso pecho. Antes del alzamiento de los pueblos del sud, fué este jefe un hombre oscuro i medianamente conceptuado. Pero en la revolucion encontraron teatro sus ocultas i no probadas prendas de soldado, i a no dudarlo, habrian alcanzado éstas su apojeo en la derrota o en la victoria de los suyos, si la fatalidad no hubiera atajado tan fuera de tiempo sus audaces miras.

(1) Carta de don Fernando Urízar Garfias al autor, fecha 6 de mayo de 1861.—El comandante Urízar no espiró sino a las 10 de la noche del dia 8, pero desde que fué herido, perdió completamente el sentido i la palabra.

XXIV.

Apesar de la temprana perdida de Urízar, el 2.° Carampangue habia restablecido el combate por el frente de las posiciones del ejército rebelde. Mas, el flanco izquierdo de la línea estaba abandonado, i las tres piezas que se habian colocado en aquella direccion corrian inminente riesgo de caer en manos del enemigo, pues, como ya dijimos, la columna de Cazadores de Rojas, que fué destinada a protejerlas al principio de la accion, se habia replegado hácia la derecha, a inmediaciones de la viña.

En tal conflicto, corrió el intendente de ejército Alemparte a dar aviso al jeneral Cruz, i a pedirle que enviára una columna a protejer aquellos cañones ya mui de cerca amenazados. Pero, al subir al techo de la casa, para ponerse al habla con aquel, observó Alemparte que un peligro mas grave comprometia la batalla en opuesta direccion. Veíase, en efecto, en aquel momento, que la division flanqueadora de Silva Chaves venia por el costado derecho de las casas, tratando de envolver las posiciones que, con tanta bravura i en número tan desigual, defendian los rebeldes por su frente.—*Señor, nos rodean!* esclamó Alemparte, dirijiendo su anteojo hácia la viña i los trigales que se estendian hácia el oriente de las casas.

Repúsole entónces el jeneral Cruz ordenándole fuera en persona a colocar en un terreno conveniente para la defensa la bizarra columna dé cazadores del Guia i del viejo Carampangue que mandaban el mayor Rojas i el valeroso jóven Benavente, que, ese dia, como durante toda la campaña, vestia el traje de soldado, al igual de su tropa, a la que daba asi el ejemplo de la abnegacion i del entusiasmo.

Hízolo así el intendente de ejército, i despues de haber señalado su puesto a aquellos bravos, que supieron defenderlo con un señalado denuedo en aquel dia, en que el heroismo se hizo cosa vulgar, volvió a dar cuenta al jeneral en jefe de que la fuerza con que cargaba el enemigo en aquella direccion era tres veces superior a la que iban a oponerle Rojas i Benavente.

Solo en ese instante pareció el jeneral Cruz darse cuenta del falso plan de batalla que habia acordado, fraccionando su ejército en dos mitades, de las que la una era asaltada por triple número, miéntras el resto, que era casi los dos tercios de la fuerza, se mantenia impasible en el recinto de las casas.

El resultado de tan funesto engaño era que la batalla estuviese en realidad perdida mui poco despues de comenzado el fuego, dando así brios i confianza al enemigo, que de otra suerte, pudo ser desbaratado por la impericia de sus jefes, en las primeras maniobras de la accion.

El *Guia*, en efecto, estaba roto; el 2.º Carampangue se veia comprometido por el frente contra fuerzas superiores; los cañones de la izquierda iban a caer en manos del enemigo, i ya, en verdad, era éste dueño de dos de aquellas piezas, habiendo salvado la otra un esforzado oficial cuyo nombre se ha perdido, replegándose a las casas; i todo esto sucedia por el frente i el costado izquierdo, miéntras por el flanco opuesto venia una division de refresco, haciendo un movimiento de circunvalacion que amagaba, no solo la estremidad de la línea en aquella direccion, sino que comprometia ya la retaguardia misma de los rebeldes.

En tan apurada situacion ocurrióse al jeneral Cruz la idea, que probó ser tan funesta, de hacer cargar a la caballeria para restablecer el combate por el flanco izquierdo i por el

frente, arrollando los desorganizados batallones enemigos, miéntras enviaba por la viña algunas columnas de fusileros a contener el avance de Silva Chaves.

En consecuencia, envió inmediatamente órden al jeneral Baquedano con un ayudante que seguia a Alemparte, llamado Bastidas, animoso jóven natural de la Florida, a fin de que en el acto cargase en masa i por escuadrones en escalon sobre la caballeria enemiga, arrollando la débil resistencia que podian oponerles los abatidos rejimientos de cazadores i granaderos que se veian en línea tras unos médanos, a orillas de Longomilla.

Eran las nueve de la mañana en este momento en que comenzaba la segunda parte de la famosa batalla de Longomilla.

XXV.

El jefe de estado mayor, que en la ausencia del jeneral Urrutia, era comandante jeneral de caballeria, habia agrupado los once escuadrones de que constaba aquella en una ondulacion del terreno, dos o tres cuadras a retaguardia de la linea de infanteria, i vecina a la márjen del Longomilla. Eusebio Ruiz formaba a la cabeza con el primer escuadron de su rejimiento i seguian en pos los de Zañartu, Puga i Padilla, cerrando la retaguardia el escuadron de lanceros del bravo mayor Grandon con su destacamento de indios a las órdenes de los lenguaraces Cid i Pantaleon Sanchez (1).

(1) En la relacion del comandante Lara, que publicamos bajo el número 14, aparecen algunas modificaciones sustanciales en las operaciones de la caballeria del sud. particularmente en la

El jeneral Baquedano, arrogante i entusiasta como en los mejores dias de su gloriosa vida de soldado, acojió, sin embargo, la órden de cargar con cierta vacilacion, fuese porque no conocia el terreno donde iba a lanzar sus bisoños escuadrones, fuese porque no veia a su frente los del enemigo i sí solo los pelotones de sus infantes, que se estendian ya casi hasta tocar la ribera del rio, o fuese, acaso, porque no reconocia autoridad suficiente a una órden comunicada por un ayudante desconocido.

Pasaban así momentos juzgados preciosos por el jeneral Cruz, sin que la caballeria (a la que atribuia tanta o mas importancia que el jeneralísimo del gobierno, pues ambos habian sido oficiales de aquella arma) emprendiese ningun movimiento, i al contrario, divisábase, desde el tejado de la casa, al ayudante Bastidas (señalado por un ancho sombrero blanco que llevaba) conversando con el jeneral Baquedano, sin que éste diese órdenes para verificar la carga. Ofrecióse entónces Alemparte para ir en persona, lo que ejecutó en el acto, i aunque Baquedano le opuso algunas objeciones sobre el terreno, pues no le era posible desplegar en línea mas de un escuadron, resolvió, al fin, marchar de frente con el rejimiento de Ruiz, encargando a Alemparte de alistar los escuadrones que quedaban a su espalda, para que siguiesen simultáneamente sus pasos.

Púsolo por obra, en efecto, el verboso intendente de ejército, deteniéndose al frente de cada escuadron i arengándolos de una manera apropiada, hasta llegar al que mandaba Grandon,

colocacion de los cuerpos; pero nosotros hemos seguido en esta parte los detalles comunicados por el jeneral Baquedano i otros jefes de graduacion inclusos los jenerales Búlnes i Cruz. Ademas, en el plano del injeniero Henry, los cuerpos estan colocados en la forma en que nosotros los demarcamos.

a quien recomendó no comprometer su jente sino en el último caso, pues observaba que no habia un solo caballo de reserva. Dirijióse, en seguida, a reunir algunos indios que se habian dispersado a retaguardia para robar animales en los potreros vecinos, i no pudiendo ser obedecido ni volver al campo, por las peripecias del dia, encaminóse a Linares, en compañía del consternado jeneral Urrutia, que se habia puesto en salvo, ántes de que se rompiese el fuego.

XXVI.

El jeneral Búlnes, entretanto, que como antiguo jefe de la caballería, no apartaba su anteojo de la imponente columna del jeneral Baquedano, al verla moverse de frente, comprendió que el instante decisivo de la batalla iba a llegar, i dió a la vez órden al coronel García de adelantarse con los Cazadores i Granaderos al encuentro de los Dragones de Ruiz, que venian a paso acelerado i lanza en ristre. Vióse a éstos, sin embargo, detenerse de improviso, bajar un barranco que les cortaba el paso i luego salir en pelotones a la opuesta orilla, tomando de nuevo su formacion de batalla.

Marchaba medrosa i vacilante la débil caballeria del jeneral Búlnes. Formaban su columna solo 4 escuadrones que iban a estrellarse contra triples enemigos, pujantes con la confianza que les habia inspirado la jornada de Monte de Urra i el valor reconocido de sus jefes. El mismo jeneral Búlnes contemplaba su avance por el pesado terreno en que iba a trabarse la pelea, con una inquietud visible, i fluctuaba entre contenerlos o cargar con ellos en persona, para suplir, con su presencia, el brío decaído de sus ánimos,

cuando una inspiracion feliz vino a alumbrarle. Dió órden a su ayudante Videla Guzman de ir a todo escape a sujetar los Cazadores que, tomando los aires de táctica, iban ya al trote sobre el enemigo, i se dirijió en persona a la batería que mandaba a su derecha el mayor Gonzalez i le ordenó que se adelantase con dos cañones en proteccion de su amagada caballería.

Dióse cumplimiento aceleradamente a esta disposicion que salvó al ejército del gobierno de un rápido e instantáneo fracaso, i cuando ya los obuses de Gonzalez, repletos de metralla, dominaban la planicie en que iban a chocarse las caballerías, el jeneral Búlnes se dirijió a su columna de jinetes i se puso a su cabeza.

El valeroso i feliz caudillo que, si no venció en Longomilla por su pericia, cumplió al fin su árdua mision pacificadora por los solos esfuerzos de su denuedo i de su sagacidad política, montaba en aquel dia memorable un poderoso caballo de pelo tordillo negro, i vestia, a diferencia de su émulo, un modesto traje de campaña cubierto por un espeso poncho burdo que le bajaba hasta las rodillas, del que se despojó en breve por el calor del dia, dejando a descubierto su espacioso pecho que ceñia airosamente un frac azul con botonadura de metal. No se distinguia en su persona ninguna insignia militar; pero llevaba en alto su espada, i esta era para sus soldados una enseña mas querida i conspicua que las plumas i galones que solo lucen i fascinan en los dias de parada: era la espada de Yungai, i todos los ojos buscaban en ella el reflejo de la victoria!

XXVII.

El jeneral Búlnes dió en persona la voz de cargar, i galopaba ya resueltamente al frente de los Cazadores, cuando Gonzalez abrió su mortífero fuego sobre los escuadrones de Ruiz, que, al ver el avance de los jinetes enemigos, se habia quedado de pié firme.

Nunca en batalla alguna hubo un fuego mas certero, ni una lluvia mas copiosa de proyectiles bañó jamás el campo de un encuentro al arma blanca. La metralla abrió de un solo golpe cien claros en las filas de Ruiz, trayendo al suelo caballos i jinetes, sin que éstos, en la confusion de los primeros momentos, acertaran a cargar sobre el enemigo, fuera para atropellar de frente su caballería, fuera para irse sobre los cañones que tan súbitamente les atacaban por un flanco.

El denodado Ruiz i el jeneral Baquedano, que venian adelante de las mitades, dieron, sin embargo, la órden de cargar; i se movian resueltamente en demanda de los escuadrones que ya estaban a tiro de carabina. Mas, en estos mismos críticos momentos, al disparo de un metrallazo, cayeron de sus caballos, casi sin diferencia de segundos, aquellos dos bravos soldados, cuyas espadas eran el lustre i la confianza de los numerosos, pero indisciplinados escuadrones rebeldes. El jeneral Baquedano recibió en la pierna derecha un casco que le derribó al suelo, de donde le levantó su ayudante Alvarez Condarco, vendándole en el acto la herida i haciéndole subir de nuevo a su montura, en la que logró escapar (1).

(1) «Luego despues se estrecharon las caballerías, i como a las diez de la mañana, fuí yo herido gravemente en una pierna con una bala de metralla, que me dejó fuera de combate. En este estado, dí órden al teniente coronel don Eusebio Ruiz, el jefe

Ruiz, a su vez, cayó de bruces, roto el pecho con un casco, i aunque no espiró en el acto, pues le vieron algunos de sus camaradas revolcarse en los anchos pliegues de su manta, sin soltar la brida del caballo, acabáronle luego los fierros de cien lanzas, pues los jinetes enemigos tuvieron a lujo empapar sus armas en la sangre de aquel hombre que imponia aun con su cadáver i al que en vida nunca acometieran.

Al ver por tierra a los dos jefes que arrastraban en los escuadrones rebeldes toda la nombradía del valor i del prestijio de viejas victorias, i sintiéndose, por otra parte, atacados con tan cruda carnicería, por un enemigo invisible, cual eran los obuses de Gonzalez, apostados como en celada a la distancia, los aterrados fronterizos flaqueron de ánimo, i volvieron las espaldas a los Cazadores, que llegaban en ese momento, sable en mano i en compacta fila por escuadrones.

La bala que habia derribado a Eusebio Ruiz dió la victoria al jeneral Búlnes (1).

mas bravo i arrojado de mi caballería, cargara al enemigo, como lo hizo con denuedo admirable, pero luego tuve el sentimiento de verle caer. Desde este momento, la caballería, compuesta la mayor parte de huasos sin disciplina, se desordenó i comenzó a dispersarse, espantada del fuego que la artillería enemiga le hacia. Entónces me retiré como pude con mi grave herida i pasé el Longomilla, a donde me siguió una parte de la caballería.» *(Carta citada del jeneral Baquedano al autor).*

(1) El jeneral Baquedano atribuye principalmente los malos resultados de la batalla de Longomilla a la muerte de Urízar i de Ruiz, que eran las columnas de sus respectivas armas. «A la verdad, dice en la carta citada que nos ha dirijido i con una modestia que le honra, el batallon Carampangue, que se elevó a rejimiento, no habria dejado de coronar la victoria, si el valiente don Pedro José Urízar sobrevive, como tambien la caballería no se habria dejado de reunir o rehacer si no fallece el bravo don Eusebio Ruiz o yo no soi tan gravemente herido, porque Ruiz i Urízar, ademas de ser valientes a toda prueba, habrian infundido tal respeto a sus soldados que éstos habrian preferido morir ántes que desobedecer sus órdenes.»

XXVIII.

En aquellos mismos momentos, el rejimiento de Zañartu, que venia en pos del de Ruiz, pasaba el zanjon que corria desde el camino carretero hasta el Longomilla i como fuera difícil su acceso por lo escarpado de sus bordes, sucedió que los que iban i llegaban se entremezclaron de tal manera, que era casi imposible retroceder ni avanzar.

El bizarro Lara habia conseguido, sin embargo, formar en línea una mitad de sus veteranos carabineros, i cargando con ellos por un flanco que cubrian los Granaderos a caballo, fué envuelto i hecho prisionero. Otro tanto sucedia a Souper, bien que este, haciendo prodijios de valor personal, conseguia mantener a su derredor un grupo de los suyos, con el que se abria camino en todas direcciones.

Los últimos en llegar eran los escuadrones que mandaban a retaguardia el animoso jóven don Martiniano Urriola i el veterano Grandon (pues el coronel Puga habia fugado del campo antes de la carga), mas, el último de aquellos cayó luego en la vorájine de los sables, peleando como un leon (1), miéntras Urriola se esforzaba en reorganizar con su tropa de refresco los disueltos escuadrones de los comandantes que le habian precedido. Muerto Ruiz, herido Baquedano, prófugo miserablemente el coronel Puga, i sin que se viera en el campo un solo jefe de rejimiento, pues Zañartu habia desa-

(1) «Era corpulento i bien formado, dice hablando de este valiente el jeneral Baquedano, que bien le conocia. Habia militado a mis órdenes desde la clase de teniente en el rejimiento de Cazadores. Era un bravo militar i falleció como Ruiz en Longomilla, con heroismo.»

parecido en el combate (1), no quedaban ya sobre el lomo de los fatigados caballos sino algunos subalternos, a cuya cabeza se puso Urriola i se retiró hácia el Longomilla en un confuso tropel, arrastrando en el torbellino de la derrota a mas de 300 jinetes.

XXIX.

El jeneral Baquedano, entretanto, acompañado de los bien reputados oficiales Alarcon i Zapata, cuya fama de bravura fué, empero, eclipsada en este dia, se dirijía a pasar el Longomilla por un vado mas al sur, seguido de cerca por una partida de Cazadores, a cuya cabeza iba el valiente e imberbe alferez don Fidel Vargas, que tan lucida figura hizo en la revuelta de 1859 como oficial de caballería en las huestes revolucionarias de Concepcion.

En este aciago momento—las diez del dia—la derrota de la caballería rebelde era completa.

XXX.

Por una parte, los Cazadores i Granaderos se dirijian hácia el sur, acuchillando cuanto encontraban a su paso, i por la

(1) Encontré, en una tarde del mes de octubre de 1861, a este viejo soldado, ya próximo a morir, tomando el sol en uno de los ángulos de la plaza de Chillan viejo, i habiéndole sido presentado por el jóven don Eleuterio Baquedano que me acompañaba, le interrogué sobre su conducta en aquel dia, no ocultándole que tenia informes desfavorables sobre su persona, lo que me parecia tanto mas estraño, díjele, cuánto tenia en toda la comarca gran fama de valiente. Disculpóse Zañartu con la mala calidad de su tropa i el ataque imprevisto de la artillería; pero me aseguró que él habia pasado el zanjon casi solo, i que aun habia muerto con su sable un soldado enemigo. La imparcialidad de nuestro propósito nos obliga a hacer esta declaracion.

otra, se habia aparecido sobre el campo en que se chocaban las caballerías, un enjambre de tiradores enemigos, que venian por la retaguardia de las casas de Reyes i que se avanzaban hácia el Longomilla, haciendo un mortífero fuego sobre los rotos jinetos del jeneral Cruz.

Estrechados éstos, al fin, en todas direcciones, se arrojaron al profundo cauce del Longomilla, haciendo saltar sus caballos desde las arenosas barrancas que cierran aquel rio i sin poner atencion a que del opuesto costado se alzaba a pico un muro de roca casi inaccesible.

Presentóse entónces el cuadro mas desgarrador de aquella jornada de horrores. Trescientos o cuatrocientos hombres nadaban en el estrecho cauce del rio, asidos de sus caballos i esforzándose por ganar la opuesta ribera. Mas, cuando observaban que aquella no tenia sino una angosta salida en que se atropellaban los primeros llegados, retrocedian, dando gritos espantosos de desesperacion, miéntras los implacables tiradores enemigos descargaban sus armas a quema ropa sobre aquellos hombres indefensos que no podian ni rendirse ni pelear. Un cuarto de hora despues, las márjenes del Longomilla estaban silenciosas, i su sorda corriente arrastraba, hácia el turbio raudal del Maule, algunos centenares de cadáveres que, durante muchas semanas, iban a ser pasto de los buitres que pueblan aquellas selvas, a medida que el turbion los arrojara sobre la arena (1). No quedaban en

(1) Se asegura que de los 300 o mas jinetes rebeldes que se precipitaron en el Longomilla, no escaparon sino poco mas de 50. Un viajero que navegó el Longomilla i el Maule, quince dias despues de la batalla, contó 24 cadáveres en las márjenes de ambos rios, desde el balseadero de Prado hasta Constitucion. El comandante Yañes nos ha referido tambien que, por via de prueba, echaron mas tarde en aquel paso del rio un piño de yeguas, i que todas las que no volvieron a la orilla por donde habian sido arrojadas, se ahogaron.

ese instante sobre el campo de batalla, de la caballería del sud, sino algunos grupos de hombres despechados que no querian huir ni hallaban tampoco enemigos contra quienes enristrar sus lanzas. Al avistar uno de esos pelotones, que recorria la orilla del Longomilla, metió espuelas a su caballo para atacarlo el temerario capitan don Narciso Guerrero, que tenia el ciego valor de la sangre, si no el del espíritu, i aunque al acometer de cerca a diez o doce jinetes que le aguardaban de pié firme con sus lanzas en ristre, volvió la cara i vió que nadie le seguia, no se detuvo por esto i fué a perecer, tan aturdido como bravo, entre los fierros de aquellos (1).

Casi al mismo tiempo, volvian los Cazadores, cuyos dos escuadrones se habian dirijido en líneas paralelas, persiguiendo al enemigo, i hacian rendirse ahora a todos los dispersos que recorrian el campo. Uno de estos fué el bravo Souper, quien entregó su espada al capitan Villalon, no sin haber hecho morder el polvo a mas de uno de sus adversarios (2). A su lado,

(1) El capitan Guerrero habia nacido en 1817 i hecho sus primeras armas de soldado distinguido en el batallon Valparaiso, despues de haber sido condenado a servir durante diez años de soldado raso, por su participacion en el motin de Quillota en 1837. En 1838, recibió la jineta de cabo del rejimiento de Cazadores a caballo i ascendió gradualmente en el cuerpo de Granaderos. Tenia una de las mas bellas figuras militares del ejército i murió cuando contaba solo 34 años de edad.

(2) Al hablar de Roberto Souper, en el primer capítulo del presente volúmen, padecimos algunos errores de lugares i fechas que rectificamos aquí, habiendo encontrado el apunte que se nos habia estraviado, segun entónces dijimos.

Souper nació, no en Canterbury, sino en Harwick, condado de Essex, en la inmediacion de Londres, el 9 de setiembre de 1818. En la primera de aquellas ciudades hizo sus primeras letras, lo que nos indujo al error de creer que habia nacido en ella. Llamábase su padre Guillermo Souper, quien falleció trájicamente en

habia muerto el esforzado capitan Condesa que mandaba una de las mitades de su escuadron i varios otros de sus subalternos.

De estos últimos, perecieron muchos en el campo de batalla o en el cauce del Longomilla, sin que la historia haya conservado sus nombres. Sábese solo del ayudante Várgas, hijo del coronel de este nombre, que servia en el Estado mayor i quien, menos animoso que su vástago, se habia retirado ántes del combate. El mayor Alvarez Condarco cayó de su caballo, como en los Guindos, en la confusion del encuentro, i tan récio fué el golpe de la caida, que estuvo todo el dia de

1835 i su madre Emelina Howard, que ha muerto hace poco de una edad mui avanzada. De los siete hermanos varones de Souper, cinco han perecido violentamente como su padre. Guillermo, que era el primojénito, en un combate en la isla de Santa Lucía, (Antillas inglesas). Juan, en otra accion de guerra en aquellas mismas islas. Moubery, en el sitio de Oporto en 1832—Carlos, mordido de un perro loco, i por último, Jorje, de la fiebre amarilla. De los dos que sobrevivian en 1859, Luis residia en San Luis en las Antillas i Eduardo en la Colonia de Swam River en Australia.

Su primer viaje a Australia tuvo lugar en 1830, estableciéndose en la colonia de Swam River, bajo la direccion de un hacendado llamado Frimmer, de una de cuyas hijas se enamoró Souper con el curso de los años. Pero, contrariado por el padre en sus inclinaciones, se dirijió a la India, donde, como hemos referido, tomó parte en la intentona contra el fuerte de Serrampore.

En 1841, volvió, por la via del cabo de Buena Esperanza i la isla de Santa Elena, a Inglaterra, donde, encontrándose sin padre, intentó tomar servicio en la Guardia real, pero no pudo lograrlo por falta de dinero para comprar un grado.

En estas circunstancias vino a Chile, por la primera vez, recomendado por su primo don Edmundo White, rico comerciante ingles de Valparaiso, que se encontraba en aquella sazon en Lóndres.

En cuanto a su vida en Chile, los detalles que hemos dado ántes nos parecen completamente exactos.

espaldas, completamente desnudo en el campo i privado de sentido, hasta que el fresco de la noche le reanimó i pudo salvar con estrañas aventuras (1).

XXXI.

A las diez i cuarto de la mañana, el combate de la caballeria estaba completamente terminado, i el jeneral Búlnes, con el rostro radioso por una victoria que se debia mas al acierto de sus disposiciones que a la pujanza de sus armas, hacia pasar a galope, por todo el frente de la línea, al comandante Yañez, que acompañaba la division de Silva Chaves, por la izquierda, i señalándole el camino carretero por donde huian los últimos restos de los escuadrones enemigos, le encargaba completase en aquella direccion la victoria, dando alcance a los prófugos con sus caballos de refresco. Dióle tambien órden de protejer los dos batallones de Silva Chaves que se consideraban cortados i acaso prisioneros, pues no se tenia ninguna noticia de ellos, desde que habian pasado por el flanco derecho del enemigo. De esta manera, el jeneral Búlnes recojió el fruto de su acertada disposicion

(1) Cuando volvió en sí el mayor Alvarez, se dirijió al molino de Pando, i como hablase perfectamente ingles, uno de los empleados de este establecimiento le vistió con su ropa. En seguida, marchóse a Constitucion i se alistó de marinero en un buque que salió para Valparaiso, mas, habiendo naufragado este en la Barra del Maule, fué obligado a regresar. Aunque guardaba el mas rigoroso incógnito, le reconoció al fin un antiguo amigo suyo llamado Echeverría, i con su auxilio, pudo trasladarse a Valparaiso. Poco tiempo despues, este intelijente oficial se marchó a lás provincias arjentinas, de donde era oriunda su familia, i hace pocos años, se encontraba en una posicion ventajosa, desempeñando la oficialía mayor del Ministerio de la Guerra en el Paraná.

de colocar la caballeria en ambas alas de su línea, pues Yañez llegó a la izquierda en los momentos en que los escuadrones de la derecha estaban extraordinariamente desorganizados en la confusion de su propia victoria i no podian perseguir al enemigo. ¡Cuán distante habria sido la suerte del dia si el jeneral Cruz procede con igual cordura, haciendo valer de aquella manera su caballeria, tres veces mas fuerte que la del enemigo!

Mas, ¿cómo habia acontecido que los tiradores de Silva Chaves, a quienes dejamos sobre el flanco derecho de las casas de Reyes, habian llegado por la retaguardia, a tiempo de tomar parte en la derrota de la caballeria rebelde?

Esta incidencia nos obliga a retroceder algunos instantes en el desarrollo de las operaciones de la batalla.

Una vez situado Silva Chaves, con su division, sobre el flanco de las posiciones del jeneral Cruz, formó en linea de batalla sus dos batallones, i desplegando en guerrilla la columna lijera del capitan Pardo, emprendió el ataque con vigor. Mas, tan grande i tan constante fué el esfuerzo con que hicieron la resistencia los bravos cazadores del Guia i del veterano Carampangue, dispersos en la viña, que, al fin, resforzados por algunas compañias del bisoño pero entusiasta batallon Lautaro, los obligaron, si no a retroceder, a continuar, al ménos, su marcha, en direccion a la retaguardia de las casas.

A los primeros tiros de esta refriega, habia caido de parte de los asaltantes el bizarro comandante del Chillan de línea don José Campos, i pocos minutos mas tarde, cupo igual destino al jóven oficial del Chacabuco don Rafael Herrera, que servia de ayudante a Silva Chaves. Campos venia a caballo i varias veces le habia insinuado su jefe superior se desmontase, por el peligro que corria al atravesar por un desfila-

dero i por el frente de un enemigo parapetado, pero él replicóle que una dolencia de los piés no le permitia andar, i así, por ahorrarse un fastidio momentáneo, se espuso a una muerte que fué llorada de todos los que amaban en él la modestia, el valor i la lealtad.

Mas, como una compensacion de estas lamentables pérdidas, Silva Chaves hizo prisionera una compañia del Carampangue (la 3.ª de fusileros) mandada por el capitan don Samuel Valdivieso, oficial que se habia conquistado gran popularidad en la capital, miéntras estuvo en ella como ayudante del jeneral Cruz. Padeció entónces la fama de este jóven militar por aquel lance, pues díjose que, fuera impericia, fuera sobresalto, se dejó rodear de triples fuerzas, i aun el jefe superior de las últimas insinua una acusacion harto mas grave, pues dice que la compañia que aquel mandaba «se vino» hácia su tropa (1).

(1) «Pasé, dice Silva Chaves en su diario citado, me interné en el monte, me formé en batalla sobre la derecha, i me fuí de frente sobre las casas de Reyes, por la parte del oriente de ellas. Aquí encontré el Lautaro i la compañia del Carampangue, mandada por Valdivieso. Esta fuerza, añade, fué rechazada, cayendo prisionero Valdivieso i la compañia del Carampangue, que *se vino* donde el capitan don Manuel Lastra, que ántes habia pertenecido al Carampangue i venia en mi columna »

Mas, aparece de otras relaciones que Valdivieso fué completamente envuelto i puesto entre dos fuegos, por lo que tuvo que rendirse, no sin haber sido ántes herido i con mayor pérdida de los suyos. Atribúyese su captura a la destreza i serenidad del capitan Núñez que mandaba la compañía de cazadores del batallon Chillan de línea (que era la misma veterana del Yungay que habia servido de base a este cuerpo) i su conducta debió ser mui distinguida, porque aquel oficial fué el único que recibió un grado sobre el campo de batalla.

En cuanto al mismo Valdivieso, publicamos, en seguida, las satisfactorias esplicaciones que él da sobre su desgracia, esplicaciones que en si mismas, tienen un carácter evidente de veracidad

A pesar de esta ventaja, Silva Chaves perdió tan considerable número de sus tropas en la angostura por donde fué obligado a pasar entre la viña i los boscosos declives del cerro de Chocoa, que la mayor parte de sus soldados se subieron a esta eminencia, poniéndose fuera de tiro de fusil, miéntras otros, en completa desorganizacion, se dirijian hácia el camino real, a las órdenes del mayor don Basilio Urrutia, hombre arrojadisimo.

Fueron estos últimos los que habian llegado sobre el campo en que se batian las caballerias, i los que habian obligado

i que confirma la conducta militar de su autor en épocas posteriores, pues se asegura que se condujo bizarramente en el famoso sitio de Arequipa en 1856, como ayudante del jeneral Vivanco i despues recibió una herida en la cara, en el combate que tuvo lugar en Valparaiso el 28 de febrero de 1859.

He aquí pues lo que nos dice aquel oficial en carta fechada en Valparaiso el 12 de agosto del presente año (1862), contestando otra nuestra en que le pedíamos algunos detalles sobre aquel suceso.

«Haría una hora i media, dice Valdivieso, que se habia empeñado la batalla, cuando recibí órden de salir con mi compañia, que constaba de un teniente, un alferez i 75 hombres de tropa; i al tiempo de llegar a la puerta principal, se me ordenó fuese a ocupar el ángulo sur de las mencionadas casas, frente a la viña; tomé posesion en línea diagonal i comenzé a batirme con una tropa que venia del norte, que por el vestuario que llevaban eran Buínes. Una hora despues de sostener dicha posicion, vi venir a engrosar mis filas a la 2.ª compañia del mismo cuerpo al mando del teniente López, ordenándoseme hiciese flanco derecho i me internase al norte, donde habian fuerzas que rechazar, cuyo camino lo hice al trote para dar ejemplo a mis soldados, llegando estos a 42 hombres, inclusas las clases i oficiales; habiendo dejado en el primer lugar que ocupaba al subteniente Riquelme, herido de muerte i como a 20 o 25 soldados en el mismo estado.

«Habiendo principiado a reconocer dicho monte, no encontraba enemigos en él, pero, por cumplir la órden, los busqué en todas direcciones, hasta que me encontré con triple fuerza a la

a los restos de los rejimientos de Ruiz i de Zañartu a echarse al Longomilla (1).

Eran las once de la mañana. La batalla habia durado cuatro horas. La victoria era del jeneral Búlnes.

Derrotada, en efecto, i por completo, la formidable caballeria de los rebeldes; circunvaladas sus posiciones por el movimiento de Silva Chaves; ocupada su retaguardia por los

que llevaba i pertenecian al batallon Chacabuco. Comenzó el combate, perdiendo en los primeros tiros al sarjento 2.º Arriagada, soldados Mateo Altamirano, José Gutierres, i otros que en este momento no recuerdo. Despues de tres cuartos de hora, mis soldados me dieron parte que por retaguardia nos cortaban i noté como dos compañias de unos soldados de uniforme blanco, que despues que caí prisionero supe eran «Chillanes de línea». Inmediatamente traté de replegarme a las casas; pero viendo la imposibilidad de poderlo verificar, por haber comenzado a hacerme fuego por la retaguardia, i los del frente a avanzar sobre mí. En este gran conflicto, se me dispersó la mayor parte de la tropa que comandaba, tomando distintas direcciones i solo quedé con cuatro o seis soldados i el teniente de la compañia don Eujenio Morales, con los que me tomaron prisionero con dos heridas de bayoneta que me hicieron antes de rendirme: la una en la mano izquierda i la otra en el brazo derecho.

«Los oficiales que mandaban las fuerzas que me atacaron, los de vanguardia, eran los capitanes Lastra i Calderon, el primero se encuentra en Santiago i el segundo en el Tomé; los de retaguardia fueron el capitan Campos que falleció i otros que por ahora no recuerdo. Los dos primeros fueron los que me condujeron al hospital de sangre del enemigo.»

(1) Hé aquí como el mismo Silva Chaves cuenta suscintamente una parte de sus operaciones durante aquel dia, en su diario de campaña.

«Como el fuego principiase i una compañia de Cazadores enemiga se disponia a tomarnos el flanco izquierdo, formé mi columna en la izquierda; i a la cabeza, la compañia del Buin del capitan Pardo, que estaba a mis órdenes; le mandé fuego ganando terreno i a la compañia de Cazadores del capitan Núñez, fuego por el flanco. La Artilleria enemiga dirijió sus fuegos sobre mi columna que no dejó de hacerme algunos males. Pasé etc».

lanceros de Colchagua, que interceptaban a la vez sus comunicaciones por la única salida que tenian hácia el sud; conquistados los cañones que protejian el ala izquierda de la línea, i por último, encerrada toda la infanteria en los patios i tejados de las casas de Reyes, podia decirse que el hecho de armas estaba terminado i que la victoria coronaba otra vez las sienes del vencedor de Yungai.

Parecia, en tal coyuntura, que hubiera bastado a éste retirar su ejército fuera de tiro de fusil, para consumar, por el solo desaliento de los vencidos, lo que faltaba aun por hacer al plomo i al fuego.

Pero no sucederia así, sin embargo. En un sentido estratéjico, aquella situacion era exacta i todo jeneral cuerdo i esperimentado no habria obrado de otra suerte. Mas, ahora no se trataba ya de un combate de filas, sino de un pujilato tremendo, en que los combatientes habian dejado de ser soldados para medirse entre sí, cuerpo a cuerpo, como atletas. El jeneral Búlnes habia vencido en Longomilla como jeneral. El jeneral Cruz lo venceria a su vez como héroe. La propia obstinacion de las tropas de aquel contribuiría, no ménos que el indomable denuedo de los soldados del último, a cambiar el aspecto, si no el desenlace del dia.

Cuando la caballeria del jeneral Cruz huia en todas direcciones i se ahogaba un tercio de ella en el Longomilla, su heroica infanteria hacia, al rededor de las casas de Reyes, prodijios de valor, batiéndose los mas bisoños soldados como leones. El vapor de la sangre, el calor sofocante del dia, el humo de la pólvora que embriaga en la pelea, la rabia que enciende en los pechos jenerosos la inmolacion de los amigos segados por el plomo enemigo i, mas que todo, el ejemplo de constancia i de heroismo de los jefes, habian dado al campo de batalla de Longomilla el aspecto de una arena de gla-

diadores, en que no eran ya las armas, sino los brazos, los que decidian de las ventajas del encuentro.

Luchaban los hombres cuerpo a cuerpo. No se hacian prisioneros, interponiéndose las fuerzas entre sí para desarmarse, sino derribándose unos a otros, para mejor asestarse el golpe de la muerte. Ya no se empleaba el plomo ni el fierro de la bayoneta. Brazos crispados levantaban por todas partes la culata de los fusiles i se acometian con sordos golpes, hasta romper las armas o quedar exámines en el campo (1).

Como la sofocacion de la atmósfera fuese intolerable, los soldados se agolpaban de preferencia a orillas de una acequia que atravesaba la viña por un costado de la casa, i al siguiente dia, notóse que aquel sitio estaba cuajado de cadáveres, encontrándose muchos en el fondo mismo del cauce. Era que, como los tigres que se disputan los escasos bebederos del desierto, los combatientes de Longomilla se acechaban al llegar a humedecer sus fauces, i reconociéndose enemigos, se acometian i se revolcaban muchas veces en el agua con el furor de las fieras... I lo que lastima i causa mas grande horror en este inmenso estrago, no es el sacrificio del hombre por el hombre, la inmolacion del chileno a manos del chileno, sino que aquella sangre jenerosa fuese vertida a raudales en nombre de un déspota pigmeo, a quien aquella sangre de héroes i esas mismas batallas de titanes, harian, a la postre, jigantezco.

(1) Se observó que la mayor parte de los fusiles que se recojieron en el campo de batalla i al dia siguiente i que pasaban de 700, estaban quebrados por la culata.

XXXII.

La matanza era, de esta suerte, espantosa, i no se hacia sin embargo, progreso alguno que prometiese el desenlace de aquella tremenda jornada.

Por una parte, el jeneral Cruz habia hecho salir dos compañias del batallon Lautaro al mando del coronel Martinez i dos del Alcàzar, a las órdenes del entusiasta mayor Fuente-Alba, con el objeto de sostener los restos del Guia i del 2.º Carampangue, que se batian en grupos en todos los alrededores de las casas, i el jeneral Búlnes, a su vez, comprometia toda su reserva, sosteniendo con el Rancagua i el Santiago sus desorganizados batallones. Mas, no por esto, el fin de la batalla parecia acercarse. A los primeros tiros cambiados por las tropas que venian de refresco, habia caido muerto i dijose que por una bala de sus propios soldados, el coronel Martinez (1), miéntras que de los contrarios era inmolado tam-

(1) «Serian las once de la mañana, dice el coronel Zañartu en unas anotaciones en que comenta su diario de campaña, cuando la casa fué incendiada, i en estas circunstancias, entró el jeneral en jefe al corralon a fin de estinguir el fuego, i viéndolo abrazado de calor, le estaba pasando yo una botella de agua que mi sirviente andaba trayendo, cuando se presentó allí el capitan del batallon Lautaro don Tiburcio Villagra, i dirijiéndose al jeneral, le dijo:—*Al coronel Martinez lo han muerto nuestros soldados, por que queria traicionar, pues los hacia desarmarse para que se entregasen al enemigo.*»

A esta circunstancia se añade la de haberse encontrado el cadáver de Martinez destrozado a bayonetazos i traspasado de muchos tiros de bala, hecho que confirmaba el conato de traicion que se atribuia a aquel jefe, pues aun llegó a decirse que el incendio de las casas habia comenzado por la pieza que él mismo habitaba.

Mas, el mismo Zañartu contradice este rumor tan jeneral, con

bien el comandante del Rancagua don Matias Gonzalez, hombre ya anciano i que dejaba en la horfandad una numerosa familia, recibiendo una bala de fusil en el estómago, Asi era que los progresos del combate se contaban, no por los movimientos estratéjicos, sino por el número de las víctimas de una i otra parte. «El fuego de la infantería, dice el mismo jeneral Búlnes en su parte jeneral, miéntras tanto, se mantenia con increible teson; los batallones avanzaban i se replegaban alternativamente, causándose estragos terribles i habian caido por una i otra parte gran número de soldados, jefes i oficiales.

razones que no carecen de fundamento. En primer lugar, segun las observaciones de aquel jefe, el teniente del Carampangue don Mariano Hidalgo, que se encontraba a pocos pasos de distancia de Martinez, le vió caer del caballo en los momentos en que entraba al fuego, atacando de frente al batallon Chillan cívico que peleaba a las órdenes del comandante del Canto. En segundo lugar, un asistente de este honorable jefe, llamado Benavides, conservó algun tiempo una de las charreteras de Martinez, lo que prueba que su cadáver estuvo en poder de los enemigos. En tercer lugar, hai la constancia de que el comandante del Canto ha declarado que Martinez murió como valiente en leal pelea, i aun, por su conducto, entregaron a la familia de aquel desgraciado militar algunos papeles que se encontraron en su cartera, hechos que nos ha referido el comandante Yañez. Parece tambien que el mismo capitan Villagra, que dió la primera voz de aquella traicion en el campo de batalla, se retractó despues, diciendo en presencia del comandante Zañartu que nada recordaba; i aun podria citarse como una razon, mas convincente todavia, la de que el presidente Montt se negó en años posteriores a conceder una pension a su viuda.

En nuestro concepto, Martínez fué víctima de sus propios soldados; imposible seria esplicarse de otra manera el destrozo completo de sus miembros, pues una persona que vió su cadáver nos ha dicho que estaba *hecho un arnero;* pero, a nuestro leal entender, i por mas que vayamos contra la aficion del vulgo, no fué el intento de una traicion, tan infame como difícil, lo que le atrajo a aquel lastimoso fin, sino su crueldad excesiva con la tropa, por

XXXIII.

A esa hora, cerca ya del medio dia, los tres batallones rebeldes que habian entrado al fuego tenian, en efecto, sus jefes fuera de combate, Urízar en el 2.º Carampangue, Videla en el Guia, Martinez en el Lautaro, i otro tanto sucedia i aun con mayor estrago, en las filas del gobierno, habiendo perecido Peña i Lillo en el Buin, Campos en el Chillan de

que, ya hemos referido, se le destituyó antes del mando del Alcazar por este motivo.

Martinez era un viejo oficial que habia hecho la segunda campaña del Perú como sarjento mayor del batallon Valparaiso, sin haber logrado distinguirse por ningun hecho digno de nota. Antes habia mandado la guarnicion del presidio de Juan Fernandez, i los presos políticos que estuvieron bajo su custodia en 1835 i 36, recordaban con indignacion su conducta mezquina i abusiva. La revolucion le encontró de gobernador de Quirihüe, con el grado de teniente coronel retirado, i como no fuera popular en manera alguna en el ejército, habia tenido en él una posicion precaria, siendo colocado ya en el estado mayor o ya en el mando de los cuerpos de infantería. Murió, empero, en el campo de batalla i si sus defectos de hombre no pueden cubrirse con la mortaja del soldado, al ménos, como tal, no se hizo indigno de la historia: porque esta, en la duda del deshonor i la gloria, salva el nombre de los que han perecido en el campo de honor. «¡Pobre Martinez!, esclama Zañartu refiriéndose a este lance. Murió deshonrado en esta malhadada batalla, como sus veteranos compañeros que lograron sobrevivirle existen sin honra en el concepto de los que hablan sin haber visto nada.» A este mismo propósito i para no contradecir una sola vez nuestro espíritu de rigorosa imparcialidad, reproducimos, en el documento núm. 14 bis, dos notables cartas que nos han sido dirijidas por los señores Jauregui i Riquelme sobre la muerte del desgraciado Martinez, de quien aquellos eran estrechos amigos. Ambas se han publicado en la *Voz de Chile* en el mes de noviembre de 1862.

línea, Gonzales en el Rancagua, i siendo heridos, Torres en el Colchagua, Caupolican Plaza en el Talca i el capitan Olivarez en el Santiago.

Habian perecido, ademas, entre muchos subalternos dos de los capitanes del 2.° Carampangue (1) i el Guia tenia, a esa hora, 13 oficiales fuera de combate (2). Del enemigo, habian caido, en ese mismo tiempo, numerosos oficiales de segunda

(1) Don José Miguel Artigas, capitan de la 2.ª compañía de fusileros i don José María Vegas capitan de la 3.ª. Habíase visto al primero salir resueltamente al combate con capa i suecos, pues era ya algo entrado en años i achacoso de salud, i habia muerto a los primeros tiros.

(2) Fué tambien mortalmente herido en las filas del Guia el famoso José Romero, mas conocido con el nombre de *Leña Verde*, i que era en el ejército revolucionario una especie de Tirteo popular, pues cantaba en décimas i tonadas las glorias de los rebeldes, a medida que esplotaba a los incautos con los ardides de su profesion de jugador.

En la *Tarántula* del 18 de junio 1862, periódico que, con tanto patriotismo como lucidez, publica actualmente en Concepcion el hábil escritor don Pedro Ruiz Aldea, se rejistra una injeniosa biografía de aquel célebre personaje, debida a la pluma del entusiasta jóven don Tomas Smith, i que creemos oportuno reproducir, mas como el recuerdo de un hombre del pueblo que como un timbre honroso del soldado que la inspiró. Dice así:

«José Romero, álias *Leña Verde* o *Cochencho*, era de estatura regular, rechonco, ojos azules, nariz aguileña, fácil en el decir i de un talento amenísimo. En su esfera, difícilmente puede encontrarse un hombre mas adornado de las estraordinarias cualidades que él poseia. Errando siempre, buscando ilusos a quienes desplumar, introduciéndose en todas partes, habiendo llegado a adquirir un renombre inmortal en todas las clases de la sociedad. ¿Qué magnate, qué labriego no conoció a *Leña Verde?* ¿Quién no perdió, jugando con él a las *cascaritas?* ¿Quién no oyó con gusto aquellos refranes que manaban de sus lábios al tiempo de empezar la partida? *De una en una, a la treinta i una, el que no tiene cama, duerme a la luna. Los padres de San Francisco plantaron una higuera, que demontres de padres, que de brevas no comerán!* Todo esto i mucho mas decia *Leña Verde* para fascinar a su auditorio,

órden. Solo el batallon Talca, que peleaba con estraordinaria bravura, perdió a los capitanes San Cristóbal i Bravo, al primero de los cuales llevó al hospital de sangre el comandante Urzúa, por delante de su caballo.

miéntras meneaba las *cascaritas* con una destreza admirable.

«La familia de Romero se componia de su esposa i cuatro hijos, a quienes amó tiernamente hasta su muerte; durante su ambulante vida, jamas les faltó el alimento, que el llamaba *la grandeza de la Providencia*. Muchas veces se le preguntó si sus hijos heredarian los vicios de sus padres; él respondia que *jamas corromperia el corazon de ninguno de ellos con los muchos vicios que él poseia*, i esto lo probó un dia en que, estando ejercitando su industria, se presentó uno de sus hijos a observarlo; Romero, que se apercibió de ello, suspendió su juego i lo castigó.

«Apesar de que Romero era holgazan, petardista i aun ratero, no por eso dejaba de tener un corazon compasivo; siempre se le vió compartir con el mendigo el dinero que ganaba al pobre o al rico. En las iglesias, oia misa con una cristiana abnegacion, sin esa falacia tan comun en los hombres encenegados en los vicios.

«Oriundo de Concepcion, como todos los hijos de Sur, tenia un entrañable amor a su patria; desde el año 26 hasta el 51, no hubo asonada, motin o revolucion en que él no tomase una parte activa. I ¡cosa rara!, este hombre pobre, sin mas entradas que las que le proporcionaban las *cascaritas*, no se enrolaba en las filas de la libertad por el aliciente del sueldo, pues nunca quiso admitirlo; tampoco hacia el servicio del soldado, porque él decia que no habia nacido para ser subordinado. Pero en la pelea i en lo mas encarnizado de ella, se batia, no solo como simple soldado, sino como un jefe; su voz estentorea resonaba entónces animando a los combatientes, entre el estampido del cañon i las descargas de fusilería.

«El año 51 se alistó en la compañía de granaderos del Guia i marchó a Longomilla; durante todo el tiempo que duró la campaña, jamás quiso jugar a las *cascaritas*, porque, como él decia, lo que jugaba en esa jornada *no era el dinero, sino su patria i la de sus hijos*.

«Romero era uno de esos héroes del pueblo que aman la gloria, que desean hallarse en cien batallas i sacar otras tantas

XXXIV.

Pero la muerte no atajaba el brazo de los soldados ni ponia tampoco remedio a la incesante carniceria la cautela de los pocos jefes que sobrevivian.

En uno de los mas reñidos encuentros de la batalla, observó, en efecto, el coronel Garcia que un grupo de 10 a 12 soldados del 2.º Carampangue, notables por sus morriones i polacas de brin blanco, arrastraba prisionera, hácia las casas, una compañia entera del batallon Chillan cívico (1), que era

heridas, para mostrarlas como un testimonio honroso de su valor i de su patriotismo. En cada vivac, despues de arreglar i limpiar su fusil, lo primero que hacia era dirijirse al jefe de su compañía para suplicarle que si dejaba de existir en algun encuentro, su nombre figurase en la lista de los soldados que morian por la libertad; único legado que queria dejar a sus hijos.

«En Longomilla, despues de haber peleado con denuedo i bizarria, rindió la vida al impulso de una bala, i al caer, i moribundo todavia, le encargaba a su jefe i a cuantos le rodeaban que su nombre no quedase en la oscuridad. La *Tarántula* cumple ahora con ese encargo, por si acaso el nombre de Romero no figurase en la lista de los soldados que pelearon i murieron en Longomilla.

«Hai tambien otra razon para recordar su nombre, i es que este nombre, a pesar de su prostitucion, reunia en un grado eminente el amor a la patria, a la relijion i a su familia; orador i héroe, a la vez, era un resorte poderoso para remover las masas. Fuera del juego de las *cascaritas*, su vicio mas capital, era todo un hombre honrado, admirable por su injenio i por sus bellos sentimientos. Bajo este aspecto, *José Romero Leña Verde* bien merece que se le consagren estas pobres líneas.»

(1) Díjose que el sarjento mayor del 2.º Carampangue, don Buenaventura Gonzalez, hizo prisionero al ayudante del Buin Cabezas, a quien encerró en un cuarto, golpeándolo con su espada i amenazándole fusilarlo: pero aquel intrépido oficial se escapó durante la refriega i volvió a incorporarse a su batallon.

uno de los mas flojos en el ataque, sin duda por las innatas simpatías del soldado arribano hàcia su causa; i no pudiendo aquel jefe consentir tamaña mengua, arrimó las espuelas al caballo, i seguido de sus dos ayudantes Avelino Rojas i Emilio Pradel, se interpuso entre los prisioneros i sus captores, llamando a aquellos a sus filas. Mas, los últimos le hicieron pagar bien pronto su temeraria pretension de rescatar con amenazas el trofeo que ellos llevaban en sus bayonetas tintas ya de sangre. El ayudante Rojas, jóven entusiasta, que habia cerrado sus libros de derecho para buscar la gloria de las armas en ingrata contienda de hermanos, fué muerto sobre el sitio, miéntras que una bala derribaba el caballo de Pradel, arrojándolo por tierra, i a no dudarlo, habria corrido la suerte de su camarada, si el coronel García no le hubiese salvado a la grupa de su montura.

Quizás en los momentos mismos en que este desgraciado lance tenia lugar entre los ayudantes del coronel del Buin, una bala arrebataba de las filas del Guia al bizarro hermano de uno de aquellos oficiales, el jóven don Raimundo Pradel, que, siguiendo las convicciones de su familia, militaba bajo el estandarte del jeneral Cruz, miéntras su jóven hermano, obedeciendo a los principios del honor militar, servia bajo la enseña del gobierno.

No fueron raros, en aquel tremendo dia, lances como el presente. Sabido es que un hijo del jeneral Baquedano servia de ayudante al jeneral Búlnes (1), i que habian de una parte i

(1) Militaba tambien en el ejército revolucionario otro hermano del ayudante de campo del jeneral Búlnes. Era este el bizarro jóven don Eleuterio Baquedano, capitan de la compañía de granaderos del Guia, que entró al fuego cuando la batalla estaba ya algo avanzada, i tuvo lugar de distinguirse particularmente en la persecucion que el comandante Saavedra hizo al enemigo.

A propósito de las relaciones de parentezco que mediaban en

otra (sin esceptuar a los jenerales en jefe) antiguos amigos i parientes inmediatos que se batian con un selvático encarnizamiento.

Acaso, por una lastimera compensacion de estos horrores, ocurrió en las filas del Guia un lance patético que brilla como un rayo de luz en medio de esa vorájine de sangre que se ha llamado batalla de Longomilla. Servian en aquel cuerpo, en calidad de subtenientes, dos jóvenes hermanos (Juan i Felipe) del apellido de Ruiz, parientes del jefe de este nombre i dignos de su raza. Cayó uno de ellos atravesado de una bala en la refriega, i notándolo su hermano, cargólo en hombros i despues de haberle dado piadosa sepultura en un sitio apartado del campo, volvió a la pelea a vengar la inmolacion de su sangre, vertiendo la de sus enemigos. El jeneral Cruz ascendió, sobre el campo de batalla, a este heróico mancebo, que no tenia sino 16 a 17 años de edad. Habíale ayudado a sepultar a su hermano una mujer del pueblo llamada Rosario Ortiz, moderna Janequeo, a quien los soldados del Bio-bio llamaban «la Monchi» i de la que, en épocas posteriores, hablaremos con mas detencion, por sus extraordinarios actos de bravura i abnegacion.

uno i otro campo, ocurrió un lance, un sì es no es cómico, con el jeneral Baquedano, algunos dias ántes de la batalla de Longomilla. Presentóse, en efecto, a aquel jefe un antiguo sarjento, a nombre de su hijo Manuel, que acompañaba al jeneral Búlnes, llevándole palabras de éste tan lisonjeras para el jeneral rebelde, que no pudo menos de sonreirse al oir los espresivos recuerdos que de él hacia su antiguo camarada. Mas, por desgracia, el comisario llegó al punto de decir, haciendo referencia a los respetos del jeneral Búlnes para con el jeneral Baquedano «que aquel consideraba al último como su padre». Protestó en el acto contra este cumplido el jeneral rebelde, a quien de hecho se llamaba octojenario, despidiendo con un jesto desabrido al incauto sarjento, pues era suficiente que los jenerales en jefe de ambos ejércitos fuesen primos hermanos para que necesitase uno de ellos tener un padre putativo en el campo contrario.

XXXV.

Recibió tambien los honores del dia, alcanzando un grado sobre el campo, el denodado oficial Robles, capitan de los granaderos del viejo Carampangue, que, como hemos visto, estuvo incorporado, desde el principio de la batalla, a la linea que mandaba Urízar. Vióse a aquel heróico jóven no descansar un solo instante, durante las siete horas que duró la refriega, alentando su tropa i haciendo repartir municiones a los demas cuerpos que formaban la línea. Vestia su traje de parada, i por un lujo de bravura, que tenia algo de la edad de los paladines, llevaba ceñida al pecho, a la manera de banda, una corbata de punto de lana, color claro, que le habian obsequiado, como prenda de amistad, las señoritas Zerrano en Concepcion. Prometióles el héroe tener aquel recuerdo sobre su corazon el dia de la batalla i cumplia ahora su promesa, sin cuidarse de que su pecho era el blanco de los fusileros enemigos. Muchos oficiales del ejército contrario declararon, en verdad, que le habian equivocado con el mismo jeneral Cruz, por el uso de aquella banda, i que, por lo tanto, recomendaban a los soldados el apuntarle con fijeza; mas, por una singular coincidencia, Robles no recibió en la batalla, sino dos balas, de las que una melló su espada, i la otra le arrebató un trozo de la vaina.

XXXVI.

No habia desempeñado un rol inferior al mayor Robles, el comandante de artillería, Zúñiga. No cesó este hombre, tan

modesto como esforzado, de ir i venir de los cañones de la línea al parque de los pertrechos, para hacer la distribucion acertada de las municiones. Montado en un soberbio caballo blanco i vestido de gran uniforme, lo oimos comparar muchas veces al poeta nacional Eusebio Lillo (que presenció todas las peripecias del dia, de pié sobre el dintel de una puerta, dando muestras de un estoico valor) (1) con el retrato ecuestre del belicoso apóstol Santiago, tal cual le representan en los milagros de nuestras leyendas; imájen que no es del todo caprichosa, porque Zúñiga era tan insigne creyente como valiente soldado, i muchas veces, miéntras vivió, le oimos contar milagros i apariciones de ánimas que él habia presenciado i en cuya realidad creia como en dogma del cielo. En una de las entradas que Zúñiga hacia a la casa, recibió dos balazos en el hombro derecho i aunque la sangre le inundaba, haciéndole desfallecer casi por minutos, no abandonaba por esto su batería i no consintió en retirarse, sino cuando el jeneral Cruz le envió una órden terminante para hacerlo.

XXXVII.

Entretanto, era la una del dia i el campo estaba empapado de sangre, sin que la batalla tuviese visos de concluir.

Despechado el comandante jeneral de la infanteria enemiga de sus infructuosos esfuerzos para asaltar las casas que sirven de reparo a los rebeldes, galopa al fin hácia el punto

(1) «Aunque era paisano, dice de este entusiasta bardo, el ayudante del Guia Smith, en los apuntes citados, yo le he visto el 8 de diciembre despreciar las balas enemigas; i advirtiéndole a lo que se esponia, contestarme que queria estar mas cerca, para de ese modo cantar mejor la batalla.»

donde se divisa al jèneral en jefe i le anuncia que es imposible seguir el combate en aquella forma, porque esas posiciones, defendidas de aquella suerte, son un castillo inespugnable. Mucha parte de la tropa de la reserva del jeneral Cruz habia subido, en efecto, a los techos de la casa, por órden del coronel Zañartu, i mantenia un vivo fuego sobre los grupos enemigos, dándoles aquel mismo jefe el ejemplo con un fusil que disparaba él mismo, como cualquiera otro soldado.

XXXVIII.

El combate habia llegado ya a su crísis.

El jeneral Búlnes, al recibir el último parte del jefe de su infanteria, comprendiólo, al ménos, así, i en consecuencia, dió órden al mayor Escala para que demoliese o incendiase las casas de Reyes, colocándose a tiro de fusil con dos obuses i disparando granadas sobre sus techos i, al mismo tiempo, ordenó al capitan Villalon, que era en la caballeria el jefe de mas graduacion, pues el coronel García se habia retirado contuso del campo, a fin de que cargase por un flanco a los tiradores enemigos.

Villalon no se hizo repetir dos veces aquella órden; mas, seguido apénas de seis o siete soldados, entre los que iban sus dos ordenanzas, fué obligado a retroceder, escapando, a fuerzas de espuelas, de ser muerto o hecho prisionero.

En cuanto a la ejecucion del mayor Escala, vióse pronto que el techo de las casas ardia con violencia en una de las estremidades del edificio. Pero logró cortar este mal el coronel Zañartu, segundado del injeniero Henry, pues la misma chicha i mostos que existian en la bodega, les sirvieron para estinguir, en parte, el incendio.

XXXIX.

Era tambien aquel momento preciso el que el jeneral Cruz, por su parte, debió tener como decisivo para sus armas.

Desde el techo de la casa, donde se mantenia con una constancia heroica, espuesto a todos los fuegos i aun a los de sus propios soldados (1), sin mas compañero que su asistente un animoso mancebo llamado Jil, que recibió a su lado una grave herida), pudo observar el espantoso desórden que reinaba en el campo de batalla, donde el enemigo no tenia un solo soldado de reserva, miéntras su débil caballeria se mantenia amedrentada i lejana, apesar del triunfo que le habia

(1) Es un hecho averiguado que, estando el jeneral encendiendo un cigarro (pues en Longomilla, como en Yungai, no dejó de fumar un instante, segun un hábito inveterado), una bala de fusil atravesó la manta de un señor Soto que le pasaba fuego en aquel instante i se clavó en el pilar en que se apoyaba. Este hecho casual, pues varias bombas reventaron dentro del patio de las casas, fué comentado despues por la maledicencia del vulgo, quien lo atribuyó al coronel Zañartu, así como se dijo, sin mejores fundamentos, que este jefe habia muerto de un balazo al comandante Urízar, porque se le habia visto disparando un fusil, encima de la muralla a cuyo frente habia formado aquel su batallon. El mismo candoroso mayor Zúñiga nos aseguraba, en 1852, con una buena fé de la que no podia dudarse, que el balazo que le habia herido en el hombro habia partido del fusil de Zañartu, pues decia que el tiro habia venido de arriba a abajo, i añadia ademas que tenia «dos testigos» (i los nombraba!) que vieron a aquel jefe haciéndole la puntería....

Pero todas estas patrañas, que tan fácil acceso encuentran en el ánimo del vulgo, se desvanecen por su propio absurdo, dejando a los críticos la provechosa leccion de cuan aventurado camino siguen los que trazan la historia solo por las conversaciones de los estrados i los chismes de los corrillos.

dado la metralla, mas que el filo de sus sables, en las primeras horas del combate.

Si, en ese momento, el irresoluto caudillo de la revolucion del sur, a quien vemos siempre vacilante en los lances supremos, se determina a hacer obrar en masa su reserva, en lugar de mutilarla, llevando al fuego i al esterminio una compañia tras otra, ¿quién habria resistido a una columna compacta, en la que formaran dos o tres compañias del Carampangue, que aun no habian disparado un solo tiro, i cuyos soldados ardian de coraje i de rubor, al verse condenados a estar con el arma al brazo, miéntras los ecos de sus hermanos saludaban la victoria despues de sus descargas? (1)

Mas, como hemos ya dicho, los jenerales que mandaban los ejércitos de Longomilla no se dieron una batalla segun el arte de la guerra. Llevaron sus huestes a la matanza, i ésta solo cesó cuando ya los brazos no tenian fuerzas para asestar los golpes del esterminio.

(1) Díjose que en estas mismas circunstancias se habia presentado al jeneral Cruz el valeroso capitan Robles, solicitando que se le franqueasen solo dos compañias de la reserva para decidir la batalla, marchando de frente sobre el enemigo. Pero parece que el jeneral Cruz desatendió aquel reclamo tan heróico como oportuno, pues estaba siempre preocupado de su sistema de mantenerse a la defensiva, i mucho mas decididamente desde que habia perdido toda su caballeria.

El mismo coronel Zañartu se espresa a este propósito en los términos siguientes en su diario de campaña. «En este estado, me persuadí que era llegado el caso de hacer uso de la reserva, i me preparé para salir con el resto de mi columna por la puerta del Este, que a prevencion tenia abierta, para tomar al batallon Buin por el flanco izquierdo i batirlo, sin darle lugar a que su columna variase de direccion; pero, añade en seguida, no se dió orden algun.»

XL.

Despues de la última infructuosa tentativa para arrollar los pelotones de fusileros que defendian las casas, volvió el coronel García a hacer presente al jeneral en jefe lo temerario i lo inútil de la obstinacion de aquel ataque, pues el enemigo sacaba a cada momento nuevas tropas de refresco que abrumaban a las ya fatigadas columnas que embestian las casas.

Insinuóle aquel, en consecuencia, la ventaja de retirar la línea de infantería fuera del alcance del fusil, a lo que, no sin dar señales de despecho, accedió el jeneral Búlnes, dando en el acto órden a sus ayudantes para que previniesen a los jefes de los cuerpos el replegarse a retaguardia.

IXL.

Fué en este momento cuando el ayudante de campo Videla Guzman adelantóse a galope a hacer marchar un cuerpo que le parecia de los suyos, i apesar de que muchos le gritaban que eran enemigos, se acercó, hasta que, reconociéndole aquellos, le hicieron una descarga, derribándole al suelo cubierto de heridas tan graves que le acarrearon en breve la muerte. Así pereció a los 33 años de su edad aquel desventurado jóven que, hasta aquella última hora de su vida, no habia tenido nombradía de valiente sino de afortunado en su carrera. Una propicia estrella le habia alumbrado a los principios, hasta verse a los 26 años de edad jefe de un ba-

tallon i en la guarnicion de Santiago. Pero la crísis de 1851 vino a dar un cruel desmentido a su destino. Acusado de «traidor» por sus propios amigos, despues del 20 de abril, prendiéronle despues sus subalternos con mengua de su prestijio i de su responsabilidad; de manera que él fué a la guerra, no en busca de la gloria, sino de la reparacion de su empañada honra. Encontróla esta por completo con su muerte, i su heroismo fué tanto mas digno de respeto cuanto que no era hijo del entusiasmo ni de la ambicion, sino del lustre del honor que la fatalidad o la impostura le habian arrebatado; i si se toma en cuenta que aquel sacrificio hecho a su nombre le arrancaba para siempre a las dulzuras de un hogar recien creado, su accion se hace sublime, i fuélo en efecto, porque para él su tumba fué su gloria, como para su noble viuda fué en seguida el cláustro....

VIIII.

Por lo demas, era ya tiempo de emprender la retirada.

El denodado mayor Escala, batiéndose casi a tiro de pistola de las casas de Reyes, tenia casi todos sus artilleros fuera de combate, i despues de haber recibido dos balazos en la ropa, uno de los que le derribó el kepi rosándole el pelo, perdió el uso de su brazo derecho herido de otra bala. Desfallecido i cubierto de sangre, le colocaron sus soldados en uno de los armones de la batería i le arrastraron hasta donde reorganizaba su línea el jeneral Búlnes. Iban tambien heridos a su lado los oficiales Gonzales i Pardo, que se habian distinguido estraordinariamente en aquel dia, el primero contribuyendo como el que mas a derrotar la caballeria con sus cañones, i haciendo el segundo señaladas bazañas con la

columna lijera que mandaba i con la cual se batia por el frente, retaguardia i ambos flancos de las casas, en que se habian encastillado los rebeldes. Era de notarse la coincidencia singular de que, siendo Pardo i Escala los últimos oficiales heridos, perdiesen ambos un brazo, casi en el mismo momento.

VIII.

Hubo entónces una pausa al terrífico fragor de la batalla que no habia cesado durante siete horas consecutivas.

Era ya pasada la una de la tarde i el jeneral Búlnes se esforzaba por reunir los fatigados restos de su línea en la loma que se estiende al frente de las casas de Reyes, miéntras los rebeldes se concentraban en éstas, mas para reorganizarse i volver de nuevo al ataque, que para descansar de su heróica fatiga. Fué aquella la hora mas solemne i mas lúgubre del aciago dia de Longomilla. Un silencio, mas terrífico aun que el estruendo de las armas, reinó en el campo de improviso. Los combatientes de una i otra parte formaban su línea delante de la muerte, sombrios e irritados, como si hicieran los funerales de su recíproca matanza, porque no habia victoria decidida ni de los unos ni de los otros. Todos los rostros estaban demudados, los labios ennegrecidos por la pólvora, las fauces secas, las frentes cubiertas de sudor, los vestidos desgarrados en sangrientos jirones, i miéntras los oficiales daban sus órdenes de mando con voces roncas i casi siniestras, los soldados levantaban sus armas en los brazos crispados, descubriendo en su fatiga la misma sed de sangre que les habia acometido en el calor de la refriega.

I entre las dos líneas que formaban ahora los restos mu-

tilados de los briosos ejércitos que se habian acometido en la mañana, dilatábase por todo el horizonte un campo de sangre, cuyos charcos evaporaba el intenso calor del dia, miéntras los moribundos exhalaban sus lastimeros ayes, sin que una mano piadosa aliviara su agonia, pues hasta las mujeres de uno i otro campo se habian desparramado por entre los cadáveres, a la manera de las hembras del chacal, despojando a los muertos de sus últimos atavíos.

I cuando la brisa del medio dia comenzó a disipar la espesa nube que el humo i el polvo habian acumulado en aquel recinto de horror, vióse que las casas de Reyes ardian con violencia, como si fueran la pira espiatoria de aquella espantosa hecatombe....

Debió ser aquel momento el designado por el ánjel o el demonio de la batalla para tender sus negras alas sobre el campo del horror, i plegándolas en seguida, ir a calmar los pavores del déspota sangriento que se albergaba en la Moneda i que habia encontrado al fin una ofrenda digna de sus votos, i un pedestal apropiado a su trono de usurpador i de tirano!

VII.

Mas, no tardó mucho sin que la batalla volviese a comenzar, bien que con el desmayo que traian a los combatientes la fatiga i el horror.

El valeroso capitan Gaspar, ayudado del no ménos esforzado Contreras i de unas mujeres, entre las que se distinguia la «Monchi», habia preparado dos o tres tiros a bala rasa, i adelantándose con un cañon, hizo sobre las filas enemigas tan certero disparo, que la bala arrebató tres soldados del batallon Buin, salpicando con los sesos del cráneo de uno de éstos el rostro del jefe de estado mayor Rondizzoni, que se encon-

traba a corta distancia, aturdiéndole, al mismo tiempo, con el sordo i ardiente zumbido de la bala.

Aquel tiro de cañon cambió la suerte del dia. Fué la represalia de la metralla que habia muerto al principio del combate a Ruiz i a Urízar, columnas de la victoria en las filas rebeldes.

VI.

Viéndose espuestos a aquellos fuegos, los soldados que coronaban la loma comenzaron a gritar—*Vamos a formar abajo!* i en efecto, toda la fila se fué deshaciendo i replegándose tras de aquella ondulacion. Pero una vez vuelta la espalda, es casi imposible poner atajo al pánico que se apodera del soldado chileno, que, así como no cede a tropa alguna para marchar de frente, jamas ha sabido retirarse, segun las reglas de la estratejia.

Comenzó pues, en el acto mismo, una completa dispersion de todos los cuerpos enemigos, que se dirijian en masa hácia el Maule, arrojando sus armas i vestuario. Irritado el jeneral Búlnes por aquel escándalo, quiso dar aliento a los fujitivos, ordenando una carga a los Cazadores i Granaderos, que acababan de montar caballos de refresco, pero el desaliento era ya jeneral, i aunque unos pocos de aquellos valientes cargaron sable en mano sobre un peloton de infantes que se encontraba aislado sobre el campo, volvieron luego la espalda, pues aquellos los recibieron en la punta de las bayonetas (1).

(1) «El capitan don Vicente Villalon intentó organizarse i emprender una carga; pero la tropa se le dispersó. Tambien procuramos reunir alguna fuerza de infantería i entender en el arreglo de ella, cuando un tiro fué dirijido con bala de cañon del enemigo, llevándose tres hombres de la línea, i ya esta tropa se dispersó.»

(Silva Chaves, *diario citado).*

Este nuevo incidente puso el colmo al desórden de la retirada del ejército del gobierno, i la convirtió en una verdadera derrota. La caballería comenzó a desbandarse sin prestar ninguna obediencia a las órdenes que se le daban de llevar a la grupa a los oficiales heridos, sacándolos del hospital de sangre, ni cubrir tampoco la retaguardia de los cuerpos fujitivos que se presentaban por el camino carretero en una confusion indescribible. El coronel Garcia solamente habia podido organizar, haciéndose obedecer, pistola en mano, una columna de 150 fusileros, único resto de su lucido rejimiento, i aunque se esforzaba por obligarlos a detener el paso i cubrir la retirada del ejército, los soldados, por única respuesta a sus amonestaciones, le presentaban sus fusiles caldeados por el fuego de siete horas, i le decian que los hiciese fusilar en el sitio, porque ya no tenian fuerzas para pelear.

IVL.

Entretanto, algunos oficiales del ejército rebelde se habian apercibido en las casas de Reyes de aquel movimiento retrógrado del enemigo, i el mayor Robles, dando la voz i el ejemplo, seguido del comandante Saavedra, a cuyas órdenes se puso, se habia lanzado en persecucion de los fujitivos con una columna de 200 hombres i un cañon, pero sin llevar un solo soldado de caballería, cuando habria bastado un escuadron bien montado para hacer prisionera la mitad, al ménos, si no todo el ejército del jeneral Búlnes.

Miéntras Saavedra i Robles, los dos paladines afortunados de aquel dia de heroismo, avanzaban cerca de una legua tras los acelerados pasos de los enemigos, el jeneral Cruz, avisado de lo que sucedia, montaba a caballo i salia hácia el Maule,

diciendo al coronel Zañartu—*Yo me voi hasta Talca i Ud. quédese aquí reuniendo dispersos.*

IIII.

Un cuarto hora despues, el vencedor de Longomilla se reunia a la columna que iba a vanguardia i cerciorado de la fuga del enemigo, escribia, sobre el mismo campo de batalla, el siguiente parte de su victoria.

Chocoa, diciembre 8 de 1851. (A las 3 de la tarde).

«El ejército enemigo ha venido a atacarnos en nuestro campamento i ha sido derrotado, despues de haberle tomado su artillería, que queda en nuestro campo de batalla, con un número considerable de muertos, heridos i prisioneros.

«Teniendo que seguir en su persecucion, no puedo estenderme en mas detalles. Debemos lamentar el duro trance, en que un hombre, olvidado de lo que debe al país i a sí mismo, ha colocado a la República, para reivindicar sus derechos.

«Entre las caras víctimas que nos cuesta la victoria, lamentamos la del coronel Martinez, teniente coronel don Eusebio Ruiz i el jeneral don Fernando Baquedano, herido. Despues pasaré a U. S. el parte detallado de la accion.

Dios guarde a U. S.

José María de la Cruz».

IIL.

Tal fué la batalla de Longomilla, la mas famosa i la mas

terrible catástrofe de los fastos chilenos. Háse llamado impropiamente una batalla, título, a todas luces, inadecuado, por que solo fué una hecatombe de víctimas humanas, i porque su desenlace no acarreó ninguna de las consecuencias que son inherentes a las armas, siendo solo el cansancio de la muerte lo que puso fin a la tarea de carniceria, a que, en ese infausto dia, se entregaron los chilenos.

Como hecho de armas, la batalla de Longomilla es única en nuestra historia. Delante de su magnitud como de su horror, i aun en presencia de su propia esterilidad, Maipo fué solo un feliz i rápido movimiento de estratéjia, Chacabuco una carga a la bayoneta i el mismo Lircai, de sangrienta memoria, una simple escaramusa.

No hubo en esta batalla ninguno de los accidentes comunes a los ejércitos que se baten. No hubo preliminares, como no hubo resultado militar definitivo. No se dió órdenes,—no se ejecutó movimientos,—no se combinó ningun plan. Los jenerales no dieron prueba alguna señalada de pericia militar, pues tuvieron solo ocasion de poner en evidencia sus dotes mas esclarecidas de soldados.—Cruz, su magnánima impasibilidad en la resistencia.—Búlnes, su heroico arrojo en la acometida. Todas las armas se chocaron indistintamente; la caballería fué batida a cañonazos; los infantes pelearon sin reconocer cuerpo, desparramados por todo el campo i a retaguardia misma de las posiciones que asaltaban, i por último, los mismos cañones estuvieron, la mayor parte del dia, a tiro de fusil del enemigo i a veces mas inmediatos, todavia. Fué aquella refriega de siete horas, no interrumpidas por la tregua de un solo minuto, como sucede de ordinario en los combates en que se chocan i repelen las masas, una vorájine de sangre, que, creciendo como un turbion al reventar de los truenos, que remedaba con propiedad el fragor de las armas,

arrasó todo cuando atajaba su curso en la planicie del combate (1).

De los 7 mil hombres, en efecto, que tomaron parte en la jornada, al menos, la mitad quedó fuera de combate, sin contar en este número unos pocos centenares que se hicieron prisioneros de una parte i otra (2).

(1) Segun una espresion del jeneral Garcia, quedó el campo de Longomilla como el círculo de un reñidero de gallos, cuando, en la última prueba, ponen los apostadores en el *tambor* a los dos combatientes ya moribundos i sacuden todavia estos el cuello para picarse, sin que por esto se declare a ni uno ni otro vencedor. Esta comparacion no dejaba de ser exacta, pues se nos ha asegurado que en el hospitar militar de Talca, cuando se reconocian dos enfermos de los ejércitos contendientes, se acometian todavia con golpes i denuestos.

El espiritual Souper tuvo una ocurrencia aun mas peregrina para calificar la batalla de Longomilla, pues dijo que habia sido una pelea de gatos ingleses, en la que no habian quedado de aquellos sino las colas...

(2) El ejército del jeneral Búlnes que se batió en Longomilla constaba, segun la memoria de la guerra de 1852, de 3,582 plazas i el de Cruz, segun un estado que tenemos a la vista i que publicamos en el apéndice bajo el núm. 19, de 3,411, de modo que el total de combatientes era de 6,993.

En cuanto a las pérdidas de una i otra parte, es difícil establecer un número exacto, porque, sin temor de exajeracion, puede decirse que el número de heridos fué de 1,500 i el de muertos alcanzó a 2,000, pues es uno de los fenómenos mas asombrosos de esta batalla el que el número de los que perecieron fuese mayor que el de los heridos, circunstancia que se esplica por la manera como se trabó la lucha, cuasi cuerpo a cuerpo, por el singular encarnizamiento de los soldados, i mas que todo, por la estraordinaria duracion del combate, pues se prolongó por mas de siete horas.

Verdad es que el número de heridos que entraron al hospital militar de Talca, desde el 8 de diciembre al 23 de enero, segun los *Estados* que existen en la Contaduria mayor de esta capital, fué solo de 616. Pero debe tenerse presente que solo fueron asistidos en aquel establecimiento los heridos de gravedad, siendo

IL.

La bravura desplegada por los combatientes de una i otra parte no ha tenido nada de comparable en nuestros anales, i esto mismo esplica los estragos de que damos cuenta.

mui pocos de estos pertenecientes a los cuerpos revolucionarios, al punto de que del Carampangue habia solo 9, 5 del Alcazar, 6 del Lautaro i 22 del Guia. Esto hace comprender, en la oscuridad que reina en esta parte de los acontecimientos militares de 1851, que en el hospital de Talca solo se curó poco mas de una tercera parte de los heridos, i asi resulta que de 79 heridos que aparecen en el batallon Talca por las listas de comisario de 15 de diciembre de 1851, solo existian 26 en el hospital. Consuela, sin embargo, saber que la gran mayoría de los enfermos salvó, a pesar de la gravedad de las heridas, pues muchas de estas eran, a la vez, de sable, bala i a veces de metralla juntamente. A principios de febrero de 1852, solo existian 112 pacientes i habian muerto 61. Debióse este resultado al celo desplegado por el gobierno, que se apresuró a nombrar un exelente cuerpo de cirujanos presidido por el humanitario Dr. Tocornal i por las filantrópicas señoras de Santiago, algunas de las cuales se trasladaron en persona a Talca.

En cuanto a los muertos sobre el campo, no hai una cifra ni aproximadamente exacta; pero en lo que todos los jefes i oficiales están de acuerdo, sin discrepancia de ninguno, es en que aquellos fueron en mayor número que los heridos. Segun el jeneral Garcia, a quien como jefe de la infantería incumbió hacer enterrar los cadáveres que se encontraron en el campo, despues que lo ocupó el ejército del gobierno, el número de víctimas no podia bajar de 2,000, sin contar los ahogados en el Longomilla.

Las listas de tropa que pasaron, al siguiente dia, algunos de los cuerpos confirma esta estraordinaria matanza. El batallon Guia, de 620 plazas, formó el dia 9, segun su propio comandante Saavedra, solo 180, esto es, menos de una tercera parte. El Carampangue perdió 349 hombres de 776 que contaba la víspera del combate, segun el diario del coronel Zañartu, i por último, el diminuto

Hemos ya visto que casi todos los cuerpos de ambos ejércitos tuvieron sus jefes fuera de combate, lo que pone mas en evidencia el denuedo del soldado, pues es sabido que el

batallon Rancagua, que sirvió en la reserva i se comprometió cuando ya estaba avanzada la batalla, tuvo entre muertos i heridos 138 hombres de los 300 de que se componia, cuyo dato puede verse corroborado en el *Mercurio* de Valparaiso núm. 7,412. Por último, los 7,000 hombres que formaron de los belijerantes el dia 8, estaban reducidos a 2,700 escasamente, en la mañana del 9, pues el jeneral Búlnes no contaba sino con 900 infantes i Cruz con 1,400 i la caballería de ambos no pasaba de 300 hombres.

A propósito de la filantropia desplegada por el vecindario de Talca para con los heridos de sus hospitales, nos complacemos en reproducir en seguida la carta que, sobre aquel particular, nos dirijió en la *Voz de Chile* del 27 de octubre 1862, el señor don Ignacio L. Gana. Hela aqui:

SEÑOR DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

Valparaiso, octubre 17 de 1862.

Mui señor mio:

El valor demostrado por Ud. para escribir la historia del último período administrativo, sobre el calor palpitante de hechos llenos de enconos i peripecias ardientes e inaveriguadas, me persuaden de la sinceridad con que U. se ha envuelto en el augusto manto de la justicia para abrir el campo a la verdad de los acontecimientos i establecer, por decirlo así, concurso histórico entre los testigos i actores del drama que la motivaron. Bajo esta prueba, entro seguro a reclamar la consignacion de un hecho importantísimo en las pájinas mas bellas e imparciales de su exelente historia.

Despues de la horrenda carniceria de Longomilla, Talca se convirtió en un vasto hospital de sangre de todos los heridos de ambos ejércitos. Los preparativos hechos por la autoridad local, resultaron pequeños para contener el sin número de víctimas que produjo esa sin igual jornada, i los enfermos fueron pedidos por los vecinos para curarlos en sus propias habitaciones. Así se vieron algunas familias asistir hasta tres heridos, aparte de los auxilios que prestaban en los hospitales en union de las virtuosas señoras de Santiago.

Testigo soi yo de los cuidados que se prodigaron con tanto

chileno jamas vuelve la espalda a los peligros, cuando ve lucir a su frente la espada de los capitanes que lo acaudillan. De esta suerte, no ménos de sesenta de los jefes i oficia-

entusiasmo, sin distincion de colores políticos, a los oficiales i soldados de esas valientes divisiones i del tierno agradecimiento que reflejaban en sus semblantes restablecidos los héroes que resellaron con su sangre el valor chileno, al despedirse del hogar solícito i hospitalario que les dió talvez la vida. Testigo soi yo tambien del caloroso verano de ese año de desastres, en que las manos de todo un pueblo eran pocas para abastecer de hilas a los pacientes i las de las distinguidas señoras para evitar con la nieve la gangrena de las hondas heridas. A esas atenciones, a esa solicitud ejemplar se debió la sorprendente cifra de convalecientes que pudo en breve darse de alta. Testigo, pues, de esa abnegacion sublime que mereció las simpatías de los corazones i los elojios de la prensa i que acreditó en el mas mayor grado el precioso timbre de caritativo i bondadoso que llevaba con orgullo el pueblo de Talca; me es mui grato testificar mas abajo, con algunas de las mismas señoras que acompañaron al cirujano en las récias amputaciones, que velaron sin descanso el lecho del dolor, que sufrieron con el doliente i que fueron los ánjeles de la Providencia para el triste enfermo, lo que dejo espuesto.

Señora doña Sinforosa Vargas de Lois.
» » Maria M. Bascuñan de Bascuñan.
» » Rosario Cañas de Cruz.
» » Zoila Diaz de Cruz.
» » Mercedes Cruz de Cruz.
» » Marta Cienfuegos de Rojas.
» » Dolores Vargas de Opaso.
» » Natalia Vargas de Astaburuaga.
» » Josefa Urzúa de Concha.
» » Petronila Antúnez de Concha.
» » Micaela Cañas de Armas.
» » Francisca Cruz de Castro.
» » Rosa Guzman de Cruz.
» » Matea Cruz de Letelier.
» » Jesus Liron de Velazco.
» » Margarita Liron de Besoain.
» » Maria Castro de Cruz.

les (1) de uno i otro ejército fueron muertos o heridos en la batalla, número asombroso, en proporcion de las tropas que se batian.

Señora doña Catalina Cruz de Urzúa.
» » Maria de los A. C. de Azócar.
» » Justina Cruz de Silva.
» » Dolores Vergara de Cruz.
» » Lucia Wittaker de Silva.
» » Jesus Sepúlveda de Silva.

El noble suceso que vengo esponiendo empeña la gratitud de la historia, como empeñó la del pais entero. Hechos de esta naturaleza son los mejores frutos que el santuario de la historia puede ofrecer a las jeneraciones, los ejemplos mas espléndidos de la cristiana civilizacion de un pueblo. Abogo, señor Vicuña, por este acontecimiento histórico i os pido un rasgo de vuestra justa elocuencia para estamparlo en vuestro hermoso libro.

Vuestro A. S. S.

Ignacio L. Gana.

(1) De éstos, el ejército del gobierno tuvo 12 muertos i 15 heridos (total 27), segun aparece de la relacion que hemos hecho, i del estado jeneral de las bajas que tuvo el ejército en 1851, i que nosotros reproducimos ahora en el apéndice, bajo el núm. 15 bis, tomándolo de la memoria del Ministerio de la Guerra en 1852.

El número de jefes i oficiales muertos del ejército rebelde, en cuanto hemos alcanzado a comprobar con exactitud los nombres, es de 15 muertos i 18 heridos (total 35), es decir, una cuarta parte mas que el jeneral Búlnes, que solo perdió 27, aunque esta diferencia debió ser mucho mayor. Segun el mismo estado jeneral que acabamos de citar, el ejército del gobierno tuvo, durante la crísis revolucionaria de 1851, entre jefes i oficiales, 19 muertos i 29 heridos, total 48. Haciendo ahora un cómputo aproximativo de las pérdidas de los rebeldes, aparece un número casi igual, contando 35 en Longomilla, 3 en Petorca, 1 en Illapel, 3 en la Serena, 1 en el Monte de Urra, i por último, 3 en el combate del 20 de abril, 46 en todo, lo que hace un total de 95 oficiales muertos o heridos durante la guerra civil, número que solo puede compararse aproximativamente al de los que fueron ajusticiados por causas políticas durante el decenio que siguió a aquella crísis.

Como un complemento de estos detalles, publicamos, en seguida,

En cuanto a sus resultados militares, materias de tantas controversias de bandos encontrados, la batalla de Longomilla no ofreció sino confusion e incertidumbre, pues, en definitiva, si trajo en pos la estincion de la guerra civil, debióse esto, no a las ventajas alcanzadas por los unos o los otros, sino por el agotamiento de ámbos en la lucha. Verdad es que el campo quedó por los rebeldes con todos sus trofeos (1) i que,

la lista de los jefes i oficiales del ejército revolucionario muertos i heridos en Longomilla, lo mas completa que nos ha sido posible formarla, despues de prolijas investigaciones. Héla aqui:

Rejimiento Carampangue (Muertos).—Teniente coronel, Pedro José Urízar: capitanes, José Maria Artigas i José Manuel Vegas; alfereces, Francisco Jara, Tomas Roa i Gregorio Riquelme.

(Heridos).—Capitan, José Leonor Santapao; subtenientes, Pastor Mesa, Adolfo Solano, Nicolas Lopez.

Batallon Guia (Muertos).—Capitan, Domingo Tenorio, teniente, Raimundo Pradel; subtenientes, Juan Ruiz, N. Reyes, Jorje Patiño i Miguel Lillo.

(Heridos).—Sarjento mayor, Benjamin Videla: tenientes, Guillermo Truje, N. Cornou; subtenientes, Felipe Ruiz, Antonio Roa, José Contreras, Francisco Carrera i Salvador Urrutia.

Batallon Lautaro (Muerto).—Coronel, don Manuel Tomas Martinez.

Batallon Alcázar (Herido).—Capitan, Bernabé Anguita.

Artilleria (Herido).—Teniente coronel, Bernardo Zúñiga.

Caballería (Muertos).—Teniente coronel, Eusebio Ruiz; sarjento mayor, José Antonio Grandon; Capitan, N. Condesa; ayudante, N. Vargas.

(Heridos).—Jeneral, Fernando Baquedano: sarjento mayor, Alvarez Condarco (contuso): capitan, N. Sanhueza; ayudante, N. Varas; subtenientes, N. Mendez i N. Cruzat.

(1) En los documentos del tomo 2.º de esta historia, hemos publicado el parte detallado de la batalla, enviado en forma de circular a las autoridades revolucionarias, por el secretario jeneral Vicuña, el dia 9. Segun este documento, quedaron en poder del jeneral Cruz, 700 fusiles, 2 obuses, 200 prisioneros i los instrumentos de 5 bandas de música, ademas del hospital militar del enemigo i de la mayor parte de sus heridos.

militarmente hablando, esta circunstancia atribuye a los últimos el éxito del dia; pero los que distribuyen así los laureles, sin mas justicia que el triste egoismo de la discordia, olvidan que ya ese mismo campo habia sido todo de las tropas del gobierno, que lo habian barrido, haciéndose dueños de todo el terreno, escepto el recinto fortificado de las casas de Reyes, i que, por último, al retirarse, dejaban entregada a las llamas esta misma fortaleza, en que los rebeldes, a su turno, vencedores, se habian defendido con tan indomable porfia. Habia, pues, una compensacion en las ventajas, como la habia en los horrores del dia, i puede decirse, en resúmen, i como para poner ya un apropiado epitafio sobre esta inmensa fosa repleta de cadáveres chilenos, que Longomilla no fué una victoria ni una derrota: fué solo el holocausto ofrecido a la patria por el valor de sus hijos que sabian morir dignos de sus empeños, los unos en pro de la libertad, que habian jurado sostener con las armas, en abono de sus deberes públicos o de sus compromisos de lealtad, los otros.

L.

De todas maneras, la guerra civil iba a tener término, desde aquel dia, que las jeneraciones de Chile, a la manera de los antiguos, inscribirán en sus anales como nefasto; i si el cañon de Longomilla no tronó como la última palabra de la guerra fratricida, fué al ménos aquella tremenda jornada el sangriento sudario en que la revolucion del sud iba a ser sepultada, una semana mas tarde, en las márjenes del Purapel!

FIN DEL TOMO CUARTO.

APÉNDICE.

Los documentos que corresponden al presente volúmen, se publicarán en el tomo V., por la exesiva estension de aquellos.

INDICE.

CAPÍTULO I.

LAS ESCARAMUZAS DE LA GUERRA CIVIL.

CAPÍTULO II.

ORGANIZACION DEL EJÉRCITO DEL GOBIERNO.

CAPÍTULO III.

APRESTOS MILITARES DE LA REVOLUCION.

CAPÍTULO IV.

LA ARAUCANIA.

CAPÍTULO V.

EL GOBIERNO CIVIL DE CONCEPCION.

——

CAPÍTULO VI.

EL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.

CAPÍTULO VII.

LA REVOLUCION EN LA CAPITAL I EN LAS PROVINCIAS CENTRALES.

CAPÍTULO VIII.

LA REBELION DE ZÚÑIGA.

CAPITULO IX.

EL COMBATE DE MONTE DE URRA.

——

CAPÍTULO X.

LA RETIRADA DEL JENERAL BÚLNES.

CAPÍTULO XI.

BATALLA DE LONGOMILLA.






UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 825 300 7

